

Un hijo para el CEO arrogante

S. D. MARINHO

Un hijo para el CEO ARROGANTE

S. D. MARINHO

Copyright © 2025

UN HIJO PARA EL CEO ARROGANTE – S. D. Marinho

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son productos de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas y acontecimientos reales es mera coincidencia. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida de ninguna forma y/o por ningún medio existente sin autorización previa por escrito de la autora. Los derechos morales han sido asegurados. La violación de los derechos de autor es un delito establecido por la Ley de Propiedad Intelectual (Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual) y penado por el Código Penal español. Versión Digital — 2025.

Advertencia sobre el contenido:
Este libro contiene temas maduros, incluyendo situaciones de suspenso, relaciones complejas, cuestiones emocionales intensas, sexo y muerte. Se recomienda la lectura para mayores de 18 años.

Autor: S. D. Marinho
Revisión: Willian de Morais
Traducción: Maria Antonia
Maquetación: S. D. Marinho
Portada: Manu G

SINOPSIS

Amália se vio sin más opción que ceder a las amenazas de sus acreedores y llevar en su vientre al hijo de Paolo Caccini, quien lleva tres años en coma. Los padres de Paolo estaban preocupados por la posibilidad de nunca tener un heredero que garantizara la continuidad de la familia Caccini.
Paolo, un hombre poderoso y decidido, no creía en el amor y prefería pagar a las mujeres con las que se relacionaba para sentirse realizado. Tras cinco años en coma debido a un accidente en moto, Paolo despierta para descubrir que todo ha cambiado, incluso el hecho de ser padre del hijo de una mujer que nunca había visto antes.
—Yo pagué por él, así que es solo mío.

Índice

SINOPSIS

Dedicatoria

NOTA DA AUTORA

01 Negociación con Bianchi

02 El accidente

03 La propuesta

04 Magnolias

05 Mis felicitaciones

06 Bienvenido

07 Siéntete como en casa

08 Este es papá

09 Soy Amália Davis

10 ¿Quién eres tú?

11 No tengo tiempo

12 Dime la verdad

13 Cinco años

14 Aléjate

15 El regreso

16 ¡Tú tienes un hijo!

17 Un verdadero Caccini

18 Protegeré a mi hijo

19 Nunca cometeré el mismo error que tú

20 El enfrentamiento

21 Descubrimientos

22 Los Protegeré

23 Seguros

24 El encuentro

25 Es hora de irnos

26 Fortaleza

27 No fui yo

28 Fin del caso

29 Solo un poco más

30 Partes de mí que perdí

31 Lo quiero todo

32 Sorpresa

33 Él me quiere

34 Plan

35 Noticia

36 Descubrimientos dolorosos

37 Sal de ese pozo

38 Un Caccini

Epílogo Nuestro “felices para siempre”

AGRADECIMENTOS

Dedicatoria

A todas las personas que, aunque heridas, tuvieron el coraje de creer en el amor nuevamente. Que esta historia sea un tributo a la resiliencia del corazón y a la belleza de las segundas oportunidades.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que al leer esta historia, sientas el cariño con el que la escribí para ti.
Paolo Caccini es un hombre que creció reglamentado y rodeado de frialdad y poder. En cambio, Amália es totalmente lo opuesto. Además, toda su fuerza se sumará a la dulzura de Henry. Cuando estos mundos colisionan, es transformador.

S. D. Marinho

01
Negociación con Bianchi

PAOLO CACCINI

—Mi respuesta sigue siendo “no” —afirmo, convencido, mirando a mi competidor y apartando el contrato sobre la mesa—. Esa propuesta es absurda. No renunciaré a los créditos de la nueva colección. No importa si venderemos bien o no, o incluso si eso serviría para nuestro restablecimiento.

El señor Bianchi tuvo la audacia de convocarme a una reunión en su oficina para ofrecerme un acuerdo abusivo. No abusivo por el dinero, sino por el honor. Con un informante infiltrado entre los empleados de mi empresa, se sintió amenazado y me ofreció el 90% de las ganancias a cambio de trasladar la producción y los créditos a su compañía.

—¿Está seguro? ¿Escuchó la parte en la que dije que solo obtendríamos beneficios? —cuestiona el anciano con tono airado.

—Señor presidente, ¿no le gustaría pensarlo un poco más? —Edy, mi asistente, susurra a mi oído.

—Sugiero que encuentren una forma más digna de sortear la situación. El honor de mi empresa no está en venta —afirmo, impasible, ignorando la sugerencia de Edy.

—¿Su padre está de acuerdo con esa decisión insensata, muchacho? —me pregunta Bianchi con desdén.

—Soy el presidente de la empresa; esa decisión me corresponde a mí. El consejo confió la presidencia en mí, quitándosela a mi primo, quien hizo un pésimo trabajo, ciertamente, al hacer negocios con usted. Así que sí, mi padre está de acuerdo. Con su permiso. Tengo un compromiso muy importante que no puede esperar. —Me pongo de pie, abrocho el botón de mi traje bajo la mirada atónita de mi competidor y camino hacia la puerta, seguido por mi asistente—. Esto ha sido una pérdida total de tiempo. ¿Cuál es mi siguiente compromiso? —Hago una señal para que Edy revise la agenda.

—Tiene tiempo libre, señor Caccini. Son tres horas libres —explica, siguiéndome con pasos rápidos—. Su próxima cita es a las 4 en punto.

—¿Lo ve? Es por eso que no lo despido: usted es eficiente y no consume todo mi día; siempre encuentra la forma de dejarme descansar. —Aflojo la corbata.

—Mi función es organizar y facilitar su vida, señor —afirma, orgulloso.

Edy lleva trabajando para mí varios años. Al principio contrataba a asistentes mujeres, pero ni

una sola dejó de intentar seducirme. Eso era un inconveniente. Soy hombre, por supuesto que me involucré con todas ellas. Pero a la mañana siguiente, las despedía. ¿Es mucho pedir enfocarse en el trabajo? Una de mis mejores estrategias profesionales fue contratar a un asistente hombre. El chico de piel clara, casi rojiza, y cabello rubio es muy eficiente; no solo por ser hombre, sino porque organiza mi vida mejor de lo que podría haber esperado.

Salgo del territorio del competidor y subo a mi vehículo. Edy ya se había adelantado para abrir y sostener la puerta para mí. Sentado en el asiento acolchado, observo la enorme estructura del edificio del que acabo de salir y me pregunto cómo se mantienen, ya que, por lo visto, pagan muy caro por la posición que ocupan.

—Al club —indico al chofer en cuanto mi asistente se instala a mi lado.

Mientras avanzamos por las avenidas, Edy repasa conmigo mis compromisos más importantes de la semana.

***

—Carlos. Arthur. Alessandro —saludo a mis compañeros de póker con una media sonrisa en cuanto me siento a su lado.

Soy un hombre satisfecho con la vida, que no gusta de perder tiempo en absoluto. Me agrada tener libertad para absolutamente todo, excepto para que me engañen. Por eso me encuentro en una sala privada del club, reuniéndome con mis amigos de toda la vida.

—Paolo, te estábamos esperando —dice Arthur, barajando las cartas.

—En realidad, Arthur estaba feliz antes de que llegaras, porque ya se creía ganador de la partida —bromea Carlos, y Alessandro suelta una carcajada.

—Bueno, lamento informar que he llegado —digo con aparente vanidad, mirando a Arthur, que refunfuña, indignado.

Una rubia exuberante, con un vestido muy sugerente, entra en la sala y se sienta en mi regazo. Pongo mi mano sobre su pierna y sonrío. Arthur y Carlos también están acompañados. Alessandro está casado y es fiel a su esposa, aunque no aparta la vista del escote de las damas de compañía.

Edy se sitúa a mi lado y, al cabo de un rato, me ofrece un vaso de agua. Jugamos algunas rondas, entre risas y quejas, conversando sobre economía y deportes, dos gustos que compartimos.

Cuando faltan 40 minutos para mi siguiente compromiso, me levanto de la mesa y me despido, como de costumbre, escuchando sus protestas.

—¿Podemos tomar una copa antes de que te vayas? —Alessandro me alcanza cuando estoy a punto de cruzar la puerta.

—¡Alessandro! ¿Te vas a rendir también? —pregunta Arthur desde la mesa.

—¿No puedo ausentarme ni dos minutos? Vamos, hombre, me gustan las mujeres —responde él en tono de broma.

Miro el reloj y luego a Edy, quien me devuelve una mirada significativa.

—Alessandro, ¿podemos dejarlo para otro momento? Ahora de verdad debo irme. Lo siento, amigo. —Le ofrezco la mano. Él duda unos segundos antes de estrecharla.

—¿Esta noche, entonces? Es importante.

—Sí. Te llamaré esta noche para tomar algo mientras hablamos. —Nos damos la mano y, por fin, puedo continuar mi camino.

***

Tras un día agitado y luego de cumplir con todas las obligaciones que figuraban en la agenda de Edy, me fui a mi apartamento y tomé un baño largo y relajante. Al recostarme en el sofá, me acordé de Alessandro y de lo sincero que parecía cuando insistió en hablar de un asunto urgente. Por eso lo estoy esperando, sentado en la barra del bar que suelo frecuentar, con un vaso de whisky en la mano.

En la televisión del bar están pasando un reportaje sobre economía y, para mi satisfacción, mencionan a Caccini Global. Llevamos un tiempo intentando recuperarnos de una crisis, y nuestras últimas estrategias han dado buenos resultados. Creo que pronto volveremos a liderar. Mi apuesta está puesta en nuestra nueva colección, que se lanzará en breve.

—¿Está solo hoy, señor Paolo? —me pregunta la mesera del bar, con una sonrisa de sorpresa.

—No sea atrevida y tráigame una ración de patatas.

—Disculpa la tardanza. —Alessandro me toca el hombro y toma asiento en el taburete a mi lado.

—No pasa nada. He empezado a beber solo. Espero que no te moleste. —Hago girar el contenido de mi vaso y lo bebo de un trago.

Alessandro respira hondo y hace una señal para que la mesera se acerque.

—Quiero dos tragos de tu bebida más fuerte —pide—. Uno para mí y otro para mi amigo.

La joven asiente, anota en su libreta y se aleja.

—¿La más fuerte? Mañana tengo que trabajar. ¿Olvidaste que soy el líder de una empresa en rehabilitación?

—Lo estás haciendo muy bien para reestructurar lo que tu primo derrumbó —Alessandro me mira con aparente respeto—. Por eso estoy seguro de que me escucharás.

—¿Tienes algún consejo de oro para mí? ¿Es eso? —pregunto, intrigado.

Él no está involucrado en negocios; su sector es otro.

Alessandro Passos es el tercer hijo de Flaviano D. Passos, el líder entre los agrónomos de nuestro continente. Por ser el menor, mi amigo no tiene responsabilidades en los negocios y solo se preocupa por disfrutar de la vida. Al menos, eso aparenta.

Anna nos sirve los tragos. Le damos las gracias y ella se retira.

—Se trata de la compañía Bianchi —Alessandro habla después de dar un sorbo generoso a su bebida.

Entorno los ojos, extrañado de que saque ese tema.

—¿Qué pasa con la compañía Bianchi? Curiosamente, tuve una reunión con el señor Bianchi hoy, pero no recuerdo haberlo mencionado en la partida de póker —cruzo los brazos—. Ahora estoy intrigado.

—No me gusta andarme con rodeos, seré directo contigo. —Se acomoda en la silla—. Firma el contrato que te ofreció el señor Bianchi. Será lo mejor que puedas hacer. Amigo, te lo digo como un amigo.

—Alessandro, explícame esto. ¿Ahora eres corredor de Bianchi? ¿Cómo sabes de esto? —pregunto, turbado.

—Tengo mis fuentes, lo suficientemente confiables para asegurar que la compañía Bianchi no aceptará un "no" por respuesta. Tienen recursos y socios que pueden hundir a Caccini Global. Amigo, no quiero verte huir con el rabo entre las piernas, por eso te pido que seas flexible.

—Alessandro, pasaré por alto la sorpresa que me produce estar hablando de esto contigo e iré al grano, tal como tú hiciste. Yo no hago tratos deshonestos, no me vendo, sobre todo cuando sé que no hay dinero que pague mis productos. ¿Sabes por qué? Porque el éxito no tiene precio. —Suspiro con lentitud—. Huelo el éxito.

—Paolo, eres muy terco. Luego no digas que no te lo advertí —niega con la cabeza, con la mirada entristecida.

—El honor no está en venta —afirmo, decepcionado con el tema.

—Espero que tengas razón en eso. —Se pone de pie, deja el dinero de la cuenta sobre la mesa y me lanza una última mirada—. Pero sabes que no solo el honor mantiene de pie a una empresa. El dinero, los recursos, los socios... todo cuenta. Y la compañía Bianchi juega sucio. Puedes resistirte ahora, pero al final podrías perderlo todo. Piénsalo. Me preocupo por ti.

Observo a Alessandro salir del bar y me quedo dándole vueltas a la situación. Lo que más me inquieta es la relación de mi amigo con Bianchi.

Termino mi bebida, pago la cuenta y me marcho, con muchas ideas en la cabeza, pero ninguna que implique que yo ceda.

02
El accidente

PAOLO CACCINI

Faltan dos semanas para que comencemos a producir nuestros productos, y nuestras acciones ya han subido un 70% con inversores de todo el mundo. Ya no hay vuelta atrás: el éxito está asegurado.

—No puedo esperar para celebrar —dice Leandro, mi primo, en cuanto lo pongo al día sobre los asuntos de la empresa.

Leandro presidió la compañía antes que yo y no hizo un buen trabajo, a pesar de haber tenido la mejor formación, al igual que yo. Creo que administrar está relacionado con el alma, un don, algo que siento que poseo. La garantía de ello es la sensación tan dulce y vibrante de la victoria, que está tan cerca.

—Paolo. —Vick, la esposa de mi primo y, lamentablemente, mi ex, se acerca a mí con una sonrisa.

Inmediatamente me pongo tenso y elevo todas mis defensas. Hace algunos años, antes de que ella iniciara una relación con Leandro, fui feliz a su lado. Tuvimos una historia en secreto que no me atrevo a contarle a nadie; la guardo solo para mí.

—Vick. —Asiento con la cabeza, mirándola con frialdad—. Con su permiso, tengo que irme. Tengo un compromiso urgente.

—¿Qué podría ser tan urgente a las diez de la noche? —inquiere Vick con burla.

—No conviene que lo diga frente a una dama como tú. —Le guiño un ojo y me alejo hacia la salida.

Me subo a mi moto, aún tenso por el encuentro con Vick. No siento nada por ella, pero cada vez que la veo, desde que terminamos, necesito acostarme con alguien justo después. Ha sido así todos estos años. Por eso estoy aparcando la moto frente al club nocturno que frecuento.

Al entrar al local, me siento en un sillón desde donde puedo ver a unas chicas haciendo pole dance. El ambiente es oscuro, con luces rojas que le dan un aire sensual. Más adelante hay algunas puertas que conducen a pasillos con habitaciones temáticas destinadas exclusivamente a servicios.

—Quiero una puta en la habitación 7 —le digo a doña Lua, la gerente del lugar, que ha venido a recibirme—. Pagaré el doble de lo que pida. —Sonrío victorioso. Me encanta pagar por sexo.

—Sí, señor. Hay una chica de cabello claro y ojos azules que parecen dos perlas. Se la mandaré.

Es nueva aquí y ha estado con pocos clientes. —La anciana, delgada y alta, sonríe.

Seguro que en su juventud fue una mujer hermosa, con su largo cabello oscuro y rasgos delicados. Ella misma se ha vendido mucho en la vida.

Me pongo de pie, hago un leve gesto de asentimiento y me dirijo hasta la segunda puerta, caminando directamente hacia la habitación 7. Una cama redonda y amplia está preparada con pétalos de rosas rojas sobre la sábana blanca. Velas aromáticas la rodean y, en el techo, hay un espejo que refleja todo lo que ocurre en la cama. Al fondo de la habitación hay una bañera de hidromasaje lista para usarse.

No pasó mucho tiempo antes de que entrara una chica que aparenta tener unos 21 años, cerrando la puerta a sus espaldas. Se queda parada, observándome con timidez. Aprovecho para fijarme en sus rasgos. Es bajita y tiene caderas anchas. Sus pechos están ocultos bajo el vestido que lleva puesto, pero noto que son pequeños. Viste un ajustado y corto vestido blanco y sandalias rojas de tacón alto. Su cabello es rubio y rizado, con suaves bucles largos que caen sobre su espalda y parte de sus hombros.

Es bellísima, sobre todo así, mirándome con esos ojos azules y labios rojos.

—¿Cómo te llamas? —me adelanto, al ver que ella no hacía nada.

—Melissa, señor.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin moverme.

—Estoy aquí para servirlo, señor. Haga conmigo lo que quiera. —Abre una leve sonrisa.

—¿Tienes algo en mente? —Me pongo de pie.

—No sé qué debo hacer, señor —murmura mordiéndose los labios.

—¿No lo sabes? Entonces, ¿qué haces aquí? —Sonrío con picardía.

—Soy nueva en esto, no sé muchas cosas. —Esconde los brazos detrás de la espalda.

—Entonces tenemos un problema. Me niego a pagar si no haces nada. Y sabes que estoy pagando el doble —le advierto.

La chica abre los labios para decir algo, pero se limita a sonreír. Camina hacia mí con pasos lentos y, cuando llega, acaricia mi rostro.

—Espero que le guste lo que voy a hacer —dice con un tono sensual.

Su cara sonrojada revela que está esforzándose. Me da pena. Tal vez debería hacer una buena acción y ahorrarle esto.

—¿Estás segura de que vas a venderte a mí? —Observo sus pechos expuestos en el escote.

—Sí. Usted me está pagando muy bien. —Sonríe, bajando la mirada.

—Quítate la ropa —ordeno, abriendo la cremallera del pantalón.

Será algo rápido. Cuando la chica está acostada boca arriba en la cama, con las piernas abiertas y la cabeza apoyada en la almohada, le pido que se ponga en cuatro. Hago todo sin detenerme, dándole palmadas en su trasero blanco. La penetro en su estrecha abertura hasta eyacular en el condón.

Enseguida me levanto, me quito el preservativo, lo anudo, lo guardo en el bolsillo del pantalón y me visto.

—Recordaré esta noche para siempre —dice ella con melancolía.

—Apuesto a que sí. Adiós, Melissa —respondo al salir, dejándola suspirando y con la mirada cargada de devoción.

Pago la cuenta y me voy hacia la moto con una sensación de derrota. Esa es la parte mala. Llego aquí sintiéndome poderoso, pero al irme me siento frustrado.

Al diablo. Al menos he satisfecho mi deseo por un tiempo.

Conduzco a casa a alta velocidad, aunque, como siempre, consciente y seguro de que no pasará nada.

Cuando estoy entrando en la calle que me llevará al condominio, aparece un coche rojo de la nada, saliendo del estacionamiento y dirigiéndose directamente hacia mí. Lo único que alcanzo a notar es una pegatina verde al costado del parabrisas. Solo tengo tiempo de asustarme. En ese segundo, toda mi vida pasa ante mis ojos. Mi madre se preocupará. ¡Mierda!

Oigo el estruendo del choque y todo se oscurece.

03
La propuesta

AMÁLIA DAVIS

Dos años después

Vivimos en un pequeño pueblo cercano a Milán, en Italia, que no llega a mil habitantes. Llevamos unos veinte años aquí, desde que tengo uso de razón. Crecí en esta casa espaciosa y fresca, donde la brisa recorre suavemente cada centímetro del suelo. Corrí por el amplio y verde jardín persiguiendo a mis primos, me caí, me escondí para no bañarme, me reí a carcajadas en la espalda de mi padre y descansé en el regazo de mi madre. Fui una niña con derecho a una verdadera infancia, gracias a mis padres, que convirtieron esta casa en un hogar tan acogedor. Por eso este lugar es tan importante para mí. Además, claro está, de ser todo lo que posee mi padre.

—No podemos perder la casa —digo, angustiada, mientras leo la correspondencia.

—Señorita, necesito que firme esto. Lo siento mucho. —El mensajero me tiende un bolígrafo.

—¿Cómo espera que firme? Simplemente no puedo. —Tengo las manos temblorosas—. No puedo firmar, señor —repito.

—Comprenda que, firme o no, lo cierto es que solo cuentan con cuarenta días para saldar la deuda con el señor Caccini. De lo contrario, la casa será el pago. Así está estipulado en el contrato. Su firma es tan solo una formalidad. Le pido que sea razonable y firme. —El hombre, de traje y corbata, esboza una sonrisa altiva.

—Ya le dije que no voy a firmar nada. —Cierro la puerta de golpe, demasiado asustada como para preocuparme de si estoy obrando bien o mal.

Corro por el pasillo hasta la habitación de mi padre y me dejo caer al lado de la cama. Lloro en silencio para no despertarlo. ¿Qué voy a hacer?

Hace un año sufrió un derrame cerebral. Ahora apenas habla, camina con dificultad y con gran trabajo logra alimentarse. Hemos sobrevivido gracias a la pensión que mi tío nos envía desde América, la cual apenas alcanza para comida, medicamentos y la factura de la luz. Despedí a todo el personal de la casa y desde entonces hago yo misma todas las tareas. Elaboro algunos bordados y los vendo a conocidas para conseguir algo de dinero y así comprar lo que haga falta.

“Las cosas no siempre serán fáciles, pero eso no es lo importante. Lo importante es que no dejes que las circunstancias te afecten. Mantente bien, pase lo que pase. No importa lo que suceda, siempre debes encontrar la forma de estar bien” —me dijo mi madre una vez, unos meses antes de que el cáncer se la llevara.

En aquel momento, yo no lograba comprenderla y sufría por adelantado. Los médicos nunca nos dieron esperanzas de que se recuperaría. Ella misma nunca me infundió esperanzas; solo se despedía continuamente y me pedía que no me aferrara a ello, pues era la ley de la vida.

Aún no logro entenderla. ¿Cómo podría estar bien con todo lo que está pasando? Soporto trabajar sin descanso, bordando y tratando de vender; soporto no tener ropa bonita para ponerme o un champú adecuado para mi cabello. Pero ¿cómo puedo sentirme feliz al ver a mi padre en tal estado y con deudas imposibles de pagar? ¿Cómo voy a sonreír sabiendo que, dentro de poco, estaremos en la calle?

Me levanto, con la mano sobre la boca, y salgo de la habitación para llorar con más fuerza. Odio tener que llorar, porque significa que ya no sé qué más hacer. Solo lloro cuando me siento desesperada.

No tengo a quién pedir ayuda. Mi tío hace lo que puede y no es mucho. Antes de esto, mi padre vivía de las comisiones de los negocios que cerraba para grandes empresas. No termino de entender cómo llegó a endeudarse con el señor Caccini, pero a estas alturas ya da igual.

***

Los días transcurren y ya he recibido otros dos avisos de desalojo. Algunos vecinos me han tranquilizado un poco, diciéndome que podremos quedarnos un tiempo en sus casas hasta que hallemos una solución. Eso nos daría la oportunidad de no acabar bajo un puente.

—Ya voy —digo en voz baja al percibir que alguien toca a la puerta.

Me seco las manos con la ropa, pues estaba limpiando el baño. Respiro hondo antes de girar el pomo. Estoy harta de estas notificaciones. Me quedo inmóvil al ver al hombre de unos sesenta años frente a mí. Siento miedo y rabia a la vez. Sé muy bien quién es.

—Señorita Davis, ¿me invitará a pasar? —pregunta el hombre, elegante, mirando con curiosidad el aspecto decadente a mis espaldas.

—¿Qué hace aquí? —pregunto con dificultad debido al nudo en la garganta—. Creo que todavía no ha llegado el día de ponernos en la calle, señor Caccini.

El hombre, con aires de arrogancia, lleva las manos a la espalda, adoptando una postura casi marcial.

—Le aseguro que lo que vengo a decirle es de su interés, señorita.

—Pues lo dudo mucho. Por favor, márchese. Esta casa aún no es suya. —Estoy decidida a no permitirle ganar la partida antes de tiempo.

—¿Qué le parecería no perder la casa? He venido a negociar. Si yo fuera usted, me invitaría a pasar.

—No tengo absolutamente nada que ofrecerle. ¿Se está burlando de mí?

Se produce un silencio de varios segundos.

—¿Cree que dispongo de tiempo para burlarme de la gente? No llegué hasta aquí de ese modo.

Si estoy aquí, es porque usted tiene algo que necesito mucho. Se lo pregunto una vez más: ¿me va a invitar a pasar?

—Entre —murmuro, con desconfianza.

El señor Caccini suspira y entra con ese aire de superioridad que lo caracteriza.

—¿Puedo sentarme? —Señala el sofá y yo asiento con un leve movimiento de cabeza.

—¿Cómo se encuentra el señor Davis?

—Está muy delicado y no puede trabajar para saldar su deuda con usted. No creo que le importe, de modo que vayamos al grano, por favor. ¿Cuál es su propuesta? —Cruzo los brazos, de pie frente a él, observándolo con atención.

—Siéntese —ordena él, y tardo unos segundos en obedecer.

—Antes que nada, le diré qué ganarán usted y su padre con este acuerdo. —Empieza a hablar y yo reprimo mis palabras, ansiosa. Dios, ayúdame, porque empiezo a sentir esperanza—. La deuda quedará completamente pagada, conservarán la casa y recibirán un salario generoso que les dará comodidad para el resto de sus vidas.

—¿Cómo dice? —Siento que se me empañan los ojos—. ¿Se está burlando de mí?

—¿Por qué es tan testaruda? Necesita aprender a dialogar —se queja.

—No creo en milagros. Veo muy difícil que logremos un acuerdo. De verdad, no tengo nada que ofrecerle.

—Tengo acceso a su historial médico. Sé que está sana y fuerte.

—¿Cómo dice?

—Es usted una joven hermosa y…

—¡No voy a venderme, señor Caccini! Prefiero vivir bajo un puente antes que hacerme prostituta. —Me pongo en pie, nerviosa y asustada—. Por favor, váyase.

—Señorita Davis, por favor. —Él se levanta también—. No se trata de eso en absoluto. ¿Me permite terminar?

—Lo siento. Siéntese, por favor —murmuro, recogiendo mi cabello tras la oreja.

—Hace dos años, mi único hijo tuvo un accidente y está en coma. Los médicos no nos dieron esperanzas de que despierte. Aun así, mi esposa y yo confiamos en que sucederá. Creo que un día se despertará, pero mientras tanto, debo ser racional. —El hombre suspira con tristeza. Es evidente lo delicado que resulta este tema para él.

—Sí, recuerdo cuando sucedió. Fue una noticia devastadora en el ámbito económico. Lo lamento, señor Caccini —comento, sin entender bien por qué me lo cuenta a mí.

—Seré directo, señorita: quiero un nieto. Quiero que lleve a mi nieto en su vientre. Es lo único que le pido para que todos sus problemas se resuelvan. Los de usted y los de su padre. Esa es mi

propuesta. Y permítame recordarle que no tiene salida. Aceptar esa propuesta sería lo más sensato para su supervivencia.

04
Magnolias

AMÁLIA DAVIS

—Yo… temo no haber entendido bien lo que acaba de decir —susurro mientras comienzo a dar pasos lentos por la sala, a causa de lo que él acaba de proponer.

—Señorita Davis, podría contratar un vientre de alquiler, pero no quiero eso. Quiero que mi nieto tenga una madre. Ya de por sí no tendrá a su padre y…

—Usted está loco —murmuro, con un sentimiento extraño en el pecho—. ¿Cree que es Dios?

—Ya hice mi propuesta. Tiene un plazo para pensarlo. El mismo plazo que tiene para pagar la deuda de su padre.

—¿Esto es un chantaje? —pregunto con la voz entrecortada.

—Debería verlo como una oportunidad. Además de resolver su vida, va a ganar un hijo. No hay nada más valioso que un hijo. Y él será el único heredero de Caccini Global. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? Es una oportunidad de oro, señorita Davis. Piénselo.

—Cuando tenga un hijo, será de manera natural y estaré casada, tal como Dios…

—Puedo hacer que se case con Paolo. Eso no es un problema.

—Está loco —repito, con rabia.

—Cuando se decida, llame a este número. —Deja una tarjeta de presentación a un costado del sofá.

—Llévesela, no la voy a necesitar. —Me dirijo a la puerta de la sala, la abro y la sostengo para que salga.

—Que tenga usted una buena tarde, señorita Davis. —Se pone de pie y, con la mirada perdida, observa los muebles y objetos de la casa—. Hasta pronto.

Él sale y cierro la puerta. Me asomo a la ventana y corro la cortina para verlo subir al auto. Un hombre bien vestido lo espera con la puerta del vehículo abierta.

Me dejo caer en el sofá, petrificada por la conversación que acabo de tener. Recuerdo que, hace dos años, Paolo Caccini fue noticia en todo el país. Un joven prometedor, con gran impacto en el mundo financiero, vio sus actividades interrumpidas por un accidente de moto que lo dejó en coma. Lo sé porque, en esa época, además de que la noticia apareció en los periódicos, mi padre me la comentaba. ¿Quién iba a decir que, dos años después, recibiría la absurda propuesta de engendrar un hijo suyo? Solo puede ser cosa de gente a la que le gusta jugar con la vida de los

demás.

Respiro hondo y me levanto. Es hora de darle leche a mi padre. Al tomar el frasco en mis manos, me doy cuenta de que solo quedan una o dos dosis.

Sacudo la cabeza al recordar la propuesta del señor Caccini. No es tan sencillo.

—Papá, ¿tienes hambre? —Contengo las ganas de llorar, acercándole el vaso de leche a la boca.

Está sentado frente a la ventana abierta de su habitación, contemplando el árbol de magnolias rosadas que tanto adoraba mi madre.

—Son tan hermosas —musita con voz cansada, forzando una sonrisa.

Le ayudo a beber un poco, pero se le cae el resto. Como ya lo tenía previsto, limpio enseguida con una toallita.

—¿Te gustaría salir un rato? ¿Quieres sentarte bajo el árbol?

Papá asiente con la cabeza. Sosteniéndose en mis hombros, avanza despacio hacia la puerta. Preparo la mecedora y lo ayudo a sentarse. Lo dejo allí solo para que disfrute de su propia compañía. A él le gusta. Estar bajo las magnolias le transmite calma. Supongo que le hace sentir más cerca de mi madre.

Lo observo sonreír con los ojos cerrados, completamente absorto en sus pensamientos. Me pregunto si tendrá idea de lo que estamos enfrentando. ¿Sabe que pronto tendremos que abandonar nuestra amada casa? ¿Estará despidiéndose de las magnolias?

Con el corazón oprimido y palpitante, sin pensarlo demasiado, corro al interior y cojo la tarjeta que quedó sobre el sofá. No tengo saldo en el celular, así que hago la llamada a cobro revertido.

—¿Sí? —contesta una voz joven y femenina.

—Necesito hablar con el señor Caccini. Soy Amália Davis.

—Ah, sí. Estábamos esperando su llamada.

Respiro hondo.

—¿Qué… qué tengo que hacer? —pregunto, cerrando los ojos.

—Mañana irá un coche a recogerla. Esté lista a las 9 de la mañana.

Terminamos la llamada y me tapo la boca con las manos. No puedo creer lo que estoy haciendo. Pero, si hay algo que pueda hacer para que mi padre siga siendo feliz, lo haré. El señor Caccini tiene razón: es mi única salida.

***

Veo por la ventana el coche que ha llegado a buscarme.

—No te preocupes, Amália, yo me quedo con tu padre —me asegura doña Lúcia, mirando también por la ventana.

La anciana de cabellos blancos ha sido de gran ayuda cuando la necesito. Solo puedo estar agradecida por estar rodeada de gente tan cariñosa. No pueden resolverlo todo, pero ayudan como pueden. Será maravilloso poder quedarme a su lado, cueste lo que cueste.

—Gracias. No tardaré. —Salgo por la puerta.

Camino con paso firme hasta el coche. No pienso en nada más que en cuidar a mi padre y en conservar nuestra casa. El conductor abre la puerta trasera para mí. Es un automóvil lujoso, negro, con los cristales tintados, parece una nave. Me siento insignificante dentro de él.

—Buenos días —digo para romper el silencio que, para mí, resulta incómodo.

Para mi desilusión, el conductor solo hace un leve gesto con la cabeza. Decido quedarme callada todo el trayecto.

Minutos después, el vehículo se detiene en el estacionamiento del edificio Caccini. Nunca había estado tan cerca para apreciar su magnitud. Es un edificio enorme, de un azul oscuro, revestido con vidrios espejados. Toda una obra de arte.

—Diga en recepción que tiene una reunión con el señor Caccini —me indica el conductor al abrir la puerta del coche.

Asiento con la cabeza y avanzo hasta la entrada del edificio.

La recepcionista, evidentemente, ya estaba al tanto de mi llegada. Ni siquiera esperé un minuto; me envió directamente a su despacho.

Salgo del ascensor y empiezo a ponerme nerviosa. ¿Y si todo esto resulta una broma de mal gusto? Después de todo, la propuesta es absurda.

Me siento avergonzada de estar aquí, pero ahora comprendo que, por la familia, somos capaces de muchas cosas.

—Señorita Davis, siéntese, por favor —dice el señor Caccini en cuanto entro en su oficina.

El hombre, que antes ya me parecía imponente, ahora irradia un poder casi tangible, sentado tras un escritorio digno de un emperador, frente a una gran ventana que ocupa casi todo el muro, ofreciendo una vista de la ciudad y de los coches que circulan abajo.

—Con su permiso. —Me siento, no sin antes fijarme en el segundo hombre que está en la sala.

—Le presento al señor Lorenzo Russo. Es mi abogado y nos ayudará con nuestro acuerdo —me explica el señor Caccini.

El abogado me tiende la mano y lo saludo, algo ansiosa.

—De hecho, me tomé la libertad de preparar el contrato según nuestra última conversación, señor Ricardo —dice, sacando unos documentos de su maletín.

—Muy bien. Excelente.

—¿Qué dice ese contrato? —pregunto, con la esperanza de opinar en algo.

—Por favor, léalo detenidamente. —El abogado coloca el papel delante de mí, sobre la mesa, y me tiende un bolígrafo.

—Estoy de acuerdo con todo —respondo tras revisarlo. No parece haber nada que me perjudique, salvo el hecho de que tendré la responsabilidad de llevar al niño a casa de sus abuelos cada semana—. Solo me inquieta que en el documento se especifique que el bebé será un varón. Creo que eso no está en nuestras manos, ¿no?

—La ciencia lo puede todo. Tranquilícese —comenta Ricardo con prepotencia.

—De acuerdo —murmuro, mordiéndome los labios mientras firmo el papel.

—Perfecto, ambas partes han firmado. —Lorenzo sonríe satisfecho cuando Ricardo Caccini le entrega el contrato.

No sé nada de niños ni me imaginé nunca teniendo uno, menos aún de un desconocido que permanece en estado vegetativo. Estoy asustada, pero si esto permite que mi padre siga descansando bajo el árbol de magnolias, lo haré.

—En cuanto a usted, señorita Davis, tendrá el placer de liquidar la deuda de su padre. Aquí está el dinero. —Ricardo me extiende un sobre.

—¿No podría simplemente condonar la deuda? ¿Hace falta someterme a esto? —No cojo el sobre.

—Hay ciertas cosas que deben hacerse. El hecho de que tome el dinero y pague usted misma la deuda será muy educativo para usted.

—Yo…

—¡No está a discusión! —brama, interrumpiendo mi protesta.

Tomo el sobre con las manos temblorosas.

—Gracias, señor.

—Dentro hay algo más de lo necesario. Acéptelo como un adelanto. Todos los problemas que iba a tener a partir de ahora han quedado resueltos. Enhorabuena, señorita Davis.

Asiento con la cabeza, conteniendo las ganas de llorar. No me siento bien con esto; siento que me he vendido.

—¿Cuándo tendré que…? —empiezo a preguntar.

—Mañana mismo iniciaremos los procedimientos —responde, sin dejarme terminar.

Vuelvo a casa tras haber solucionado el asunto de la deuda. Está pagada, pero ese sabor amargo en la garganta me impide sentir cualquier satisfacción.

05
Mis felicitaciones

AMÁLIA DAVIS

Han pasado cinco semanas desde que empecé con los exámenes y procedimientos. Pensé que tardaría más en realizarme la prueba de embarazo, pero aquí estoy a punto de sacarme sangre para ello. El señor Caccini ha estado presente en todas las consultas. Ha sido embarazoso. No vio mis partes íntimas, pero estuvo en la sala mientras el médico hacía su trabajo. Fue difícil relajarme.

—El médico dijo que hay muchas probabilidades de que haya funcionado. ¿Ha sentido algo distinto en los últimos días? —indaga, observando cómo la enfermera me prepara el brazo para la extracción de sangre.

—Bueno… es cierto que he tenido algunos mareos, tal como le relaté, pero no puedo asegurar que…

—Entonces las probabilidades son altas. Las semillas de mi hijo son fuertes. Seguro que ya está embarazada.

Permanezco en silencio y, justo en ese momento, siento el pinchazo de la aguja atravesar mi piel. La incomodidad aumenta cuando veo cómo fluye mi sangre.

Todavía no conozco a la señora Caccini. El señor Ricardo me ha dicho que ella no se enterará de nada hasta que se confirme el embarazo, pues no quiere darle falsas esperanzas. Su ilusión de ver a su hijo, Paolo Caccini, despertar disminuye día tras día. Ha sido duro para la pobre señora.

—El resultado saldrá en cuarenta minutos, señor —dice la enfermera antes de llevarse mi muestra de sangre.

Me levanto de la silla y voy hacia la zona de espera. El señor Caccini me sigue y se sienta a mi lado.

—Estamos a punto de convertirnos en una familia, señorita Davis —comenta mientras cruza las piernas.

Le sonrío, conmovida por su forma de ver las cosas.

—Me alegra que lo perciba así, señor.

—¿Usted no lo ve de la misma manera?

—Yo… me siento como una herramienta, un recipiente, un huevo… —mascullo, intentando dar con la palabra adecuada que describa lo que siento.

—Sepa que la escogí cuidadosamente. Lamento el modo en que llegamos a esto, pero estoy seguro de haber elegido a la mejor madre para mi nieto. —Descruza las piernas.

Aunque sus palabras sonaron amables, el tono fue firme.

Asiento con la cabeza y trago saliva, conteniendo las ganas de llorar. ¿Seré la mejor madre? Estoy posponiendo al máximo el momento de enfrentar mi conflicto interno.

—Vayamos a la cafetería a tomar algo mientras esperamos el resultado. Necesita estar siempre bien alimentada. —Se pone en pie.

Lo sigo por el pasillo de la clínica. Ya somos casi clientes habituales de la cafetería que hay allí, donde preparan los mejores sándwiches naturales.

Ricardo Caccini es un hombre amable, pese a no aceptar un "no" por respuesta. Da la impresión de que siempre busca el "sí" de forma muy convincente.

—Sírvale el sándwich más nutritivo que tenga hoy, y un zumo natural de naranja para acompañar —le pide al camarero que nos atiende.

Ricardo se parece un poco a mi padre, al menos en lo referente a cómo cuida de mí. En lo físico, en cambio, mientras que mi padre tiene el cabello claro, parecido al mío, y los ojos oscuros, el señor Caccini tiene el pelo castaño y los ojos azulados. Me pregunto si el bebé nacerá con rasgos de su abuelo paterno. Seguro que fue un joven muy apuesto.

Desvío mi atención del tema del bebé, como hago siempre que me sorprendo pensando en ello, y concentro la mente en la reforma que quiero hacer en la casa. Estoy segura de que mi padre se sentirá mejor si la pintamos. Es justo invertir nuestra pensión en la casa, después de todo lo que he tenido que hacer por ella.

—¿Usted no va a comer nada? —le pregunto cuando el camarero deja mi sándwich sobre la mesa.

—No tengo hambre. Buen provecho —dice con tono autoritario, y su teléfono comienza a sonar —. Con su permiso, debo atender.

Sola en la mesa, me doy cuenta de que yo tampoco tengo apetito. Aunque los sándwiches de este lugar son deliciosos, hoy, por alguna razón, no me apetece comer.

Unos minutos después, el señor Ricardo se acerca a mí con apremio.

—Ya tenemos el resultado, vámonos —dice, sin siquiera mirar mi plato intacto.

Caminamos deprisa por el pasillo. La ansiedad empieza a apoderarse de mí, y a medida que avanzamos, siento que me adentro en otra realidad.

—Deme el resultado —le pide el anciano a la recepcionista.

Como ya es un cliente habitual en la clínica, ella sabe perfectamente de qué habla.

—Lo tiene el doctor. Por favor, vayan a su despacho —responde con una sonrisa, señalando el pasillo.

El señor Ricardo, impaciente, me dirige una mirada autoritaria. Eso significa que tengo que seguirlo.

—Siéntese, por favor, señor Caccini —nos dice el médico cuando entramos.

—Sin rodeos. Necesito el resultado. —Toma asiento—. ¿Mi nieto viene en camino?

—Tengo el placer de informarle que la prueba dio positivo. Lo logramos. —El doctor le entrega un sobre y él lo abre con premura, revisándolo al instante.

—¿Esto es correcto? ¿Está seguro? —pregunta, de pie, sin apartar la mirada del papel.

—Sí. Se lo garantizo.

Me siento en la silla más cercana, que es la que él ocupaba antes. Mis piernas temblorosas no podrían sostenerme.

—Mis felicitaciones, señorita Davis. —Coloca una mano sobre mi hombro y esboza una leve sonrisa de satisfacción.

Asiento con la cabeza como respuesta.

Pongo mi mano sobre mi vientre y me reprocho no haberme percatado de que ya no estoy sola en mi cuerpo.

—Ahora solo nos queda hacer el seguimiento del embarazo con consultas mensuales y programar la fecha del parto —explica el doctor.

Los dos hombres presentes continúan charlando emocionados, pero yo dejo de prestarles atención. Estoy demasiado ocupada con mis propios pensamientos. Parece que la realidad me golpea ahora con toda su fuerza. Trago saliva. Recién empiezo a comprender lo que he hecho. Ya no podré apartar de mi mente el hecho de que seré madre.

06
Bienvenido

AMÁLIA DAVIS

Han pasado cinco meses desde que confirmamos el embarazo. Mi padre comprende lo que está sucediendo. En cuanto lo descubrí, me atreví a informarle que, de ahora en adelante, no seríamos solo nosotros dos. No me miró con reproche; al contrario, sonrió. Papá casi no habla, así que no sé si le preocupa algo. Cuando intento conversar un poco con él, noto que prefiere mantenerse en silencio. Supongo que ya ha trabajado demasiado en la vida y se ha preocupado lo suficiente. Ahora ha llegado su momento de simplemente vivir y disfrutar de la tranquilidad y paz que siente cerca de las magnolias.

En estos cinco meses, he cambiado bastante; no físicamente, porque aún no se me nota el vientre, sino interiormente. Antes era más fuerte y más segura de todo, pero ahora estoy ansiosa y con miedo al futuro. Me asusta haber hecho algo terrible al traer al mundo al hijo de alguien que ya no existe. Mi bebé todavía no nace, pero vive mucho mejor que su padre, pues lo siento moverse en mi vientre con pequeñas pataditas que muestran su vitalidad.

¿Cómo será cuando tenga que explicarle que su padre no lo planeó, no lo deseó y que ni siquiera sabe de su existencia?

Por lo que sé, Paolo Caccini se había hecho una vasectomía y guardaba su semen congelado, porque no quería ser padre sin reflexionarlo bien. Eso ya dice mucho sobre lo que habría pensado respecto a un hijo.

El nombre del bebé lo elegirá la abuela paterna. Aún no he conocido a la señora Caccini. El señor Ricardo me ha explicado que ella prefiere ver a su nieto solo cuando nazca y después de que se haga una prueba de ADN que confirme que mi bebé es hijo de Paolo. Creo que no entiende mucho de ciencia. La inseminación es un procedimiento sencillo y normal. Por su parte, el señor Ricardo sigue acompañándome a todas las revisiones médicas.

En dos semanas estará listo el cuarto del bebé que él mandó hacer a la mejor empresa de muebles del país. He desarrollado un leve cariño por él. Aunque sea de forma controladora, el señor Caccini se ocupa de mí, y eso me ha importado bastante, porque a menudo me siento sola ante la vida; no en cuanto a compañía, pues los vecinos siempre están cerca, sino sola en esta situación. Tenerlo a mi lado en las consultas y en los ultrasonidos significa mucho. Es evidente cuánto sueña con ese niño. Se emociona cada vez que escuchamos el latido de su corazoncito. En esos momentos, dejo de sentirme tan equivocada y me siento importante, como si de veras estuviera haciendo algo bueno de lo que no solo yo y mi padre nos beneficiaremos.

Una oleada de sentimientos me tiene navegando entre la razón y la emoción. Ya he bordado numerosos pañuelitos y ropitas para mi hijo.

Cuatro meses después

La cesárea estaba programada para el 28 de mayo, dentro de quince días. Sin embargo, aquí estoy, camino a la maternidad en un taxi, casi muriendo por las contracciones. El dolor llegó de repente y la bolsa se rompió de la nada. Estoy segura de que el señor Caccini se enfadará por no haberlo informado de inmediato. Pero no fue mi culpa. Su teléfono comunicaba y, hasta hace unos minutos, mi única preocupación eran los dolores insoportables. No pensé en nada más que en llamar a un taxi y tomar la bolsa del bebé que llevaba semanas preparada. Después de todo, siempre supe que, con frecuencia, los varones nacen antes de la fecha prevista.

—¡Ay! ¡Esto duele! —me quejo con un débil gemido, estirándome hacia atrás y retorciendo las piernas en el asiento del auto.

—Ya casi llegamos, señorita. Por favor, aguante un poco más —me anima el conductor, mirándome angustiado por el retrovisor.

—Estoy bien —intento disimular mi angustia.

—Cuando sienta dolor, puede quejarse. Grite, si lo ve necesario. Así se distraerá un poco y el dolor será más llevadero —comenta, mirándome a los ojos a través del espejo.

—Nunca había oído ese consejo —digo, respirando hondo.

Mi corazón late con fuerza y estoy asustada, porque sé que en pocos segundos volverá otra contracción.

—Me llamo Enzo. Estoy aquí con usted y, en breve, estará en la maternidad. Por suerte, Milán queda a pocos kilómetros —dice, cambiando de marcha y pisando el acelerador.

Asiento con la cabeza al tiempo que sobreviene otra oleada de dolor.

—¡AHH! ¡DUELE DEMASIADO! —grito, presionando la parte baja de mi vientre.

—Así es, grite si quiere.

El trayecto hasta Milán transcurre de ese modo.

Al llegar a la maternidad, algunos empleados me reconocen, porque estuve aquí varias veces con el señor Caccini para conocer las instalaciones y aprender sobre los cuidados de un recién nacido.

—Señorita Davis, ¿dónde está el señor Caccini? —me pregunta un enfermero mientras me acerca una silla de ruedas.

—No pude avisarle. Me dolía tanto que solo me dio tiempo de llamar al taxi —explico, con el ceño fruncido por la preocupación.

—De acuerdo. Le pediré a alguien que se ponga en contacto con él de inmediato.

Me llevan a la sala de exámenes para ver si estoy dilatando. Resulta que ya llevo casi cinco centímetros. Podría tener un parto natural sin problemas en pocas horas, ya que el bebé está bien posicionado.

—Doctor, yo no quiero un parto natural. No puedo tener un parto natural. Fue un embarazo por inseminación y no puedo… —intento explicar, aterrada.

Este no es el médico que conoce mi situación, y eso me asusta.

—No se preocupe, todo irá bien —dice, anotando algo en la historia clínica—. Le asignaré una habitación para que una enfermera la vigile hasta que nazca el bebé.

—No, tiene que ser cesárea —insisto.

—¿Está ya lista la sala de cirugía? —se oye la voz del señor Caccini al entrar.

Suspiro aliviada. ¿Cómo iba a aceptar un parto natural siendo virgen? Ese dilema me acompañó durante todo el embarazo. A pesar de que sabía que el plan era una cesárea, el miedo nunca me abandonó.

La llegada del señor Ricardo me tranquiliza un poco; me hace sentir arropada, aunque el miedo sigue presente. Al fin y al cabo, en nueve meses he avanzado por un camino sin retorno y desconocido.

***

Cuando oigo el llanto de mi pequeño, mi corazón se llena de una ternura que nunca antes había sentido. Aunque estoy mareada por la anestesia, nada empaña la grandeza de este momento. No puedo contener las lágrimas cuando el doctor me muestra la carita de mi bebé. Aunque solo sea un instante fugaz, el mundo se detiene y descubro el verdadero sentido de todo.

—Bienvenido, nieto mío. Eres maravilloso —dice el señor Ricardo, sonriente, sosteniendo al bebé de cabello oscuro en sus brazos.

—Mi niño —susurro con la voz quebrada por el llanto.

Quiero tenerlo conmigo. Deseo tomarlo en mis brazos y acurrucarlo contra mi pecho. Sin embargo, en el segundo en que él nació, comprendí, al ver la mirada del señor Caccini, que no es solo mío. No soy una madre normal, con derechos normales. Me vendí, y ahora tengo que compartir a mi hijo, sin protestar.

***

07
Siéntete como en casa

AMÁLIA DAVIS

Los tres días que he pasado aquí han sido largos y agotadores. Lo único bueno es que he podido estar a solas con mi bebé en varios momentos, cuidarlo y admirar sin cansarme cada uno de sus rasgos: la piel blanca, el cabello lacio y oscuro, los labios bien dibujados y los ojitos azules, ligeramente rasgados. Mi hijo es bellísimo. Hago todo lo posible para que se alimente de mi pecho, pero le está costando y he tenido que recurrir al biberón para que no pase hambre. Aun así, no me rindo.

—Mi padre debe de estar extrañado por mi ausencia —comento mientras salimos de la maternidad camino al automóvil.

Una enfermera empuja la silla de ruedas en la que voy sentada y el señor Caccini lleva a mi bebé en brazos, a mi lado.

—Lo siento, señorita, pero no se dirige a su casa —dice el anciano sin siquiera mirarme.

No tengo que preguntarle nada. Sé a dónde vamos, aunque no lo diga.

—Mi padre. Él… —balbuceo, con la mirada perdida, mientras me empujan en la silla de ruedas.

—Habrá un cuidador encargado de atenderlo. No se preocupe —me corta el señor Caccini, como si todo estuviera resuelto.

Llegamos al coche y, con ayuda de la enfermera, me siento junto a la sillita del bebé. El señor Ricardo se instala al otro lado, dejando a mi hijo en medio. Lo cubro con una manta en la que se lee: “L’amore della madre”. Es una de las muchas que bordé con cariño para él.

—¿Así va a ser todo? —pregunto en cuanto el señor Ricardo da la señal para que el conductor arranque.

Él sujeta la manija sobre la ventanilla y mira el paisaje del exterior. El sol se refleja en su rostro, obligándolo a entornar los ojos.

—¿De qué habla, señorita? —replica sin volverse hacia mí.

Trago saliva.

—Usted me está llevando a su casa sin preguntarme antes… —alcanzaba a decir, pero me detengo al ver la expresión severa que él adopta al mirarme.

—Señorita Davis, ¿cuál es el problema? ¿Necesita más dinero? —contraataca.

—No, necesito ir a mi casa —replico, apoyando mi mano sobre la sillita, molesta por su forma de expresarse—. Tengo que estar al lado de mi padre. —Contengo las ganas de derrumbarme.

—Usted no es una prisionera. Puede volver a su casa y permanecer con su padre.

—¿De verdad? Muchas gracias, señor —suspiro, aliviada.

La verdad temía encontrarme en un callejón sin salida.

—No obstante, así como usted necesita estar con su padre, mi nieto necesita estar junto a su padre también. —Vuelve a mirar por la ventanilla.

—¿Quiere decir que debe permanecer con el hombre que lleva tres años en coma y que nunca sabrá que tiene un hijo? ¿De qué sirve eso? Usted no puede… —protesto, sin saber si tengo derecho a hacerlo.

—Sí, es un hombre en estado vegetativo, pero es su padre, y eso no puede cambiarse. Espero que no tengamos un problema. Me gusta usted y quiero que sigamos llevándonos bien.

—Está bien, señor. Entiendo. Me quedaré con mi hijo, ya sea en su casa o en la mía. Quiero estar con él —digo con un nudo en la garganta.

Permanecemos en silencio. Me remuevo un par de veces cuando el coche pasa por baches y siento que me duelen los puntos de la cesárea.

Ahora temo al futuro más que antes, más que cuando temía perder la casa. No sé qué va a pasar. ¿Me he convertido en una marioneta? Solo sé que no me separaré de mi bebé. No podría hacerlo.

Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos. Sería tan bueno que el padre del bebé despertara de repente. Estoy convencida de que él me dejaría en libertad y no sería tan controlador como el señor Ricardo. Dado que Paolo no deseaba tener hijos, seguro me pediría que saliera de su vida con mi bebé.

¿Qué estoy pensando? No puedo quejarme. ¿Cómo puedo ser tan hipócrita?

***

—Siéntase como en casa. Margareth le enseñará su habitación y la del niño. Pronto nos reuniremos para hacer el registro. Ya he preparado todo —anuncia el señor Ricardo cuando entramos por la imponente puerta de su mansión.

Vive en una urbanización de lujo. Estoy convencida de que su casa, de estilo colonial, ocupa al menos una tercera parte de ese complejo residencial. Todo ello me intimida aún más. Me siento insignificante e incapaz de revertir mi situación. Además de no tener derechos, carezco de medios para enfrentarme a él.

—De acuerdo, señor. Como usted diga.

Él se aleja, yendo hacia el extremo opuesto al pasillo por el que debo seguir. Camino con pasos vacilantes tras Margareth, la que claramente es el ama de llaves, llevando a mi niño en brazos.

—Esta será su habitación, señorita —dice la mujer, con las manos juntas al frente y un tono

formal.

La señora, de pelo canoso recogido en un moño, viste un uniforme blanco y negro (falda y chaqueta). Ese peinado le da un aire aún más enigmático.

—Entendido —respondo con desgana, bajando los hombros.

—El cuarto del bebé está al lado —agrega señalando a la izquierda.

—Muy bien —suspiro.

Ella me observa de arriba abajo durante unos segundos, como si me acusara de algo.

—Si necesita algo, no dude en avisarme —añade, con voz de mando.

Asiento levemente, tratando de mantener una compostura que no tengo. La veo marcharse y enseguida cierro la puerta con llave. Recorro con la mirada la habitación y no me reconozco en nada. Nada de esto va conmigo. No siento que sea mi hogar. ¿Cómo podría?

Todo es lujoso y de la mejor calidad. Los muebles de madera tallada con detalles minuciosos evidencian el esmero con el que fueron seleccionados.

Recuerdo que mi bebé dormirá aquí al lado y me pregunto para qué servirá entonces su cuarto en mi casa. ¿Regresaré algún día allí? Solo han pasado tres días desde que salí de casa de parto rumbo a la maternidad, pero ya siento una profunda nostalgia de mi hogar.

Respiro hondo y me siento en la cama, contemplando a mi bebé. Duerme plácidamente en mis brazos, sin prestar atención al mundo que lo rodea.

—Eres tan hermoso —murmuro, acariciando con cuidado su cabecita llena de pelo—. No me apartaré de ti, mi amor.

Lo habría llamado Bernardo. Me encanta ese nombre y creo que le sentaría muy bien. Sin embargo, sé que amaré el nombre que le ponga la señora Caccini, sea el que sea. Para mí, ha sido una falta de interés de su parte el no haberse presentado en cuanto nació o, al menos, no habernos esperado aquí en casa para conocerlo en la entrada. Sé que está bien de salud, y la única causa que entendería para que no viniera sería una imposibilidad real. Eso me inquieta. ¿Dónde estamos? ¿Con quién estamos?

***

No ha pasado mucho tiempo desde que llegamos, y ya me han convocado para inscribir al niño. Apenas tuve tiempo de cambiarlo y echar un vistazo por la ventana. Mis manos sujetan con fuerza la mantita azul. El pequeño rostro asoma entre los pliegues de la tela, y solo ver su expresión me llena de ternura y me da el valor necesario para mantenerme en pie mientras camino detrás del ama de llaves, que avanza con paso firme.

Los ojitos de mi bebé, muy abiertos, parecen aclararse más cada día. Mira todo a su alrededor, como si en realidad le interesara el paisaje. Todo es nuevo para él, y me corresponde protegerlo y prepararlo para este mundo tan injusto.

—¿Se puede saber a qué se debe tanta demora? Debe ser más puntual cuando la llamen,

¿entendió?

El vello de mi cuerpo se eriza con la voz áspera del señor Caccini en cuanto llego a la sala.

—S-sí, s-señor. Yo solo… —pierdo la noción de dónde estoy, asustada por su brusquedad.

—Entrégueme al niño. ¿No ve que su abuela está ansiosa por conocerlo? —extiende los brazos para que le dé al bebé. Titubeo un instante.

Reparo en la presencia de una mujer refinada, llena de joyas, con un peinado voluminoso y la nariz bien levantada. Sin duda, es la señora Caccini. También está presente el abogado.

—Yo… —intento balbucear algo por instinto, pero la mirada intensa del señor Ricardo me obliga a ceder. Le entrego a mi hijo y retrocedo unos pasos.

El señor Caccini acerca al bebé a su esposa, sentada en el sofá. Ella finge no notar mi presencia. Me rehúso a que me ignoren.

—Mucho gusto, señora. Soy Amália Davis, la madre de su nieto —tiendo la mano, pero como ella sostiene al niño, termino quedándome con la mano en el aire, como una tonta, y la retiro—. Espero que tengamos una… buena… relación —musito, sintiéndome ridícula al ver que ni siquiera me mira.

Aprieto los labios y me aparto, con los dedos entrelazados, incómoda por haber hablado sola.

—Estoy segura de que nos llevaremos bien, Amália —para mi sorpresa, dice al fin, obsequiándome una mirada fugaz antes de concentrarse otra vez en el pequeño que sostiene en brazos.

Trago saliva y asiento. Esta casa es extraña. Recién ahora percibo la oscuridad que se esconde bajo este techo.

—¿Empezamos con el proceso de registro? —propone Lorenzo Russo, el abogado, para aliviar mi bochorno.

Me encantaría saber los detalles de cómo se hará todo, pero me siento muy incómoda aquí. Finalmente me entero de que el nombre elegido para mi hijo será Henry, por su significado de “príncipe del hogar”. La señora Caccini lo ha dejado claro. Estoy completamente enamorada de ese nombre. Henry, mi príncipe.

—Edy, ¿todo bien con Paolo? —pregunta el señor Ricardo a un hombre que acaba de aparecer en la puerta. Es un chico de tez blanca, mejillas enrojecidas, cabello rubio y mirada tranquila.

—Sí. Está listo para recibir visitas, señor —responde Edy, con un tono que casi suena militar.

—¿Recibir visitas? —pregunto, desconcertada—. ¿A qué se refiere con “recibir visitas”?

—No seas grosera, chica. El hecho de que esté en estado vegetativo no significa que no lo tratemos como a un ser humano normal —espeta con frialdad la señora Caccini.

—No pretendía ser descortés, solo…

Todos pasan delante de mí y salen del salón, dejándome con la palabra en la boca.

Solo estoy asustada, maldita sea. Al fin y al cabo, todo esto es nuevo para mí también y todavía no tengo a nadie que me proteja.

08
Este es papá

AMÁLIA DAVIS

Cierro los ojos y me llevo la mano al pecho, intentando calmarme. Este primer encuentro ha sido aterrador, pero necesito aprender a sobrevivir en esta casa, dado que, al parecer, pasaré aquí bastante tiempo.

Me enderezo y sigo por el pasillo por donde fueron ellos. Avanzo, pasando por varias habitaciones, y oigo voces más adelante. Me detengo ante la puerta y escucho lo que dicen, no por curiosidad, sino para reunir el valor de entrar. ¿A dónde se fue mi coraje de segundos atrás?

—Este es papá, Henry —dice la señora Caccini con voz melosa.

Mi corazón se llena de alegría porque, por más mal que me traten a mí, ellos aman a Henry. Eso me hace feliz.

Me apoyo en la pared y cambio de idea acerca de entrar. Debo respetar este primer contacto de su hijo con el padre. La señora Caccini tiene razón: no es solo porque Paolo está en estado vegetativo que no deba ser tratado con respeto. Y, además, nadie me ha invitado a pasar.

***

Han transcurrido quince días, y no han sido mejores que el primero. El señor Caccini se muestra un hombre totalmente distinto a como era antes, y la señora Caccini apenas me presta atención. Recibo mucha ayuda con Henry, que tiene tres niñeras; así que casi no logro ocuparme de él, aunque, por supuesto, busco la manera de estar siempre cerca de mi hijo. Aun sin gustarme mucho esa situación, debo admitir que la ayuda resulta útil por un lado. Ya me quitaron los puntos de la cesárea, pero aún siento dolor y apenas puedo moverme. Sé, sin embargo, que podría arreglármelas bien, como la mayoría de las madres.

Muero de nostalgia por mi padre. Solo pude visitarlo una vez, a escondidas, y a mi regreso el señor Ricardo me regañó por haber salido en mi estado.

Me limito a quedarme en mi habitación. Rara vez salgo al jardín para tomar un poco de sol, y como sola, pues no me invitan a unirme al matrimonio. A veces logro distraerme bordando para fingir que sigo siendo la misma de antes.

Todos los días llevan a Henry al cuarto de su padre, justo después de que salga el cuidador y el fisioterapeuta. Para mí, el hombre que permanece en esa habitación es un gran misterio. A pesar de haber visto alguna foto suya en los cuadros de la sala, no presté atención a los detalles para no parecer curiosa. No me siento en casa.

Alguien llama a la puerta de mi cuarto y, con mi hijo en brazos, me levanto con cuidado para no hacer un mal movimiento.

—Señorita Amália, la señora Rose desea verla de inmediato —anuncia Margareth en cuanto abro la puerta.

—¿Verme? De acuerdo, ahora voy. —Entro en la habitación para buscar el pañuelo de Henry.

—Deje al bebé conmigo, señorita. Yo lo cuidaré —dice Emma, una de las niñeras, tendiéndome los brazos cuando estoy por salir.

—Prefiero llevarlo conmigo. Gracias —le sonrío con prisa.

Camino hacia el vestíbulo sosteniendo a mi hijo con cuidado. Si Rose quiere hablar conmigo, la presencia de su nieto podría ayudarle a recordar que soy la madre y merezco respeto.

—Con permiso, señora —digo, de pie a su lado.

Está leyendo una revista, sentada en una de las mesitas del jardín interior.

—Siéntate, querida —dice, cerrando la revista y dejándola sobre la mesa.

Me siento, nerviosa.

—¿Quería hablar conmigo? —fuerzo una sonrisa, meciendo al bebé que empezó a refunfuñar.

—Me gustaría saber: ¿tienes algo en contra de mi hijo? —pregunta con franqueza, mirándome como si fuera una delincuente.

—¿Por qué lo dice? Yo no…

—¿Acaso padece alguna enfermedad contagiosa de la que no me haya enterado?

—¡No! Señora Rose, ¡cálmese!

—Entonces dime por qué aún no lo has ido a ver. ¿Crees que no es digno de tu presencia? ¿Te crees mejor que él?

—Yo simplemente estaba esperando…

—Sepas que, aunque esté vegetando, es mucho más importante y poderoso que tú —respiro hondo y decido callar, pues ni me escucha ni me da oportunidad de explicarme—. A partir de hoy, debes ir a visitarlo. Es importante que seas tú quien mantenga a Henry cerca de su padre. Así el niño relacionará una cosa con la otra. ¿Entendido?

—Claro. Sin problema… —mascullo, estupefacta por esa conversación tan absurda.

Por supuesto que quiero visitar a Paolo Caccini. Mi curiosidad e interés por conocerlo aumenta cada día. Solo estaba esperando que me invitaran; al fin y al cabo, desde que llegué, se han mostrado cerrados a cualquier relación conmigo. ¿Cómo iba a entrar en la habitación cerrada de Paolo sin invitación? Quizás parezca ingenua, pero no me siento a gusto en esta casa. ¿Cómo podría?

—Mi hijo es fuerte. Si sigue vivo, es porque todavía no ha renunciado. Y si algún día despierta, ¿has pensado en lo que te puede pasar? ¿Crees que le hará gracia saber que lo has ignorado?

—Señora, está siendo extremadamente grosera. Está diciendo cosas que no son ciertas —me pongo de pie—. Discúlpeme, pero estoy harta. Este no era el trato. —Mis ojos se llenan de lágrimas de frustración—. Debería estar con mi padre. ¿Qué hago en una casa donde todos me odian?

—Guárdate las lágrimas; no sirven de nada. Créeme, lloré meses junto a mi hijo y no funcionó.

—¿Qué tiene que ver? —pregunto, confundida.

—Lárgate. No soporto ver a nadie llorar delante de mí.

Con las piernas temblorosas tras semejante conversación, me alejo de ella con la amarga sensación de estar sufriendo una gran injusticia. Esa señora no está muy cuerda. Nadie en esta casa lo está. Ni siquiera los empleados. Todos parecen contagiados por la locura del matrimonio Caccini. La verdad es que el único que me parece más normal, dentro de lo que cabe, es el abogado Lorenzo Russo. Las pocas veces que lo veo es siempre respetuoso, y suelta frases como “hola, señorita Davis” y “hasta pronto, señorita Davis”. Es el único que me trata bien.

¿Cómo pretendía la señora Rose que irrumpiera así, sin más, en la privacidad de su hijo, estando yo en la situación en que vivo?

Regreso a mi cuarto y comienzo a pasear de un lado a otro, sosteniendo al bebé en mis brazos. Necesito salir de esto. No era esto lo que acordamos.

***

09
Soy Amália Davis

AMÁLIA DAVIS

—Por favor, baje la voz —me reprende el señor Caccini desde detrás de su escritorio.

He venido a enfrentarlo y a luchar por mis derechos.

—No puede negar que esto es una injusticia —repito con más calma—. Disculpe si parezco insensata, pero estoy al borde de volverme loca. Usted fue a mi casa y me prometió el cielo. La forma en que me hizo aquella propuesta no coincide con la realidad.

—¿Le falta algo? —Arroja sus anotaciones sobre la mesa.

Respiro hondo.

—Necesito llevar a Henry a mi casa. Mi padre me necesita. En cuanto a Henry, lo traeré con regularidad y no voy a separarlo de ustedes —argumento.

—De momento, no. Podemos negociar eso cuando el niño cumpla un año.

—¿Negociar?

—No olvide que tenemos un contrato. Y no olvide que tengo los medios para hacer que no vuelva a ver jamás a mi nieto.

—¿Quién es usted y cómo pudo engañarme tanto sobre su supuesta generosidad?

—No se trata de generosidad, señorita Davis, sino de paciencia. Es lo que he tenido con usted.

—Mi padre siempre me decía que leyera la letra pequeña de los contratos. Ahora entiendo por qué.

—Su padre estaba en lo cierto.

—Bien. Pero, al menos, dígame que puedo salir a pasear con mi hijo. Dígame que no soy una prisionera aquí —le pido con la voz entrecortada.

—Claro que no es una prisionera. Puede pasear con el niño, siempre y cuando una de las niñeras los acompañe y regrese a tiempo para la cena.

—De acuerdo —bajo la cabeza y entrelazo las manos.

Me giro para salir del despacho, pero el señor Ricardo me llama antes de que pueda tocar el pomo de la puerta.

—Piense que no hay forma de cambiar esto. Así son las cosas, y no pueden ser diferentes —

vuelve la vista a sus asuntos.

Asiento y salgo. Algo es algo: he ganado la libertad de salir con Henry. Bueno, libertad a medias, pues debo ir con la niñera.

Mientras vuelvo a mi cuarto, me topo con Edy, el acompañante de Paolo.

—Perdón —dice, pasando con prisa.

—Yo… —me apresuro a hablar para que se detenga a escucharme—. ¿Cuál es el mejor horario para visitarlo?

—¿Al señor Paolo?

—Sí. Quiero verlo.

—Los martes y jueves, a cualquier hora después de las diez de la mañana. Por la mañana, su agenda está llena todos los días. Ya sabe, higiene y terapia física.

—Ah, de acuerdo. Muchas gracias —sonrío. Él me corresponde y sigue su camino.

Me pregunto por qué solo puedo verlo martes y jueves. ¿Tiene una agenda ocupada estando en coma? Bueno… Hoy es sábado. Eso quiere decir que tendré que esperar tres días para conocerlo. Me alegra que todos los días tenga un rato en su "agenda" para estar con su hijo.

***

Desciendo del coche con mi pequeñito en brazos. Hoy el día ha amanecido soleado, un sol "feliz" que parece sonreírme mientras hago el esfuerzo de mirarlo de frente.

—¡Amália! —me recibe doña Lúcia en la puerta de mi casa—. ¡Niña, cuánto tardaste! ¿Dónde te habías metido? Déjame ver al bebé, que aún no he podido conocerlo.

Alzo un poco la mantita que cubre el rostro de Henry sobre mi regazo.

—¡Por Dios, qué cosita tan hermosa es este bebé! —exclama ella con entusiasmo, y yo sonrío, orgullosa—. Amália, no se parece en nada a ti.

—Señorita, ¿no sería mejor salir del sol? —pregunta Clarissa detrás de mí—. El sol podría ser perjudicial para el niño.

—Ah, sí —respondo, sintiéndome algo incómoda, y entro en la casa.

—No seas tan melindrosa. Un poco de vitamina D le vendrá de maravilla al pequeñín —murmura doña Lúcia, y en secreto le lanzo una mirada de advertencia.

Prefiero no arriesgarme a que algo negativo llegue a oídos del señor Caccini.

—De verdad lo siento mucho. Le agradezco que siempre esté aquí. Pronto todo volverá a la normalidad y podré estar al lado de mi padre otra vez —digo, entrando en casa.

Con Henry en sus brazos, doña Lúcia apenas me escucha. Sus ojos brillan contemplando a mi niño.

—¡Qué preciosidad! —le acaricia las mejillas.

—Clarissa, siéntate y ponte cómoda, por favor. Iré a ver a mi padre. Con permiso —le sonrío y las dejo en la sala con Henry.

Estoy ansiosa por mostrarle el bebé a mi padre, pero primero quiero ver cómo está él. Se me parte el corazón al pensar en lo abandonado que ha estado. Tiene al cuidador y a los vecinos, que siempre vienen a visitarlo, pero sé que se siente solo.

—¿Papá? —lo llamo al llegar a la puerta de su habitación, que está abierta.

Inmediatamente distingo su expresión de sorpresa. Está sentado en su mecedora, frente a la ventana abierta.

—¿Amália? —musita con voz cansada, queriendo levantarse.

Corro hacia él y pongo mis manos sobre sus hombros.

—Papá, estoy aquí —le beso la coronilla—. Perdóname por haber estado ausente. Lo siento mucho. —Lo abrazo y lloro de frustración.

—Has vuelto —sonríe.

Mi pecho se oprime con angustia. Por desgracia, tendré que darle la terrible noticia de que… no, en realidad no he vuelto.

—Prometo visitarte más seguido —contengo un sollozo, sujetándole la mano.

Mi padre es la única persona que de verdad se preocupa por mí. Asiente con la cabeza. Estoy convencida de que comprende lo que me sucede sin necesidad de darle explicaciones.

Suspira, esboza una sonrisa y dirige la mirada a sus queridas flores rosadas tras la ventana.

—¡Mira quién está aquí! —dice doña Lúcia desde la puerta, mostrando a Henry con una sonrisa radiante.

Me acerco a ella y extiendo los brazos para tomarlo.

—Mira, papá, qué precioso es nuestro príncipe —le enseño la carita de su nieto—. Este es Henry, tu nietecito —comento, emocionada y orgullosa de tener un hijo tan hermoso.

Mi padre clava la mirada en el bebé, analizándolo con cuidado.

—Mi nieto —alza el brazo que todavía puede mover.

Coloco a Henry en su regazo y lo ayudo a sostenerlo. Percibo la felicidad que emana mi padre, y mi corazón rebosa de amor y alegría.

Paso todo el día con él.

El cuidador llega y doña Lúcia se marcha a su casa, no sin que antes le haya prometido compensarla de alguna manera por su ayuda. Se ofende al oírlo, pero yo necesito retribuirle, si no, no me sentiré bien.

—Señorita, se acerca la hora de la cena en la mansión —me avisa Clarissa, interrumpiendo una charla con el cuidador de mi padre.

Me despido de él intentando mantener la compostura. Es la primera vez que vengo con Henry a casa, y me entristece no poder quedarnos.

Regreso a la mansión justo a tiempo para la cena, gracias a Clarissa. Ella a veces es un poco pesada e indiscreta, pero al menos me ayuda a no meter la pata con los Caccini.

Hoy, a diferencia de todos los días anteriores, me uniré a ellos para la cena. Creo que es importante que intentemos acercarnos un poco más, si no, Henry se criaría en un ambiente muy desagradable. Quiero tratar de evitarlo.

—Buenas noches —saludo en cuanto llego al comedor por primera vez.

El señor Ricardo y doña Rose alzan la mirada simultáneamente hacia mí.

—Únete a nosotros para cenar; la comida estará lista en un momento —me invita doña Rose, con una sonrisa amable.

Sonrío, aunque por dentro estoy llena de rabia, y tomo asiento con ellos.

Tenemos una cena agradable a simple vista. Sin embargo, es algo necesario. Quizá debería haberlo hecho antes, pero pienso que mi etapa de reclusión fue importante para todos, sobre todo para que yo misma comprendiera que aquí nadie se interesa realmente por mí. Y está bien, aprenderé a sobrevivir.

***

Abro las ventanas de mi habitación y me sorprende un día nublado. Ya es martes y, por fin, voy a conocer al hombre infeliz que permanece en ese cuarto, atrapado en su propia conciencia. No tomo el desayuno con los Caccini, solo ceno con ellos, así que la mañana me pertenece.

Me arreglo y voy a la habitación de mi hijo para saciar mi nostalgia de la noche que pasamos separados y luego aguardar el momento de visitar a Paolo Caccini. Pensé en llevar a Henry conmigo como excusa para la visita, así no parecería tanta curiosidad mía. Pero al final decido ir sola, al fin y al cabo, es el padre de mi hijo y tengo derecho a conocerlo.

Son las 10:02. Avanzo con paso firme hacia la misteriosa habitación, llena de ansiedad y nerviosismo. Me detengo frente a la puerta y respiro hondo antes de llamar.

—Buenos días —dice Edy al abrir y me deja pasar.

—Buenos días —contesto, acomodándome el cabello. Estoy nerviosa.

—Él la está esperando —añade formalmente, haciéndome sentir intimidada.

—Ah, sí —susurro.

¿Cómo que me espera? Si está en coma, no espera a nadie…

Le sonrío con timidez y entro. Es una habitación espaciosa. Mi primera impresión es la de estar en una biblioteca o un estudio, pues la butaca, los armarios y la ventana son de madera y cuero,

muy distintos de lo que imaginé. Esperaba un cuarto de hospital, todo blanco, pero las únicas cosas que me lo recuerdan son la cama y las paredes. Y el olor. Huele a hospital.

Doy unos pasos hasta la cama y observo el rostro inexpresivo que duerme plácidamente. Cabello negro y sedoso, la piel demasiado pálida por falta de sol, y los labios rojos y delicados. Tiene pestañas muy pobladas, cejas definidas y un mentón cuadrado. Y… es increíblemente apuesto. Incluso estando delgado y descolorido, se nota su aspecto envidiable. Eso explica por qué mi hijo nació tan guapo.

—Soy Amália Davis —lo saludo mordiéndome el labio, sintiéndome tonta por estar así de cohibida ante un hombre inconsciente.

Lo contemplo unos largos segundos, hipnotizada por su belleza y por la situación. Mi corazón se aflige al verlo así. Alguien tan agraciado… Le acaricio el rostro y me pregunto si será capaz de oír algo.

—*Es un placer conocerla, señorita Amália* —profundizo mi voz, fingiendo que es él quien me responde.

10
¿Quién eres tú?

AMÁLIA DAVIS

Dos años y siete meses después

Dicen que el tiempo pone todo en su lugar, y puedo afirmar que así es. Con el tiempo, las cosas se acomodan. Aún recuerdo la sensación angustiante que me invadía cuando estaba a punto de perder la casa, a un paso de terminar en la calle con mi padre, que se hallaba tan debilitado. Y hoy, poder contemplar este amplio jardín, todo desordenado con juguetes esparcidos por ahí, no tiene precio.

Mi padre y Henry rodean el árbol de magnolias jugando a las atrapadas entre risas, y mi corazón rebosa de alegría. Si existe una felicidad mayor, la desconozco. Confieso que al principio estuve reacia y casi dejé que mi orgullo lo echara todo a perder. Por suerte, el señor Ricardo fue persuasivo y pagó un tratamiento intensivo para mi padre. Creo que tiene una forma muy particular de hacer las cosas, pero no me molestan sus malos modos. Le estoy agradecida.

Gracias a su manera de pensar, conservamos nuestra casa y mi padre se ha recuperado por completo. Y no puedo olvidar el mayor regalo que me ha dado: Henry Caccini. Mi niño, tan pequeño y, sin embargo, ha hecho cosas tan grandes. Me volvió más resistente y me llenó de pasión por la vida, además de traer un soplo de color a la alocada casa de los Caccini, algo que al principio yo creía imposible. Pero a medida que han transcurrido los meses, todo se ha vuelto más llevadero.

—Ven, Henry. Es hora de ir a casa de papá —lo llamo, con mi bolso colgado al hombro.

Él se esconde detrás de la mecedora.

—Quiere quedarse con el abuelo —murmura mi padre, cubriendo al nieto de besos. El pequeño se echa a reír con cosquillas.

Papá sabe en qué circunstancias me quedé embarazada de Henry y no me juzga.

Tal como estaba acordado, el señor Ricardo realmente negoció mi regreso al lado de mi padre, siempre y cuando pasáramos al menos una noche a la semana en su casa. En realidad, agradezco que me deje llevar a Henry conmigo. Sé muy bien que tendría derecho a ejercer una custodia compartida si así lo deseara. Al fin y al cabo, no resulta nada odioso, sino un hombre de negocios. Y gracias a sus negocios, todo está como está. Así que todo va bien.

***

—Papá bonito —musita Henry, acariciando el cabello de Paolo. Está sentado en la cama, junto a

la cabeza de su padre.

—Los dejaré a solas —avisa Edy, tras guardar el tablero de ajedrez con el que jugaba con su jefe.

Admiro la fidelidad y el cariño con que cuida a Paolo. En una de las muchas conversaciones que hemos tenido, me contó que, antes del accidente, era su asistente personal y sabe perfectamente cómo le gustaban las cosas. Por ello siempre juega con él como si de verdad estuvieran compitiendo.

No lo juzgo, porque yo hago lo mismo con las charlas.

—Estoy pensando en regalarle un perro a Henry —comento, acariciándole el cabello—. Lo sé, estás contento con la idea —sonrío—. Mi padre también lo está.

Desde la primera vez que lo visité, sentí la necesidad de hablarle, aunque él no pudiera responderme nunca. Poco a poco, fui sintiéndome cercana a Paolo Caccini, que fue mi primer "amigo" en esa casa. Gracias a él, ya no me siento tan sola.

Paso por su rostro la pequeña toallita blanca que bordé con su nombre, para masajearle la piel.

—Papá bonito, mamá —repite Henry. Agacha la cabeza y le da un beso en la mejilla a su padre.

Mi hijo es muy cariñoso y adora repartir besos, sobre todo a Paolo. Sus abuelos paternos se disputan su atención, y cuando lo tienen en brazos, son los únicos momentos en que los veo perder ese porte tan altivo que los caracteriza.

Henry juega en el suelo de la habitación, mientras yo me apoyo en la ventana para sentir la brisa agradable que entra en el cuarto. Como ya ha sucedido muchas otras veces, veo a Paolo moverse, y, como siempre, todo mi cuerpo se queda paralizado al instante. Suspiro, me acerco a la cama y coloco mi mano sobre la suya, con una sonrisa avergonzada.

—Algún día será de verdad —asiento con la cabeza para animarme.

Apenas termino de decirlo cuando noto que sus ojos se agitan más de lo normal. Se me acelera el corazón, me quedo sin aire y retrocedo un paso.

¿Qué está pasando? ¿Le ha dado un ataque?

Me agarro a la cama para no venirme abajo. Tengo las piernas como de trapo. No me atrevo a moverme. Mi deseo es acariciar su cabello, cuidarlo y esperar a que todo pase. Sin embargo, lo único que puedo hacer es guardar silencio, observando cómo sus ojos tiemblan.

Entonces, tal como tantas veces había soñado, casi me da un infarto al ver que sus párpados se abren lentamente y se quedan mirando el techo.

—¿Paolo? ¿T-te has d-despertado? —pregunto, llorosa, sin saber si debo salir corriendo a avisar a todo el mundo, pellizcarme para comprobar que no estoy soñando o sujetarle la mano y decirle que está todo bien.

Parpadea varias veces. Parece desconcertado, pero pronto se fija en mí y gira el rostro hacia mi dirección.

—¿Quién eres tú? —logra articular con dificultad, como si sintiera dolor y tuviera que esforzarse mucho para hablar. Su voz es grave y varonil.

Abro la boca para gritar, pero, por suerte, con un atisbo de cordura, hago lo correcto y corro hasta la puerta de la habitación.

—¡SOCORRO! ¡SE HA DESPERTADO! —chillo, eufórica, y empiezo a llorar maravillada por este suceso—. ¡PAOLO SE HA DESPERTADO! —vuelvo a gritar.

No tarda en aparecer un aluvión de gente por el pasillo: entre ellos, Margareth y Edy, que me miran estupefactos mientras se acercan.

—¿Qué has dicho? —pregunta Edy, con los ojos muy abiertos.

—¡Paolo! ¡Está vivo! —afirmo.

Edy corre a comprobarlo con sus propios ojos.

—Iré a avisar a la señora Rose —murmura Margareth, temblorosa, y echa a correr.

Regreso a la habitación y me encuentro a Edy llorando mientras sujeta la mano de Paolo. Pero Paolo lo observa muy serio, sin entender nada.

Pasado un poco el susto, me acerco con cuidado para ver mejor los ojos azules del hombre que durante dos años ha sido mi confidente.

—Hola —sonrío con la mirada nublada por las lágrimas—. Bienvenido de vuelta. —Le toco el brazo.

Él me mira durante largos segundos.

—Edy, aparta de mí a esta loca y ayúdame a levantarme —dice, moviendo los brazos y esforzándose por incorporarse.

—Tranquilo, señor. Esperemos al médico —responde Edy, sin saber cómo actuar.

—¿Por qué estoy tan débil?

Trago saliva y retrocedo unos pasos. Henry está asustado, de pie en un rincón, mirando la escena en silencio, sin atreverse a moverse.

—Ven, cariño. Papá necesita un médico —lo tomo en brazos para tranquilizarlo.

Evidentemente, para él es muy extraño ver a su padre despierto.

—¡AH! ¡MI HIJO! —exclama doña Rose al entrar llorando en la habitación y casi se abalanza sobre Paolo, llenándolo de besos y abrazos desesperados—. Llama al médico, Edy. Y avisa a Ricardo —pide, sin soltar a su hijo. Al poco rato, repara en mí y me hace una señal para que salga de la habitación.

Obedezco. La entiendo. No debe ser fácil para Paolo despertar después de cinco años. Ni de lejos es el momento oportuno para presentarme. Es raro. Yo me siento muy cercana a él, pero, a la vez, hoy ha sido la primera vez que lo veo. El recuerdo de sus ojos azules mirándome, con esa

confusión, hace que mi corazón palpite con fuerza, rebosando alegría.

—Papá ya no está malito, Henry —le explico a mi hijo, que me observa con curiosidad.

—¿No está malito ya? —pregunta tocándose la orejita.

—No —lo abrazo, sintiendo un cosquilleo en el estómago.

La casa se inunda de revuelo y en seguida llegan varios médicos, acompañados del señor Ricardo. Como madre, puedo imaginar un poco la felicidad que deben de sentir él y la señora Caccini en este instante. Estoy enormemente feliz por ellos y por mi hijo, porque al fin tendrá la oportunidad de disfrutar un padre que pueda alzarlo en brazos y convertirse en su ejemplo.

Paolo parece lúcido. Estoy segura de que todo saldrá bien. A estas alturas, creo en los milagros.

11
No tengo tiempo

PAOLO CACCINI

Oigo sonidos a mi alrededor, los sonidos de la vida. Un auto pasa a lo lejos, un pájaro canta en la ventana y la voz de un niño, un pequeño, tararea mientras juega. Estoy seguro de que está jugando porque escucho los ruidos de los juguetes chocando entre sí.

Intento abrir los ojos, pero, por alguna razón, mis párpados están demasiado pesados.

—Algún día será de verdad —dice una voz dulce a mi lado.

Eso no tiene sentido para mí, pero me concentro en abrir los ojos. Tras mucho esfuerzo, finalmente lo logro y miro al techo. Todo está muy iluminado, lo que me dificulta la visión.

—¿Paolo? ¿T-te has d-despertado?

Parpadeo varias veces, pero no pienso cerrar los ojos ahora, no después de haber hecho tanto esfuerzo por abrirlos. Recuerdo que hay alguien hablándome y giro la cabeza hacia un costado.

—¿Quién eres? —pregunto con voz cansada, al encontrarme con una completa desconocida. Para mi sorpresa, ella sale corriendo.

Siento un leve mareo y una intensa debilidad en los brazos. Debí de lastimarlos en el accidente. Sí, recuerdo el accidente. Ese auto apareció de la nada.

—¡Paolo! ¡Está vivo! —grita de pronto la mujer que no conozco. Empiezo a molestarme.

Trato de incorporarme, pero me siento muy débil. No pasa mucho tiempo antes de que mi asistente aparezca en mi campo de visión, mirándome con los ojos muy abiertos. Estoy a punto de ordenarle que me ayude a levantarme cuando comienza a llorar sobre mí. Esto es raro. No entiendo nada. ¿Estaré muerto y no me he dado cuenta? ¿Y por qué Edy parece estar más gordo?

La desconocida vuelve a entrar en mi campo de visión.

—Hola. Bienvenido —dice, tocándome el brazo y analizándome con los ojos llenos de lágrimas durante varios segundos.

Lo que me incomoda es que me toque el brazo. No soporto que ninguna mujer me toque, sobre todo si no la conozco y no estoy pagándole por ello.

—Edy, aparta a esta loca de mí y ayúdame a levantarme —me quejo con irritación, intentando moverme.

—Tranquilo, señor. Esperemos al médico —sugiere.

—¿Por qué estoy tan débil? —noto que mi corazón se acelera.

¿Y si me quedé parapléjico? No, eso sería inadmisible.

—Ven, cariño. Papá necesita un médico —oigo que dice la loca, pero no me importa.

—¡AH! ¡HIJO MÍO! —Mi madre irrumpe en la habitación llorando y casi se me echa encima, besándome y abrazándome de forma desesperada—. Llama al médico, Edy. Avisa a Ricardo —pide sin soltarme ni un segundo.

Si antes estaba ansioso, ahora estoy desesperado. ¿Por qué insisten tanto en llamar al médico? ¿Por qué todos se alegran tanto de verme? ¿Cómo permitieron que se me acercara esa mujer desconocida? Todos saben que, a menos que yo pague, no soporto la presencia de las mujeres.

—Mamá —susurro, intentando que se calme—. ¿Qué ha pasado?

—No me lo creo, parece que estoy soñando, Paolo. Te quiero tanto, hijo mío —dice llorando, apoyando la cabeza en mi pecho.

Yo sabía que estaría destrozada. Al momento del accidente, lo último que pensé fue en lo preocupada que se pondría.

—¿Me morí y regresé a la vida? ¿Por qué no consigo levantarme? Me siento muy débil —cedo al impulso de cerrar los ojos.

—No los cierres, por favor —dice, sosteniéndome la cara entre las manos.

—Estoy intentándolo, pero estoy cansado —me quejo, forzándome a no dormir.

—Temo que vuelvas a quedarte dormido y no despiertes nunca más —susurra, besando mis dedos, mientras noto el rastro de sus lágrimas sobre mi piel.

—Mamá, por favor, estoy bien —vuelvo a intentar incorporarme.

Transcurren minutos confusos. He desistido de querer levantarme por ahora y decido esperar a que el médico llegue y me explique cuál es mi problema. Me siento demasiado agotado para hablar con quienes me rodean, que, evidentemente, están muy conmocionados. Sería una conversación sentimental, algo que no me apetece en este momento.

—Buenas tardes, señor Caccini —entra un médico. No es el doctor Tobias, el médico de la familia.

¿Habrá pasado algo con el doctor Tobias? Hasta antes de ayer era él quien nos atendía.

—Mamá, Edy, déjenme a solas con el doctor —digo, y acto seguido, respiro con fuerza.

Ellos se van y el médico se acerca a mí. Me ilumina los ojos con una linterna pequeña.

—Excelente, señor Caccini. Muy bien —dice tras examinarme ambos ojos.

—No estoy nada bien, me siento débil y no logro levantarme.

—Eso desaparecerá con el tiempo. Poco a poco recuperará la fuerza y, con un tratamiento de

fisioterapia, volverá a caminar en seis meses.

—¿Seis meses? No puedo permanecer sin caminar seis meses. Tengo un lanzamiento que supervisar, reuniones a las que asistir y una empresa que administrar.

—¿Alguien le ha explicado lo que sucedió?

—No quiero explicaciones, quiero soluciones. Hágame caminar en, como máximo, tres días. Ese es el tiempo que tiene. Si no puede lograrlo, avíseme para sustituirlo por alguien más competente.

—Entiendo su preocupación por el trabajo, pero es importante que comprenda que su recuperación debe ser progresiva y no puede forzarse. Debe tener paciencia y seguir las recomendaciones médicas para garantizar una recuperación adecuada —explica con calma, pero estoy irritado.

—No tengo tiempo para la paciencia, doctor. Debo cumplir con mi labor cada día para no retroceder. Mi éxito depende de ello.

El doctor suspira y hace algunas anotaciones en un bloc de notas.

—Iniciaremos el tratamiento de fisioterapia de inmediato y hablaremos de la posibilidad de acelerar el proceso conforme vayamos viendo su evolución clínica. Pero recuerde, señor Caccini: la salud debe ser siempre la prioridad —sale de la habitación.

Dentro de mí hay una mezcla de frustración y desesperación. ¿Cómo voy a seguir dirigiendo mi empresa si ni siquiera puedo ponerme en pie? ¿Acaso está todo perdido? Siento las lágrimas en mis ojos y, en ese momento, me doy cuenta de que me había estado conteniendo desde que los abrí por primera vez. Tal vez sea por el impacto del accidente o porque he comprendido que, por muy poderoso e influyente que sea en el mundo de los negocios, ahora no soy más que un paciente frágil que necesita ayuda.

Me avergüenza. Ojalá que nadie entre ahora. No quiero que sean testigos de mi debilidad al derramar estas lágrimas. Es inaceptable.

12
Dime la verdad

PAOLO CACCINI

Llevo solo unos pocos minutos en mi habitación. El doctor acaba de salir y no me ha dejado satisfecho con sus palabras. Voy a buscar la opinión de otro médico, de un especialista. Necesito mi celular. Tengo una reunión prevista para el martes que viene, pero lamentablemente tendré que aplazarla.

—Paolo.

Miro hacia la puerta y veo a Lorenzo, el abogado de la familia.

—Vaya, hoy la casa está llena. ¿Qué he hecho para merecer tanta atención? —comento con una sonrisa irónica al notar los globos de colores que lleva en la mano—. ¿Es una broma? —Entorno los ojos—. ¿Qué demonios está pasando?

Lorenzo Russo es un subordinado de mi padre con quien siempre acabo en conflicto.

—Solo pensé que debíamos celebrar tu regreso. —Se echa a reír, amarra los globos a los pies de la cama y se acerca—. Me alegra que estés de vuelta.

—Una locura. Dime: ¿me están gastando una broma? —vuelvo a fruncir el ceño—. ¿Qué diablos está pasando?

Él baja la mirada, incómodo y, al parecer, indeciso.

—Bueno... Creo que esa conversación debes tenerla con tus padres. —Exhala—. De verdad, bienvenido de vuelta. —Sonríe, hace un gesto con la cabeza y sale de la habitación.

Tengo que levantarme. Esto está llegando demasiado lejos. No siento dolor alguno, solo debilidad. Alguien debe haberme drogado. Nada encaja. Si me hubiera fracturado algo, llevaría vendajes.

—¿Así que es verdad? —oigo la voz de mi padre al entrar.

Lo busco con la mirada, deseoso de encontrar a alguien aún más práctico que yo para resolver este lío.

—Señor —lo saludo, pero me asalta la desesperación al verlo tan irreconocible—. ¿Qué le ha pasado en la cara?

—Casi me decepcionaste. —Me acaricia el cabello—. Menos mal que eres un auténtico Caccini.

Sé que se refiere al accidente. Mi padre, un hombre de negocios, exitoso y habitualmente

estricto, jamás me habría perdonado si hubiese muerto en un accidente de moto.

—Un accidente de moto no iba a matarme. —Lo miro con determinación—. ¿Se ha dado cuenta de que no me he fracturado nada? Solo estoy un poco débil, pero pronto estaré en plena forma.

—No espero menos de ti. —Sonríe.

Quiero preguntarle qué le ha pasado en el rostro, pero temo la respuesta.

De repente, todo empieza a encajar en mi cabeza. Estoy reuniendo las piezas de este rompecabezas.

—Señor, ¿qué día es hoy? —cierro los ojos, temiendo lo que voy a oír.

Por más aterrador que resulte, necesito saber cuánto tiempo ha pasado desde mi accidente. Al ver el rostro envejecido de mi padre, percibo que ha transcurrido mucho. Y si eso es así, significa que he estado en coma.

—Ahora no es el momento adecuado para eso —responde con la mirada fría—. Te irás a Estados Unidos a recibir un tratamiento especializado. Además de recuperarte físicamente, te pondrás al día con todo lo que has perdido.

—Entonces, es eso: estuve en coma —digo en voz alta, justo cuando siento como si toda mi vida se me escurriera de entre los dedos.

—Pensé que ya lo habrías deducido —me espeta, acusador.

—¿A qué te refieres con “todo lo que he perdido”? —Intento mantener la calma—. ¿Cuánto tiempo estuve en coma? ¿Tres meses? ¿Y el lanzamiento? ¿Fue un éxito?

—Mucho tiempo —responde sin rodeos—. Tiempo en el que no hiciste nada, no creciste, no aprendiste y no aportaste. El mundo ha cambiado y tú te has quedado atrás.

—No puede ser... —musito, sin aliento—. No es posible...

—Es la realidad —me mira a los ojos—. Ahora tienes que afrontarla. Te irás a Estados Unidos a recuperarte física y mentalmente. Recibirás una terapia especializada y te pondrás al día con todo lo que pasó mientras estabas vegetando.

—Pero, señor, no sé si debería —admito angustiado—. No sé si quiero ir a Estados Unidos. No sé si quiero dejarlo todo aquí.

—¿Todo qué? —inquiere con curiosidad—. Paolo, vives en otra época. Recuerda lo que siempre te he enseñado: no te preocupes por el problema, sino por la solución.

—Sí, señor. No estoy preocupado, lo solucionaré todo —trato de sonar firme.

—Aprenderás lo que necesitas para retomar las riendas de la empresa familiar. Mientras seas capaz de hacerlo, el resto no importa. —Mete las manos en los bolsillos.

Quiero que se vaya para poder quedarme solo y pensar en todo esto. Necesito hablar con Edy para que me explique la situación, porque me parece que estoy metido en un programa de cámara oculta. Alguien me está gastando una broma pesada.

—Hijo mío. —Mi madre vuelve a la habitación y me besa mientras llora otra vez. Ahora la comprendo mejor.

—Estoy bien, mamá. No te preocupes por mí —le digo al notar la mirada escrutadora de mi padre.

—Los dejaré solos. Tu madre te ha echado mucho de menos —sonríe y se marcha.

—Mi querido hijo —ella besa mi mano.

—¿Cuánto tiempo estuve aquí, mamá? —Trago saliva.

De pronto, todo mi cuerpo empieza a doler. Mi madre me observa con ternura y preocupación. Al mirar más detenidamente, también veo que ella ha envejecido. Entorno los ojos, intentando escapar de esta tortura mental.

—Hijo, ahora estás bien. Eso es lo que importa —sonríe, secándose las lágrimas—. No te imaginas el alivio que siento.

—¿De verdad estoy bien? Dime la verdad. ¿Por qué tengo que ir a Estados Unidos? ¿Qué es eso de que debo aprender lo que perdí? ¿Cómo está la empresa? ¿Qué pasó con el lanzamiento? ¿Tú puedes decírmelo? —fuerzo el cuerpo para intentar sentarme de nuevo—. ¿Y quién era esa extraña que me tocó? ¿Por qué había un niño en mi habitación? ¿Soy el hazmerreír de todos?

—Ella es la nueva empleada —responde, humedeciéndose los labios—. Estarás bien. Por favor, no te angusties. No soporto verte sufrir más.

Respiro hondo. Ha contestado la pregunta menos importante de todas. Sin embargo, no puedo centrarme solo en mis problemas. Mi madre está muy afectada y no quiero causarle más dolor. Ella es la única mujer en este mundo que me ama incondicionalmente y a quien no tengo que pagarle ni un dólar para que me preste atención. Es la única que merece tenerme.

—Estoy bien, mamá. No te preocupes. Me repondré y retomaré mi lugar en este mundo —afirmo, recordando las palabras de mi padre acerca de todo lo que he perdido y lo que no avancé mientras permanecía en coma—. No te preocupes, he vuelto.

Ella sonríe, llorando de alegría. No imagina el pánico que me invade.

Si mi padre dice que yendo a Estados Unidos volveré a estar bien, quiero hacerlo cuanto antes. No importa cuánto tiempo ni qué cosas haya perdido. Debo recuperar el tiempo y mi posición, aunque para ello tenga que tragarme todas las dudas que me atormentan.

13
Cinco años

PAOLO CACCINI

Estoy en el mejor centro médico de Milán para someterme a algunos exámenes. Desde que salí del coma y abrí los ojos, me siento agotado y no he podido descansar. El tiempo avanza a cámara lenta, y lo que más me molesta es que nadie me escucha de verdad. Todos actúan como si fuera un niño en esta habitación blanca y solitaria. Pensé que tendría la oportunidad de hablar con Edy para aclarar mis dudas, pero estaba equivocado.

—Mira nada más. —Arthur, uno de mis amigos, entra en la habitación sorprendido, con los ojos bien abiertos. Parece haber engordado unos 10 kilos.

—¡Cuánto tiempo! —bromeo, tratando de disimular la incomodidad.

No me gusta que me hayan visto así a saber cuántos meses.

—¿Paolo? ¿Paolo? ¿Eres tú? —Se acerca para examinarme el rostro, girándolo de un lado a otro —. ¿Te acuerdas de mí?

—Estoy bien —comento, riendo—. Estoy bien. Tranquilo, Arthur, esto es un fastidio.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo es posible? —pregunta incrédulo—. ¡Has estado en coma durante cinco años! ¡Cinco años, Paolo! ¿Sabes lo que significa? —Me besa en la mejilla, emocionado.

—¿Cinco años? —repito, asustado—. ¡No puede ser! ¡No he estado en coma tanto tiempo! —Mi pecho se acelera y late con fuerza, queriendo salirse, mientras una presión en la cabeza me hace sentir pánico.

—¡Oh, maldita sea! ¿No lo sabías? —pregunta, arrepentido—. Pero es la verdad, cinco años. Cinco largos años.

La desesperación en mi pecho es sofocante. No puedo haber perdido cinco años de mi vida. Aunque sospechaba que hubiera pasado bastante tiempo, pensaba que, a lo sumo, solo habría transcurrido un año. Pero las señales estaban frente a mis narices: en un año nadie envejecería tanto, ni mis padres. Todos se ven diferentes, incluso yo mismo.

—Estoy bien —digo con la voz entrecortada—. Gracias por decírmelo. —Cierro los ojos y respiro hondo—. Llama a mi padre. Necesito hablar con él —pido sin abrir los ojos.

—Paolo, quiero verte, tío. Llevaba cinco años sin ver a mi amigo. ¿Te das cuenta?

—Yo no soy tu amigo. —Abro los ojos y lo miro fijamente—. ¿No te das cuenta? No soy el Paolo que conocías. Si quieres ayudarme a volver a ser yo, por favor, llama a mi padre.

Arthur retrocede unos pasos, con semblante triste, y se va, dejándome solo.

¡Maldición! ¿Cuánto tiempo más durará esto?

El día transcurre con lentitud y nadie viene a verme al hospital, excepto médicos y más médicos con montones de pruebas.

—Es hora de su baño. —Una enfermera, de unos 25 años, se me acerca con una sonrisa en el rostro y una pequeña palangana en la mano.

—¿Qué demonios es esto? —intento incorporarme en la maldita cama.

—Señor Caccini, tranquila. Será rápido.

—¡Aléjate de mí! —le pido alzando la voz.

—Está bien, cálmese. —Deja la palangana sobre una mesita y se acerca, cogiéndome la mano.

—Llama a Edy —desvío la mirada para sentirme menos incómodo.

—Paolo. —Oigo la voz de mi padre.

—Señor, saque a esta mujer de aquí. ¿Cómo es eso de que una mujer me dé un baño? —Desvío el rostro y fijo la vista en la pared.

Me siento un inútil.

—Con permiso, por favor. Déjenme a solas con mi hijo.

Ella sale a toda prisa.

—No soporto más esto. Quiero irme a Estados Unidos lo antes posible —lo informo apenas cierra la puerta.

—Estás bien, Paolo. Mañana viajarás a Estados Unidos y, cuando regreses, estarás recuperado por completo. No acepto menos que eso. Un Caccini debe conservar su honor. Andar en silla de ruedas sería vergonzoso.

—No, señor, el que no acepta menos soy yo. ¿Una mujer bañándome? ¿Así mantenía mi honor durante estos cinco años de recuperación?

—Ya es hora de que dejes esas tonterías de no gustarte las mujeres. ¿Te has vuelto loco? ¡Eso de solo relacionarte con prostitutas se acabó! Has desperdiciado muchos años de tu vida y no tienes ni un minuto más que perder. Cuando regreses de Estados Unidos, te casarás y tendrás hijos con una joven que yo elija.

—No lo haré. ¿Cómo puede torturarme de este modo?

—No es tortura, es tu destino —responde con firmeza—. Eres mi único hijo, el heredero de los Caccini y el futuro de una de las mayores empresas de moda de Italia. Me corresponde prepararte. Así que no hagas dramas. Compórtate como un hombre y deja de quejarte como un crío llorón.

—Después de cinco años, podría ser un poco más considerado conmigo —lo miro con rencor.

—¿Quién te ha contado que fueron cinco años?

—¿Te importa? En ese caso, me siento honrado de que te preocupes por mí.

—Eres mi hijo, mi único hijo. ¿Cómo no me iba a preocupar por ti? Todo lo que hago... absolutamente todo... es por ti —me señala con el dedo, con rabia—. Entiendo que te sientas inválido y que eso te haga comportarte así, pero no toleraré este tipo de actitud cuando regreses de Estados Unidos.

—Disculpa si te he faltado al respeto. Estoy más ansioso que tú por volver entero de Estados Unidos, incluyendo mi estado de ánimo.

—Mucho mejor.

—¿Leandro está al frente de Caccini Global? ¿Cómo fue el lanzamiento de hace cinco años?

—Un éxito, tal y como lo habías dejado planeado. Pero en cuanto Leandro asumió, firmó un contrato con los Bianchi y lo echó todo a perder. Lo destituí y ocupé yo la presidencia. Solo un Caccini es capaz de hacerlo.

Sale de la habitación con prisa, contestando una llamada importante, y me deja con la rabia encendida. Trago saliva. Empiezo a asimilar que todo ha cambiado. Otra vez solo, reflexiono sobre mi vida, o al menos la vida que tenía hace cinco años. Respiro hondo para que mi corazón no se desboque. Ya es hora de retomar el control.

***

14
Aléjate

AMÁLIA DAVIS

“Por favor, mantente al margen. Paolo acaba de volver de la muerte y no puede saber todavía que tiene un hijo. Sería desastroso para él. Espera hasta que te llamen.” Esa fue la última frase que la señora Rose me dijo antes de cerrarme la puerta en la cara. Yo tenía a mi hijo en brazos.

Han pasado siete días desde que Paolo despertó. Siete días en los que mi niño no ve a su padre. ¿Cómo esperan que el pequeño lo asuma? Aunque Paolo estuviera inconsciente, formaba parte de la vida de Henry, y mi niño lo nombra todos los días. Espero que Paolo se recupere pronto para que mi hijo no sufra más tiempo por su ausencia. El problema es que los abuelos paternos se han distanciado y parecen no preocuparse por su nieto. He llamado infinidad de veces y no me han respondido. También les he dejado mensajes en el buzón de voz, sin resultados.

—Hace una semana que no sales con el niño. ¿Estás segura de que todo va bien? —pregunta mi padre, mirando a su nieto, sentado en el sofá viendo dibujos, con las manitas recogidas.

Estamos sentados en el escalón de la puerta del salón. Últimamente, Henry no muestra interés por jugar, correr y reír; solo quiere ver la tele.

—Sí. No te preocupes, papá —desvío la mirada.

—No mientas a tu padre. Estoy preocupado por Henry, se le ve triste. ¿Por qué no han ido a la mansión de los Caccini, como lo hacían casi todos los días?

Suspiro, al sentir la ansiedad envolviéndome. Yo también estoy preocupada por mi hijo. Verlo así me parte el corazón.

—La señora Rose solo está siendo cauta, papá. Paolo ha pasado por una experiencia traumática y necesita tiempo para recuperarse. No quiero presionarlo más en este momento.

Él me analiza con la mirada perspicaz que siempre usa cuando sospecha que no estoy siendo del todo sincera.

—¿No me lo estás contando todo, verdad? —insiste.

Evito mirarlo mientras debato internamente si debo o no compartir la verdad. Mi padre siempre ha sido mi apoyo, mi roca, pero ¿hasta qué punto podría resistir la realidad que se ha instalado en nuestras vidas?

Finalmente, reúno valor. Respiro hondo antes de contestar:

—Está bien, papá. Hay algo que debes saber… —comienzo con voz vacilante.

—Dime. Te escucho —pone una mano en mi hombro, con calidez.

—Desde que Paolo salió del coma, las cosas están distintas. El señor y la señora Caccini parecen no preocuparse por Henry. Antes no perdían contacto y se interesaban por él, pero ahora actúan como si mi hijo no existiera —las lágrimas se deslizan por mis mejillas. Papá me mira con tristeza e indignación—. Quizás sea por precaución con Paolo…

—¿Cómo que ignoran a Henry? ¡No puedo creerlo! —Está visiblemente conmocionado—. Siempre han sido muy atentos, es extraño. No creo que solo sea porque Paolo necesita cuidados.

—Yo tampoco lo entiendo, papá. He intentado comunicarme varias veces y no me responden ni contestan las llamadas. Es como si, de pronto, Henry hubiera dejado de importarles.

Papá aprieta mi hombro con fuerza, intentando consolarme.

—No te preocupes, hija. Los dos cuidaremos de Henry, pase lo que pase. Nunca estará solo ni se sentirá desatendido mientras estemos a su lado.

Sus palabras me alivian un poco, pero mi estómago sigue encogido. Debo averiguar qué ocurre con los abuelos de mi hijo. ¿Por qué se comportan así? ¿Creen que el pequeño no tiene sentimientos?

—Lo sé, papá. Por nuestra parte, siempre recibirá amor —cierro los ojos y apoyo la cabeza en su hombro.

—Entonces, hagamos un paseo con él. Vayamos a Milán, al centro comercial, y apartémoslo de la tele —se levanta y casi me tira, pues me apoyaba en él.

—Todo cuesta dinero. ¿Con qué dinero iremos, papá? ¿Con el de los Caccini? —pregunto con gesto amargo.

—Ya es tarde para el orgullo, Amália. De momento, ese dinero es lo que tenemos —suspira—. Estoy buscando trabajo. No es lo mismo de antes, pero al menos nos mantendremos. Ahora necesitamos animar al niño para que no siga hundido por la ausencia de los Caccini.

Sé que tiene razón. Pisoteé mi orgullo años atrás. Cada día me atormenta no haber encontrado otra salida, pero, por otro lado, no concibo mi vida de otra manera: mi padre sano y mi hijo dándonos alegría. Es complicado, pero todo ocurrió como debía.

—De acuerdo, papá. Llevémoslo de paseo.

***

Ya van diez días sin ninguna respuesta. Diez días en los que mi hijo duerme aferrado a mí y llora, y yo no sé cómo consolarlo. Ojalá fuera suficiente para él. Desearía que no echara en falta a esa familia de fachada. Me siento tan débil.

¿Será que Paolo está furioso al enterarse de que usaron su semen para tener un hijo sin su consentimiento? ¿Es tan despreciable como para rechazar a un niño de su propia sangre, al que llama “papá”?

Cada día busco noticias en internet, cualquier pista relacionada con el apellido Caccini. Pero no

encuentro nada. Evidentemente, mantienen en secreto el retorno de Paolo.

—Estoy harta de esperar. Creo que iré a Milán. Así sabré qué pasa —le digo convencida a doña Lúcia, que me mira cuando aparezco vestida para salir—. Pero no llevaré a Henry. No quiero exponerlo a una situación desagradable. No sé lo que pueda encontrarme.

—Vete, niña. Averigua qué sucede. No permitas que traten así a este angelito —ella sostiene el biberón en la boca de Henry, meciéndolo en su regazo como si fuera un recién nacido. Lo adora y lo trata como a su propio nieto.

—Cuando llegue mi padre, dile que fui al mercado, por favor —le doy un beso en la mejilla y sonrío.

Ella asiente, acomodándose en el sofá. Salgo con mi bolso al hombro.

—Buenos días, Enzo —lo saludo. Ya me esperaba frente a la casa.

Enzo es mi taxista de confianza. Fue quien me llevó a Milán cuando nació Henry, y aquello quedó grabado en mí.

—Buenos días —responde con su habitual amabilidad—. ¿Cómo estás, Amália?

—Bien, gracias —me siento insegura para decir la verdad.

El auto se pone en marcha y nos encaminamos a la autopista. El trayecto es tranquilo, todo lo contrario a mis pensamientos que chocan entre sí, debatiendo si seguir adelante o dar media vuelta. Sin embargo, sé que no regresaré a casa sin respuestas. Volver atrás no es una opción.

Al llegar a Milán, tenemos acceso al residencial porque los guardias me conocen. Frente a la mansión de los Caccini, me bajo del coche y respiro hondo, intentando armarme de valor para afrontar lo que sea.

—Buenos días, señorita Davis —me saluda el portero de la mansión.

He trabado cierta amistad con casi todos los empleados y guardias de esta casa.

Enzo me espera al otro lado de la calle mientras recorro el largo camino empedrado que va de la puerta hasta la entrada, mirando mis propios pies y pensando en lo que me espera. ¿Estará Paolo en casa? ¿Me recibirá bien? ¿Realmente no quiere saber nada de nuestro hijo? Esas dudas me atormentan a cada paso que doy hacia la puerta. La abro sin vacilar y me encuentro con Margareth limpiando la vitrina cerca de la entrada. Al verme, se sobresalta y corre hacia mí.

—¿Qué hace usted aquí? —susurra, mirando a su alrededor con nerviosismo.

—Margareth, necesito hablar con el señor Caccini o con la señora Rose. Mejor aún, con Paolo mismo. ¿Está bien?

—Le sugiero que dé la vuelta y se marche de inmediato antes de que la vean.

—¡No me iré sin respuestas! —elevo la voz.

Camino hasta el sofá y me siento con los brazos cruzados. En ese momento mis ojos se cruzan con los del señor Caccini, que acaba de entrar en la sala. Parece sorprendido de verme, pero

disimula con rapidez y se acerca con expresión fría y recelosa. Margareth se aparta sin decir nada, dejándonos solos.

—¿Qué haces aquí? —su voz rebosa autoridad.

Respiro profundo, intentando mantener la calma frente a su hostilidad.

—Vine a buscar explicaciones. Desde hace diez días no responden mis llamadas y han dejado de ver a mi hijo. Henry está sufriendo mucho. Sé que Paolo requiere atención, pero al menos usted y la señora Rose podrían preocuparse un poco por el niño. Con una simple llamada diaria de cinco minutos bastaría.

Ricardo me mira con desprecio y se cruza de brazos.

—Paolo no está aquí. Ha tenido que salir por motivos de salud. No tienes derecho a irrumpir en nuestra casa ni a cuestionar nuestros asuntos familiares por algo tan insignificante. Se te ordenó que esperaras a ser llamada.

Mis manos tiemblan de rabia ante sus palabras. ¿Cómo puede ser tan insensible? ¿Cómo negar la importancia del padre en la vida de mi hijo?

—No niego que tengan derecho a sus asuntos familiares, pero mi hijo también forma parte de esta familia y merece ser tratado como tal. ¿Creen que pueden manipularlo todo y mentir sin consecuencias? Yo no lo permitiré —me pongo de pie, dispuesta a enfrentar lo que sea.

Si creen que van a callarme o asustarme, están equivocados.

Ricardo me mira con un gesto sarcástico y se acerca aún más.

—No eres más que una jovencita ingenua. ¿De veras crees que venir aquí cambiará algo? Paolo no querrá ni a ti ni a tu hijo en su vida. Tiene una reputación que mantener y ustedes solo serían un estorbo. Estuvo en coma cinco años y resucitó de la muerte. No necesitamos más al hijo bastardo. Paolo tendrá muchos otros herederos en un matrimonio legítimo con una joven de prestigio.

Sus palabras me hieren con fuerza, y unas lágrimas resbalan por mis mejillas, pero no dejaré que me vea débil.

—Dudo mucho que Paolo sea tan repulsivo como usted. No rechazará a Henry, y no dejaré de luchar por acercarlos. Si usted y su esposa no tienen corazón, me da igual. Pero solo creeré que Paolo no quiere a Henry cuando lo oiga de su propia boca.

Ricardo me observa con una mezcla de desprecio y sorpresa. Quizás no esperaba tanta determinación de mi parte. Intenta responder, pero una voz procedente del pasillo lo interrumpe. Es su esposa, la engreída madre de Paolo, que llega mirándome furiosa.

—¿Qué haces aquí, desagradecida? —brama doña Rose, y su voz retumba en la sala.

Ignoro la provocación y mantengo la postura, mirándola directamente.

—Vine a saber qué ocurre, señora Rose. Ya veo que su amor por mi hijo y el del señor Ricardo eran falsos. Pero mi hijo tiene derecho a conocer a su padre, a tener una relación con él. No

pueden simplemente eliminarlo de la vida de Paolo.

Ella suelta una carcajada sarcástica y cruza los brazos con desdén.

—¿De verdad crees que un bastardo como él merece formar parte de nuestra familia? Ese niño fue un error. Solo ensuciaría la reputación de Paolo. No queremos saber nada de Henry —me mira de arriba abajo—. ¿No has ganado suficiente dinero? ¿Buscas una pensión más grande? Habla con un abogado.

La rabia y el dolor me golpean con toda su fuerza. ¿Cómo pueden ser tan crueles e insensibles? Vuelvo a sentir ganas de llorar, pero me contengo.

—No quiero su dinero. Henry es una persona, un inocente que no tiene culpa de nuestras decisiones. No aceptaré que lo traten así. Y en cuanto a Paolo, no creo que sea capaz de rechazar a su propia sangre. Estoy convencida de que tiene amor en su corazón, porque no puedo creer que Henry provenga de un hombre tan insensible como ustedes. —Intento no ceder al temblor de mis piernas.

—Si te atreves a decirle una sola palabra a Paolo sobre este asunto, no volverás a ver a tu hijo jamás —Ricardo se da la vuelta y le toma la mano a su esposa.

Ambos me dejan sola, atónita por la decepción que ha resultado mi visita.

Sabía que eran personas complicadas, pero no imaginaba que fueran tan crueles. Retengo mis lágrimas hasta llegar al taxi y, en cuanto subo, me invaden el llanto y la desesperación. Me siento traicionada, utilizada y perdida. Pobre de mi niño.

15
El regreso

PAOLO CACCINI

Tres meses después

Aún no me acostumbro a mirarme al espejo y ver que estoy diferente. Sin embargo, no tengo motivos para quejarme. Cuando llegué aquí, hace tres meses, estaba hecho un desastre: desinformado, inválido, perturbado y en muy mala condición física. Siempre me han gustado los ejercicios, pero jamás había tenido que esforzarme tanto para alcanzar una meta. Nunca lo había necesitado con tanta desesperación como al llegar. Fueron días agotadores y noches angustiosas, pero pasó. Lo logré. Y aunque cinco años me separen de mi antigua vida, estoy ansioso por volver a ella, ver lo que queda y tratar de integrarme y seguir adelante.

—Permítame, señor —dice Edy al acercarse para acomodarme la corbata.

—¿El jet ya está listo? —No aparto la vista de mi reflejo en el espejo.

—Sí, señor. Ya están cargando nuestro equipaje y todo está listo para partir.

Dirijo la mirada a la ventana abierta, por donde entra una ráfaga de viento que recorre la habitación, y respiro hondo. Espero no volver jamás a este sitio.

—Es la hora —anuncia Edy, separando la mano de mi corbata.

—Perfecto —echo una última ojeada a mi reflejo—. Terminemos con esto.

Salimos de la habitación y avanzamos por el pasillo hasta el ascensor. Pasamos por recepción e ignoramos a los empleados, que nos observan con curiosidad. Ya me he despedido de quien me importa. Entramos en el coche que nos lleva al aeropuerto. Durante el trayecto, miro por la ventanilla, contemplando el paisaje que queda atrás, el lugar que fue mi refugio durante estos tres meses, donde me he recuperado.

Llegamos al aeropuerto y subimos a nuestro jet privado. Edy me acompaña hasta mi asiento y se instala a mi lado. Ha estado conmigo en todo el proceso de rehabilitación.

—¿Está listo? —me pregunta con preocupación.

—Claro —respondo sin emoción—. No tengo nada que perder.

—Lo tiene todo que ganar —me corrige, buscando animarme—. Usted es fuerte, es increíble, es un vencedor. Ha superado muchas cosas y puede con esto también.

—No necesito tu discurso motivador, Edy —lo interrumpo con frialdad—. Te pagan para asistirme, no para adularme.

Se calla y aparta la mirada.

El jet despega y abro mi computadora. Empiezo a trabajar en mis planes, mis proyectos y mis venganzas. Pienso en el futuro, en cómo recuperar lo que perdí, en cómo acabar con quienes me hicieron daño y en cómo dominar el mundo. Porque, tras estos tres meses, tengo la certeza de que alguien atentó contra mi vida.

Después de algunas horas de vuelo, el jet aterriza en Milán, mi ciudad natal. Me levanto, agarro mi maletín, y Edy hace lo mismo para seguirme hasta la salida. Descendemos y nos recibe un grupo de personas que nos aguardaban con expectación.

—¡Hijo! —grita mi madre mientras corre hacia mí. Me abraza con fuerza y llora en mi hombro. Solo ahora logro verla realmente—. ¡Te he echado tanto de menos!

Cuando desperté, estaba en shock y todo resultaba muy extraño.

—Mamá… —murmuro, sin saber qué hacer. Han pasado cinco años desde la última vez que la vi, aunque luzca como si hubieran sido diez.

—Hijo mío… hijo mío… —repite, sollozando—. Qué alegría que no estés en una silla de ruedas.

—Mamá, por favor, cálmate —intento separarme de su abrazo.

—No te preocupes, querida. Está bien —se acerca mi padre. No me abraza, solo me mira con frialdad—. Es fuerte, es un Caccini.

—Papá… —lo observo, y también él ha cambiado bastante. Se ve más duro, más autoritario y más arrogante.

—Hijo, nos alegra que hayas vuelto y estés bien —dice sin emoción.

—No podía ser de otra manera —afirmo.

—¡Eh, tío! —una voz familiar me llama. Me doy la vuelta y veo a Arthur, que se aproxima para abrazarme—. ¡Cuánto me alegra que estés de vuelta!

—Arthur…

—Tío, no te imaginas cuánto me preocupé por ti —me suelta—. Pero me alegra verte bien. ¿Qué pasó en Estados Unidos? ¿Qué medicina tomaste para ponerte así?

—Es una larga historia —respondo evasivo, recordando cuánto me esforcé para recuperarme.

—Quiero escucharlo todo —insiste.

—Luego. En otro momento.

Veo que se acercan dos amigos más: Alessandro y Carlos. A ellos no los vi al despertar, pero eso no cambia nada para mí, puesto que no viví estos cinco años.

—¡Hola, tío! —saluda Alessandro, estrechándome la mano.

Recuerdo nuestra conversación sobre el señor Bianchi y cómo debía cuidarme.

—Hola, Alessandro —digo sin entusiasmo.

—¿Cómo estás? —me pregunta, preocupado.

—Bien —mantengo la mirada seria.

—Qué bueno que regresaste —Carlos me da una palmada en la espalda.

—Gracias, Carlos —ni me molesto en fingir interés.

—Te echábamos de menos —sonríe.

Los miro a los tres y siento una punzada de nostalgia. Eran mis amigos de verdad, mis compañeros de aventuras, casi hermanos de alma; pero ahora no son más que extraños con caras familiares. Ya no tengo nada en común con ellos. Después de saber que todo cambió, no tengo nada en común con nadie.

Antes de poder decir algo, me rodea una multitud de reporteros que me bombardean con preguntas.

—¡Señor Paolo Caccini! ¿Cómo se siente al volver a casa después de cinco años?

—¡Señor Paolo Caccini! ¿Qué sucedió en este tiempo?

—¡Señor Paolo Caccini! ¿Cómo retomará su puesto en la empresa familiar?

Me aturden con su asedio. No esperaba recibir tanta atención desde el primer momento.

Edy acude en mi ayuda e intenta alejar a los periodistas.

—¡Por favor, respeten el espacio del señor Caccini! ¡Acaba de llegar y debe trabajar! —tira de mi brazo y me conduce hasta otro coche que nos aguardaba—. Disculpe, señor. No sabía que vendría tanta gente. —Sube conmigo al vehículo.

—No pasa nada, Edy. No es culpa tuya —respiro hondo.

—¿Está bien, señor? —pregunta, preocupado.

—Perfectamente. Solo quiero volver a los negocios. Solo quiero descubrir quién intentó matarme.

***

AMÁLIA DAVIS

—¿Amália? ¿Hija? —la voz de mi padre me saca del ensimismamiento en que estaba viendo el noticiero de la tarde, donde fugazmente apareció ni más ni menos que Paolo Caccini en el aeropuerto, caminando con prisa y rodeado de personas.

—Papá, es él —digo con la respiración agitada—. ¡Es él, papá! ¡Está en Milán! ¡Está bien! —me acerco a la televisión, pero por desgracia ya pasan otra noticia.

—¿Estás segura? —pregunta él, interesado.

Durante dos años lo vi dormido, pálido, delgado y casi muerto. Ahora, verlo de pie y con buen color remueve todos mis cimientos de felicidad. Sin embargo, esa alegría se transforma enseguida en temor y frustración.

—¡Mamá! —Henry corre con los brazos extendidos, pidiendo que lo cargue.

Lo tomo con prisa y me alejo de la tele. Temo que Paolo aparezca otra vez. No quiero exponer a mi hijo a un posible detonante. Está empezando a acostumbrarse a la ausencia de sus abuelos y de su padre, y me horroriza pensar que la sola mención del apellido Caccini lo desequilibre.

—Hijo, vamos a tu cuarto. Es hora de tu siesta —intento disimular mi ansiedad.

—Mamá, no teno sueñito —protesta, haciendo un puchero.

—Por favor, cielo, solo un ratito. Mamá tiene que hacer una llamada muy importante —le suplico, llevándolo a su habitación.

Lo acuesto en la cama y le doy un beso en la frente. Sus ojitos azules, tan parecidos a los de Paolo, me contemplan.

—¿Mami, estás triste? —me agarra la mano.

—No, cariño, estoy bien. Solo un poco preocupada por algo —sonrío con esfuerzo.

—¿Qué, mamá? —insiste, curioso.

—Nada que deba preocuparte, mi amor. Ahora duerme un poco, ¿de acuerdo? Mamá estará aquí a tu lado —acaricio su cabello oscuro.

Henry suspira y cierra los ojos. Espero unos minutos hasta asegurarme de que se ha dormido. Entonces cojo el celular y salgo en silencio del cuarto. Tengo que llamar al abogado de los Caccini. Es el único que podría ayudarme en esta situación. Había estado esperando el momento oportuno para pedir su ayuda, sin querer abusar de la pequeña confianza que entablamos, pero es mi única opción.

En el pasillo, marco el número de Lorenzo y aguardo a que responda.

—¿Sí? —contesta tras varios tonos.

—Lorenzo, soy Amália —digo, nerviosa.

—¿Amália? —Suena sorprendido—. Cuánto tiempo. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú? —intento ser cortés, fingiendo no sentir prisa.

—También bien. Pero cuéntame, ¿a qué debo el honor de tu llamada? —pregunta con curiosidad.

—Lorenzo, necesito saber algo. Es sobre Paolo —hablo sin rodeos.

—¿Paolo? —repite con cautela.

—Sí, Paolo. Lo vi en las noticias hoy —afirmo, ansiosa.

—Amália, lo siento mucho, pero no puedo darte información sobre Paolo —responde con pesar.

—¿Cómo que no puedes o no quieres? —me indigno—. Ni siquiera he dicho qué quiero saber.

—Amália, sabes que soy fiel a los Caccini. No puedo traicionar su confianza. Me pagan para encargarme de sus asuntos legales, no para revelar sus secretos —explica con firmeza.

—Pero, Lorenzo, sabes que él es el padre de mi hijo —le digo, desesperada—. Si hay una posibilidad de que Paolo sea diferente de sus padres, necesito saberlo.

—Lo sé, Amália, lo sé. Y lo siento de veras. No somos muy cercanos, pero lamento todo esto. Sin embargo, no puedo hacer nada. Paolo es un tema delicado para los Caccini, y no quieren que sepa nada del pequeño Henry —menciona, bajando la voz.

—¿Pero por qué? ¿Por qué lo esconden? ¿Por qué odian a mi bebé? —lo bombardeo con preguntas, confusa y herida.

—Amália, por favor, no insistas. Ya te dije cuanto podía. No puedo darte más detalles. Sería peligroso para los dos —dice con seriedad.

—Lorenzo, por favor, ayúdame. Necesito ver a Paolo, hablar con él, contarle todo. Que conozca a Henry, que ame a su hijo —suplico llorando—. No tienes idea de lo duro que es ver a mi niño tan solo, rechazado por sus abuelos. Él merece un padre que lo defienda y lo ame.

—Amália, basta. Estás siendo irracional. Sabes que es imposible. Sabes que los Caccini no permitirán que te acerques a Paolo jamás —intenta que entre en razón.

—Pero, Lorenzo… —trató de insistir, sin saber qué más decir.

—Amália, escúchame bien. Olvídate de Paolo. Olvídate de los Caccini. Olvídate de todo lo que haya pasado entre tú y los Caccini. Céntrate en tu vida, en tu hijo y en su felicidad. Es lo mejor que puedes hacer por ambos —me aconseja con sinceridad.

—Lorenzo… —susurro, sin fuerzas.

—Adiós, Amália. Y por favor, no vuelvas a llamarme —corta la llamada.

Me quedo paralizada con el teléfono en la mano, sin creer lo que acabo de oír. Lorenzo fue amable, pero no me dio ninguna información sobre Paolo porque es leal a los Caccini.

Siento un dolor en el pecho y ganas de gritar. No puedo aceptar esta situación. No quiero rendirme tan fácilmente. Es el padre de mi hijo. Tiene derecho a saber que Henry existe.

—Amália —dice mi padre a mi espalda.

Me vuelvo hacia él.

—¿Lo escuchaste? —me limpio las lágrimas.

—Ve a verlo a la empresa. Puede que Paolo Caccini haya pasado cinco años en coma, pero te aseguro que no por eso ha perdido la devoción por sus negocios —habla con serenidad y comprensión, y luego me abraza.

—¿Estaré equivocada, papá? ¿Estoy ciega? —pregunto con los ojos cerrados, apretándolo fuerte.

—No lo estás. Eres fuerte y valiente; defiendes lo que crees justo. Eres una madre amorosa que busca lo mejor para su hijo. Tienes derecho a luchar por el padre de tu niño, aunque sea un Caccini —me reconforta.

—Gracias, papá. Eres el mejor padre del mundo —lo estrecho más todavía.

—Te quiero, hija. Y te apoyaré en lo que decidas hacer. Pero ten cuidado. Los Caccini son peligrosos y poderosos. No les gustará nada que vayas tras Paolo —me advierte, separándose un poco de mí.

—Lo sé, papá, pero no les tengo miedo. Solo quiero que Paolo conozca a Henry y lo ame. Es su hijo. Tiene derecho a saber la verdad —sentencio con firmeza.

—Te entiendo, hija, pero no olvides que tú también tienes una vida aquí. Tienes tus clientas a quienes vendes tus hermosos bordados, un apartamento y un padre que te ama. No lo abandones todo por un hombre al que ni conoces —trata de que reflexione.

—No voy a abandonar nada, papá. Solo quiero arreglar esto. No conozco a Paolo, y por eso espero que sea distinto. Solo quiero que sea un buen padre para Henry.

—El lunes próximo irás a visitar el edificio Caccini con discreción. Tengo un amigo que puede ayudarte a infiltrarte. Tendrás la oportunidad de hablar con Paolo. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—¿No he demostrado ya que estoy completamente decidida?

16
¡Tú tienes un hijo!

PAOLO CACCINI

Hoy es lunes, mi tercer día desde que volví a la empresa. Regresé el jueves. Ese primer día, los empleados organizaron una pequeña reunión para darme la bienvenida. La sala de juntas estaba decorada con café, pasteles y carteles con mensajes de aliento y felicitaciones. Me felicitaron y elogiaron mi fuerza y mi regreso. Algunos parecían sinceros, otros meros aduladores. Ignoran que a mí no me importa eso. Solo sumarán puntos si veo que han hecho algo por la empresa en estos últimos cinco años.

Fue una pérdida de tiempo. Solo me recordó que soy un extraño en mi propio entorno, un lugar que necesito dominar. Muchas cosas han cambiado en cinco años, pero nada que me impida tomar el control. Podría liderar Caccini Global aunque hubiera dormido un siglo.

Estos dos días no hice nada más que posar para fotos, brindar y aburrirme. Solo anhelaba entrar a mi oficina y ponerme a hacer lo que mejor sé hacer. Espero que ahora todo sea más normal, porque hasta ahora no me han dejado en paz.

—Por fin —murmuro al entrar a mi despacho después de tanto tiempo.

En mi memoria, solo han pasado tres meses, pero en realidad fueron cinco años. Maldita sea.

—Aquí tiene su café, señor —dice Edy, tendiéndome un vaso que acepto. Lo llevo a la boca.

—Es increíble que no hayas olvidado cómo me gusta —le devuelvo el vaso vacío.

—Lo ha bebido muy rápido, a pesar de estar caliente —comenta, sonriendo.

—Y tú eres muy lento. ¿Por qué mi laptop todavía no está en el escritorio?

—Perdón, señor —corre hacia el maletín que está en el sillón y lo abre.

Mientras tanto, miro a mi alrededor. La mesa es la misma, pero la decoración del despacho ha cambiado. Continúa el ventanal con vista a Milán, aunque la cortina es nueva, de un azul oscuro. Las paredes ahora están pintadas de blanco, cuando antes eran grises. Los cuadros con fotos antiguas siguen aquí: yo con mis padres, yo esquiando, surfeando y pescando. En fin, fue hace mucho tiempo. Es extraño para mí, son momentos de otro “yo”, el que se quedó en mi época, el que no sufrió el accidente ni terminó aquí.

—Aquí tiene, señor —Edy coloca el ordenador en mi escritorio.

—Gracias —agradezco sin mirarlo.

Camino hacia la silla y me siento.

—Tiene programada una reunión dentro de media hora con la señora Alicia Bitencourt, la directora de marketing.

—Cancélala —ordeno sin titubear.

—Pero, señor, ella es de las personas más relevantes en la empresa. Tiene muchas ideas para impulsar las ventas y la imagen de Caccini Global… —intenta argumentar.

—No quiero escuchar sus ideas, quiero ver los resultados que haya obtenido —lo interrumpo.

—Pero, señor… —insiste.

—He dicho que la cancele —repito con firmeza—. Solo me reuniré con ella cuando reúna razones suficientes para mantenerla en su cargo.

—Sí, señor —se resigna y coge el teléfono.

Abro la laptop. Tengo mucho trabajo que hacer. No quiero reuniones inútiles ni charlas vanas o halagos vacíos. Solo un objetivo: mantener a Caccini Global como la empresa más grande y poderosa del mundo. Y nada ni nadie podrá impedirlo. Quiero hacer que los Bianchi se arrastren a mis pies. Quiero aniquilarlos de la faz de la Tierra.

—¿Estás cómodo? —pregunta mi padre al entrar a mi despacho, pocos minutos después de que me senté a trabajar.

—Señor, estoy estupendamente —alzo la vista para mirarlo—. ¿No confía en mí?

—Solo vine a felicitarte y a traerte un obsequio —deja una pequeña caja sobre mi escritorio.

—¿Un regalo? —inquiero, sorprendido.

—Sí. Algo que sé que te gustará —sonríe, abriendo la cajita.

Dentro hay un reloj de pulsera, de oro y diamantes, con el símbolo de Caccini Global grabado en la esfera. Lo había visto de niño.

—Es precioso —murmuro sin emoción.

—Es el mismo que usé cuando asumí la presidencia de la empresa, hace cuarenta años —dice con orgullo.

—¿Y me lo das ahora? —pregunto con suspicacia—. Yo ya asumí antes.

—Es tradición familiar entregar el reloj al sucesor —explica—. Es una pieza antigua, una reliquia. Tu tatarabuelo tenía muchas tierras y fue el tercer hombre de su época en encargar uno.

—¿Significa que ya no volverá usted a la empresa? —me lleno de esperanza.

—No, Paolo. Confío plenamente en ti y la prueba es que me he jubilado definitivamente. Ahora la empresa es enteramente tuya —anuncia con solemnidad.

—Entendido —respondo, complacido—. Gracias, padre —respiro hondo y tomo el reloj para examinarlo—. Me alegra que celebre mi regreso con un obsequio.

—No celebro tu regreso, sino tu compromiso. Eso es lo que hay que festejar —comenta con tono autoritario.

Aprieto los dientes, pero disimulo mi rabia.

—¿Compromiso? —fuerzo una sonrisa.

—Como te dije antes, no te queda ni un minuto más que perder.

—Tiene razón, pero necesito tiempo para reestablecerme. Mi cuenta bancaria… ¿alguien ha metido mano en ella?

—Tu dinero no ha hecho más que aumentar. Tranquilo, Paolo. Tienes fondos de sobra para costear a tu prometida —frunce los labios con orgullo, se da la vuelta y se marcha.

Apenas se cierra la puerta de la oficina, me pongo en pie y lanzo el reloj de diamantes al suelo con furia, haciéndolo añicos sobre la alfombra.

—¡Señor! —exclama Edy con los ojos desorbitados.

Le doy la espalda, camino hasta el gran ventanal y contemplo los edificios que se alzan en el horizonte. No me entusiasma casarme con una desconocida, pero tampoco me opongo. Sé que será un matrimonio de conveniencia y que podré seguir haciendo lo que quiera, con quien quiera y cuando quiera. Sé que puedo comprar el silencio y la fidelidad de mi prometida con regalos caros y lujosos. No temo perder el corazón, porque no tengo uno. Mi único problema es mi padre. ¡Maldita sea! Es como si hubiera pasado cinco años prisionero de él.

—Señor, ¿lo mando reparar? —pregunta Edy a mi lado, con los trozos del reloj en la mano.

—Tíralo —ordeno.

Él me mira incrédulo.

—Es carísimo. El señor Caccini… se enfurecerá —argumenta.

—¿Se te ha olvidado quién soy? Recuerdas cómo me gusta el café, pero parece que has olvidado lo mucho que odio que me cuestionen —coloco una mano en la cintura y la otra sobre mi frente.

—Perdón, señor —se aleja.

Regreso a mi escritorio, esperando que esta vez nadie me moleste.

Desperté distinto. Siento un vacío inexplicable y una ira que brota de la nada y me pone ansioso. Lo único que me calma es sentarme en esta silla y sumergirme en el trabajo.

***

Edy trajo mi comida, como le indiqué. No quise perder tiempo saliendo a almorzar. Sé que antes llevaba otra rutina, con horarios marcados para comer, divertirme y acostarme con alguien; pero nada de eso tiene sentido ahora.

Almuerzo con mi asistente, que fielmente sigue mi ritmo.

—Podríamos jugar al ajedrez después de comer, señor —sugiere, llevándose un bocado a la boca.

—No tengo el menor interés —murmuro mientras remuevo la comida con el tenedor.

—No debe preocuparse. Con el tiempo, todo volverá a ser como antes.

—Habla por ti, Edy. Sé que mi forma actual te asusta. Si quieres, puedes renunciar.

—No, señor. Me gusta trabajar para usted, aunque esté cambiado —contesta con sinceridad, mirándome a los ojos—. Solo quiero que se sienta bien, que sea feliz.

Suspiro y dejo el plato casi intacto a un costado.

—Esta comida está horrible —me quejo, volviendo a mi laptop.

Edy no responde; se limita a continuar su almuerzo.

Pasan unos minutos y todo sigue igual en el despacho, hasta que unos golpes en la puerta reclaman nuestra atención.

—¿Quién se atreve a interrumpir mi hora de comer? —espetó, molesto, mientras Edy se pone en pie, limpiándose la boca para ir a abrir.

—¿Se-señorita? —balbucea cuando una mujer joven, vestida como empleada de limpieza, entra en mi oficina—. ¡No debería…!

—¡Tengo que hacerlo! —contesta ella.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —me levanto de la silla, enojado. La mujer intenta hablar, pero la interrumpo—. ¿No sabe que he vuelto y que he restablecido el orden aquí? —Me acerco, obligándola a retroceder, aunque no aparta la mirada de mí.

Se queda varios segundos contemplándome en silencio, con sus expresivos ojos color miel. Y yo, por alguna razón, me siento atrapado en ese mutismo que ella impone. Recorro su rostro con la mirada: rasgos delicados, pómulos definidos, cejas claras. Bajo la cofia blanca asoman mechones revueltos, se ve que es rubia.

—Tienes que escucharme —dice al fin, moviendo sus labios rosados.

Trago saliva.

—Edy, déjanos solos —ordeno sin apartar los ojos de la mujer.

—¿Está seguro, señor? —pregunta, y vuelvo el rostro hacia él.

—Me voy —murmura, saliendo y mirando a la joven con preocupación.

Camino hasta la puerta y echo el pestillo.

—Paolo, gracias por darme la oportunidad de hablar contigo —dice ella mientras sigo de espaldas.

—Tantos paños encima me ponen nervioso.

Voy hacia ella y me detengo frente a su figura. Su perfume dulce, extrañamente familiar, que me recuerda al caramelo, hace que mi cuerpo reaccione.

—¿Qué haces? —pregunta cuando le levanto la barbilla con la punta de los dedos.

Camino hasta el sillón, sacando la billetera en el trayecto.

—Por lo general no hago esto en el trabajo, mucho menos con una empleada —extraigo varios billetes.

—¿Qué…? —Se ha sonrojado y no sabe qué hacer.

—Te escucho, pero te advierto que llevo cinco años sin acostarme con nadie. Puede que acabes un poco dolorida, pero no te preocupes, te compensaré debidamente —sonrío, agitando el dinero.

Ella me responde con una sonrisa. Si no me equivoco, parece divertida a mi costa.

—Eres gracioso —coloca las manos en la cintura y frunce los labios, mirando a un lado.

—El tiempo corre. Aprovecha —desabrocho mi chaqueta.

—Paolo, no vine… —alza las manos, cada vez más sonrojada.

Me pongo en pie con calma y la encaro de nuevo, sin que se mueva.

—¿No has venido a seducirme, delizia? —llevo la mano a su rostro y noto lo suave que es—. Eres tan hermosa…

Se aparta de mí con rabia, algo que me confunde.

—¿Puedo contar el motivo de mi visita? —pregunta, nerviosa.

—Si no has venido a acostarte conmigo, no tenemos nada que hablar —vuelvo a abrochar la chaqueta, levemente decepcionado.

—Soy la madre de tu hijo —afirma con voz baja, casi inaudible, que me hace dudar de lo que oí.

—¿Qué has dicho?

—Me llamo Amália. Tengo un hijo de casi 3 años llamado Henry. Y su padre…

—¿Me confundes con un psicólogo? —la interrumpo—. No me interesan tus problemas, pero te ofrezco la solución: si te entregas a mí, te aseguro que los resolveré todos.

—De tal palo, tal astilla —murmura con desprecio y dolor.

—Vete ya de aquí —exclamo con impaciencia.

Odio a las mujeres: son manipuladoras y embusteras. Lo único que tolero con ellas es un intercambio. Así me aseguro de que no me timen: yo les doy dinero y ellas me dan placer. Punto. No quiero otro negocio con ellas.

—No me iré hasta que te lo diga. No importa si lo aceptas o me das la espalda como buen Caccini. Paolo, tienes un hijo de casi 3 años. Eres el padre de mi hijo, y él te echa de menos.

También a sus abuelos. Pero no quiero a tus padres cerca de él ni en pintura —explica con determinación, y la escucho con atención.

—¿Un hijo de casi 3 años? Entonces dime cómo te las apañaste para quedarte embarazada de alguien que llevaba cinco años en coma.

—Escúchame…

—No recuerdo haberme acostado contigo —la examino de arriba abajo—. Quítate la cofia. Tal vez reconozca tu rostro con el pelo suelto. He estado con tantas rubias… Puede que seas una de ellas.

—Dios, eres un idiota —resopla con sarcasmo, negando con la cabeza.

—Estoy siendo irónico. No me insultes haciéndome creer semejante patraña —digo con firmeza y las manos en los bolsillos—. Ese truco no funciona conmigo.

—Hazte una prueba de ADN. Pero ¿sabes? Mejor no…

—Ninguna de mis semillas ha llegado a la vagina de una mujer. Siempre lo evité. Ninguna prueba me convencerá. Si intentabas llamar mi atención, lo has conseguido. Enhorabuena por la creatividad. Ha sido divertido. Por eso te concederé un deseo.

—Paolo… —susurra con voz dulce, acercándose con confianza y apoyando la mano sobre mi pecho, encima de mi corazón—. ¿No lo echas de menos? —me mira a los ojos.

Noto que mi corazón se acelera de forma inexplicable al sentir su contacto. Lo que más me asusta es que… ella me recuerda a unas pesadillas que he tenido.

—No me toques —le retiro la mano.

Me doy la vuelta, avergonzado sin saber por qué. Me siento extraño.

—Hace tres años, tu padre me buscó. Me propuso encargarse de mi padre enfermo y liquidar las deudas que me estaban hundiendo. Lo único que debía hacer era gestar un hijo tuyo —me dice a la espalda.

Respiro hondo y me vuelvo hacia ella.

—¿Te inseminaron con un hijo mío? —pregunto con los labios fruncidos.

—Sí —parece aliviada—. Menos mal que al fin comprendes.

—Es imposible —niego, incrédulo—. Mi padre jamás haría tal cosa.

—Si conoces a tu padre, sabrás que sí lo haría, y así fue —comenta con gesto triste.

—Él sabe que nunca querría un hijo. Sabe que odio la idea de familia, compromiso o amor. Lo sabe.

—No voy a juzgarte, acabas de salir de un coma de cinco años. Descubrir que tienes un hijo de forma tan brusca debe de ser abrumador, sobre todo si no has tenido un buen ejemplo de padre.

—No lo sé. Quizá quería verme infeliz. Tal vez habría preferido verme muerto —respondo con amargura.

—Solo sé que nuestro hijo te adora. Es precioso. Tiene tus ojos azules, tu cabello castaño y una sonrisa encantadora. Es listo, cariñoso y juguetón. Es lo mejor que me ha pasado, y podría serlo también para ti si le das una oportunidad —saca una foto del bolsillo y me la entrega.

La miro y siento algo extraño en el pecho. Es un niño de unos 3 años, sonriendo a la cámara mientras sujeta un osito de peluche. Es mi copia de cuando era pequeño. No puedo apartar los ojos de él.

—Se llama Henry —añade con orgullo y dulzura—. Henry Caccini.

—Lárgate —me cubro la cara con las manos y señalo la puerta—. Vete o te sacaré a la fuerza.

—Ya me marcho; he dicho cuanto debía. Mi conciencia queda tranquila —asiente con la cabeza, camina hacia la puerta y gira la llave—. Espero no haberme equivocado contigo —dice antes de salir.

17
Un verdadero Caccini

AMÁLIA DAVIS

Salgo del edificio de los Caccini llorando. Me mantuve firme todo el tiempo, pero encontrarme con Paolo despierto no fue nada fácil. Es tan distinto de lo que imaginaba. En nuestras interminables tardes juntos, cuando lo veía sereno y tranquilo, pensaba en él como un hombre dulce, bondadoso, amable y educado. Sin embargo, no fue eso lo que demostró hoy al tratarme de forma tan grosera. Claro, si creció con el señor y la señora Caccini, no podía ser de otra manera. Es tan solo otro arrogante que cree poder comprarlo todo. Un rico tan pobre que me inspira lástima.

Espero sinceramente que Paolo valore al hijo que tiene. Solo así tal vez haya salvación para él.

***

PAOLO CACCINI

Mis dedos sujetan con fuerza la fotografía del niño que sonríe dulcemente, apuñalando mi alma con dudas y más dudas. Sí, se parece a mí, pero no prueba nada; son rasgos comunes. Aprieto la foto con rabia y la guardo en el bolsillo, intentando seguir con mi día como si nada hubiera pasado.

Pero no logro concentrarme en el trabajo. Necesito despejar esta duda.

¿Por qué diablos Edy no vuelve? Cojo mi celular y lo llamo, pero no contesta.
¡Maldita sea!

Cierro la laptop y salgo con prisa de la oficina, avanzando rápido sin fijarme en nada ni en nadie a mi alrededor. Aunque sé que no debo fiarme de cualquier mujer que aparezca diciéndome locuras, había algo en su mirada que me hizo dudar.

Si decía la verdad, soy padre de un niño de alrededor de tres años. Eso querría decir que, cuando llevaba dos años en coma, mi padre perdió la esperanza y tuvo que pensar en otra alternativa para la sucesión de su preciado imperio. Cuanto más lo pienso, más dudas surgen.

Conduzco con cuidado. Aunque tenga la sangre hirviendo, no dejo que eso afecte al volante. No quiero provocar otro accidente nunca más.

Advierto las miradas desconcertadas de los guardias cuando me ven cruzar la puerta de la mansión de los Caccini. Rara vez vuelvo a casa en horario laboral. Detesto perder el tiempo, pero aún me desagrada más que se entrometan en mi vida.

—¿Dónde está mi padre? —le pregunto a Margareth en cuanto entro y me la encuentro con un cubo en la mano.

—Señor Paolo, ¿está todo bien? —arruga la frente con preocupación.

—Sí. Ahora, ¿dónde está? —respiro hondo y me aflojo la corbata.

—Él está en el despacho, señor Paolo —coloca el cubo en el suelo y me mira con curiosidad.

Subo las escaleras sin responderle y golpeo la puerta del despacho de mi padre con fuerza, sin importarme si está ocupado. Él abre con cara de irritación, pero enseguida se sorprende de verme.

—Paolo, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? —Hace un gesto para que entre.

—Necesitamos hablar —entro al despacho y cierro la puerta tras de mí. Veo que estaba trabajando con unos papeles en su escritorio, pero no me interesan—. Es acerca de mi hijo.

—¿Tu hijo? ¿De qué hablas, Paolo? Nunca me has dicho que tuvieras un hijo —se sienta en su silla y me mira incrédulo.

Aprieto los dedos para controlar una explosión de rabia.

—Señor, Henry Caccini. ¿Le suena ese nombre? —respiro con calma.

—¿Henry Caccini? No, no recuerdo a nadie con ese nombre. ¿Por qué me lo preguntas, Paolo? —responde con naturalidad. De todos modos, mi padre pocas veces muestra sus emociones.

—No se haga el desentendido. Sé que sabe quién es Henry Caccini. Es mi hijo, su nieto. ¿Lo negará? ¿Negará que se apropió de mi semen para inseminar a una desconocida sin mi consentimiento?

—Esto es una locura, Paolo. Alguien que quiere perjudicarte te está engañando —me mira con dureza—. ¿Quién te contó esa historia? ¿Tienes alguna prueba?

Permanezco callado un minuto, temiendo que haya cometido un grave error al dudar de él.

—Tome —saco la foto del niño y se la entrego—. Aquí está la prueba —meto las manos en los bolsillos, atento a su reacción.

Mi padre se echa a reír. Algo que rara vez le he visto hacer. Me siento avergonzado.

—¿Por qué haría yo algo así? —arruga la foto en su mano y me la arroja—. ¿Por qué iba a querer un bastardo cuando aún puedo usar mis propias semillas y crear un verdadero Caccini?

—¿Cómo que un verdadero Caccini? Un hijo mío también lo sería —me defiendo de su burla.

—Un verdadero Caccini no caería en el cuento barato de una ramera cualquiera —escupe en el suelo, mostrando su disgusto.

—¿Cómo sabe que fue una mujer quien me lo dijo? —entorno los ojos—. Jamás comenté que fuera una mujer.

—Porque controlo todo, Paolo. Sé que hoy una tipa se coló en la empresa disfrazada de limpiadora para llegar a tu despacho. Algo que no sucedería si yo siguiera al mando de Caccini Global —gruñe apretando los dientes—. No sé qué habré hecho para merecer un hijo que desconfía de mí.

—Precisamente por querer controlarlo todo es que dudé —confieso, desviando la mirada, avergonzado de haberlo tachado de semejante cosa.

—Déjame solo y vuelve a tu puesto. Un rey nunca debe abandonar su trono —retoma su atención a los papeles.

—Solo me angustiaba la idea de tener un hijo por ahí, abandonado, sin mi guía. Eso sí sería vergonzoso.

—Entiende que no es verdad. Jamás haría algo así —habla con un tono algo más suave, mostrando cierto paternalismo.

Aunque se le conoce por autoritario y controlador, esta acusación es excesiva incluso para él. Me siento aliviado.

—Señor, yo… he reaccionado impulsivamente. Siento haber irrumpido así —dejo que mi enojo se disipe un poco.

Él suspira, mirándome con un gesto más comprensivo. Poco a poco, la tensión se desvanece.

—Paolo, entiendo que esto te haya alterado. Ahora espero que te repongas y dejes de perder tiempo con tonterías. Pronto conocerás a tu prometida, te casarás y tendrás hijos legítimos.

Mientras lo escucho, noto que está preocupado por la situación. Quizás mi reacción impulsiva me impidió ver su preocupación antes. Aunque su afán por controlarme me agobie, lo acepto. Únicamente no lo toleraría si Henry Caccini de veras existiera.

—De acuerdo —exhalo y recojo la foto del suelo, guardándola en mi bolsillo.

Mi padre asiente con una sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo, veo un atisbo de afecto en su mirada.

Salgo del despacho, sintiendo un peso menos sobre los hombros.

Cuando voy al coche, veo que llega el auto de mi madre y decido esperar para saludarla antes de volver a la empresa. Meto las manos en los bolsillos y observo cómo el chófer estaciona.

—Mamá —abro la puerta para ella.

—¿Qué haces en casa a estas horas? —baja con cierta dificultad—. Odias perder el tiempo, y aquí estás sin hacer nada.

El chófer, en silencio, baja la cabeza y se pone a recoger las muchas bolsas de compras de mi madre.

—Verás, mamá, hubo un malentendido sobre el que no podía quedarme con la duda —la acompaño hacia el interior de la casa, con su brazo enganchado en el mío.

—¿Malentendido?

—Una mujer oportunista se presentó en mi despacho diciendo ser madre de un hijo mío —esbozo una pequeña sonrisa—. Henry Caccini —bromeo—. Pero ya está solucionado.

—¿Y desde cuándo le prestas atención a cualquier descarada, hijo? —gime—. Yo siempre te he prevenido. Nunca me ha gustado que solo te relacionaras con prostitutas —se queja.

Le doy un beso en la mejilla al llegar a la puerta.

—Nunca. Pero si estaba en juego un posible hijo, no podía quedarme con la duda.

***

¡Maldición! ¿Dónde está Edy? Sin él mi trabajo no avanza. Y si le pago es porque lo necesito.

—¡Si no regresas cuanto antes, considérate despedido! —suena mi voz en el buzón de mensajes. Una vez más lo llamo y no contesta.

Alguien entra por la puerta de la oficina. Por un instante, pensé que sería Edy.

—Paolo —Alessandro se deja caer en el sofá con despreocupación, mientras yo lo observo con desaprobación.

—¿Viniste a acabar el trabajo? —espeto, con un tono cortante.

—Vine a charlar un rato. Sé que no te gusta que vengan a tu oficina, pero, amigo, es imposible hablar contigo…

—Tú me advertiste; sabías que algo pasaría —lo señalo con el dedo.

Alessandro se endereza y noto en su reacción cierto peso de culpa por el maldito accidente.

—Te avisé, Paolo, porque no deseaba que salieras lastimado —se defiende, poniéndose de pie con precaución.

—Lárgate de mi despacho, traidor —gruño con los dientes apretados.

—Estás cometiendo otro error. De nuevo, no me escuchas —niega con la cabeza y sale de la oficina.

***

AMÁLIA DAVIS

Algo va mal. Abro los ojos sobresaltada por el crujir de madera quemándose y me encuentro con un mar de humo.

—¡HENRY! —mi primera reacción es gritar el nombre de mi hijo.

Me levanto de la cama sin pensar qué hacer. Solo pienso en que no le pase nada a mi pequeño.

—¡HIJO MÍO! ¡PAPÁ! ¡HENRY! —corro hacia la habitación de mi padre. Hoy Henry durmió con él—. ¡DESPIERTEN! ¡DIOS MÍO! ¡SALGAMOS DE AQUÍ! —grito, al borde del llanto.

Cojo a Henry en brazos y sacudo a mi padre.

—¿Qué sucede? —balbucea asustado, sin saber la causa de mi pánico.

—¡VENGA, PAPÁ! ¡TENEMOS QUE IRNOS DE AQUÍ! —chillo, alarmada por el estrépito de la madera al caer.

Henry empieza a toser y lo cubro con una manta.

—Mis documentos, nuestras fotos… —mi padre corre a su baúl y extrae una caja.

—¡VÁMONOS, PAPÁ! ¡DEJA ESO, POR FAVOR! ¡DEBEMOS IRNOS! ¡NO IMPORTA NADA MÁS!

Él parece absorto, apenas me oye. Decido centrarme en mi hijo, doy media vuelta y avanzo por el pasillo. Es como un laberinto. El fuego se propaga, pero oigo sirenas acercándose. Alguien habrá llamado a emergencias.

—¡Mamá! —Henry me abraza, aterrorizado—. ¡Fuego! —se aferra a mi cuello.

Lo sujeto, sin apartar la vista de la puerta que acabo de encontrar. Mi prioridad es salvar a mi niño. Mi pequeño debe salir de aquí con vida o mi vida habrá terminado.

—¡AMÁLIA! —doña Lúcia me llama, agitando los brazos desde la calle, junto a un bombero. Varios más se preparan para combatir las llamas.

—¿Hay más gente en la casa? —me pregunta uno de los bomberos.

—Mi padre, él sigue adentro —respondo llorando—. Tenía que sacar a mi hijo; no sabía cuánto aguantaría.

—No se preocupe, rescataremos a su padre —el hombre entra corriendo.

Permanezco fuera de la casa en llamas, aferrada a mi hijo con todas mis fuerzas. El fuego ruge, devorando todo sin piedad. Lloro desconsolada, el olor a humo llena el aire. Temo por mi padre, pero agradezco tener a Henry sano y salvo.

Ocurre rápido, pero siento que transcurre una eternidad: el bombero sale llevando a papá en brazos. Casi está inconsciente, sujetando la caja con nuestras fotos y tesoros. Corro hacia ellos y sigo al bombero hasta un lugar seguro.

—Papá, estaremos bien —le digo con determinación y gratitud al ver que me mira.

Más gente se acerca para auxiliarlo.

—Por favor, retrocedan —pide uno de los paramédicos.

Doña Lúcia me envuelve en un abrazo reconfortante.

—Hija mía, qué pesadilla —ella llora, acariciando la espalda de Henry. Su gesto me transmite algo de consuelo.

—No sé qué ocurrió —susurro, limpiándome el rostro.

—Deja al niño conmigo y ve con tu padre al hospital. Cuidaré muy bien de él —se ofrece.

Me siento reacia a separarme de mi hijo, que está muy asustado.

—No lo sé —murmuro—. Creo que es mejor que se quede conmigo, pero gracias de verdad, doña Lúcia —agradezco con sinceridad.

Los bomberos continúan sofocando el incendio mientras otros observan y se solidarizan. Tras un rato, las llamas por fin son controladas. La casa, con tantas cosas significativas y bonitas, ha quedado calcinada. Siento un enorme dolor al verla así y, a la vez, un gran alivio por seguir vivos.

La ambulancia está lista para llevar a mi padre al hospital, y yo lo acompaño, sujetándole la mano mientras lo suben en la camilla. A pesar de mis dudas, dejo a Henry con doña Lúcia, que se ha quedado dormido después de que lo examinaran. Gracias a Dios, está fuera de peligro.

—Estaremos bien, papá —suspiro, acariciando su mano en la ambulancia—. Estamos a salvo —sonrío entre lágrimas.

No puedo pensar más que en todo lo que hemos perdido. Seguimos vivos, pero habrá que empezar de cero.

18
Protegeré a mi hijo

AMÁLIA DAVIS

—Vete a casa, Amália. Quédate con mi nieto —me pide mi padre con voz débil, sin abrir los ojos.

Llevamos casi diez horas en el hospital. Por suerte, los médicos han sido bastante atentos. La exposición al humo lo debilitó y causó daños en su vista y sistema respiratorio. Gracias a Dios, el médico me tranquilizó respecto a los problemas cardiovasculares, que era lo que más me tenía aprensiva.

—Padre, Henry está bien. Extraña mucho al mejor abuelo del mundo. —Sonrío, acariciando su cabello. Intento no demostrar mis preocupaciones. —Solo lo veré cuando vayamos juntos. —Beso su frente.

—No dejes al niño solo, Amália. Ya estoy viejo. Por favor, no te apartes de mi nieto. Ya ha sido dejado de lado lo suficiente por todos los demás. —Empieza a toser, con dificultad para respirar.

—Padre, no me diga eso, por favor. —Ahora ya no puedo contener más el llanto que tenía atrapado en la garganta. —Tampoco me gusta estar lejos de él, pero está con la señora Lúcia. Confío en ella, papi. Y usted tampoco puede quedarse solo. —Me desmorono, bajando la cabeza sobre su pecho.

Estoy destrozada desde el momento en que abrí los ojos en medio del incendio durante la madrugada.

—Amália, no lo dejes lejos de tu vista. —Parece desesperado. —Fueron ellos, Amália.

Me alejo de él, mirándolo, sin entender.

—¿Qué, padre? ¿Qué dijo?

—Los malditos Caccini... Fueron ellos quienes incendiaron nuestra casa. —Tose otra vez. —Intentaron asesinar a nuestro niño. No lo dejes solo, por favor. —Vuelve a toser y me quedo petrificada, sin reacción.

—Señorita, por favor, déjelo. —El doctor aparece, apurado, seguido de algunas enfermeras.

Ellos, rápidamente, comienzan a cuidar de mi padre, intentando estabilizarlo. Me siento completamente aturdida por las palabras que acabo de escuchar. La idea de que los Caccini, la propia familia de mi hijo, estuvieran involucrados en un acto tan terrible es casi inimaginable.

Quedo observando el movimiento frenético alrededor de la cama de mi padre, perdida en

pensamientos y sentimientos conflictivos. Desesperada, sin poder reaccionar. Cuando, finalmente, soy conducida gentilmente fuera del cuarto por el médico, mi mente aún está girando. Miro el pasillo vacío del hospital, tratando de procesar todo.

Mis manos tiemblan mientras tomo mi celular y empiezo a marcar el número de Lúcia. Necesito saber de Henry. Necesito asegurarme de que mi hijo esté seguro y lejos de cualquier peligro que pueda estar sobre él.

—Amália? —Lúcia contesta después de algunos toques. Su voz tranquila me trae un poco de alivio.

—Lúcia, ¿cómo está mi hijo?

—Está un poco triste, pero bien. ¿Cómo está su padre?

—Está débil, pero se va a recuperar —explico de la manera más calmada posible, aunque mi voz aún está temblorosa. —Señora Lúcia, voy para allá. Me quedaré con mi hijo. No sé qué hacer ahora. Ni siquiera sé por dónde empezar. —Sollozo.

—Quédate con su padre. Yo cuido al niño. No es problema alguno.

Cuelgo el teléfono y camino de regreso al cuarto de papá. La escena es de un caos controlado, con médicos y enfermeras trabajando diligentemente para estabilizarlo. Me acerco a la cama y tomo su mano con cuidado.

—Voy a cuidarlo. Usted va a estar bien. —Beso sus dedos.

—Nuestra casa... Ella...

—Está todo bien —lo tranquilizo, mintiendo estratégicamente. —No piense en eso.

—Henry... Mi nieto...

—Padre, me quedaré con Henry. Y usted, recupérese, por favor —mi voz está temblorosa, pero firme. —Prometo que voy a proteger a Henry y hacer lo que sea necesario para garantizar nuestra seguridad. —Beso su frente. —Descanse ahora. Lo amo —las palabras salen de mi boca llenas de determinación.

Si lo que dijo mi padre es verdad, entonces estamos enfrentando un peligro real. No voy a permitir que mi hijo sea puesto en riesgo. Nos iremos a Seattle, en América, a quedarnos con mi tío, en cuanto papá se recupere. Basta de aferrarnos a los recuerdos de nuestra casa, de nuestro hogar. Lo que importa es estar bien y juntos. Además, nuestra casa ya no existe más.

Mientras el monitor del corazón de mi padre emite sonidos constantes y los médicos continúan su lucha por estabilizarlo, hago una promesa silenciosa a mí misma y a mi padre: voy a proteger a mi hijo de los Caccini. Nunca más oirán hablar de él.

PAOLO CACCINI

Salgo del coche y cierro la puerta con fuerza. Podría decirle a uno de nuestros hombres de seguridad que lo haga, pero quiero ver, con mis propios ojos, qué llevó a Edy a ignorarme como

si fuera cualquiera. Él vive en un barrio bien ubicado y lujoso. Un estilo de vida que puede costear gracias al generoso salario que le pago.

—Señor Caccini, buenos días —me saluda el portero, un señor uniformado de mediana edad, haciendo una reverencia y dando una sonrisa exagerada.

No tengo idea de quién es, pero, obviamente, me conoce.

—Buenos días. —Asiento, ajustando la chaqueta. —¿Está Edy? —Alzo una ceja.

—Sí, señor. Lo llevaré hasta su apartamento. Por favor, sígame —dice prontamente.

Sigo al portero por el elegante vestíbulo del edificio, con mi mente girando alrededor del motivo por el cual Edy, mi empleado de confianza, me ignoró. El corredor está impecablemente limpio y los ascensores de acero brillan frente a mí.

Mientras subimos hasta el piso donde vive Edy, mis pensamientos están llenos de preocupaciones y cuestionamientos. El portero se detiene frente a su puerta y la abre. Extraña la libertad con la que lo hace, pero estoy segura de que solo lo está haciendo porque es para mí.

Doy un paso dentro del apartamento y soy inmediatamente envuelta por el aroma de café fresco. Mis ojos se ajustan a la penumbra y veo a Edy sentado en la mesa de la cocina, mirando su celular, completamente ajeno a mi presencia.

Cabezota, me acerco a la mesa y aplaudo las palmas de mis manos sobre la superficie dura. Mi asistente salta en la silla y sus ojos se agrandan cuando, finalmente, percibe mi presencia.

—Señor Caccini, yo... No esperaba que viniera aquí. ¿Cómo... cómo está usted?

—Estaría mejor si no me hubieran ignorado estos últimos días. ¿Qué está pasando, Edy? —Mi expresión es dura.

Él traga en seco, claramente incómodo.

—Señor, yo...

—¿Está insatisfecho con su trabajo? —lo interrumpo con mi voz cortante. —¿No es suficiente todo el mimo y el cheque gordo que yo, generosamente, le pago?

Él parpadea y veo vacilación en sus ojos.

—No es exactamente eso, señor. Aprecio el empleo, claro. Usted es muy generoso. La verdad es que no he estado muy bien. —Comienza a fingir una tos.

—¿Qué es eso? Además de hacerme perder tiempo, ¿está tratando de hacerme reír? —Estoy indignada. —Edy, francamente, si desea renunciar, solo mándeme una carta. Pongo a otro en su lugar en el siguiente minuto. Solo no me haga perder tiempo, ¡maldita sea! —Esbravejo, irritada con este inconveniente.

Estoy acostumbrada a él y odio cambiar de empleados, principalmente alguien tan importante como un asistente.

Edy traga en seco de nuevo.

—Perdón, señor. —Comienza a llorar y me quedo sin reacción. No esperaba eso. —Solo que no soy bueno mintiendo, y estoy cansado de omitir. Eso también está muy mal. No soporto ver al señor, un hombre tan bueno y justo, siendo engañado, habiendo sido usado. Me siento un traidor. No soy digno de mirarlo a los ojos.

Pondero sus palabras por un momento. Edy siempre ha sido un empleado leal y competente. Al menos eso es lo que yo pensaba.

—¿Me ha traicionado, Edy? ¿Sabes algo sobre el accidente que casi me mató? ¿Por eso estuviste a mi lado durante cinco años? ¿Fue porque sentías remordimiento? ¿Es por eso que estás evitando mirarme? —Golpeo la mesa, enfadada con esta posibilidad.

Lo que más odio que perder tiempo es que me mientan.

—No, señor, no tiene nada que ver con el accidente. Quiero decir... Cuando usted estaba en coma, esa mujer... —me encara, temblorosa, trabándose en sus propias palabras.

—Cuando yo estaba en coma, esa mujer... ¿Qué quiere decir eso? —Coloco las manos en la cintura, tratando de juntar las piezas. Edy agranda aún más los ojos y yo empiezo a juntarlas. —¿Está tratando de decirme que lo que esa mujer dijo en mi oficina es verdad?

—E-e-eu estoy ten-tentando decir que...

—¡Claro! Por eso usted salió y no volvió más. Porque pensó que yo había descubierto todo y no fue por usted —hablo más para mí misma que para él.

¿Entonces, es eso? Mientras estuve en coma, ¿mi padre implantó a un hijo mío en una desconocida?

Edy reacciona bruscamente: se arroja a mis pies y llora, desesperado.

—Por favor, tenga piedad, señor. Perdóname —suplica, agarrándose a mis piernas. —Entrégueme a la policía, si eso le hace perdonarme, pero perdóname, por favor.

Mientras Edy continúa haciendo una escena patética a mis pies, en mi cabeza, surge un torbellino de pensamientos como bordadas, causando una electricidad fervorosa por todo mi cuerpo.

—¿Dónde está su lealtad, Edy? —Me alejo hacia atrás.

—Está con usted. Por favor. —Me sigue de rodillas.

—Deja eso. Levántese y vaya a lavarse la cara. —Respiro con fuerza.

—Le voy a contar todo lo que sé. Lo prometo.

—¿Cómo voy a saber que contará todo? Ya ha demostrado que no es digno de mi confianza.

—Señor, prometo que contaré todo lo que sé. ¡Lo juro!

—Lo más importante ya lo sé: tengo un hijo —digo entre dientes, sintiendo un amargor en la garganta.

—Amália, esa joven que lo buscó en la oficina, es la madre del niño Henry.

—Henry —repito, dándome cuenta de que esto realmente está sucediendo.

—Firmaron un contrato, señor. A la señorita Amália pudo pagar sus cuentas y cuidar la salud del padre. Luego...

—Menos mal —lo interrumpo.

—¿Menos mal?

—Si ella fue pagada, eso quita un 1% de mi frustración.

Doy la espalda y camino hacia la salida, sin importarme los protestos de Edy.

19
Nunca cometeré el mismo error que tú

PAOLO CACCINI

Al salir del apartamento de Edy, entro en mi coche y conduzco, furiosamente, hasta el consultorio de Lorenzo Russo. Si hay alguien que lo sabe todo, es él. Mientras conduzco, las cosas van surgiendo en mi cabeza. Primero, un vago recuerdo de cuando desperté: esa chica fue la primera persona que vi en cuanto abrí los ojos. Ella estaba allí en la habitación. ¿Y por qué diablos había un niño, un muchacho, cerca de mí?

¡Mierda!

Si congelé mis espermatozoides fue porque no quería tener un hijo de cualquier manera. Mi padre es un fraude. Me engañó, y no lo perdonaré por eso.

***

—No necesito ser anunciado —respondo a la secretaria de Lorenzo y avanzo hacia su oficina.

—Señor Caccini, el doctor Russo está en una reunión muy importante. —La secretaria me sigue, con prisa.

—¡Al diablo! —murmuro y abro la puerta de golpe. La escena que veo hace que mi rabia aumente drásticamente.

—Genial, los dos reunidos. Esto va a ser interesante.

Mi padre y su precioso abogado están reunidos para, probablemente, pensar en una manera de hacerme el tonto.

—Paolo, ¿qué haces aquí? ¿Y qué modos son esos de interrumpir una reunión de extrema importancia? —mi padre se levanta de la silla.

Lorenzo estira el cuello, tenso y, claramente, avergonzado.

—Al decir "reunión de extrema importancia", ¿se refirió a intentar encontrar una buena excusa para lo que hicieron conmigo? —me acerco a él con el pecho hinchado.

—Me referí a asuntos personales que no te conciernen —responde, sin mostrar ningún signo de arrepentimiento.

—Pues yo quiero que te jodás, ¡imbécil! —escupo las palabras, cerrando los puños y conteniéndome para no golpearlo.

—¿Qué dijiste? —abre los ojos y avanza en el pequeño espacio que nos separaba. Nuestros

cuerpos quedan frente a frente.

—Paolo, ¿dónde está el respeto que tenías por mí?

—Metiste esto en tu trasero cuando te atreviste a entrometerte en mi vida en un asunto que, para mí, era de suma importancia —digo, sin dudar.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué pasó esta vez? Necesitas ver a un psicólogo, Paolo. No despertaste muy bien del coma. —mira a Lorenzo.

—Lorenzo, por favor, llama a una ambulancia. Vamos a llevarlo al hospital para que le revisen la cabeza.

—¿Sabes qué? ¡Que se jodan ustedes dos! A partir de hoy, ya no soy tu hijo. —apunto el dedo a su cara.

—Si no eres mi hijo, no serás nadie. —se ríe a carcajadas, negando con la cabeza.

—Equivocado. Si no soy tu hijo, tendrás que insertar tus semillas en otra mujer para generar a tu precioso heredero y rezar para vivir lo suficiente hasta que él alcance la mayoría de edad. O tendrás que recurrir a mi primo para seguir tus órdenes. Sinceramente, creo que se lo merecen. —comienzo a alejarme de él de espaldas, lentamente.

—Tal vez deberías nombrar a Lorenzo como tu hijo, ya que él siempre ha sido más importante que yo. —doy la espalda y me alejo, respirando con fuerza.

—¡No me des la espalda! —dice con autoridad.

Vuelvo a mirarlo.

—Mentiste mirándome a la cara —mi voz sale entrecortada.

—Me engañaste. Ya no eres nada para mí.

—Todo lo que hice fue por ti. Lorenzo, dile a él.

—Paolo, estabas inconsciente y bajo la protección de tu padre. Él tenía todo el derecho de...

—¡Cállate, corrompido adulador!

—¡Hijo!

—¿Derecho? Si estaba dentro de tu derecho, entonces ¿por qué mentiste mirándome a los ojos? ¿Y dónde está mi hijo ahora?

—Olvídalo. Es un error, un bastardo. Puedes casarte con una heredera virgen y tener hijos legítimos. Henry fue solo un plan B cuando no teníamos opción.

En cuanto termina de hablar, avanzo sobre él y lo golpeo en la boca, haciéndolo caer hacia atrás, con los labios sangrando.

—¡PAOLO! —Lorenzo viene hacia mí y me sostiene.

—Puedo tener tu maldito sangre, pero nunca cometeré el mismo error que tú —resoplo,

apuntando el dedo a mi padre aún en el suelo.

Salgo tambaleándome de la oficina, respirando con dificultad. Estoy aturdido con tanta decepción.

Toda mi vida, hice todo por él. Le obedecí y lo seguí ciegamente, intentando ser digno de su afecto. Pero nunca fui más que un proyecto que él intentaba perfeccionar según sus intereses. Y él planeaba hacer lo mismo con mi hijo mientras yo agonizaba en una cama.

Entra al coche y, sentado con la cabeza apoyada en el volante, permanezco en silencio por unos minutos, intentando decidir qué haré primero. Me acomodo, apoyando la espalda en el asiento, y meto la mano en el bolsillo para agarrar mi celular, decidido a llamar a Edy.

—Señor, ¿está todo bien? ¿Necesita de mí? —contesta en el tercer toque.

—Edy, encuéntrame en el bar donde solíamos encontrarnos hace cinco años. —ignoro sus preguntas.

—Te encuentro allí en 30 minutos. —cierro la llamada.

¡Maldición! Ni siquiera sé si ese bar aún existe.

La única persona en quien puedo pensar para confiar es Edy. Él es el único que no se sintió mal por mentirme. Y quiero saber todo lo que rodea a mi hijo.

***

—¿Dónde está esa mujer que trabajaba aquí hace cinco años? —le pregunto al camarero cuando viene a atenderme.

—¿Todavía trabaja aquí?

El bar aún existe, de la misma manera que lo recuerdo. Pregunté por la chica porque quiero saber cuánto han cambiado las cosas.

—Soy nuevo aquí, señor. Preguntaré al gerente y volveré con la respuesta. —sonríe y me entrega el menú.

—Mientras tanto, siéntase libre de elegir su pedido.

—Ya sé lo que quiero. —le entrego el menú.

—Quiero un vaso de whisky. —el camarero anota el pedido en su bloc y yo levanto la mano, mostrando dos dedos.

—No, mejor dos vasos.

—En unos instantes, señor.

Se aleja y yo comienzo a tamborilear los dedos sobre la mesa, inquieto.

Edy llega, con pasos rápidos, y se sienta en la silla frente a mí.

—Señor, le voy a contar todo. —junta las manos.

—Genial.

—Aquí está su pedido, señor. —el camarero deposita los vasos de bebida sobre la mesa y me mira con pesar.

—Lamento informarle que la antigua camarera, Anna, murió hace unos dos años, debido a una enfermedad.

—Gracias. Edy, haz tu pedido.

—No quiero nada —responde, sin soltura.

—En ese caso, ya puede irse —digo al camarero, que asiente y se aleja.

—Pobre Anna —Edy lamenta.

—Yo nunca más había venido aquí, señor. No lo sabía.

—Diga lo que sabe. —tomo uno de los vasos y doy un largo trago, que desciende quemando mi garganta.

Edy se retuerce en la silla.

—Sé dónde vive la señorita Amalia. Está a unos 30 kilómetros de Milán, pero sé cómo llegar allí. Puedo acompañarlo.

—Además de su dirección, ¿sabes algo más? ¿Sabes sobre las transacciones comerciales? —coloco el vaso vacío sobre la mesa.

—No hay mucho que decir, señor. El niño Henry es su hijo. Tiene sus ojos y...

—Ya sé que él es mi hijo. ¿Cuánto cobró la mujer por generarlo?

—¿Cuánto?

—Sí. ¿Cuál fue el precio que la hizo venderse?

—Creo que no fue poco. Suficiente para que ella pagara la hipoteca de la casa, la asistencia médica de su padre y, además, una cantidad para mantenerlos mensualmente. El valor exacto, realmente no lo sé.

—Debió ser algo alrededor de 250 mil euros —digo, serio, con los dedos en el mentón.

—Mucho más, señor.

—¿A qué se dedica?

—Hasta donde sé, no tiene un empleo fijo, pero vende algunos bordados aquí y otros allá.

—Genial, no tiene un empleo fijo.

—¿Le va a dar un empleo?

—Solo estoy estudiando su situación.

—Es una buena persona. Pasaba horas acompañándola y conversando con usted.

—Ahórrame los detalles sórdidos —reclamo y tomo un poco más de la bebida.

—El niño Henry debe estar extrañándolo. Yo estaba tan preocupado por él. Me sentía tan culpable por ocultarlo —murmura Edy, con los ojos bajos.

—Al menos mi padre tuvo la decencia de presentarme al niño.

—Creo que el señor Ricardo quería plantar la imagen de un padre en Henry.

—Loco. Mi padre está completamente loco. —golpeo el vaso vacío sobre la mesa.

—Yo no era padre de nadie mientras estaba en una cama, solo era un cuerpo seco y lamentable.

—No diga eso, señor. Siempre fue muy amado por su hijo.

—La mandaré a buscar hoy, no importa dónde esté. Hoy, a las siete de la noche, la quiero en mi oficina particular.

—¿Buscarla?

—Antes de tomar a mi hijo, quiero deshacerme de ella definitivamente.

—¿Deshacerte de ella? —entreabre los ojos.

—Si ella estuvo en mi oficina, significa que soy de su interés. Daré lo que quiere para nunca más tener que verla.

—Bueno... Creo que eso no...

—Mañana ya contrataré a una niñera y prepararé una de las habitaciones en mi apartamento y todo lo demás que él va a necesitar.

—¿No lo llevará a la mansión de los Caccini?

—Nunca más pondré los pies allí.

Edy hace una expresión de susto, sin embargo, yo no tengo miedo de mi decisión.

20
El enfrentamiento

AMÁLIA DAVIS

—Todo saldrá bien, querida. Tranquilízate. Henry está bien y nadie lo tocará.

Dona Lúcia me entrega una taza de té.

—No quedó nada. Nada —lamento, presionando los ojos y dejando que las lágrimas corran por mi rostro—. Solo madera quemada. El árbol de mi padre está gris y sin hojas, dona Lúcia.

—Ustedes tienen ustedes.

Coloca sobre la mesa la caja de recuerdos que mi padre logró salvar.

—Pueden plantar muchos otros árboles y construir otras casas.

Coloca algunas fotos delante de mí.

—¿Te has imaginado lo que habría pasado si hubieran perdido a alguien de una manera tan brutal como en un incendio?

Tomo las imágenes. Me emociono al mirar recuerdos tan buenos: Henry en el regazo de mi padre, ambos durmiendo; yo amamantando a Henry y riéndome de algo gracioso que dona Lúcia me dijo. Muchas fotos importantes. Las guardo y respiro hondo.

—Tiene usted razón, dona Lúcia. Lo entiendo. Estoy agradecida por estar bien, por mi hijo estar seguro y por mi padre haberse recuperado, pero el hecho de que esté agradecida no significa que no sienta una enorme ira.

—Olvida a los Caccini y ve a vivir tu vida con tu hijo y tu padre. Los extrañaré, pero me sentiré aliviada sabiendo que estarán bien y seguros lejos de aquí.

—Paolo... Realmente pensé que él era diferente —escondo el rostro detrás de la taza, tomando un sorbo del té caliente—. Creo que me equivoqué.

Deposito la taza sobre la mesa.

—Es hora. Necesito ir a la reunión con mi superior.

—Cuídate, querida. Usa este sombrero para que no te reconozcan.

Toma el sombrero que estaba detrás de ella, colgado en la silla.

Lo acepto y me lo pongo.

—No te preocupes. Pronto estaré de regreso.

Sonrío, sosteniendo el sombrero con las manos, y camino hacia la puerta.

En cuanto abro la puerta para salir, me enfrento a tres hombres altos, todos bien vestidos. Reconozco a los guardias de los Caccini y mi corazón falla, haciendo que olvide respirar. Me apoyo en el marco de la puerta.

—Señorita Amália, por favor, acompáñenos —pide uno de ellos.

Todos me miran con una expresión seria.

—¿Quiénes son ustedes? —mi voz falla.

Nunca había visto a ninguno de ellos, pero sé que son hombres de los Caccini. Tienen un patrón. ¿Y quién más sería? Mi corazón salta, temeroso. ¿Vendrán a terminar el trabajo?

—Estamos por orden del señor Caccini. Él solicita su presencia. Es un asunto de completo interés de la señorita —dice el segundo guardia.

—¿Qué quiere ese imbécil conmigo? No soy nadie para él. Dile que me deje en paz. Nunca más lo buscaré.

—Señorita, al señor Paolo no le gusta ser tratado con tanto desprecio. Estamos aquí de manera cordial para acompañarla hasta su apartamento. Por favor, sea sensata y facilite nuestro trabajo. No queremos tener que llevarla a la fuerza.

—¿Paolo? —relajo las expresiones, sintiendo un cierto alivio esparcirse por todo mi cuerpo—. ¿Es Paolo Caccini quien solicita mi presencia?

Todos asienten en respuesta. Sigo mirando sus rostros, tratando de decidir si aún siento miedo. Y la respuesta es sí.

—¿Qué está pasando aquí?

Dona Lúcia aparece a mi lado.

—¿Y, entonces, señorita? ¿Vamos? —el guardia frente a mí pregunta.

—¿Ir a dónde? —dona Lúcia indaga.

—No iré a ningún lado, dona Lúcia. Llame a la policía.

Tiemblo por haber dicho algo tan peligroso.

En el mismo instante, dos de los guardias me agarran del brazo y comienzan a arrastrarme hasta la puerta, mientras uno de ellos se queda con dona Lúcia, obviamente, para impedir que llame a la policía.

—No grite. No la haremos daño.

Miro a dona Lúcia. Está desesperada en la puerta, con las manos en el pecho. Tengo miedo de que sufra un ataque. Pero no puedo hacer nada. Son muy fuertes y me meten dentro del coche, haciendo que el sombrero se caiga de mi cabeza en el proceso.

—¡DIOS MÍO! ¡DIOS MÍO! —grito, asustada—. ¡DÉJENME, POR FAVOR! ¡DEMONIOS!

Grito y grito, sin embargo, ellos permanecen en silencio. El coche arranca y me doy vuelta. Veo a dona Lúcia desaparecer en el paisaje.

Protege a mi hijo, Dios. Mi hijo me necesita.

Pasan unos minutos. Estamos llegando a Milán. No me queda hacer nada más que esperar y ver qué quiere Paolo hablar conmigo. Tal vez solo haya encontrado una manera inusual de decirme que quiere conversar sobre Henry y ayudarme a protegerlo del padre. Tal vez eso sea.

Para mi alivio, el coche no está haciendo el trayecto hasta el condominio donde viven los Caccini. Sin embargo, eso también puede significar que me están llevando a un matadero.

Entramos en un edificio lujoso, en el prestigioso barrio de Porta Nuova. Edy me dijo una vez que Paolo tiene un apartamento aquí. Parece que, finalmente, lo conoceré.

Después de que el conductor estaciona, bajamos. Los dos guardias que me acompañaban me rodean, dejándome en medio.

—Eso. Cuidado, o podría escapar —resiento.

Me conducen dentro del edificio y no me molesta mirar las riquezas de detalles y el glamour que componen este lugar. Nada grita más alto dentro de mí que el miedo.

En el ascensor, el guardia presiona el botón del ático. Claro, tenía que ser. Cuando la puerta se abre, mantengo los pies firmes, con miedo de salir, sin embargo, los hombres me tiran hacia afuera.

—Venga, señorita. No tenemos todo el día —murmura el más callado.

Al pararnos frente a la puerta del apartamento, uno de ellos presiona el timbre. Espero, inmóvil, con el corazón intentando salir por la boca. La última vez que vi a Paolo, me expulsó de su frente y alegó que yo era una estafadora.

La puerta se abre lentamente, mostrando un vestíbulo de entrada elegante y bien iluminado. Dentro está Paolo Caccini: alto, usando un traje bien cortado, con cabello oscuro y ojos azules que me miran profundamente. No me atrevo a moverme. Debe ser unos 30 centímetros más alto que yo, pero ese día, en su oficina, no lo había notado.

Parece decidido. Algo en él me da la certeza de que no es un peligro para mi hijo.

—Amália, me alegra que hayas aceptado mi invitación. Por favor, pasa —Paolo habla con una voz calma, pero sus ojos siguen fríos y difíciles de entender.

Los guardias me sueltan y dudo por un instante. Luego doy un paso adelante y entro al apartamento. La sala de estar es grande y muy elegante, con muebles bonitos y una vista increíble de la ciudad de Milán, a través de las ventanas que van del suelo al techo.

—¿Acepté? —cuestiono, recordando la violencia con la que me trajeron aquí. Miro atrás para enfrentarme a los guardias. Los callados hacen como si no entendieran.

—Siéntese, por favor —él señala un sofá de cuero blanco.

Me siento, sin embargo, me mantengo tensa, observando cada uno de sus movimientos.

—Pueden irse —les dice a sus hombres, quienes lo obedecen en el mismo instante, dejándonos a solas.

Paolo se sienta en una butaca frente a mí y me mira fijamente por un tiempo. El silencio es incómodo y la tensión en el aire es casi palpable.

—¿Quería hablar conmigo? —mantengo una postura firme.

No puedo olvidar que él es un Caccini. Necesito librarme de todos los recuerdos que tengo de cuando él dormía. No era él, era solo un cuerpo inconsciente.

—¿Cómo está Henry? —pregunta, sin mostrar ninguna expresión.

—¿Por qué quieres saber? —siento un nudo formarse en mi garganta—. Si él está bien, no es gracias a ustedes.

—¿El dinero se acabó? —junta las manos, inclinando el cuerpo hacia mí.

Lo miro, confundida. No lo entiendo.

—Aquí está el champán, señor —aparece Edy, trayendo una bandeja con dos copas vacías y una botella de champán.

—Gracias. Déjalo en la mesa de centro y siéntate con nosotros. Necesitamos un testigo para la firma del contrato —Paolo apoya la espalda en la butaca—. Brindaremos cuando todo esté acordado.

—¿Contrato? —La sangre corre caliente por mis venas. No soporto escuchar esa palabra.

—Señorita Amália, me di cuenta de que prefieres ir directo al grano. ¿Cuánto pagó mi padre para que tú generaras a mi hijo?

—Bueno... Eso no tiene relevancia. ¿Por qué quieres saber eso? —muerdo mis labios, nerviosa por este tema.

—Porque te pagaré el doble de todo lo que él te dio para que firmes este contrato —hace un gesto para que Edy me entregue el papel. Él lo hace, con los ojos bajos.

Edy siempre ha tenido una devoción por Paolo, y, por lo visto, las cosas no han cambiado.

—¿Y qué dice este contrato? —lo sostengo en mis manos, temblando.

—No muchas cosas, solo que nunca más podrás acercarte a menos de 2 kilómetros de mi hijo.

Paolo, la pluma —lo instruye.

Me quedo con la barbilla caída, observándolo servir las dos copas con sus propias manos, ya segura de que firmaré.

Comienzo a reírme histéricamente. No puedo creer que estoy pasando por esto otra vez.

—Debería haber seguido durmiendo —no pude contenerme.

—¿Qué dijiste? —él interrumpe lo que estaba haciendo, sosteniendo el champán a la altura de su rostro.

—¿Qué quieres con mi hijo?

—Eso no te concierne. Pagaste para generar a mi hijo, y ahora él me pertenece a mí.

—Solo en tus sueños.

—Entiendo. Debe ser difícil renunciar a una ventaja como esta —sonríe con burla—. Pero te aseguro: no necesitarás embarazarte de nuevo. Nunca más.

Tomo la copa llena sobre la mesa de centro y tiro el champán en su cara.

—¡Señorita Amália! —Edy corre hacia Paolo con un pañuelo en las manos.

—Déjalo —él toma el pañuelo y se limpia.

—No permitiré que me humilles —digo mientras él continúa limpiándose.

—¿Quieres ser tonta? Estaba siendo educado, pero diré toda la verdad sobre lo que pienso de ti —Paolo dobla el pañuelo y lo coloca, cuidadosamente, sobre la mesa de centro—. No eres más que una prostituta. La diferencia es que ellas venden placer, y tú te vendiste para generar a mi hijo. Así que no vengas a hablarme de humillación, porque no eres más que una puta.

—Menos mal que tu opinión no significa una mierda para mí. Si querías ofenderme, te pasaste de la raya. Acepté dinero para permitir que fueras el padre de mi hijo. El hijo es mío. Y eso no está en negociación.

—¿Qué más quieres? —él indaga, con las manos en la cintura, como si no hubiera escuchado nada de lo que acabo de decir—. Puedo darte una casa en la playa, un ático. ¿Quieres este aquí? Puede ser tuyo. Todo el mundo tiene su precio. Algo debes querer, Amália.

—Hay algo que yo quiero, que Henry quiere... —digo con la voz entrecortada por tanta decepción.

—Solo dime. No hay nada que no pueda conseguir para ti.

—En realidad, es lo único que no puedes darme. No puedes darle a Henry. No puedes darle a nadie —hablo con amargura.

—Espera. No me digas que estás hablando de amor —da una sonrisa—. Vaya. Mi padre arregló con una mujer demasiado ambiciosa. No pienses que me casaré contigo solo porque generaste a mi hijo. Olvídalo y aprovecha la oferta que te estoy haciendo. Mi hijo es solo mío, y no planeo compartirlo contigo.

—No renunciaré a Henry. ¡Estás loca! —miro a Edy, que evita mirarme, y vuelvo a enfrentarme a Paolo—. Y casarme contigo está fuera de cuestión. Pero sabe que tuve esa opción. Su padre me propuso ser la señora Caccini, su mierda.

—Es la última vez que te voy a preguntar, Amália —señala el contrato, que aún está en mi mano

—. ¿Cuánto y qué quieres para no verlo más?

—¡IMBÉCIL! —grito y comienzo a rasgar el contrato en mil pedazos—. ¡IMBÉCIL DE LOS INFIERNOS!

—¡ESTÁS TAN PREOCUPADA POR QUERERLO SOLO PARA TI, PERO NI SIQUIERA LO HAS VISTO!

—¡Él está muy lejos de aquí, escondido de toda su familia!

—¡Y nunca lo verás!

—¡Él no es una propiedad!

—¡Mi hijo no es una mercancía, y no podrás comprarlo con tu maldito dinero!

Grito, sollozando, y tiro los pedazos del contrato en su cara.

Sin mirar atrás, camino hacia la salida, temblorosa y con mucha rabia y decepción.

PAOLO CACCINI

—¿Cómo que se fue? ¡Inútiles!

Resiento a mis hombres por una llamada.

Cierro el celular y lo aprieto entre mis dedos. ¿Quién cree ella que es? Me enfurecí tanto con sus palabras ofensivas, que ni siquiera me di cuenta de que ya se había ido. ¡Maldita mujer! ¿Qué tipo de juego es este que está jugando conmigo?

—¿Acepta una copa de champán? —Edy me ofrece, en un intento fallido de animarme.

—No entiendo —me siento en la butaca, con la cabeza entre las manos—. ¿Qué quiere? ¿Entendiste algo, Edy? Alguien siempre quiere algo, pero esa maldita mujer prefiere hacer jueguitos.

—No todo el mundo está a la venta, señor —Edy se sienta frente a mí y yo levanto la mirada hasta él, esperando que continúe hablando—. No le sirvo porque mi salario es generoso. No pasé cinco años de mi vida jugando ajedrez solo para intentar entretenerlo, leyendo las noticias y acompañándolo en su tormento porque mi salario es generoso. Tengo muchas otras propuestas de trabajo de sus competidores, pero soy leal al señor por honor, respeto y gratitud.

—Edy...

—Lo que el señor hizo por mí, nunca lo olvidaré —limpia una lágrima solitaria que corre por su rostro.

—¿Qué hice por ti? —lo miro fijamente.

—Me dio una oportunidad. Pronto yo, un inmigrante ilegal, que estaba intentando ayudar a los abuelos enfermos y soñando con la posibilidad de traerlos de Venezuela. ¿Tiene idea de lo difícil que es para una persona quebrada venir de Venezuela a Italia? Si hoy tengo una visa, si tengo

dignidad, si tengo paz, si hoy mis abuelos están siendo bien cuidados en la mejor casa de reposo de Milán, se lo debo al señor, señor Paolo —sonríe, apretando las manos una contra la otra.

Sus palabras tienen un efecto dramático en mí.

—Solo resolví sus problemas porque valoraba su eficiencia —respiro con fuerza—. Claro que cuando lo entrevisté y aprecié su presentación, investigué todo sobre usted y me compadecí de su causa. Pero eso solo porque contratarlo sería eficiente para mí.

—Piensa lo que quieras, señor Paolo. Para mí, usted es un gran amigo. No sé si yo lo soy para usted, considerando que se enoja con frecuencia conmigo —él sonríe, encontrando gracia en lo que dijo, y yo lo acompaño.

—Por supuesto que eres mi amigo, Edy. Me atrevo a decir que, al parecer, eres el único amigo que tengo —confieso, bajando la cabeza y recordando que todos los demás no suman nada.

Edy se pone de pie frente a mí.

—La señorita Amália también es tu amiga.

—Edy, no mezcles las cosas —me levanto, sintiendo que mi frecuencia cardíaca aumenta—. Ella aceptó dinero para quedarse embarazada de un hombre que nunca había visto en su vida. No es diferente a todas las demás.

—Ella sí lo es. Perdóneme, no quiero ser atrevido, pero la señorita Amália es una chica diferente a todas las demás que el señor ha conocido.

—No —muevo la cabeza negativamente repetidas veces y vuelvo a sentarme en la butaca—. Solo quiero a mi hijo, no la quiero a ella. Ahora todo tiene sentido: ella es la mujer que viene atormentándome en sueños.

—¿Sueños?

—Con una voz suave, ella toca mis cabellos y trata de acercarse a mí. Son sueños tan intensos, que incluso puedo sentir el aroma de su dulce perfume.

—Cuéntame más sobre esos sueños.

—Edy, en realidad, he estado teniendo esos sueños desde que desperté. No me había detenido a pensar en eso, pero este enfrentamiento con ella hoy me hizo reconocerla. Es con ella con quien he estado soñando. Hasta el perfume es el mismo —me pongo de pie, tomo la copa de champán sobre la mesa y la bebo de un solo trago, perturbada por la constatación.

—Claro, son recuerdos. Ella pasaba mucho tiempo con usted. Ella y su hijo.

—Él también está en mis sueños —mi voz sale ligeramente entrecortada porque recuerdo las palabras que escucho—. “Papi enfermito”. Eso es lo que dice.

Sirvo más champán en mi copa al recordar el tono de voz dulce y delicado del niño en mis sueños.

—Entonces, ¿se acordaba todo este tiempo? —Edy dice, eufórico.

—No quiero creer que sean recuerdos —miro la vista de Milán—. ¿Qué quiso decir con esta conversación sobre honor? ¿Me está diciendo que la madre de mi hijo es honorable?

—Sí. Puedo identificar a una buena persona cuando veo una. Es por eso que lo sigo. Es por eso que insisto en que sea amable con la señorita Amália.

Crecí creyendo que mi padre era el hombre más honorable entre los humanos y trataba de seguir sus pasos. Crecí creyendo que mi madre me amaba más que las otras personas. Y cuando tuve mi primera y única decepción en una relación, deposité toda mi devoción en dona Rose, creyendo que ella era la única mujer merecedora de todo mi afecto. Sin embargo, ella no merece que desperdicie mis pensamientos con ella.

—Amália es un enigma, eso lo he notado. Ella dijo que mi hijo está lejos de aquí. Eso me preocupa. ¿Qué quiso decir con eso?

—Creo que quiso decir en otro sentido. Quiso decir que, de la forma en que usted estaba conduciendo la conversación, nunca habría tenido al niño.

—¿Quién cree ella que es? —sonrío de manera burlona, recordando que yo, generalmente, tengo lo que quiero.

—Ella es una madre, señor Paolo, y las madres son capaces de todo por sus hijos —proclama de manera orgullosa.

—Silencio, Edy. Está hablando tonterías —resiento al recordar lo que mi madre fue capaz de hacer: ocultarme que tenía un hijo—. Las madres también pueden ser mentirosas y manipuladoras. Pero la señorita Amália tenía razón en una cosa: necesito ver al niño.

—Mañana podremos ir a su casa y usted podrá conocer a su hijito. Él se alegrará mucho de verlo. Estoy segura.

Meto la mano en el bolsillo del pantalón y tomo el retrato arrugado que, últimamente, he estado llevando conmigo.

—Debe estar confundido sin el padre —trago saliva, extrañando el exceso de inseguridad que normalmente no tengo—. Haré lo que sea necesario para mantenerlo cerca de mí.

—Todo saldrá bien, señor.

—Vaya a su casa y descanse. Mañana tendremos un largo día.

Edy asiente y toma su abrigo para salir. Permanezco sentada, mirando el retrato del niño. No sé nada sobre ser padre, pero daré todo de mí para ser la mejor que pueda ser para él.

Cuando Edy sale, me levanto y voy a mi cuarto. Dejo la foto sobre la cómoda y comienzo a desvestirme para tomar un baño relajante. Las palabras de aquella mujer no abandonan mis pensamientos ni por un segundo.

“En realidad, es lo único que no puedes darme. No puedes darle a Henry. No puedes darle a nadie.”

Me pregunto qué estaba tratando de decir con eso. Amália fue muy directa cuando me insultó sin

pensarlo dos veces. Valoro su coraje. Tal vez —solo tal vez— Edy tenga razón sobre ella.

21
Descubrimientos

PAOLO CACCINI

—¿Qué clase de juego es este, Edy? —Me quito las gafas de sol de los ojos y cierro la puerta del coche detrás de mí.— ¿Por qué me estás diciendo que mi hijo vive en una casa que fue completamente arruinada por el fuego?

Estoy en un pueblo alejado de la ciudad, un lugar tranquilo, pero cómodamente atractivo para vivir, para una familia de clase baja.

—Yo-no entiendo. Sé que es aquí...

—¿Estás seguro? Tal vez te equivocaste de dirección. Estás, personalmente, involucrado en todo esto. No puede ser verdad. Mi hijo no puede vivir en una casa que está en ruinas —lamento.— ¿Algo le ha pasado?

—Tal vez, señor, pero... ¡Mira! ¡Allí está dona Lúcia! —Edy cruza la calle, corriendo hacia una señora que está saliendo del portón de la casa al lado.

Los observo, atento, sin moverme. Mi respiración comienza a volverse pesada con esta situación. Me siento con las manos atadas. No veo la hora de tener el control de todo.

Edy conversa con la señora, que parece asustada. Ella me mira con sospecha. No necesito preguntar nada para saber que ella sabe algo. Doblo las gafas de sol y las cuelgo en el cuello de mi camisa para caminar hacia ellos.

—No sé de nada, y aunque lo supiera, no diría nada. ¿Qué es? ¿Van a quemar mi casa también? No pueden hacer eso. ¡Dios los castigará! —dijo dona Lúcia cuando me aproximo.

Tomo mi cartera del bolsillo cuando faltan solo unos pasos para alcanzarla.

—Soy Paolo Caccini. —Le muestro mi documento, que saqué de la cartera.— Y exijo saber todo lo que la señora pueda contarme sobre mi hijo. —Guardo mi documento y la cartera.

La mujer se queda pálida, mirándome durante largos segundos, con la boca abierta, hasta que, finalmente, retoma el control de sus acciones.

—Amália está muy lejos de aquí. Te odia. Odia a toda tu familia por todo lo que le han hecho. —La señora tira un vaso de agua a mi cara. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba sosteniendo. Esto me tomó por sorpresa.

Presiono los labios, inmóvil. Es la segunda vez que alguien hace esto conmigo. La primera vez fue ayer, con Amália.

—¡Señor! —Edy se apresura a limpiar mi rostro con un pañuelo.— ¿Está loca? —resmungo, asustado.

—Déjalo —reclamo, tomo el pañuelo de su mano y me limpio yo mismo.

—¡No me acobardaré ante ustedes, los protegeré con uñas y dientes! —la mujer habla con fervor, haciendo que su saliva salpique sobre mí.

Me pregunto el motivo de tanto odio.

—Señora Lúcia, admiro su lealtad, pero... —Tomo mi cartera otra vez.— Vamos a acabar pronto con esto.

—¿Cómo así?

—¿Cuánto quiere usted para colaborar conmigo?

—Señor, creo que... —Edy toca mi brazo y me giro hacia él.— Creo que este no es el camino —susurra disimuladamente.

Vuelvo a mirar a la señora y constato, en su rostro, que no va a decirme nada, ni si le diera todos los euros que tengo en mi cuenta. Dejo que mis hombros caigan y llego a derribar la cartera al suelo.

—Necesito saber de mi hijo —me inclino, mirándola con los ojos estrechos.—

—¿Por qué quieres saber de él?

—Porque soy el padre. Porque saber que existe una parte de mí por ahí me impide hacer otra cosa que no sea pensar en ello.

—Es un buen hombre, señora. Lo juro. Solo es terco e ingenuo a veces. —Desvío mi mirada indignada hacia Edy, que continúa hablando.— Jamás haría daño a la señorita Amália, mucho menos al niño Henry.

—Sí, soy un buen hombre. —Bajo la mirada, sintiéndome extraño.

No creo que esté apelando a la compasión. Pero Edy tiene razón: no todo el mundo está a la venta. Así como yo, que no cedí a los intentos de Bianchi de comprarme hace cinco años.

—Lo que hiciste ayer, secuestrar a la chica, ofrecer dinero para que abandone al hijo... Eso no es cosa de un buen hombre. —Mantiene una mirada de desaprobación.

Abro la boca para defenderme, pero Edy se interpone entre nosotros.

—Entienda que este es el modo que él aprendió, dona Lúcia, pero mi jefe está dispuesto a redimirse con la señorita Amália. Ya se ha dado cuenta de que no sirve de nada mostrarle las tarjetas y el saldo bancario. Ya se ha dado cuenta de que la señorita Amália es una mujer fuerte y guerrera, que jamás va a desistir del niño. Está dispuesto a hacer todo para que usted crea en él y lo ayude.

—¿De verdad? —La mira con desconfianza.

Me quedo perdido por unos segundos debido a las palabras significativas de Edy, pero pronto me recomponho.

—Sí, hago cualquier cosa. —Lo miro a él y, luego, a ella.— Incluso si no necesito usar mi dinero e influencia. No sé en qué más sería útil, pero hago. Solo quiero conocer a mi hijo. Dime... ¿Por qué la casa de mi hijo está destruida por el fuego? ¿La madre lo quemó para eliminar todas las pistas y nunca encontrarlo?

Dona Lúcia comienza a caminar hacia la casa incendiada y hace un gesto para que la sigamos. Edy y yo nos miramos para luego hacerlo.

—¿Ves ese tocón, esa madera que más se parece a carbón? —Ella apunta a lo que quedó de un árbol.

—Sí. —Pongo mis manos atrás, tomando muy en serio lo que está diciendo.

—Allí era el lugar favorito del señor Davis, el abuelo de tu hijo. A Henry le encantaba correr alrededor de ese árbol. Hay muchas fotos de Henry y de todos ellos frente a él, allí. —Camina más adelante y se para sobre unos escombros quemados.— Aquí estaba el cuarto de Henry, pero él no dormía aquí; nunca dormía solo.

—Deja de hablar del pasado, señora. Eso me agobia —reclamo, girando el cuello.—

—Amália jamás destruiría esos recuerdos. Esta casa era todo lo que ella podía ofrecerle al hijo, la única riqueza que poseían. ¿Por qué la quemaría?

Siento un nudo formarse en mi garganta.

—Señora, ¿qué ha pasado? —Froto mi rostro.

Los rayos del sol tocan mis ojos, dificultando mi visión, por lo que levanto la mano para intentar esquivarlos.

—Suponiendo que aún no lo sepa, suponiendo que realmente sea una buena persona con un mal comportamiento, igual que un niño birrento, haré lo que mi corazón manda y le contaré todo. —Ella viene hacia mí y toma mi mano de manera gentil. Me siento perdido con este comportamiento, tanto de ella como el mío, pero solo quiero saber sobre mi hijo.— Tal vez Amália tenía razón sobre usted.

Que nadie se haya lastimado, eso está claro para mí, y por ahora me siento tranquilo; sin embargo, me asusta el misterio que esta mujer está creando, y aún más su odio visible hacia mi familia. En esta parte, la entiendo. Nadie odia a los Caccini más que yo en este momento.

Edy y yo la seguimos hasta su casa. Me sorprendo con lo fácil que fue calmarla. Al pasar por la puerta, mis ojos son atraídos por la simplicidad del lugar. Es como nunca lo había visto. Estoy acostumbrado a estar rodeado de lujo y oro.

Dona Lúcia nos invita a sentarnos en un sofá gastado. Acepto, manteniendo mis ojos fijos en la pintura de un cuadro colgado en la pared. La atmósfera en la sala es tensa. Es obvio que la mujer aún está decidiendo si puede confiar en mí.

—No les serviré un té ni daré la ubicación de Amália. —Ella se sienta frente a nosotros.

Ok, creo que no se ha calmado tanto así.

—¿Qué hizo mi padre? —Estoy decidido a saber el motivo de tanto odio.

—¿Jura usted que no lo sabe? —Sus ojos están aguados.

—Señora, ¿qué hizo mi padre? —Me levanto, alterado, sintiendo el aire faltar en mis pulmones. — ¿Qué hizo con mi hijo?

—Es muy triste de decir. —Ella comienza a llorar, tapándose el rostro con las manos.

Me veo sin saber qué hacer.

—Cálmese, por favor, señora Lúcia. —Vuelvo a sentarme y hago un gesto para que Edy intente hacer algo. Él va hacia la mujer en llanto.

Lo peor pesa en mi cabeza.

—¿Qué ha pasado para dejarla tan nerviosa? —pregunto cuando ella me mira, más calmada.

Los latidos de mi corazón resuenan en mis oídos mientras espero la respuesta de dona Lúcia. Ella limpia las lágrimas de su rostro con el pañuelo que Edy, gentilmente, le ofreció.

—La señorita Amália estaba desesperada y sola hace tres años, con deudas y con el padre enfermo. No tenía ninguna alternativa, salvo vivir debajo del puente —ella comienza a hablar, suspirando.— Está contando desde el inicio. Sorprendentemente, quiero saber todos los detalles. — Cuando el mensajero apareció, diciendo que solo tenían 40 días para quedarse en la casa, la pobrecita entró en desesperación. ¿Qué podría hacer una joven de 20 años? Le ofrecí ayuda, pero ella no aceptaría quedarse en mi casa por mucho tiempo. Esa chica tiene orgullo.— Hace una pausa, suspira y continúa contando.— Cuando tu padre apareció, días después, con esa propuesta absurda, ofreciendo todo lo que ella más necesitaba en ese momento, Amália lo rechazó de inmediato, pero pronto cambió de idea. El señor Davis necesitaba cuidados médicos y la deuda necesitaba ser pagada para que no perdieran la casa. Fue una cuestión de supervivencia.

—Entonces, ella aceptó generar a mi hijo —concluyo, consciente de las circunstancias que llevaron a la joven a ceder.

—Sí, ella aceptó. Fue una decisión desesperada. Le aconsejé que aceptara la propuesta también. Sería una escapatoria. Y realmente lo fue. La vida de ellos mejoró. El señor Caccini suplía todas sus necesidades. Y a pesar de que sus padres demostraban afecto de una manera muy diferente, estaban presentes en la vida de Henry y lo trataban como un verdadero príncipe. Exigían que Henry estuviera junto a ellos, junto al padre.

—Eso hasta que desperté —interrumpo, sintiendo una rabia descontrolada.—

—Exactamente. Cuando usted despertó, echaron a Amália y al bebé de la mansión y cortaron contacto con ella. Cuando Amália los buscó para exigir un regreso, trataron al niño como un bastardo y dijeron que, como usted había despertado, tendría herederos legítimos. Amália no acepta injusticias, y tenía la esperanza de que usted fuera diferente, por eso lo buscó en su

oficina; porque el niño sentía su falta, y ella no soportaba ver al hijo sufrir.

Dona Lúcia y Edy me miran, asustados. Debo estar haciendo una mala expresión ante las palabras que acabo de escuchar.

—Voy a destruirlo —afirmo, con las manos juntas frente al rostro.

—Probablemente, su padre quiso vengarse de Amália por haberla buscado, yendo en contra de su palabra. Por eso incendió la casa, para mostrar que su palabra debe ser seguida. —Ella vuelve a llorar mientras yo la miro, en shock.—

—¿Qué está diciendo, señora? Esa es una acusación muy grave. —Advierto y me levanto, alterado.— Mi padre puede ser mentiroso, manipulador, el peor de los imbéciles, pero asesino, él no lo es. No tendría el coraje de arriesgarse a asesinar a nadie, mucho menos al propio nieto de esta manera. El fuego pudo haber sido un accidente.

—Ayer Amália recibió una advertencia de un policía, que no quiso identificarse, de que la casa fue incendiada de manera criminal y que el culpable compró a la policía para que el asunto fuera archivado. ¿Ahora entiende la gravedad del problema? Ante su reacción de tanto shock, es visible que, realmente, no sabía nada de esto. Pero sí, fue un incendio criminal. Desafortunadamente, nunca tendremos pruebas contra el culpable, solo que nadie odia a Amália, y su padre ya la había amenazado si ella hablaba con usted. Ella es una persona amable, dulce y luchadora. Y usted la hizo perder su empleo. También perdió el préstamo que iba a conseguir. Usted la llevó ayer sin ningún pingo de consideración, como si ella fuera un saco de patatas, y ahora la chica no sabe qué hacer otra vez. Ya le dije que venderé mi automóvil y le daré el dinero para que vaya a reunirse con el padre y el pequeño.

Me siento aturdido y un fuerte dolor de cabeza me toma, casi haciendo que me desequilibre. Pero no, no puedo creer esto.

—Señor... —Edy corre a mi lado.— Siéntese, por favor.

—Estoy bien —digo con la voz enroscada, debido a las fuertes emociones negativas. Fuertes como nunca antes había sentido.

Me siento perdido, débil... Mucho peor que descubrir que dormí por cinco años fue descubrir que mi padre pudo haber intentado matar a mi hijo.

—Por favor, traiga un vaso de agua para él —Edy le pide a dona Lúcia.

—Estoy bien —aseguro y camino hacia ella, quien se reposiciona en el sofá, ajustando su postura.— ¿Dónde lo encuentro? ¿Dónde encuentro a la señorita Amália? Ella no puede quedarse sola con mi hijo, desprotegida.

—Ya dije que no daré ninguna ubicación —ella responde casi tartamudeando.

—Por favor, señora. Prometo que quiero ayudar. ¡Quiero protegerlos! ¡Ayúdeme, maldita sea! —Perdí la paciencia al final, al darme cuenta de que estoy a merced de una señora terca que se niega a ayudarme.— Vamos, Edy. Contrataré a los mejores detectives de Italia y los encontraré. No descansaré hasta eso.

Cuando voy a caminar hacia la salida, crugo los pies en el suelo al ser sorprendido por nada menos que Amália, que surge del corredor de la casa, viniendo del interior, mirándome con rencor estampado en todo su rostro.

22
Los Protegeré

AMÁLIA DAVIS

Me llevé un susto cuando escuché la voz de la señora Lúcia alterada y un susto aún mayor cuando vi con quién estaba hablando. Por supuesto, me escondí en el pasillo que lleva a las habitaciones de la casa y recé para no ser descubierta.

—¿Qué estaría haciendo Paolo Caccini aquí?— pensé. Pensé que, seguramente, traería más destrucción. Eso es lo que hacen los Caccini.

Pero, para mi confusión, la escena que presencié fue muy diferente de la que imaginé. La señora Lúcia siempre llora cuando va a contar este acontecimiento a alguien. Tan pronto como empezó a hablar, no me sorprendió verla llorando, pero hubiera preferido que hubiera sido fuerte para no demostrar debilidad frente a un Caccini.

Ver a Paolo afirmar, con tanta firmeza, que no sabía nada y que pretendía ayudar a Henry me dejó con un poco de esperanza.

Empecé a odiarlo en cuanto me presentó ese contrato la noche anterior. Vi todas mis creencias derrumbarse y tuve la certeza de que estaba sola. Al salir del edificio, desesperada, corrí hacia la avenida y tomé el primer taxi que pude parar.

Estaba sin cabeza para pensar, pero, aun así, fui fuerte y profesional. Aún intenté ir a la reunión que había conseguido con mi jefe. Era un trabajo recién conquistado en una empresa de confección. Sin embargo, por desgracia, no pude ir más de un día. No sabía qué iba a decir. No sabía qué iba a lograr. Sin embargo, seguramente, no sería una puerta cerrándose en mi cara. Si no hubiera llegado tarde por culpa de Paolo. El plan sería trabajar algunos meses y enviar dinero a mi padre y a Henry. Sería doloroso estar lejos de mi hijo, pero eso serviría para despistar cualquier intento de los Caccini de encontrarlo. Fue lo mejor que pude hacer: mandarlos a América. Desde entonces, vivo un día tras otro, con la más profunda tristeza en mi pecho.

—¿Es verdad? —pregunto, parada frente a Paolo, que me mira con un poco más de humildad que la noche anterior.— ¿Es verdad que quieres ayudar?

No sé si le creo, en las cosas que lo escuché conversar con la señora Lúcia, pero no puedo haberme equivocado tanto. Quizás no sea ese imbécil que ni siquiera me escuchó en su oficina. Quizás no sea el gusano que intentó comprarme a mi hijo. Quizás sea solo alguien reflejando el infierno en el que vive. Nadie podría salir sano de las manos de los Caccini.

—Amália, lamento todo lo que has pasado. Quiero que sepas que ya no estás sola. Se trata de mi hijo. Estoy aquí ahora y resolveré todo por él, que es sangre de mi sangre.— Paolo estaba dispuesto a hablar más, sin embargo, las palabras murieron. Solo se queda mirándome, en

silencio. Su mirada está fija en la mía como si estuviera buscando qué decir.

—Quiero mucho creer en tus palabras, Paolo.— Suspiro profundamente.— Pero no puedo. Ni siquiera tienes la certeza de que tu padre es un monstruo.

Ayer, cuando estaba a punto de llegar a la casa de la señora Lúcia, me abordó un policía que usaba una máscara y no se identificó. Me advirtió sobre la verdadera causa del incendio. No mencionó nombres, pero ¿quién más podría ser?

—¿No puedes creer en mí? —Él da una sonrisa amarga.— Creo que no se puede culpar a nadie sin pruebas, pero independientemente de quién haya sido el criminal, mi hijo debe ser protegido por mí.

—No puedo. Por favor. Si es verdad que solo quieres protegerlo, si es verdad que no formaste parte de esto, de haber intentado lastimar a mi hijo, entonces, vete. Él está a salvo de todos ustedes. Déjalo en paz.— Intento alcanzar su compasión. Si es que existe alguna.

—¿Irme? ¿Crees realmente que haría eso? No me ofendas de esta manera. Si crees que mi padre o cualquier otra persona que haya intentado matarlo no lo encontraría, incluso si estuviera escondido en el quinto infierno, tú, probablemente, eres una tonta.— Dice gesticulando con las manos, pareciendo decidido a probar su sinceridad.— Encontraré al niño de la manera difícil o harás lo correcto y vendrás conmigo a donde pueda mantenerlos a salvo.

—Querida, creo que, tal vez, debería confiar en él.— La señora Lúcia viene hacia mi lado.

Mi sangre hierve por la forma arrogante en que ese imbécil intenta, a toda costa, tener el control de la situación. Algo que él no merece. Ni siquiera tiene la certeza de que fue su padre quien prendió fuego a la casa. ¿Después, la tonta soy yo?

—No confiaré en un hombre que piensa que su palabra es ley. No eres diferente a tu padre. Ayer mismo me ofreciste dinero por mi hijo y me llamaste puta. Eso dolió más que una bofetada. Entonces, señor Paolo Caccini, lo siento, pero no iré con usted.— Afirmo, con los dientes apretados.

No puedo dejarme ceder por la conversación dramática que tuvo con la señora Lúcia.

—¡No tienes elección! —Gruñe, acercándose a mí.— ¡Los protegeré con o sin tu ayuda! — Concluye, mirándome con furia.

Su respiración pesada sopla sobre mí, haciéndome encogerme. Lo miro, con el pecho hinchado, contrariando mi inmensa voluntad de retroceder.

—¿Crees que esto está bien? ¿Obligarme a ceder? Henry sentiría una enorme decepción si entendiera las cosas. Él, seguramente, no querría conocerte.

Veo cómo su frente se frunce aún más ante lo que acabo de decir.

—No me conoces. No puedes decir eso. No tienes ese derecho.— Sonríe, sin emoción.— Ya entendí que no vas a desistir de él. No voy a lastimar al niño. ¿Qué tipo de monstruo crees que soy? ¿Cómo puedes pensar que haría daño a mi propio hijo? Si insisto para que vengan conmigo es para protegerlos. Quien fue capaz de incendiar una casa es capaz de mucho más. Cada minuto

que perdemos aquí es un minuto más que el asesino tiene para encontrar a Henry.— Desahoga.

Sus palabras me golpean de lleno. La realidad me impacta. ¿Quién soy yo para pensar que puedo proteger a mi niño sola? Esta estrategia mía hasta podría funcionar por algunos meses, pero sería cuestión de tiempo hasta que todo se derrumbe. Por más que me duele admitirlo, Paolo tiene razón. Si alguien con recursos interminables, como Ricardo Caccini, quiere encontrar a mi hijo, claro que lo logrará.

Finjo pensar por unos instantes, intentando mantener la dignidad frente a este hombre que posee actitudes que desprecio.

—Si realmente estás dispuesto a esto... Sé que no ganaría una pelea entre nosotros dos, pero pido que seas un hombre de palabra y que aceptes algunas condiciones.—

Él me mira, asintiendo, y luego se vuelve hacia Edy.

—Edy, prepara el contrato con todas las exigencias que ella quiere y tráelo para que lo firme.

—¡No! —Protesto y Paolo me mira, sin entender.— No quiero contrato, quiero tu palabra, Paolo. Tu padre no tiene palabra y un contrato no me ayudó cuando más lo necesité, así que solo quiero tu palabra, porque, al final de todo, solo ella importa.

Él lame sus labios lentamente, obviamente pensativo. Paolo se parece a un niño... Un niño que piensa que sabe todo sobre la vida, pero, claramente, no sabe muchas cosas y se está dando cuenta de ello.

—Te doy mi palabra.— Extiende la mano hacia mí.— Aún desconozco cuáles son las exigencias, pero mientras no sea yo quien se aleje de mi hijo, acepto todas ellas.

Mi corazón siente una chispa de esperanza encenderse después de haberlo escuchado hablar de su hijo con tanta determinación. Todo lo que quiero en esta vida es ver a mi Henry bien y feliz. Y si Paolo es un camino para garantizar su seguridad, no puedo ser egoísta, necesito usar todas las ventajas posibles.

—A donde vaya mi hijo, iré también. Hasta que pueda confiar en ti, seremos nosotros tres juntos en cada paso que quieras dar con él.

—Estoy dispuesto a hacer ese sacrificio.— Sostiene la mano en mi dirección. El hombre irradia arrogancia incluso cuando está cediendo.— ¿Es todo? ¿Podemos ir ahora?

—No quiero ni una nota de tu dinero. No quiero ningún tipo de contrato involucrado. Y necesitas hacer público que tienes un hijo.— Finalizo, con la nariz levantada y el corazón acelerado por estar exigiendo algo tan importante.

Mis ojos se desvían ligeramente hacia su mano esperando el toque.

—¿Hacer público? —Entrece los ojos, sin entender.

—Creo que si Paolo Caccini revela al mundo que tiene un hijo, su padre no se arriesgará a cometer una atrocidad, como hizo al quemar la casa de su propio nieto.— Explico, sin dejar de notar que él discuerda sobre su padre ser tan horrible.

—Edy, organiza una rueda de prensa.— No desvía la mirada de la mía.

—Inmediatamente, señor.— Se levanta, con el celular en la mano.

—¿Y entonces? —Paolo se refiere al apretón de manos que le debo.

Trago saliva, observándolo bajo el traje bien cortado, que se ajusta perfectamente a su cuerpo. Sus ojos azules penetran profundamente en los míos, siendo bien destacados por las pestañas oscuras y las cejas marcadas.

Es un riesgo confiar en Paolo, pero él es la única oportunidad para Henry. Necesito recordar a Paolo tal como el Edy cuidaba con tanto cariño. Él, seguramente, lo merecía, o el secretario no tendría tanto respeto y devoción por él, incluso inconsciente. Edy siempre fue muy respetable y amable. Eso es. Necesito pensar en cosas positivas y encontrar la mayor cantidad de motivos para confiar en Paolo. Claro que ninguno de esos motivos viene de él mismo, pero el motivo más especial para mí es: él es el padre de Henry, caray. Si él generó un ser tan dulce y lindo como mi hijo, puedo darle un voto de confianza.

—Eso no significa que te perdone por todo lo que me hiciste ayer.— Toco su mano y la aprieto, sintiendo el calor de su piel firme.

Paolo parece sorprendido y una casi sonrisa surge en sus labios, revelando una mezcla de sorpresa y admiración. Creo que le gusta discutir.

—No esperaría menos de la única mujer que tuvo el coraje de contradecirme.— Deja en el aire una sensación de respeto.

Mantengo mi boca cerrada ante este comentario inesperado y retiro mi mano, que había estado apretada por demasiado tiempo. No sé qué significa esto, pero hay algo en el aire que va más allá de las palabras; algo que hace que mi corazón lata más rápido y mi mente se pierda en pensamientos confusos sobre él.

—¡Arg! No puedo ser tan débil y dejarme afectar por palabras, por una simple mirada. Una mera curvatura en los labios que ni siquiera fue una sonrisa de verdad. Qué decepción conmigo misma.

—¡Qué bueno! Me siento más aliviada.— Exclama la señora Lúcia, levantando las manos, como si todo estuviera resuelto.

—Llámalo.— Paolo se aleja, con las manos en los bolsillos y mordiendo los labios, sintiendo un aparente nerviosismo.

—¿Llamarlo? ¿Llamar a quién? —No entendí.

—Henry. Supongo que está escondido debajo de la cama de la señora Lúcia, que es de donde tú también debiste haber salido. ¿Estoy equivocada?

—Me parecería muy gracioso si no fuera ofensivo.— Negativo con la cabeza.— ¿Parezco tan tonta para ti, Paolo?

—¿Dónde está? Quiero conocerlo pronto. Esta foto no es suficiente para mí.— Metió la mano en

el bolsillo del traje y tomó la foto que le di cuando fui a su oficina. Está arrugada, pero está allí, con él.

—La guardaste.— Veo esto como algo positivo.— En el fondo, sabías que podría tener razón. ¿Qué te hizo tener la certeza de eso? ¿Tu padre te lo confesó?

—Eso no viene al caso. No tenemos tiempo para eso. Vamos, Amália. Vamos a buscar a mi hijo. — Camina hacia la puerta.

—¿Ahora? —Como no muevo los pies del lugar, se gira hacia mí.— No es posible. Él está... — Trago saliva, mirando a Edy y a la señora Lúcia, buscando un poco más de confianza para decírselo.— Está en Seattle.— Concluyo.

—¿En América? —Se acerca lentamente a mí.— ¿Es verdad?

—Sí. ¿Cuál es el problema? Sé que no debería estar tan lejos de él. Solo quise despistar a tu padre y...

—No, eso es bueno. Hiciste bien. Alguien quemó la maldita casa. Si pudiera mandar al niño a Neptuno sería lo mejor que se podría hacer.

—¿Lo hice bien? —Tengo los ojos entrecerrados. No esperaba su aprobación. Me alegra porque hice lo correcto.

—No habría imaginado que estaba escondido en América. Eso nos da algo de ventaja.— Dice para sí mismo, con expresión seria.

Es difícil para mí no prestar atención a su hermoso rostro contorsionado. Intento no asociar al hombre que tengo enfrente con el hombre que cuidé por tanto tiempo y de quien me sentía tan cercana. No tiene ningún sentido.

—¿Qué hacemos primero? Tu padre necesita ser arrestado. ¿Estás de acuerdo?

Una bocina frente al portón indica que alguien llegó.

—Es Enzo, Amália. ¿Qué digo? —La señora Lúcia indaga detrás de la cortina.

—¿Quién es Enzo? —Paolo arruga la nariz.

—Por favor, dile que llamaré más tarde y que los planes cambiaron.— Sonrío, un poco aprensiva, a la señora Lúcia.

Ella sale de la casa para hablar con Enzo. Él me llevaría a Milán para una entrevista de trabajo que conseguí de última hora. Sería provisional y por pocos días, pero juntaría un dinero razonable. Desafortunadamente, perderé esa oportunidad. Es obvio que Paolo querrá buscar a Henry.

—Enzo es un taxista.

Paolo asiente y desvía la mirada de mí.

—No puedo creer que haya hecho eso —gruñe solo, mirando al techo de la sala, perdido en sus pensamientos, con una visible amargura.

Estamos solo nosotros dos por primera vez desde que él se despertó. Edy está afuera, al celular, organizando la rueda de prensa, y la señora Lúcia está hablando con Enzo.

—Va a ser arrestado, ¿verdad? —Me acerco a él, pisando firme.

Paolo me mira, sorprendido, cuando estoy frente a frente con él. Es como si solo ahora me notara cerca de él. Parece indeciso. Mantengo mi cabeza en alto para encararlo.

—No lo pediré de nuevo: deja de decir con tanta certeza que él es el culpable. Para. Voy a investigar. Si él realmente es el culpable del incendio, será arrestado.— Está a punto de hablar más, pero la señora Lúcia y Edy entran juntos a la casa.

—Será mañana por la mañana. Está todo listo, señor.— Edy sonríe.

—Enzo quiere hablar contigo, querida —la señora Lúcia me anuncia, mirándonos con curiosidad.— ¿Se han reconciliado? ¿Se unirán por el bien de Henry? —Hace un gesto de unión con los dedos y da una sonrisa sugestiva.

En cuestión de segundos, mis ojos recorren a Paolo, que junta las cejas, cuestionando. Continúo asimilando su orden de no culpar a su padre, sin embargo, consigo pensar con claridad y me apresuro a corregir la tontería dicha por la señora Lúcia.

—Señora Lúcia, la quiero mucho y no hay dinero que le pague todo lo que hace por mí, pero usted dice muchas tonterías a veces.— Negativo con la cabeza, contrariada, y salgo de la casa, decidida a conversar con Enzo.

PAOLO CACCINI

La sigo con la mirada mientras camina hacia la salida. Esa mujer va en contra de todo lo que yo creía. Desde la noche de ayer, me está sorprendiendo.

Mi cabeza está a mil. Mis sentimientos, en un torbellino, disputan mi cuerpo. Solo aparento estar tranquilo porque no quiero más violencia alrededor de Amália y de mi hijo. Ella, probablemente, está horrorizada por todo lo que sufrió, tanto que envió a Henry a América, con la intención de esconderlo del peligro. Si no desea todo el dinero que le ofrecí para deshacerse del hijo es porque valora al niño más que cualquier cosa. Y darme cuenta de eso me trae una profunda nostalgia. Recuerdo la situación en la que aprendí mucho sobre dinero y mujeres. Valió mucho más que la universidad más cara de economía. Sin embargo, Amália va en contra de todo eso. Eso es lo que llama mi atención hacia ella.

—Buscaré un té —la señora Lúcia pasa junto a mí, con las mejillas sonrosadas, seguramente debido al regaño que recibió de Amália por sugerir que éramos pareja.

Miro a Edy de pie a mi lado, devolviéndome la mirada de preocupación.

—¿Sabías eso? ¿Sabías que alguien había intentado matar a mi hijo?

—¿Se ha vuelto loco, señor? —su rostro se pone rojo mientras balbucea la respuesta.

—La duda, la inseguridad... Odio sentirme así —confieso, dando unos pasos hacia un lado. —No sé de qué seré capaz con esa persona. —cierro los puños con fuerza.

—Señor, tenga cuidado. Su padre es muy cruel y... —levanto la mano para que espere, pues mi celular vibra en mi bolsillo.

—¿Incluso usted culpando a mi padre sin pruebas? —pregunto antes de mirar el celular.

Es un mensaje de un número desconocido.

“No entre al carro.”

—¡Mierda! —exclamo, aturdido por el mensaje amenazante, apretando el dispositivo en mi mano.

En el mismo instante, un ruido ensordecedor corta el aire.
Corro fuera de la casa, siendo seguido por Edy. Al otro lado de la calle, veo mi carro en llamas. Esquirlas esparcidas por el asfalto brillan bajo la luz del fuego que lo está quemando.

—¡SEÑOR! —mi conductor, apresurado, viene hacia mí, asustado y con las manos en la cabeza. Me siento aliviado al verlo, aparentemente intacto. —¡SEÑOR PAOLO, EL CARRO EXPLOTÓ!

Mis ojos se desvían hacia Amália, que está siendo sostenida por el taxista. Ambos están asustados. La suerte es que estaban frente a la puerta y mi carro estaba estacionado al otro lado de la calle.

—Fontana, ¿qué pasó? —me apoyo en sus hombros cuando está frente a mí.

—Perdóneme, señor. —parece alterada. —Usted se estaba demorando, y yo...

—¡Cálmese y hable bien!

—No era para que esto hubiera pasado. Sé que al señor no le gusta que fume en el carro, pero fumé solo un poco. Abrí las ventanas y encendí el aire acondicionado para sacar el olor, porque sé que lo odia. Salí del vehículo para fumar mientras el olor salía. Estaba distraída. Casi muero, señor Paolo. El carro explotó y yo estaba cerca. Por favor, perdóname. Trabajaré por diez años para pagarle el valor del automóvil. —está eufórica y temblorosa.

—¿Vio algo? ¿Vio a alguien acercarse? ¿No vio a nadie poniendo una bomba en el carro? —miro alrededor.

—¿Bomba? —abre los ojos. —No, señor. Fue un accidente, y la culpa fue mía. Dejé el carro encendido. Me equivoqué. Estaba ansiosa, pensando en problemas personales. ¿Por qué alguien pondría una bomba en su carro?

Me doy cuenta de que su ropa está rasgada. No importa cuánto haya equivocado, pues debido al mensaje de advertencia, sé que la culpa no fue suya.

—¿Se lastimó? —lo examino de pies a cabeza —Edy, llama a la emergencia.

—Ya llamé, señor. Están en camino.

—Siento un dolor en la pierna, pero estoy bien.

—Tranquilo, Fontana. Vamos a cuidar de eso. Luego veré qué hacer con su falta de

responsabilidad —digo con una voz firme y autoritaria, intentando calmarlo, mientras la sirena de una ambulancia se acerca rápidamente.

Amália está mirando la escena, al lado del taxista con quien conversa. Claramente, está afectada por lo que acaba de suceder. Me acerco a ella. Está en shock.

—No se preocupe por eso.

Ella asiente, pero sus ojos están fijos en la escena del automóvil en llamas. Parece no haberme escuchado.

La señora Lúcia viene hacia nosotros con una taza de té en las manos. Aparenta estar nerviosa. La taza tiembla en sus manos.

—Aquí está el té que fui a buscar —me lo ofrece, pero lo rechazo.

—Gracias, pero ahora no es momento para eso. Necesitamos asegurarnos de que todos estén bien —digo en un tono de preocupación y me alejo, dirigiéndome hacia la ambulancia.

La ambulancia y el cuerpo de bomberos estacionan. Los paramédicos comienzan a examinar a Fontana, que parece tener solo heridas leves en la pierna. Mientras tanto, el cuerpo de bomberos apaga el fuego y la policía llega para investigar la explosión del vehículo.

Aparentemente, Amália ha salido del shock. Ella camina hacia mí, con una expresión de preocupación.

—¿Fue un atentado? —pregunta en voz baja.

Asiento con la cabeza, aún procesando el mensaje que recibí momentos antes de que el carro explotara.

—Parece que sí. Recibí un mensaje anónimo advirtiéndome que no entrara al carro, pero ya fue demasiado tarde. Pero eso es asunto mío para resolver. No te preocupes.

—También es asunto mío. Primero mi casa se incendió, y ahora tu carro. Estamos juntos en esto, Paolo. No acepto lo contrario.

—Me pondré en contacto con mis contactos en la policía y en la seguridad privada. Descubriré quién está haciendo esto y los detendré. Tú no podrás hacer nada, así que ¿por qué preocuparte? Ocúpate solo de cuidar a mi hijo.

La policía comienza a recolectar evidencias en el lugar de la explosión. Siento la tensión en el aire. Saber que alguien está intentando hacerme daño es angustiante, pero necesito mantener la compostura. Las personas asustadas no pueden resolver nada.

—¿Su padre también quiere matarlo? —la señora Lúcia pone la mano en el pecho, mirando el automóvil aún en llamas.

Ni siquiera me había dado cuenta de que ella y el taxista Enzo también me habían seguido cerca de la ambulancia.

—No. Él jamás haría eso con el único heredero legítimo —responde Amália, mirándome

atentamente.
—¿Haría? —pregunta.

—No. Eso no fue cosa de él —afirmo, pensativo. —Miro a los lados, alerta. —Debe haber sido el mismo saco de mierda que me atropelló hace cinco años —hablo más conmigo mismo que con alguien.

—Si necesitan algo, pueden contar conmigo —dice Enzo y lo miro con la ceja arqueada.

—Usted será investigado. Es un sospechoso —advierto, mirándolo con firmeza.

Él traga saliva nerviosamente ante mi declaración. Aparenta estar nervioso, pero mantiene la mirada fija.

—Entiendo, señor. Estoy a disposición para cooperar con la investigación. No tengo nada que ocultar, soy un amigo antiguo de Amália.

—No digas absurdos. Si quiere investigar a alguien, investigue a su padre —reclama Amália.

Surge un alboroto alrededor con conversaciones de personas curiosas, que se agolpan a nuestro alrededor. Me alejo de todos, dirigiéndome al otro lado de la calle. Siento la sangre corriendo caliente en mis venas, mirando el carro destruido.

En medio de todo el caos, desvío mi atención hacia las ruinas de la casa de mi hijo, y ahora mi frustración es aún mayor. Alguien intentó lastimar a Henry. Alguien quiere verme muerto.

¿De qué sirve toda la mierda de mi dinero y poder, si no puedo estar en paz?

23
Seguros

AMÁLIA DAVIS

—Ven, querida. Vamos a entrar. — Dona Lúcia me guía hacia dentro. Dejamos el alboroto atrás.

Enzo se fue después de hablar con los policías. Siento miedo de que él sea perjudicado por los Caccini solo por ser mi amigo.

—Esto es demasiado aterrador. — Me siento en el sofá, con el pecho apretado. — El coche explotó. Estaba mirando al conductor, que acababa de salir del vehículo, y entonces... ¡Boom! ¡Casi muere frente a mí! — Temblando, seco las lágrimas que ruedan por mi rostro. Lágrimas que estaba conteniendo ante todos para aparentar fortaleza.

Ella me mira con compasión y se sienta a mi lado, en el sofá. Amablemente, coloca una mano en mi hombro, ofreciéndome consuelo.

—Todo estará bien. Al menos ya no estás sola, estás con un aliado importante. — Apoya la cabeza en mi hombro. — Pobre chico. ¿Viste cómo parecía perdido?

—No debería haberme metido con esa gente. ¿Te imaginas si yo estuviera en ese coche? ¿Qué sería de mi hijo sin una madre? — Mis lágrimas se intensifican al escuchar lo que yo misma dije. — Nunca debería haber aceptado esto. No debería haber sido inseminada y traer al mundo a un niño para sufrir tanto.

—No digas eso, Amália. ¡Por Dios! — me reprende.

—¿Y si matan a Paolo? Si lo matan a él, un hombre con tantos recursos, ¿qué harán con mi Henry? — Lloro con más fuerza.

—Ten pensamientos positivos — me pide con voz llorosa.

Estoy sin suelo, pero sé que es hora de mantenerme firme. Son exactamente en estos momentos cuando necesito ser verdaderamente fuerte.

—Eso: actuar más y llorar menos. — Me levanto de manera abrupta y decidida. — Lo mataré, dona Lúcia.

—¿Qué dijiste?

—A tu Ricardo. Antes él que yo o mi hijo.

—¿Qué tontería estás diciendo? Tú misma dijiste que no fue el viejo quien explotó el coche de Paolo. Tal vez haya sido la misma persona que...

Sin prestar atención a lo que ella dice, salgo con pasos rápidos de la sala, dirigiéndome hacia el cuarto para agarrar mi bolso, dejándola hablando sola. Necesito reaccionar.

Llamo a mi padre por videollamada.

—¿Amália? —él atiende rápidamente, como le instruí para mantenerme calmada.

Me siento aliviada con su semblante tranquilo, pero necesito preguntar.

—¿Y Henry? ¿Dónde está?

—¡Mamá! —Mi pequeño saltito de gente salta frente a la cámara, con la boca sonriente llena de espaguetis. Sus ojos inocentes brillan de alegría al verme.

Mi corazón se alivia al verlo bien y feliz, llamándome. Las lágrimas continúan rodando por mi rostro, pero ahora de alegría y alivio.

—Mi amor, la mamá te ama mucho, ¿estás bien? —Me acerco a la pantalla para darle un beso.

—Estamos bien, Amália. ¿Qué pasó? —Papá pregunta, con preocupación.

—Nada, solo me preocupé. Cuida bien de él, padre. Pronto estaré ahí.

—Tranquilízate. Sabes que cuido bien de él tanto como siempre he cuidado de ti. —Sonríe, transmitiéndome confianza.

—Lo sé, padre. Los amo.

PAOLO CACCINI

—Investigaremos minuciosamente, señor Caccini. —El delegado Francesco me mira con firmeza. Él vino al lugar por mi llamada.

—Prioriza esta investigación y te deberé mil favores —digo en tono bajo, de manera discreta. —Quiero todo en absoluto sigilo.

Luca Francesco es un hombre de 40 años, con cabello canoso, que usa un puro en la boca y no renuncia a sus chaquetas diferenciadas. Está en la policía desde los 20 años y ya ha recibido muchas medallas por ser el mejor en todo. Estoy segura de que él atrapará al imbécil que actuó de manera tan cobarde contra mi vida. No confío en mis guardaespaldas, por eso necesitaré contar con la ayuda de la policía y contratar nuevos hombres por ahora. En cuanto a mi padre, eso deseo resolverlo con mis propias manos. No quiero creer que él sea tan brutal, son solo sospechas de Amália.

—¿Quiere que recoja los testimonios aquí o prefiere ir a la comisaría? —pregunta de manera formal.

—Iremos a la comisaría. Aquí estaríamos expuestos, sin ninguna seguridad. Después veré qué hacer.

—Esté en la comisaría acompañado de la señorita y su asistente. El sospechoso Enzo también estará allí. Recogeré los testimonios de manera formal para abrir la investigación. Un perito

entrará en acción para confirmar la causa de la explosión. En unos minutos, llegará una patrulla para acompañarlos, si así lo desea.

—De acuerdo, puede ser. —Miro su puro frente a mí, colgado de su boca. —Nos encontraremos allí. —Asiento y me alejo de él.

Camino erguida, con las manos en los bolsillos, hacia la casa de dona Lúcia. Antes de poder sujetar el pestillo de la puerta, se abre, revelando a Amália casi tropezando sobre mí, debido a su prisa.

—Con permiso. Necesito irme. —Ella pasa, alborotada, por el pequeño espacio a mi lado, chocando conmigo, ya que mi cuerpo bloquea el paso.

Deja caer una pequeña maleta al suelo y vuelve para recogerla, pero yo reacciono más rápido.

—¿Qué pretende hacer con esa maleta? —La examino. Aparentemente, no tiene más de dos piezas de ropa.

Amália respira hondo y me mira, pensativa.

—No lo sé. —Sus hombros caen. Está desanimada.

—Mantén la calma. Yo estoy a cargo ahora, no necesitas preocuparte por nada. —Le entrego la bolsa.

Amália me mira con desconfianza. Eso me incomoda. ¿Por qué es tan difícil para ella ceder y dejar que yo asuma?

—Ibas a ser una parrillita ahora, Paolo. ¿Cómo puedo mantenerme calma? —Ella sonríe con los labios, mientras sus ojos lamentan.

—¿Parrillita? —Me indigna. —Estoy vivo. No es tan fácil matarme. Ya lo han intentado antes.

—Claro, señor Paolo. Usted es invencible —ironiza, cruzándose de brazos, aún sosteniendo la bolsa.

Agarré mi celular y abro el mensaje que recibí.

—Alguien está a mi lado. —Extiendo el aparato frente a ella y ella mira el mensaje. —Voy a descubrir quién es y saber más sobre todo esto.

—Esto está pareciendo una película de terror. —Se da vuelta, analizando la escena que, poco a poco, se está desvaneciendo y se vuelve hacia mí otra vez.

—Entra, toma un té y cálmate. Todo está bajo control. —Gesticulo con la mano para que ella entre.

—Sí, me calmaré. —Endereza la postura y espera que me aleje para darle paso.

Me alejo y la espero entrar. Miro a la calle y veo a Edy aún conversando con el delegado. No sé qué podría estar diciendo que yo ya no haya dicho, pero como él es eficiente, seguramente está siendo útil.

Mi día no está saliendo como imaginaba. Al venir aquí hoy, estaba decidida a llegar a un acuerdo con Amália y resolver la cuestión de mi hijo de una forma u otra. Pensé que ya lo conocería.

Detesto la idea de estar tan cerca de una mujer, en contacto con ella, sin estarle pagando un centavo. Y no sé lidiar con el hecho de que ella afirme no querer. Sin embargo, nada es peor que estar en guerra contra un enemigo que no conozco.

Respiro profundamente y entro en la casa. Amália está sentada en el sofá, sola. Me dirijo al otro sofá y me siento lo más lejos posible de ella para evitar cualquier acercamiento innecesario.

—¿Qué estamos esperando para hacer algo? —Ella se pone de pie.

Mis ojos la siguen, atentos, mientras ella camina con prisa y se sienta a mi lado.

—¿Qué? —pregunto, a la defensiva, sin poder decidir si me alejo de ella o finjo indiferencia.

—Estamos sentados aquí esperando algo. ¿Qué estamos esperando? Dijiste que todo estaba bajo control. —Sus ojos enormes y expresivos me perturban, fijos en los míos, buscando respuestas.

—Dije que todo estaba bajo control, y lo está. El delegado se encargará de las investigaciones y una patrulla de policía pronto estará aquí para llevarnos a la comisaría a declarar. No hay razón para el pánico. Pronto estaremos en el avión, en busca de Henry, y entonces daré el siguiente paso para protegerlo.

—¿Pronto cuándo?

—Mañana, después de la rueda de prensa en la cual contaré, a todos los interesados, sobre mi hijo, el miembro más joven de la familia Caccini.

—No lo sé. Estoy insegura. Tal vez esta no haya sido una buena idea mía. —Ella parece preocupada y confundida. —Tu padre no intentaría matarte. Quien hizo esto te odia, y si sabe que tienes un hijo, querrá usarlo contra ti.

Me quedo en silencio, analizando lo que ella me dijo. Y sí, tiene razón.

—Pensaré al respecto. —Me levanto. La verdad es que no daré la rueda de prensa.

Me dirijo hacia la ventana y miro la calle por detrás de la cortina.

—¿Pensarás al respecto?

Me asusto con Amália a mi lado. Tan cerca, que puedo sentir su irritante perfume dulce.

—¿Siempre necesitas acercarte tanto? —reclamo, mirándola con ojos entrecerrados.

—¿Qué? —Sus mejillas se sonrojan y ella retrocede un poco, avergonzada por la cercanía. Ella se frota las manos, nerviosa, desviando la mirada de mí. —Perdón. Es solo que... Bueno... No sé exactamente qué hacer, y a veces es difícil recordar que tú no recuerdas nuestras conversaciones. Te conté tantas cosas, que, para mí, es como si fuéramos amigas, ¿sabes? Si borro nuestro encuentro desagradable de ayer.

—Eso es un absurdo —murmuro, alejándome de ella con las manos en los bolsillos y los labios contraídos.

Dona Lúcia aparece en la sala con una bandeja, excluyendo la posibilidad de continuar nuestra conversación. Agradezco por eso.

—Traje un té para calmar los nervios. —Sonrío y lo coloca sobre la mesa de centro.

Las dos comienzan a conversar cosas a las que no presto atención, porque desvío mis pensamientos hacia mis infinitas preocupaciones. De lo contrario, continuaría sintiéndome avergonzada al saber que Amália estuvo tan cerca de mí cuando estaba desmayada y que ahora ella piensa que tenemos libertad.

AMÁLIA DAVIS

Salgo del coche negro, probablemente blindado, del policía designado para acompañarnos. Con los ojos atentos, miro a los lados, temiendo estar siendo vigilada. Edy y Paolo están más adelante, esperando por mí y por Marco, el policía.

Camino hacia ellos con pasos inciertos, bajo las luces ya encendidas de la ciudad. Acabamos de declarar en la comisaría, y todo esto me deja más tranquila. Siento que ahora, realmente, las cosas están yendo hacia un rumbo que se resolverá. Solo espero sobrevivir y que mi hijo sobreviva hasta el final de todo esto.

—¿Nos quedaremos aquí? —Miro alrededor con atención, dándome cuenta de que estamos en el hotel más lujoso de Milán. —Esto está muy a la vista. Deberíamos estar en un lugar más escondido.

—Edy, dile a esta mujer que confíe en mí. —Paolo parece aburrido.

—Puedes dirigirte a mí, Paolo. No seas infantil. Todo esto es por nuestro hijo. De lo contrario, nunca me verías frente a ti. —Estoy indignada con su excesiva vanidad.

¿Me considera indigna o qué? Recuerdo que cuando lo busqué en su oficina, él me confundió con una prostituta.

—Vamos. Conversaremos dentro. —Él avanza hacia el interior del hotel.

Yo, Edy y el policía lo seguimos. Por más que no me importe, noto, de reojo, los detalles del hotel, que resplandecen lujo y opulencia. El suelo de mármol blanco pulido refleja las luces centelleantes de los candelabros de cristal que cuelgan del techo alto. El suave aroma de flores frescas me inunda, mientras los empleados, elegantemente vestidos, se apresuran a atender a los huéspedes.

Paolo nos conduce hasta la recepción y conversa rápidamente con la recepcionista. Regresa con una tarjeta de llave, la agita frente a nosotros y se dirige hacia el ascensor. Los tres lo seguimos como si estuviéramos jugando al "sigue al líder".

—El motivo por el que elegimos este lugar, mi querida, es que nadie pensaría que buscamos refugio en el lugar más evidente. Es como esconder un tesoro a plena vista —explica Paolo cuando estamos en el ascensor, subiendo a la azotea.

Edy y el policía asienten con la cabeza, aparentemente satisfechos con su explicación. Yo, por

otro lado, no estoy de acuerdo, pero no voy a negar que tiene sentido.

—¿Nos quedaremos todos aquí? —pregunto después de salir del ascensor y entrar a la azotea, en un pasillo elegante que lleva a una puerta doble de madera maciza.

El lujo del hotel sigue impresionándome. Veo alfombras gruesas y cuadros de arte en las paredes. A mi padre le encantaría contemplar todas estas artes.

—Es seguro. Entremos. No tenemos tiempo que perder. —Paolo abre la puerta doble, revelando una suite de azotea gigantesca.

Grandes ventanales, de piso a techo, ofrecen una vista deslumbrante de la ciudad de Milán iluminada por la noche. Los muebles son de alta calidad: sofás de cuero suave y una mesa de comedor elegante que, seguramente, no cabría en mi casa.

Mientras entramos a la suite, Marco, el policía, cierra la puerta detrás de nosotros y hace un barrido rápido del ambiente, asegurándose de que no haya señales de intrusos. La suite parece estar vacía, pero él es meticuloso en su búsqueda de cualquier posible amenaza. Y no negaré que esto me deja un poco más tranquila.

—Señor, ya cancelé la rueda de prensa, como me instruyó —anuncia Edy, siguiendo a Paolo hasta la ventana.

Me quedo parada, observando todo y a todos, sin saber qué hacer. Me siento desplazada.

—Lo sé —responde él, con la mirada perdida en el paisaje de la ciudad.

—El señor Caccini ha intentado ponerse en contacto con usted. Me está molestando —dice el pobre asistente en tono de llanto. —Creo que debería regresar y decir algo.

—Edy, no piensas nada, solo tienes miedo. Puedes ir a tu casa y descansar. No necesitas quedarte aquí.

—Pero, señor, ¿me está mandando a casa?

—No llamaré a mi padre. ¿Qué opina usted, policía Marco? —Él gira la cabeza hacia el policía, que aún está alarmado.

—Usted no debe llamar a nadie —afirma Marco.

—Está bien, pero me quedaré aquí, señor Paolo —avisa Edy.

Me impaciento con la forma en que conversan.

—¿Dónde voy a dormir? —pregunto, llamando la atención de los tres hacia mí. Sigo cerca de la puerta.

—Puedes quedarte en la suite principal —responde Paolo, con aburrimiento. —El policía Marco y yo no dormiremos, y Edy se queda con el sofá. Mañana por la mañana tomaremos el jet.

—¿Y dónde está la suite? ¿Será por esa puerta? —Apunto hacia la puerta que parece llevar al cuarto principal.

Paolo asiente con la cabeza, impaciente, indicando que sí, y me dirijo hacia allá, aún sintiéndome un tanto incómoda con toda la situación. Al entrar al cuarto principal, soy inmediatamente envuelta por la magnitud del espacio. La cama gigantesca está cubierta con sábanas de seda. Desde aquí también se tiene una vista espectacular de la ciudad, a través de las ventanas. Es hacia donde camino, con los brazos cruzados, después de tirar mi bolso sobre la cama.

Miro las luces a través del vidrio y pienso en mi padre y en mi hijo; en cómo me gustaría estar con ellos. Me gusta Milán, pero aquí, para mí, se ha convertido en una pesadilla. Y sé que seré feliz en cualquier lugar de la faz de la Tierra, siempre que esté con ellos y a salvo. Esta habitación magnífica, esta cama suave y esta vista espléndida no valen nada para mí, pues no sirven para calmar mi alma.

PAOLO CACCINI

—Llegó el correo electrónico con la información sobre el tío de Amália en América —comento con Edy, mientras leo el asunto “Todo sobre Hary Davis” en mi bandeja de entrada.

—Sandro es rápido, señor. Siempre atiende sus pedidos en cuestión de horas.

—Sí. Es bueno, o no seguiría encargándole trabajos.

El policía está afuera, vigilando la puerta, y Edy y yo estamos sentados en el sofá, tomando una bebida. Amália está en la habitación.

Según la policía, el número que me envió el mensaje segundos antes de la explosión de mi coche fue desactivado inmediatamente después. La persona que intentó advertirme del peligro no quiere ser identificada. Esto solo complicará la investigación. ¿Quién podría ser? ¿Un amigo? ¿Un enemigo? ¿Un desconocido cualquiera? Esa duda sigue martillando en mi cabeza. Pero un problema a la vez.

Era obvio que necesitaba saber quién es Hary Davis. Aunque estoy seguro de que mi padre ya investigó todo sobre la familia de Amália antes de escogerla como la incubadora para generar a su heredero, debo analizarlo yo mismo.

“Hary Davis, 56 años, casado con Mary Davis, 49. El señor Hary trabaja competentemente como consultor inmobiliario en Seattle, en una agencia que, pese a los esfuerzos del señor Hary, está al borde de la quiebra debido a la mala gestión del CEO, quien derrocha dinero en fiestas caras y viajes lujosos. Recientemente, hizo algunas transferencias de dinero a la cuenta bancaria de Amália Davis, su sobrina, al igual que lo ha hecho durante los últimos tres años, ayudando como podía con las finanzas del hermano y la sobrina, quienes estaban pasando por dificultades...”

Guardo el celular, decidido a no continuar. Bajo la cabeza, apoyando el mentón en los codos mientras reflexiono sobre lo que estoy haciendo. Hary Davis, sin duda, es una persona respetable. No tengo motivos para invadir su privacidad. No dudaré de que mi hijo está siendo bien tratado.

—¿Algo anda mal, señor Paolo?

Niego con la cabeza.

—Todo está bien con la familia Davis, como sospeché desde el principio. No son una amenaza. Mi padre se habría asegurado de eso. —Acto seguido, vacío el contenido del vaso en mi boca.

—Como también le dije, señor.

—Lo que aún no me has dicho es si resolviste el asunto de Fontana.

—Perdón, señor. Ya está en su casa. Le di vacaciones, tal como usted instruyó.

—Perfecto.

24
El encuentro

PAOLO CACCINI

A través de la minúscula ventana del jet, observo cómo la ciudad de Milán se aleja cada vez más. En mi ausencia, mi padre y la directiva, con toda seguridad, pondrán a Leandro al frente de la empresa. Que se jodan. No me importa una mierda la empresa después de haber descubierto que mi padre es un fraude.

—Esta canción es muy buena —comenta Edy a Amalia, que está sentada a su lado.

Están compartiendo los auriculares y escuchan algo en el celular de ella. Me froto los ojos para intentar distraerme de su conversación. Me pregunto cómo y cuándo se volvieron tan cercanos, porque hasta ayer no parecían serlo.

—Me ayuda a no pensar en mis problemas —oigo la voz de Amalia murmurando, casi en un susurro, a Edy.

—Edy, juega ajedrez conmigo —lo invito—. Si no vamos a quedarnos en silencio, prefiero distraerme de otra forma que no sea escucharlos.

—No traje el tablero, señor. Salimos con prisa. —Parece un poco avergonzado al apartar el auricular para prestarme atención.

Asiento con la cabeza, ocultando mi decepción. Este viaje será largo y tedioso.

Unas cuatro horas han pasado, aproximadamente, y mi aburrimiento no ha hecho más que aumentar. Edy y Amalia no se cansan de charlar y reír. Tomo mi celular y releo el mensaje falso que mi padre me envió minutos antes de que embarcara:

“Necesitamos hablar, Paolo. Estoy dispuesto a perdonar tu agresión física contra mí si me perdonas por haber ocultado a tu hijo. Somos padre e hijo, no podemos seguir así. Vamos a resolverlo todo. Y si esa es tu voluntad, incluiremos a Henry en nuestra familia y seguiremos adelante. Tu madre te extraña. Ya son varios días sin noticias tuyas. Te di tiempo para pensar con claridad, pero creo que ya es hora de resolver esto.”

Lo releo varias veces. Cuanto más lo leo, más rabia me da. Puede que no sea un asesino, pero hizo algo cruel al traer al mundo a un hijo mío con la fría intención de usarlo como su repuesto, una segunda opción. Y fue aún más cruel cuando cortó los lazos con mi hijo y me ocultó su existencia. No sé si seré capaz de perdonarlo por eso.

Lanzo mi celular al suelo, furioso, y veo con mi visión periférica a Amalia y Edy asustados.

—Señor, disculpe, se le cayó esto. —Una de las azafatas me devuelve el aparato.

Finjo no oírla. No porque tenga culpa de algo, sino porque no quiero mi celular en este momento. Toda la rabia que siento hacia mi padre está dirigida a ese aparato.

Edy extiende la mano, y la azafata se lo entrega.

—¿Necesitan algo? —pregunta ella con una sonrisa formal.

—Un agua, por favor —pide Edy.

—Estoy bien, gracias —responde Amalia.

—Quiero la bebida más fuerte que tengamos a bordo —pido, levantando levemente la mano a la altura de los hombros.

La azafata sonríe de nuevo de forma formal y se aleja.

No me di cuenta de cuándo Amalia se sentó a mi lado, así que no pude contener mi expresión al verla.

—¿Estás seguro de que es buena idea consumir alcohol horas antes de conocer a tu hijo? —Me lanza una mirada desafiante.

Respiro hondo, considerando con cuidado su pregunta. Nos quedan aproximadamente cuatro horas de vuelo. Sé que necesitaré estar completamente alerta cuando, por fin, me encuentre con mi hijo. Una experiencia que me provoca tanta ansiedad como aprensión.

Amalia sigue a mi lado, esperando una respuesta. No me gusta ella y no me gusta saber que tiene razón. Eso cambia toda la estructura de mi universo. Un universo que construí bajo el peso de mi honor, dignidad y orgullo. Miro sus ojos color miel, mezclados con el brillo del sol, y abro la boca para responder, pero decido callar y desvío la mirada. No sé nada sobre ser padre, pero ella, sin duda, a diferencia de la mía, es una madre excepcional.

Niego con la cabeza, con una expresión amarga en el rostro, mirando por la pequeña ventana del jet. No, no quiero beber solo porque estoy enojado. Sería patético. No quiero que mi hijo perciba olor a alcohol en mí cuando me vea por primera vez estando despierto.

***

AMALIA DAVIS

Fue un viaje agradable, a pesar del ambiente tenso que rodea a Paolo. Saber que salí de Milán y que en menos de una hora estaré cargando a mi hijo en mis brazos me hace sentir en las nubes. Saber que el peligro está muy lejos me ayuda a disfrutar del aire diferente de Seattle, que es donde vive mi tío Hary y donde están Henry y mi padre.

Puedo ver a lo lejos la Aguja Espacial, una de las principales atracciones de la ciudad.

—Deja que yo lo lleve por usted. —Edy se apresura a extender la mano para tomar la maleta de Paolo.

—Deja de mimarlo. Es extraño —me quejo, avanzando por el aeropuerto.

—Le pagan para asistirme, es su trabajo —rezonga Paolo, mirándome con fastidio.

—Puedo llevar la suya también, Amalia. —Edy sonríe con amabilidad.

—¿Y la tuya? ¿Quieres que la lleve por ti? —me ofrezco.

—Estamos a punto de subir a un auto, nadie tendrá que cargar ninguna maleta. Amalia, ¿tus asuntos son siempre tan inútiles? —indaga Paolo, caminando a mi lado y acomodándose las gafas oscuras sobre los ojos.

El día está soleado. La luz se refleja en su cabello oscuro y brillante, acentuando aún más su belleza. Siento una mezcla de rabia y fascinación al mirarlo. Es irritante. Revuelvo los ojos y continúo caminando cerca de él, ignorando su comentario sarcástico.

Es un idiota, por Dios.

Tendré que tener paciencia con él. No puedo culparlo. ¿Cómo podría ser una buena persona, siendo hijo de quien es?

Llegamos al auto que nos esperaba. Es un modelo grande, con siete asientos y cristales oscuros que protegerán nuestra privacidad. Edy le dio la dirección de mi tío al conductor tan pronto como lo contrató.

El chofer abre la puerta para nosotros y Paolo sube primero, seguido por mí y por Edy. El interior del auto es lujoso y cómodo. Paolo se acomoda en uno de los asientos traseros, mientras Edy y yo nos sentamos en el banco opuesto, de frente a él. El chofer y el guardia de seguridad ocupan los lugares delanteros, asegurándose de que estemos bien protegidos. Pero me siento tranquila aquí. No tengo miedo. Espero que todos nuestros enemigos se hayan quedado atrás.

El vehículo se pone en marcha y mis ojos intentan no dirigir la mirada hacia el hombre serio frente a mí, de ojos azules profundos, que ahora están expuestos sin las gafas porque se las quitó. Mientras nos desplazamos por las calles concurridas y arboladas de la ciudad, trato de centrar mi atención en el paisaje en vez de fijarme en el hombre irritantemente arrogante que finge que no estoy aquí. Espero que conocer a su hijo lo transforme en alguien más compasivo y menos amargado. Pero, por ahora, estoy decidida a no dejarme afectar por su actitud ignorante.

—Paolo, ¿has estado antes en Seattle? —intento iniciar una conversación casual, para demostrarle que no voy a dejar que me intimide.

Él me mira. Sus ojos azules encuentran los míos y luego se desvían hacia la ventana.

—No. Es mi primera vez. Nunca tuve motivo para venir hasta ahora —responde brevemente.

Siento que se esfuerza por mantener la conversación a una distancia segura. No quiere hablar conmigo más de lo necesario, y eso me frustra un poco. Al fin y al cabo, yo compartí muchas cosas con él cuando estaba en coma. Hago un gran esfuerzo por olvidar la conversación horrible que tuvimos en su apartamento. Paolo me dijo cosas ofensivas y actuó de manera ofensiva. Quiero creer que solo fue un reflejo de sus padres. Quiero creer que era una máscara, un escudo. De alguna forma, quiero creer que él es más que la persona que vi aquel día.

—¿Y tú, Edy? ¿Has estado aquí antes? —Me giro hacia él para observarlo.

—Es mi primera vez también, Amalia. —Me dedica una sonrisa y yo correspondo el gesto.

Me alegra que Edy se haya abierto conmigo en estos días más de lo que lo hizo en años. Hablábamos, pero él siempre mantuvo nuestra amistad de un modo formal, tanto que solía llamarme “señorita” a pesar de mi insistencia en que dejara de hacerlo. Creo que, en el fondo, quería imaginar que aún estaba en la empresa, en la oficina con Paolo.

—Estoy tan feliz de poder reencontrarme con mi hijo. Ha pasado poco tiempo, pero siento como si hubiera estado un año entero lejos de él —comento, recordando el motivo por el cual debo celebrar.

—Lo imagino. También extraño al pequeño Henry. Estaba acostumbrado a verlo siempre —dice Edy, mirando por la ventana.

—Lo llevaré a la playa. Mi padre no lo llevó. Me estaba esperando para hacerlo juntos —comento, entusiasmada.

Paolo, obviamente, escucha nuestra conversación, pero finge no hacerlo. Ni siquiera puedo imaginar lo que pasa por su cabeza. Descubrió que es padre hace pocos días, intentaron matarlo recientemente y alguien está intentando hacerle daño a su hijo. Todo eso, ciertamente, empeora su mal humor, y lo comprendo. Es un idiota que está sufriendo. Me da lástima. Espero que Henry lo anime y lo ilumine con su pureza y amor.

***

PAOLO CACCINI

Con las manos metidas en los bolsillos y observando a lo lejos, recostado contra el auto en el que llegamos, siento mi corazón acelerado y desesperado dentro del pecho, mientras mis ojos esperan, ansiosos, el momento en que el niño aparezca por la puerta de la casa. Y ni siquiera sé por qué. Ya me he enfrentado a hombres grandes y poderosos, enemigos que asustarían a cualquiera, menos a mí. ¿Por qué el encuentro con un niño me pone tan aprensivo?

—¡Papá! —Amalia corre hacia un señor que acaba de aparecer en la puerta, de piel blanca y cabello canoso, muy parecido a ella.

Estamos en Rainier Beach, Seattle. Es un barrio sencillo, pero con un ambiente agradable por tanto verdor y la vista del mar. El tío de Amalia, a juzgar por la casa modesta en la que vive, no tiene más que lo necesario para comer y vestir. Debo recompensarlo por haber acogido a mi hijo.

—Qué bueno verte aquí, Amalia. —El señor mayor la abraza con fuerza. Su expresión revela una emoción sincera.

Desvío la mirada ante ese contacto tan cálido entre padre e hija. Eso me hace sentir incómodo y aún más ansioso.

—Parece tan amable como Amalia. ¿No le parece, señor? —me susurra Edy al lado.

Respiro con fuerza.

—Para mi suerte, sí —digo con ironía—. Vamos, o no van a dejar de abrazarse nunca.

Camino hacia el padre y la hija, seguido por Edy. En cuanto sienten mi presencia, se separan.

—Soy Paolo Caccini, señor. Un placer conocerlo. —Le tiendo la mano de manera cordial.

No dejo de notar una leve expresión de sorpresa en Amalia, que arquea una de sus cejas.

—Soy Norman Davis. —Su mano estrecha la mía con firmeza y me mira como si me desafiara a un duelo.

Trago saliva.

—Él es Edy, mi asistente. —Se saludan.

—Amalia me habló de usted —comenta Edy.

—También oí sobre ti —masculla el señor Davis.

—Sin rodeos. ¿Dónde está mi hijo? Ya me he demorado demasiado en conocerlo. —Me paso la mano por el cabello, irritado por lo amistosos que charlaban.

—Entremos. Henry está con Hary y su esposa —el señor Davis endurece el gesto al dirigirse a mí.

Los seguimos hacia el interior de la casa. A pesar de haber visto la foto de Henry, mi curiosidad por conocerlo en persona aumenta con cada milésima de segundo.

—¡Mamá! —Mis pies se quedan clavados en el suelo al oír la voz suave y aguda del niño, que ahora corre con los brazos abiertos hacia Amalia.

—¡Mi amor! —Ella se arroja de rodillas para recibir al pequeño, que está llorando.

—¡Mamá! —El niño llora de emoción, con la cabeza hundida en el cuello de Amalia.

—La mamá está aquí, hijo, y no te va a dejar nunca más. —Ella se pone de pie con él en brazos. Tiene la voz ahogada por el llanto. Mi corazón se encoge al presenciar una escena tan emotiva—. Nunca más voy a separarme de ti.

Trago saliva y doy un paso atrás. Amalia, finalmente, se endereza, sosteniendo a Henry en sus brazos. Sus ojos se encuentran con los míos y ella hace un gesto para que me acerque. Con pasos vacilantes, avanzo, sintiéndome como un intruso en un momento tan íntimo. Lo cual me irrita, pues soy su padre.

—Henry, papá ya no está malito. ¿No es genial? —susurra Amalia al niño mientras lo acaricia.

Henry la mira con atención, y con los ojos aún llenos de lágrimas, asiente. La ansiedad dentro de mí aumenta. ¿Entenderá lo que está pasando? ¿Se acordará de mí?

Amalia se agacha, deja a Henry en el suelo, se aleja un poco de él y señala hacia mí.

—Mira, mi amor, este es tu papá, Paolo —dice con cariño y cautela.

Henry gira la cabeza en mi dirección. Sus ojos grandes y azules, iguales a los míos, se fijan en mí. Me observa durante unos segundos, que parecen eternos, y luego sus labios se curvan en una

sonrisa tímida.

Mi corazón da un brinco de alivio y emoción ante su reacción positiva. No sé qué hacer ni cómo reaccionar, pero extiendo los brazos hacia él y me arrodillo, quedando a su altura. Observo cada detalle de su hermoso rostro, que se parece mucho al mío. Con cuidado, Henry se acerca. Sus pasos son pequeños e inseguros. Cuando por fin está a mi alcance, lo rodeo con mis brazos, sintiendo la fragilidad de su cuerpecito y la pureza de su alma atravesar mi piel y tocar lo más profundo de mi ser.

—Hola, Henry. Soy tu papá —susurro con la voz entrecortada, debido a este momento tan esperado desde que descubrí su existencia.

—Papai bunito —dice con su voz suave, igual que en mis sueños.

Respiro hondo y cierro los ojos, abrazándolo como si el tiempo se hubiera detenido. En este instante, es como si se me quitara una venda de los ojos y solo ahora lograra ver el verdadero sentido del mundo.

25
Es hora de irnos

AMÁLIA DAVIS

—Estás bellísima, Amalia, al igual que lo era tu madre. —Tía Mary sonríe mientras me entrega una taza de café. Estamos solo nosotras dos sentadas a la mesa.

Tía Mary es una mujer mayor, delgada y alta, que siempre lleva vestidos floreados, el cabello castaño claro recogido en un moño y gafas redondas. La vi pocas veces en la vida, cuando nos visitaba en Milán, pero siempre estuvimos en contacto por internet.

—Gracias, tía. Significa mucho para mí —contesto, soltando un suspiro—. La extraño —murmuro—. Ahora que soy madre, entiendo aún más cuánto la necesito. —Dejo escapar una lágrima de mi ojo.

Mi tía rodea la mesa para acercarse a mí.

—Ella está muy orgullosa de ti, esté donde esté. —Sonríe y pasa el dedo para secar mi lágrima.

Asiento con la cabeza, como para dejar el tema a un lado. Bien sé que quejarse y lamentarse no ayuda en nada.

Mi tía vuelve a su sitio tras ofrecerme pollo frito. No sé cómo puede ser tan delgada comiendo tanto.

—¿Henry dio mucho trabajo?

—¿Trabajo? Lo extrañaremos —lamenta—. Sabes que no tuvimos hijos. Tenerlo aquí con nosotros fue un consuelo. Su risa es preciosa y contagiosa, y tiene una forma especial de alegrar la casa. Tu tío Hary y tu padre competían por la atención del niño, pero claro que no hay forma de competir con Norman. —Suelta una carcajada—. A ese niño le encanta el abuelo.

—Sí, lo adora —comento, esbozando una sonrisa tierna—. ¿Viste lo feliz que se puso al ver a su padre? —Llevo la taza a la boca.

—Sí. Me sentí feliz por él en ese momento.

—Voy a echarle un vistazo; ya ha pasado un rato desde que se durmió. —Termino de tomar el café y doy un último bocado al pollo.

—Deja que descanse, pobrecito. —Niega con la cabeza—. Fue agotadora toda la emoción del reencuentro. Es apenas un bebé.

—Tienes razón. Además, aquí está seguro. —Vuelvo a sentarme, sin saber muy bien qué hacer —. Creo que me acostumbré a estar siempre en alerta. —Sonrío, nerviosa.

—Pues al lado de ese hombre que irradia tanta fuerza, puedes relajarte —susurra con cierta malicia.

—¿Cómo dices, tía? —pregunto también en voz baja.

—Él tiene un aura de confianza y autoridad imposible de ignorar. Y además, por lo que vi, moverá cielo y tierra por su hijo. Estarás a salvo con él.

—¿De veras lo crees?

—Puede que no haya tenido hijos, querida, pero reconozco a un hombre enamorado y entregado cuando lo veo. Por fuera parece duro, pero estoy segura de que por dentro rebosa amor por ese pequeñito.

Me quedo en silencio, pensando en lo que acaba de decir. Paolo es complicado, sin embargo, no puedo negar que realmente transmite confianza y autoridad. Ese par de ojos azules penetrantes siempre dice más de lo que pronuncian las palabras, para bien o para mal, y estoy segura de que intimida a cualquiera que se atreva a cruzarse en su camino.

—Tal vez tengas razón, tía. —Suspiro, recordando el momento en que vi a Paolo sosteniendo a Henry en brazos—. Parece realmente dispuesto a hacer cualquier cosa por nuestro hijo.

Tía Mary sonríe y asiente con la cabeza, pareciendo satisfecha con mi respuesta. Es una mujer sabia y observadora, y sus palabras me aportan algo de consuelo.

—Ahora ve a descansar un poco, Amalia. Tú también necesitas cuidarte. No olvides que cuidarte a ti misma es esencial para cuidar de Henry.

Estoy de acuerdo y me levanto de la mesa. Antes de marcharme, observo desde la cocina a Paolo charlando con mi padre y mi tío en el sofá de la sala. Parece que están discutiendo algo.

Subo las escaleras y entro en la habitación que ocupa mi hijo. Henry está acostado, profundamente dormido. Se ve tan sereno cuando duerme, con su cabello negro brillando sobre la almohada y sus manitas relajadas a los costados. Sonrío al mirarlo, sintiendo una oleada de amor que me inunda.

Me siento al borde de la cama y acaricio suavemente su mejilla con el dorso de mis dedos. Se mueve un poco, pero no se despierta. Me quedo contemplándolo unos minutos más, perdida en pensamientos sobre lo que nos deparará el futuro.

¿Podrán Paolo y yo superar nuestras diferencias por el bien de nuestro hijo? Yo sé que sí. Lo único que no soportaría sería aguantar ofensas como las que él me lanzó las primeras veces que nos vimos.

Me acuesto con cuidado a su lado. Extrañaba muchísimo dormir pegada a mi bebé.

***

PAOLO CACCINI

—No es necesario —dice el señor Hary negando con las manos mientras sostengo unos billetes

de dinero frente a él.

—¿Cómo que no? Su casa claramente necesita una nueva pintura y su esposa requiere ropa. Es más que justo que yo lo recompense por haber acogido a mi hijo y al señor Davis —argumento.

—Mi hermano y su esposa nos abrieron las puertas de su hogar de todo corazón, y el dinero no puede reemplazar lo que han hecho —dice el señor Davis.

Dirijo la mirada hacia Edy, sentado junto a él. Me observa con desaprobación, como si quisiera decirme telepáticamente que no todo el mundo está en venta. Pero no pretendo comprar a nadie, solo recompensar.

Exhalo con fuerza y guardo el dinero.

—Increíble. —Niego con la cabeza, molesto.

—No se sienta ofendido, señor Paolo. —Hary junta las manos—. De verdad, no hace falta.

—Orgullosos. Toda la familia. —Me levanto, indignado—. Edy, necesito hablar contigo.

Me despido de los hermanos Davis con un gesto de la cabeza y me dirijo hacia la puerta de salida. Edy me sigue con prisa.

—Señor Paolo, ¿ocurre algo?

—No soporto a la gente que rechaza el dinero cuando se ofrece de buena voluntad. Es cuestión de principios. Ellos cuidaron de mi hijo, es justo que los gratifique de alguna forma.

Él suspira y se rasca la cabeza, como intentando comprender mi postura.

—Entiendo lo que dice, señor Paolo, pero debe respetar su decisión. Tal vez lo acepten de otro modo.

—¿De qué otra manera? —pregunto, frustrado.

Se encoge de hombros, pensativo por un momento.

—Quizás haya una forma de retribuirles el gesto que no implique directamente dinero, como algún obsequio significativo.

Pongo los ojos en blanco, pero, tras meditarlo un poco, admito que Edy tiene razón.

—Tienes razón, Edy. Lo reconsideraré y encontraré un modo más adecuado de agradecerles.

Él sonríe y asiente.

Nadie ayuda a mi hijo y se queda con las manos vacías. Hoy descubrí cuál es mi verdadera riqueza y mi vida tiene un nuevo propósito: hacer todo por mi hijo. Aquella sonrisa que recibí cuando lo abracé... Debo protegerlo y lograr que crezca cada vez más.

***

Mientras Amalia descansa del viaje y permanece junto a Henry, Edy y yo estamos ultimando los detalles para nuestra partida. Es obvio que no me quedaré aquí mucho más que un día. Solo

descansaré cuando la investigación haya concluido y Milán sea segura para mi hijo. O mejor dicho, cuando este planeta sea seguro para mi hijo.

—¿Está seguro de que es la mejor opción? —Miro la ubicación de nuestro refugio en la pantalla del celular.

—Sí, señor. Según las recomendaciones del señor Wang, es el lugar más seguro y cómodo. Le costará mucho dinero, pero es imposible que alguien entre allí sin su permiso. Estarán más seguros que un bebé en el vientre de su madre.

—Perfecto. Confío en Wang Xiang. Preparen todo, cueste lo que cueste. Ya sabes que el dinero no es problema. Quiero a mi hijo a salvo cuanto antes. Y después de eso, podrás tomar unas vacaciones, Edy. Has trabajado duro.

—¿Me está diciendo que no estaré con usted después de Seattle?

—Te estoy diciendo que salgas de vacaciones, que te tomes un tiempo para ti.

Edy desvía la mirada hacia el horizonte, pensativo. Luego suspira y me observa con una expresión diferente en sus ojos.

—Gracias, señor Paolo. Lo consideraré. Pero, de momento, lo más importante es asegurar su protección y la del pequeño Henry.

***

AMÁLIA DAVIS

Han pasado dos días desde que llegamos a Seattle. Paolo se ha mantenido muy ocupado, en compañía de su asistente Edy. Yo quería preguntarle cuáles son los planes, pero, por alguna razón que me asusta, decidí confiar en él; confiar en esa mirada conmovedora que mostró al sostener a su hijo por primera vez. Por ahora, sé que volveremos a viajar, pero nuestro destino no es Milán. Paolo dice que la investigación sigue en marcha, aunque sin novedades, solo con la promesa de los profesionales de que resolverán el caso.

—Los extrañaré muchísimo —gimotea tía Mary, apretando a Henry en su regazo, bajo mi mirada cargada de emoción.

Me apasiona la gente que trata bien a mi hijo. Verlo tan amado y cuidado por mis tíos me hace creer en un mundo mejor para él, en una vida mejor. No es ningún secreto que el tío Hary y la tía Mary son buenas personas y siempre nos han ayudado en lo que han podido, más de lo normal. Pero mi termómetro de gratitud se desborda al presenciar esta escena tan bonita.

—Toma, Henry. —Mi tío le entrega un pequeño paquete al niño—. Es un regalo de tus tíos.

Mi hijo sonríe entusiasmado, pero antes de interesarse por el contenido, extiende los brazos hacia el tío Hary, quien lo carga en brazos, apartándolo del regazo de la tía Mary.

Con mi visión periférica, observo la mirada atenta de Paolo, recostado contra el coche con las manos en los bolsillos, esperándonos. Casi no ha conversado en estos dos días y la relación con ellos ha sido mínima. Supongo que no es muy sociable cuando el tema no implica negocios o

dinero. Es una lástima. Pero lo que más me incomoda es...

¿Cómo puede ser tan guapo a pesar de ser tan antipático?

Llevo las manos al pecho, sobresaltada por ese pensamiento tan inoportuno. Es obvio que él sabe que es atractivo y lo hace adrede.

Mi padre, que aún seguía dentro de la casa, aparece en la puerta con su maleta. Edy se apresura para ayudarlo, pero él rechaza la ayuda.

—Yo puedo solo, muchacho —rezonga, indignado, aunque con amabilidad en el tono.

—Está bien, señor Davis.

Papá coloca la maleta en el coche y vuelve a despedirse de sus anfitriones.

—Que Dios se los pague. Ya tienen un lugar reservado en el cielo —dice con los ojos llorosos—. Espero, en breve, poder recibirlos en mi casa. Aunque ya no la tenga, sé que solo es cuestión de tiempo para que el tren vuelva a su curso.

Paolo se acerca a nosotros con paso firme y la mirada concentrada.

—Les estoy agradecido. Búsquenme si algún día necesitan algo. No sean orgullosos. —Extiende la mano hacia mi tío.

—Cuide bien de mi sobrina y de mi sobrino. Esa es la mejor forma de demostrar su gratitud —responde con cierta autoridad en la voz.

—¡Cariño, claro que lo hará! Es el padre de Henry. ¡Por favor! —lo reprende tía Mary—. Espero verlos pronto. Estoy segura de que Henry se parecerá cada vez más a usted. —Sonríe—. ¿No crees, Amalia?

Siento que mis mejillas se encienden ante esa pregunta. Fue inocente, pero no me siento cómoda para comentar nada al respecto.

—Tía, pronto nos veremos de nuevo. —Pasando delante de Paolo e ignorando por completo ese tema innecesario, la abrazo.

Tras la larga despedida, subimos al coche. Nos dirigimos al aeropuerto. Henry va en su sillita junto a Paolo y Edy. Mi padre está a mi lado. A diferencia de cuando llegamos, ahora el ambiente se siente más relajado gracias a la energía vibrante de Henry, que habla todo el tiempo, feliz de estar conmigo, con su abuelo y con Paolo, las personas más importantes de su vida desde que nació. No sé si extraña a sus abuelos paternos. Espero que no.

—¡Abión! —Henry agita el juguete que su abuelo le había entregado envuelto.

—Sí, amor, ¿a que es bonito? —me sumo a su entusiasmo.

Paolo me mira en silencio. Sus ojos azules y penetrantes me obligan a apartar la mirada. Me gustaría tanto saber qué piensa de mí. ¿Será que realmente me considera una descarada?

¡Argh! Ojalá no hubiera recordado eso. Vuelvo a mirarlo, pero ahora con el ceño fruncido, dejando claro que en este instante lo detesto.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —pregunta mi padre, y entonces noto que no hemos llegado al aeropuerto, sino a la playa.

—Amalia dijo que quería traerlos aquí —dice Paolo, y lo observo, sorprendida—. Tenemos algo de tiempo antes de viajar. —Desvía la mirada—. Creo que no es apropiado que mi hijo no haya conocido todavía el mar.

Claro, tenía que soltar algún comentario fuera de lugar. Sin embargo, me centraré en la parte que importa.

PAOLO CACCINI

Con el sol acariciando mi espalda y las manos cruzadas sobre el pecho, los observo. Están descalzos, con la arena fina entre los dedos de los pies, corriendo tras el niño, quien sonríe, perdido en felicidad. Mi corazón late descompasado, y no entiendo la razón. El viento que viene del agua y roza mi rostro, unido a contemplarlos, trae consigo una sensación de paz angustiante.

—¿Puedo quitarme el calzado, señor Paolo? —Edy interrumpe mi silencio.

—Edy, no seas inoportuno. Ese tipo de pregunta es incómoda. No soy tu dueño y no estás en la oficina —respondo sin apartar la mirada del señor Davis, Amália y Henry.

Edy, ya sin el calzado, camina libremente, con los brazos abiertos, hacia el mar.

Trago saliva y decido que ha llegado el momento de dejar de perder el tiempo. Regreso al coche, tomando mi celular durante el breve trayecto.

—Señor Caccini —Francesco atiende al tercer timbre.

Me apoyo en el coche, con el celular en el oído.

—¿Alguna novedad?

—No desde la última llamada, señor Paolo. Necesita darnos algo de tiempo —su tono de voz denota irritación.

Frunzo los labios y aprieto el aparato entre mis dedos.

—Si usted no tiene la competencia para resolver este asunto, déjeselo a alguien que sí pueda —digo entre dientes.

—Le aseguro que nadie lo haría mejor que yo. Le sugiero que aproveche y tome este tiempo fuera para descansar y olvidarse de Milán hasta la próxima orden. Esto no es un entrenamiento, usted corre peligro de verdad. Su hijo corre peligro de verdad. Por favor, coopere con nosotros, señor Paolo.

Respiro con fuerza.

—Mañana llamaré. Quiero un nombre. —Cuelgo y giro la cabeza, masajeándome el cuello—. Llámelos. Es hora de irnos —le pido al guardia de seguridad antes de entrar al coche.

26
Fortaleza

AMÁLIA DAVIS

Estamos aterrizando tras poco tiempo de vuelo. Lo que indica que no estaremos muy lejos de las Américas. Pero lo que más me sorprende es que no estamos exactamente en un aeropuerto.

—¿Dónde estamos? —Desvío el rostro de la ventana y miro ahora a Edy y a Paolo.

Edy levanta la vista hacia mí, apartando la atención del juego de ajedrez que Paolo lo obligaba a jugar. Ese tablero fue, obviamente, comprado en Seattle.

—El señor Paolo todavía no eligió un nombre.

Decido no preguntar nada más. Está claro que se trata de una isla. Y, pensándolo bien, nada sería más inaccesible que una isla. No sé si eso me alivia o me asusta.

Miro a Henry, dormido en el asiento reclinado, y acaricio su cabello. Estoy feliz de verlo bien.

—Amália, ¿crees que debería estar aquí? ¿No soy un intruso? —mi padre pregunta en voz baja, tocando mi hombro.

—¿De qué estás hablando, papá? ¿Cómo que un intruso? —Hago una mueca.

—No me siento bien estando aquí —explica.

—Yo tampoco —digo de forma discreta—. Respirar el mismo aire que Paolo duele, papá. —Suspiro.

Él se queda en silencio. Tal vez fui demasiado dramática en mi desahogo.

—¡Jaque mate! —Edy golpea el aire en un gesto de triunfo.

—Debería despedirte por no dejarme ganar —refunfuña Paolo.

—No sea mal perdedor, señor.

Hacemos un aterrizaje improvisado en una pequeña pista rodeada de una hermosa vegetación tropical. Algunos hombres, probablemente guardias de seguridad y administradores de la isla, vienen a nuestro encuentro en cuanto bajamos del pequeño avión.

Caminamos hacia una casa enorme de piedra, que más bien parece un castillo. Está rodeada de muros altos cubiertos de enredaderas de colores. Aquí es una isla desierta con muy pocas casas, las cuales, seguramente, pertenecen a los empleados que hacen que el lugar funcione.

El sol quema con fuerza sobre el hermoso y colorido paisaje. Paolo encabeza la marcha, junto a

los guardias, avanzando con pasos seguros. Pero, de repente, se detiene y, entre todos, me mira directamente mientras se acerca hacia mí.

—Déjame llevarlo. —Paolo me extiende el brazo, refiriéndose a Henry, que sigue adormilado en mis brazos.

Mi corazón se desacompassa y, con cuidado, le paso a Henry sin dudar. Mi hijo apoya la cabecita en el hombro de Paolo y me lanza una sonrisa tranquila que calienta mi interior. Es tan bueno verlo bien.

Paolo va al frente con Henry y yo lo sigo despacio, contemplando el bonito paisaje a nuestro alrededor, junto a Edy y papá. La isla es preciosa, con playas doradas y palmeras que se mecen con la brisa.

—¿Te diste cuenta de lo feliz que parece el señor Paolo al estar con el pequeño Henry? —susurra Edy casi inaudiblemente junto a mi oído.

—Sí. Parece que Paolo es un hombre más normal que su padre —respondo en el mismo tono bajo, sintiendo que una piedrita se mete en mi calzado—. Solo parece. Aún no tengo certeza.

Me detengo y me quito el zapato para sacar la piedrita que me molestaba. Edy se detiene conmigo y se acerca bastante para responder a lo que acabo de decirle:

—Él no se parece en nada a su padre, Amália. El señor Paolo incluso está evitando las llamadas del señor Ricardo.

—Ay, no me recuerdes a ese hombre, Edy. Me da escalofríos con solo escuchar su nombre. —Paso las manos por mis brazos.

—Amália, ¿todo bien? —pregunta mi padre, dándose cuenta recién ahora de que me quedé atrás.

Con eso, Paolo y sus hombres también se detienen. Todos centran su atención en mí.

—Estoy bien. Solo era una piedrita —digo con timidez, percatándome de la mirada de Paolo en mis pies, pues todavía estoy poniéndome el zapato.

—¿Viste cómo él estaba preocupado por ti? —me pregunta Edy como si me confiara un secreto.

Me incorporo para seguir el trayecto.

—¿Te volviste loco, Edy? —No puedo ocultar cuánto discrepo de la tontería que acaba de decir. Sin embargo, lo dije demasiado alto.

Otra vez, todos se giran para mirarme. Pero ahora finjo demencia y continúo andando, mirando hacia todos lados, menos hacia Paolo.

—Tú no lo conoces como yo —murmura Edy, y yo respiro hondo para no contestarle.

No sirve de nada. Edy es un devoto fiel de Paolo y ve en él una bondad exagerada donde no existe ni una pizca. Él solo es bueno conmigo porque soy la madre de su hijo y no puede deshacerse de mí. No de una forma legal. Pero, claro, agradezco eso. Es algo que me alivia cuando los pensamientos negativos intentan desesperarme.

***

—Señor Davis y señorita Davis, esta isla está monitoreada con los mejores sistemas de seguridad del mundo. Nadie entra sin mi autorización. Es una fortaleza. —Paolo abre la puerta de la casa y nos invita a pasar.

La casa es majestuosa por dentro, con una decoración elegante y una vista espectacular al océano. Cada detalle refleja lujo y confort. Las habitaciones son amplias y están bien decoradas. Hay una cocina moderna y una sala de estar que se abre a una terraza con una piscina infinita.

Mi padre parece aún más incómodo en este ambiente lujoso, sobre todo porque, nos guste o no, el dinero de los Caccini está pagando todo esto.

—¿Estás seguro de que Henry estará a salvo aquí? —pregunto, con la cabeza en alto.

—Sí. Nada se acerca aquí sin que yo lo sepa. Eso incluye a quienes nos persiguen. Estamos en un lugar aislado, donde los protocolos de seguridad son infranqueables. —Paolo mantiene su expresión seria—. Pónganse cómodos. Todas las habitaciones están listas. Si necesitan algo, solo avisen al personal. —Me mira directamente, como si quisiera asegurarse de que esté conforme. Es extraño—. Acuéstalo a dormir. Creo que no ha descansado lo suficiente —dice, refiriéndose a nuestro hijo, que sigue en sus brazos, aferrado a su cuello.

—No quelo doimir —protesta Henry, mirando atentamente la cara de su padre.

—Seguro que ahora activará el modo 220 —bromeo.

—Tómalo, Amália. Luego vuelvo a verlo. Necesito encargarme de unos asuntos. —Paolo acorta los pocos pasos que nos separan, me entrega a Henry, se aparta y toma el celular.

Acaricio el cabello de mi hijo y lo dejo en el suelo. Él sale corriendo, entusiasmado, por la casa, y yo lo sigo. Parece que no dormirá tan pronto.

***

Escucho pájaros cantar cerca de la ventana y, a lo lejos, oigo las olas de la playa golpeando suavemente la costa. Me doy cuenta de que la noche pasó rápido. Me levanto de la cama cómoda, me desperezo y observo a mi alrededor el cuarto, todavía extrañada por el lugar. Beso la frente de Henry, que duerme plácidamente a mi lado, como el angelito que es. Se despertará más tarde que yo. Necesita descansar mucho para crecer sano.

Tras arreglarme, decido bajar a explorar la casa y, quizá, encontrar algo para comer.

—Tú debes de ser Amália. —Una señora de unos 60 años aparece frente a mí en el pasillo, cuando voy camino a la cocina. Me regala una sonrisa cálida. Su cabello es gris y su aire resulta acogedor—. Soy la ama de llaves de la casa, Lucinda. Si necesitas algo, estoy a tu disposición. En la cocina hay desayuno. —Su acento es distinto, lo que indica que es oriunda de la zona.

—Muchas gracias, doña Lucinda.

Ella asiente con la cabeza y se aleja, con prisa.

Llego a la cocina y encuentro a Edy rodeado de varias delicias sobre la mesa.

—Buenos días. —Se lleva un trozo de pastel a la boca.

—Buenos días —contesto, insegura.

Tengo hambre, pero, de repente, no me siento cómoda comiendo nada.

—¿Qué esperas? Siéntate y come conmigo —me invita.

—No tengo hambre —murmuro, acariciándome el vientre.

—Tonterías. Ayer ya no cenaste, alegando no tener hambre.

—No quiero comer, Edy. Cuando quiera, puedes estar seguro de que comeré —respondo con la nariz levantada.

—Entonces, ¿qué haces en la cocina? —Alza una ceja.

—Vine a beber agua. El agua es de la naturaleza, nadie es dueño de ella —argumento y, en ese mismo instante, me arrepiento. Yo y mi bocota.

—Entonces tendrás que dormir en el mar, Amália, porque todo en esta isla pertenece al señor Paolo. Si quieres, puedo conseguirte un bote, aunque probablemente también sea del señor Paolo.

—¡Edy, basta! —me quejo, sintiéndome derrotada.

—Viajaste en su jet privado, no seas tan desagradecida. El señor Paolo solo intenta proteger a su hijo. Y si están aquí es porque considera este lugar seguro.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Tal vez tenga razón. Tal vez estoy siendo injusta con Paolo; al fin y al cabo, se ha mostrado preocupado por la seguridad de Henry y ha hecho lo posible por mantenerlo protegido.

Decido seguir su consejo. Me siento a la mesa y tomo un trozo de fruta para comer. Mientras mastico, observo el movimiento de la casa a mi alrededor, todavía impresionada con el lujo y la grandeza del lugar.

—Espero que estés disfrutando de nuestra fortaleza, Amália. —Siento que mi espalda se tensa al oír la voz grave de Paolo tras de mí—. En caso de que no quieras comer nada que compré con mi dinero, te sugiero que intentes pescar algunos peces. Pero dudo que tengas mucha suerte.

Giro la silla para enfrentarlo y encuentro sus intensos ojos azules fijos en mí. Viste de manera impecable, como siempre, y parece más serio que nunca.

—¿Estabas escuchando conversaciones ajenas? —pregunto con la boca abierta, y enseguida me doy cuenta de que estoy siendo grosera. No quiero seguir por ese camino—. Buenos días. Muchas gracias por todo lo que estás haciendo por nuestro hijo.

—Mientras yo viva, nadie tocará a mi hijo. —Se acerca a la mesa.

Edy se pone de pie rápidamente y sale de la cocina llevándose algunos trozos de tarta, como si quisiera darnos privacidad. La atmósfera entre Paolo y yo es tensa, cargada con el peso de nuestras diferencias impuestas por él mismo.

—Espero que vivas hasta los 100 años —murmuro para mis adentros, intentando ignorar su presencia tan cercana.

—Aquí hay playas maravillosas y la isla ofrece muchas actividades relajantes. Participaré en ellas con Henry —sugiere Paolo, pero su expresión seria no concuerda con lo que dice—. Sin embargo, dijiste antes que todo lo que yo quiera hacer con él, lo harás tú también. Así que supongo que seremos los tres.

Trago saliva, sintiéndome tonta. ¿Por qué estoy actuando así?

—¿De verdad crees que podemos relajarnos aquí? —Alzo una ceja.

Él suspira y se sienta a la mesa, manteniendo la mirada fija en mí.

—Eres una mujer irritante. ¿Lo sabías, Amália?

—¿Ya no soy la "señorita Davis", como me llamaste ayer?

—Eso no viene al caso. Amália o señorita Davis… sigues siendo tú —dice con impaciencia—. Lo que quiero decir es que debemos aprovechar la oportunidad de estar aquí para que yo me integre a su vida. No tienes idea del esfuerzo que hice para traerlos a ti y a Henry hasta aquí sin dejar pistas.

—¿Y por qué hiciste eso? —pregunto, curiosa—. ¿Por qué te importa tanto Henry? Ni siquiera lo conocías hasta hace unos días.

Paolo me mira con una mezcla de sorpresa e irritación.

—¿Estás bromeando conmigo, Amália? —Casi se levanta de la silla—. ¡Henry es mi hijo, carajo! Es más importante que cualquier cosa en este mundo para mí, y no voy a permitir que nada ni nadie lo lastime, ¡ni siquiera tú!

—¿Ni siquiera yo? —repito, sintiendo un pinchazo de dolor en el pecho—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Te volviste loco? Soy su madre, la única persona en quien él puede confiar realmente.

Él vuelve a suspirar y se pasa la mano por su pelo negro.

—Las madres también fallan —dice entre dientes y se retira de la mesa.

Permanezco inmóvil, asimilando sus palabras duras. El silencio se adueña del ambiente y solo alcanzo a oír mi propia respiración. ¿Cómo puede Paolo dudar de mi entrega hacia mi hijo?

Salgo también de la mesa y lo encaro, buscando en sus ojos algún indicio de arrepentimiento por sus crueles palabras. Sin embargo, su mirada sigue siendo fría y decidida.

—¿Cómo te atreves a cuestionar mi amor por Henry? —mi voz suena firme, aunque las lágrimas amenacen con escapar—. Soy su madre, Paolo. Lo llevé dentro de mí, lo traje al mundo. Soy la persona que más se preocupa por él. No hay nada que no haría para protegerlo.

Paolo me observa con el rostro inexpresivo. Finalmente, suspira, se aproxima casi juntando nuestros cuerpos, y coloca su mano en mi hombro. La sensación de su tacto es eléctrica y me eriza la piel por completo. Lucho por mantener mi postura imperturbable. No puedo mostrar ni

un rastro de debilidad.

—Tú también cuestionaste la importancia de Henry en mi vida. Te crees mejor que yo solo porque lo conoces desde hace más tiempo, pero deberías avergonzarte, Amália, porque mientras tú lo conocías y aprendías a ser madre, yo me estaba pudriendo en una cama, sin ni siquiera saber que era padre. Si fuera tú, actuaría con más inteligencia de ahora en adelante y no querría desafiarme —susurra casi la última parte a mi oído.

Sostengo su mirada desafiante, temblando con sus palabras crudas y verdaderas. Me quedo sin reacción. Cuando por fin logro abrir la boca para responder, Paolo me da la espalda y camina hacia la salida de la cocina, dejándome sola con mi conciencia.

Edy regresa pocos segundos después. Lo que indica que estaba escuchando todo. Me dedica una mirada de complicidad y luego se sienta a la mesa.

—Creo que ustedes dos tienen más en común de lo que imaginan —murmura con cautela.

Me siento, paralizada. Tal vez Paolo tenga razón.

—Realmente me creo mejor que él. ¿Seré una hipócrita?

—Sí, lo eres —concede Edy y lo miro con los ojos muy abiertos—. Mejor que él, Amália. Tú eres mejor que él. Pero eso no significa que él sea malo.

27
No fui yo

PAOLO CACCINI

Camino con pasos furiosos hacia la salida de la casa. Necesito mantenerme lo más lejos posible de esa mujer que me irrita en todos los sentidos. Nunca conocí a una mujer tan desesperante como Amália. Mi padre se equivocó gravemente al elegirla para gestar a mi hijo. Ninguna otra sería más insolente que ella.

—¿Aló? —atiendo el celular, que llevaba unos minutos vibrando con la llamada del comisario.

—Paolo, ¿te volviste loco? ¿Cómo pudiste desaparecer así del mapa? —la voz alterada al otro lado de la línea no es la del comisario.

—Eso no es asunto tuyo. Ya no soy tu hijo —escupo las palabras—. ¿Qué quieres?

—¿Realmente me consideras sospechoso? Yo no prendí fuego a la casa de Amália. Yo no puse ninguna bomba en tu coche. Sé sensato, Paolo. No fui yo. Estás paranoico y me acusas de cosas por las que soy inocente. Tu madre está sufriendo.

—No me interesan tus excusas. Esto va mucho más allá de sospechas. Y si estoy paranoico, es porque intento proteger a mi hijo. Algo que tú no entiendes.

Él suspira.

—No sabía nada del incendio; solo lo supe porque hablé con el comisario para averiguar dónde estabas. ¿Está bien Henry? Si supieras cuánto me arrepiento de no haber...

—Ahórrame eso. Si ya dijiste todo, voy a colgar.

—Vuelve a Milão. Estás escondido como si estuvieras en una película de acción. Es una locura. Vamos a resolver esto juntos, como siempre lo hemos hecho.

—¡No es la maldita escena de una película! —finalizo la llamada. No me gusta discutir; es una pérdida de tiempo.

¿Mi madre está sufriendo? ¡Que se joda! Se lo merece. Ella me traicionó, y esa traición duele más que cualquier otra cosa que me haya herido. Pero no me importa. Debo ser práctico y preocuparme solo por lo que realmente vale la pena.

***

AMÁLIA DAVIS

—¡Mi turno! —Henry corre entusiasmado tras la pelota con la que él y mi padre juegan en el

extenso jardín que rodea la casa.

A pesar de que, al principio, papá parecía tan tenso como yo, la naturaleza lo fascinó y le hizo olvidar cualquier indicio de tristeza o miedo que pudiera perturbarlo. La naturaleza, sumada a su nieto, le proporciona todo lo que necesita para sonreír.

Me siento en uno de los bancos entre los arbustos para observarlos mejor. Mientras mis ojos recorren el paisaje, me sobresalto al ver a Paolo parado en un rincón entre los árboles, junto a Edy y sus guardaespaldas, mirando con atención a Henry y a papá. Los observa durante varios minutos, pero pronto sus ojos se encuentran con los míos. En ese mismo instante, desvía la mirada y continúa caminando con Edy y los guardias, conversando sobre algo que parece serio mientras se alejan del jardín.

Noto mi corazón acelerado y llevo la mano al pecho, sintiendo un frío que me recorre el estómago. ¿Por qué me siento así? ¿Qué tiene Paolo para provocarme esta sensación tan extraña? Debería haberme buscado un novio. ¿Por qué nunca acepté las invitaciones de Enzo para salir? ¿Por qué nunca me involucré con ningún chico en la época de la escuela? Ahora me siento inquieta por un hombre arrogante solo porque es guapo y tiene los ojos azules. Es humillante.

***

—Primero vamos a lavarnos las manos, Henry. ¿Te acuerdas? —le pregunto de camino al fregadero de la cocina.

Paolo, mi padre y Edy ya están en la mesa, en el comedor, esperándonos para almorzar.

—¡Sií! —Henry corre por delante de mí y se cuelga del fregadero.

Me apresuro a impedir su intento.

—No. Si haces eso, te vas a caer, hijo —lo reprendo y lo cargo en brazos.

Abro el grifo y lo ayudo a lavarse las manos.

Me siento algo expuesta al caminar hacia el comedor. Todos nos miran con atención, a mí y a Henry. No sería un problema si Paolo no estuviera mirando también.

—¿Listo, amico? —pregunta mi padre, recibiéndonos con una sonrisa.

—¿Vas a hacer avioncito, abuelito? —mi hijo pregunta entusiasmado al sentarse en la silla junto a él.

—Pero ya eres todo un hombrecito. Ya puedes comer sin avioncito, ¿verdad? —comento, alzando una ceja.

—Déjalo, Amália —papá intercede por su nieto.

Le dedico una sonrisa al ver la alegría de Henry al ser consentido por su abuelo, pero mi sonrisa se borra al notar que a Paolo no parece agradarle la escena. Sé que los Caccini son rígidos en la mesa, pues el señor Ricardo intentaba controlar todo el tiempo los impulsos infantiles de Henry cuando comíamos juntos.

—Que sea papá quien haga el avioncito, Henry. ¿Quieres? —pregunto, contrariando mis enormes ganas de esconderme debajo de la mesa.

—Síí. —Él sonríe con timidez.

Paolo me mira, deja de mover los cubiertos, se limpia la boca con la servilleta, se pone de pie y camina hasta la silla donde está Henry. Parece algo tenso, pero en su rostro se dibuja una leve expresión de ternura cuando se acerca a su hijo.

—Vamos allá. —Se inclina sobre el plato de Henry.

Paolo me mira un instante, imagino que para cerciorarse de que lo hace bien, y luego le ofrece una cucharada de comida al niño.

—Ahí va. —Hace el avioncito, guiando la cuchara hacia la boca de Henry, quien abre una sonrisa radiante al aceptar la comida.

La escena es enternecedora. Por un momento, mi corazón se reconforta al ver a Paolo interactuando con nuestro hijo de manera tan cariñosa, justo como mi pequeño se merece.

—¡Eso, papá! —exclama Henry, dando palmaditas.

Paolo continúa alimentándolo, y Edy los mira con una sonrisa orgullosa. Por su parte, mi padre mantiene una mirada discreta, pero atenta, como si analizara cada movimiento.

—A las 2 en punto tenemos un compromiso, Amália —dice Paolo cuando ya todos hemos terminado de comer y aún estamos en la mesa.

—¿Un compromiso? ¿Aquí en la isla? —le paso la servilleta por la boca a Henry.

Él se pone de pie, se acerca a su hijo y se queda a su lado.

—Sí. Tengo una sorpresa para Henry. —Sonríe ligeramente y acaricia el cabello oscuro del niño.

—¿Sorpresa?

—Sí. Le va a gustar, Amália. —Da media vuelta y se marcha.

—¿Qué será? —pregunta Edy, simulando un suspense exagerado.

—¿De verdad vas a fingir que no sabes? —entorno los ojos.

Él hace un gesto de “cierre de cremallera” en la boca.

—No sé por qué hizo tanto misterio conmigo, al fin y al cabo, la sorpresa es para Henry, no para mí —murmuro con la nariz alzada—. Papá, por favor, lleva a Henry a ver dibujos un rato, mientras recojo la mesa.

Mi padre sonríe y asiente. Mi hijo salta emocionado de la silla. Agarra la mano de su abuelo y ambos se alejan hacia la sala de estar. Edy me ayuda a retirar los platos. El silencio entre nosotros solo se rompe con el sonido de la vajilla y los cubiertos.

—Él está intentando ser un buen padre. Lo sabes, ¿no? —comenta.

—Sí, está intentando —suspiro.

—¿Qué están haciendo? —Lucinda aparece ante nosotros con las manos en la cintura—. ¡Sheila, no permitas esto! ¿Para qué te pagan? —le pregunta a la asistenta a su lado, que se acerca corriendo y me quita los platos de las manos.

—Lucinda, pero…

Parece que no me oye y corre, algo torpe, para organizarlo todo. Edy y yo nos miramos y decidimos no decir nada. Al fin y al cabo, este trabajo parece ser muy importante para ella.

***

PAOLO CACCINI

A las dos de la tarde, tal como acordamos, Amália y Henry me esperan en la puerta de la casa, sentados en la escalera que conduce al jardín. Me acerco a ellos cargando un pequeño paquete de colores.

Me siento más especial que con cualquier cantidad de dinero que haya tenido. Pensaba que ser Paolo Caccini era la cumbre del éxito, pero la verdadera cima de mi éxito es ser el padre de este niño. He aprendido cosas que ni la mejor universidad me enseñó. Lo he visto sonreír y me he visto sonriendo con él. Lo he visto llorar, y en mi pecho sentí un nudo profundo.

A su edad, yo ya sabía comer en la mesa según las reglas de etiqueta, siempre con la gobernanta a mi lado exigiendo buenos modales. Crecí preparándome para ser perfecto, pero recientemente descubrí que no hay nada más perfecto que la sonrisa sincera de un niño cuando su padre le da de comer con el avioncito. Así que sí, mi hijo seguirá siendo criado como ya lo hace Amália. Ella es buena en eso… buena en hacerlo feliz. La escena de ella limpiándole las mejillas manchadas de salsa no se va de mi cabeza y no hace más que recordarme que mi madre nunca fue verdaderamente mi madre.

Que me jodan a mí y a mi pasado no vivido. Soy un hombre adulto; no puedo cambiar lo que pasó. Pero me alegra tener la oportunidad de hacerlo diferente con mi hijo.

—¡Henry, papá tiene una sorpresa para ti! —exclamo, cogiéndolo en brazos.

El viento me trae el dulce aroma a caramelo que desprende Amália. Lo respiro lentamente para disfrutarlo, pero en general lo ignoro.

—¿Regalu? —Él me tira de la oreja, con los ojos abiertos de par en par al ver el paquete en mi mano.

—Sí, campeón. Es para ti. —Le entrego el pequeño bulto.

—Mami, regalu. —Él estira el paquete hacia Amália, quien sonríe y se acerca.

—¿Quieres que mami te ayude a abrirlo?

Henry asiente y Amália rompe el envoltorio. Sin mirar lo que contiene, se lo devuelve a Henry en mi regazo, evitando mirarme. No voy a negar que, a veces, ella es sensata.

—¡Mira! ¡Una llave! —exclama Henry al sacar la llave de dentro del papel.

—¿Una llave? —Amália frunce el ceño.

—Sí, es una llave especial. Vamos, Henry. La verdadera sorpresa está justo allí. —Camino al frente, llevándolo en mis brazos, y Amália nos sigue.

Llegamos a una zona de césped en el jardín donde está estacionado un cuatriciclo de última generación, el más completo y lujoso que existe, de un rojo brillante. Bajo a mi hijo al suelo. Con los ojos llenos de emoción, corre en dirección al vehículo en cuanto lo ve.

Quería darle algo valioso que demostrara lo mucho que deseo verlo feliz. Y creo que lo he logrado.

—Este es tu nuevo carrito. —Sonrío al verlo examinar el automóvil con una mezcla de asombro y felicidad.

—¡Carru! —grita emocionado.

Amália, todavía a cierta distancia, observa la escena con una expresión indescifrable. Debe de haberse quedado sin palabras ante el regalo perfecto.

—¿Qué te parece, Henry? ¿Te gustó la sorpresa? —me pongo en cuclillas a su lado.

—¡Papá, carru! —dice, intentando subir al coche, entusiasmado.

—Espero que lo disfrutes muchísimo, campeón. Ahora te voy a enseñar a conducirlo. —Le dedico una sonrisa, pero noto que Amália no comparte mi entusiasmo.

—¿Conducir? Apenas sabe caminar bien —ella cruza los brazos.

—Aprenderá rápido, es mi hijo. ¿Verdad, Henry?

—Síí —responde, completamente distraído con su nuevo juguete.

—Paolo, tenemos que hablar —susurra Amália, mirándome con seriedad.

—Claro. Después. Primero dejemos que Henry disfrute la sorpresa. —Me incorporo.

Ella parece insatisfecha, pero no insiste.

Subo a Henry cuidadosamente en el cuatriciclo, me siento con él sobre mis piernas, introduzco la llave y la giro. Con cuidado y atención, empiezo a conducir por el césped. Es muy pequeño, debemos ir despacio, pero con el tiempo yo conduciré uno y él otro, explorando toda la costa.

—Basta, papá —refunfuña Henry.

—¿Ya? Ni siquiera han pasado cinco minutos —me quejo, decepcionado, deteniendo el cuatriciclo.

—No quelo más. Quelo a mami ahoa —dice, apartándose de mi regazo. Inmediatamente lo bajo al suelo, y él corre hacia Amália, que lo recibe con los brazos abiertos.

Debe de ser algo normal. Así son los niños. La próxima vez le daré un videojuego de última

generación. De ese modo, no se cansará tan rápido.

Camino hacia ellos. Amália me observa, volviendo a ponerse seria.

—Espero que te haya gustado, hijo. —Le acaricio el cabello.

Él asiente con la cabeza y abraza a su madre. Un sabor amargo me sube a la garganta y no logro identificar a qué se debe.

—Él… Creo que le gustó —murmura Amália, desviando la mirada de mí.

—Por supuesto que le gustó. Es un Yamaha Grizzly 700, uno de los mejores cuatriciclos que existe. Le encantará recorrer la isla con él.

Amália no contesta; solo acaricia el cabello de su hijo. La expresión con la que me mira me irrita porque me hace cuestionarme a mí mismo, y no me agrada.

—¿Tienes algo que decir, Amália? Parece que tienes algo atorado en la garganta —comento con ironía, ladeando el cuello en un gesto rápido para aliviar la tensión.

—No. Ya cumpliste con tu papel de padre. Ahora puedes seguir ocupándote de tus asuntos importantes. —Me mira a los ojos con una sonrisa que no es genuina, sino burlona, demostrando cuánto me desprecia.

Esto es inaceptable. Estoy haciendo todo lo posible por no molestarla, pero ella no coopera.

—No estamos a salvo aquí por casualidad. Con tu permiso, porque alguien tiene que ser útil. —Me alejo, decidido a dejarla sola con Henry.

Mientras camino de regreso a la casa, siento la frustración y la ira palpitando en mis venas. No puedo permitir que me afecte de esa manera. Necesito descubrir qué quiere. Solo así podremos intercambiar ventajas y llegar a un acuerdo.

AMÁLIA DAVIS

La tarde se siente calurosa, como si todavía fuera mediodía. Estoy sentada con Henry en mi regazo, bebiendo un refrescante jugo natural de piña que Lucinda nos preparó amablemente.

¡Por Dios! ¿En qué estaría pensando Paolo al regalarle a su hijo un cuatriciclo? Lanzo varios improperios mentalmente mientras lo observo. Como siempre, parece que habla de negocios por el celular, sentado en una mesa alejada de donde Henry y yo estamos. Esta casa es muy ostentosa y se parece más a un hotel.

Mi hijo se mueve en mi regazo, dando a entender que quiere bajarse. Lo bajo al suelo. Corre hacia una flor lila y, con expresión de sorpresa, gira el rostro para mirarme.

—¡Es la del abuelo! —Me muestra la flor.

Me acerco a él.

—Se parece mucho, ¿verdad, hijo? —Siento un nudo en el pecho al recordar el final que tuvo el amado árbol de mi padre.

—¡Miren lo que trajo el abuelo! —Papá llega con dos pistolas de agua que, probablemente, ya utilizaba para jugar con Henry en Seattle, pues las vi en la bolsa de mi hijo cuando vinimos aquí.

—¿Y para mí no hay? —Finjo indignación en cuanto comienzan a correr el uno tras el otro, disparando agua por todos lados, entre carcajadas.

—Toma. Ahora estás contra Henry. Véngame, hija, porque él acabó conmigo —dice papá de manera dramática, haciendo que su nieto se sienta poderoso.

—¿Le diste a mi padre? —Finjo incredulidad en cuanto tomo la pistola de agua.

—¡Sí, mamá! ¡Le di! —Henry ríe, orgulloso.

—Ah… ¡Entonces es la guerra! —declaro, uniéndome al juego.

Entre idas y venidas con el agua, al darme la vuelta, le lanzo un chorro directo a la cara de Paolo, quien apareció de la nada. Inmediatamente, detengo mis movimientos, sorprendida por su presencia. Él se limpia el rostro, mirándome con una expresión seria, pero Henry suelta una carcajada y le arroja más agua en la cara. No puedo contenerme y comienzo a reír con él.

—P-perdón —murmuro, sintiéndome cohibida ante su intensa mirada azul.

Con el rostro mojado, se ve aún más atractivo, y me provoca unas ganas terribles de tocarlo. Es injusto; nadie debería lucir así.

—Parece que la guerra se ha expandido, ¿no? —Paolo suelta una ligera risa al ver la felicidad de su hijo.

—Toma, papá. Juega un poco también —Henry le entrega la pistola a su padre y siento que mis piernas flaquean.

¿Cómo que Paolo y yo vamos a jugar juntos, solo los dos? Es absurdo.

—Henry, soy un hombre grande. Sería una ventaja injusta —dice él, mirándome de reojo para dejar claro, con la mirada, que eso jamás sucederá.

Respiro aliviada, pero, al mismo tiempo, siento pena por Henry.

—Entonces, Edy. —Henry coge la pistola de la mano de Paolo y corre hacia Edy, que se está acercando a nosotros.

Para involucrarlo en la broma, lo rocío con agua. Edy abre la boca con una expresión de sorpresa.

—¿No te avergüenza haberme tomado desprevenido? —Él corre detrás de mí y me apresuro a huir.

Tengo el corazón latiendo a mil por hora. Aunque estoy corriendo, sé que el verdadero motivo de mi agitación es la presencia de Paolo.

¿Hasta cuándo me sentiré así? Soy una tonta.

28
Fin del caso

PAOLO CACCINI

—Edy, ¿confirmó con Aléssio Conti? —Entro en mi más reciente oficina improvisada, dentro de la casa de la isla—. ¿Cuándo empezará el proyecto?

—¿El ingeniero civil? Sí, señor. Empezará mañana, pues ya concluyó toda la investigación y la parte teórica.

Me siento en la silla marrón de cuero, detrás de la mesa de madera maciza.

—Excelente. Esto es por mi hijo.

—Será significativo para todos. —Se sienta en la silla frente a mí, apoyando los brazos sobre la mesa.

—Especialmente para mi hijo.

—De hecho, señor.

—Voy a revisar la propuesta que recibí sobre mis intereses en Seattle.

—¿Puedo retirarme? —Levanto mis ojos hasta Edy, arqueando la ceja—. ¿Me necesitará, señor? Cierto. Discúlpeme, señor.

—Sal. No te voy a necesitar. —Empiezo a mover unos papeles—. Ve a hacer lo que tengas que hacer.

—¿Está seguro, señor?

—Sí. Ni siquiera deberías estar aquí, deberías estar de vacaciones. —Me encojo de hombros.

—Eso me ofende —masculla y se levanta.

Me mantengo en silencio mientras él sale de la oficina. Ya llevamos algunos días en la isla y todavía no he tenido ninguna novedad sobre la investigación.

Mi hijo aún no se siente cercano a mí de la misma forma en que se siente cómodo con Amália, con el abuelo e incluso con Edy. Por más que muestre interés en interactuar conmigo, enseguida corre de nuevo a los brazos de su madre. ¿Cuál es mi problema? ¿De verdad soy tan aterrador?

***

—¿Dónde están todos, señor Davis? —pregunto al llegar a la sala de estar y notar el silencio que se extiende por la casa.

Norman Davis aparta los ojos de la revista y me mira por unos segundos antes de responder.

—Están en la piscina. Hace mucho calor aquí.

—¿Piscina? —repito, sorprendido—. ¿Henry también está ahí?

—Sí. Están todos allí. ¿Nos unimos a ellos? —Alza una ceja.

—No. Yo... tengo algunos asuntos que atender. —Desvío la mirada de él.

Quería pasar más tiempo con mi hijo e intentar crear algún tipo de vínculo entre nosotros, pero la idea de estar en traje de baño con ella me genera incomodidad. No soy exactamente el tipo de persona que encaja en ese escenario.

—Si necesita algo, estaré en mi oficina —agrego antes de retirarme.

Caminando por los pasillos de la casa, me pregunto si Amália y Edy se sienten cómodos juntos en una piscina, y además cerca de Henry. Esto debe ser confuso para el niño.

¿Por qué diablos me molesta tanto? Respiro hondo, intentando apartar pensamientos innecesarios. Debo haberme quedado con alguna secuela en mi cabeza.

Entro en la oficina, cierro la puerta y me siento a la mesa. Ya hice todo lo que necesitaba hacer hoy, pero si quisiera, tendría trabajo para todo el año.

El sonido del agua de la piscina y las risas lejanas, que ahora pueden oírse, se vuelven una molestia para mí mientras trato de concentrarme en algo. Cosa que no sucede. No puedo parar de imaginar las carcajadas y los momentos felices. Es como si ellos estuvieran completos.

¡No, mierda!

AMÁLIA DAVIS

No puedo evitar pensar en Paolo. Miro a mi alrededor, esperando verlo aparecer, pero la oficina parece mantenerlo ocupado. No es ninguna sorpresa. Paolo demuestra adorar el trabajo, pero algo dentro de mí desea que también se relaje un poco y esté presente en momentos como este. Tal vez sea un deseo tonto, una expectativa irreal, pero no puedo ignorar esa sensación.

—¡Mamá, mira! —exclama Henry, nadando hacia mí y flotando en su chaleco salvavidas.

—¿Qué pasa, mi amor?

Él sumerge la cabeza bajo el agua, tal como Edy le enseñó, por unos pocos segundos, y luego emerge, eufórico.

—¡Guau! ¡Eso es increíble! —Aplaudo.

El orgullo en sus ojos es algo precioso.

Siento una mano posándose en mi hombro. Me sobresalto, me giro y encuentro a Paolo de pie, a mi lado. El sol forma una aureola a sus espaldas y la expresión en su rostro me asusta, pero no lo suficiente como para no sentir el calor que todavía permanece en mi hombro.

—¿Podemos hablar un minuto? —pregunta sin desviar ni un segundo sus ojos de los míos.

Enseguida recuerdo que estoy en traje de baño y siento ganas de cubrirme, sin embargo, Paolo parece indiferente a mi vestimenta. No sé si eso me alivia o me decepciona.

¡Dios, Amália! ¿Qué te pasa?

—Paolo, ¿pasó algo? —Me apoyo en el borde de la piscina, intentando no dejar traslucir la ansiedad que empieza a instalarse en mi pecho.

—Por favor, hablar en esta posición es incómodo —rezonga.

Me apresuro a ponerme de pie y quedo a su lado.

—Edy, no le quites los ojos de encima a Henry —le indico y él asiente—. ¿Qué sucede? —Miro a Paolo y cruzo los brazos, irritada conmigo misma por estar actuando como una boba.

—¿Por qué no me invitaste a participar en esto?

—¿Qué cosa?

—Estoy intentando conectarme con mi hijo, pero está claro que deseas que ese papel sea para Edy. ¿No te pedí que no me desafiaras?

Empiezo a reírme, nerviosa. Paolo es de otro mundo, eso seguro.

—Paolo, siempre estás ocupado —digo ante su mirada seria, después de recuperar el aliento—. Vamos. El día aún no ha terminado —lo invito a la piscina y sonrío.

—Ahora ya no tiene sentido —replica, mirando hacia el horizonte.

—Necesitas ayuda. Lo sabes, ¿verdad?

—¿De qué tipo de ayuda crees que necesito?

—Le regalaste a tu hijo, que cumplirá 3 años en una semana, un cuatriciclo, Paolo. Necesitas ir a una terapeuta.

—Amália. —Él me sujeta por el codo, acercando nuestros cuerpos—. Tú no entiendes. No necesito una terapeuta, te necesito a ti.

—¿A mí? —Estoy confundida, siento que el corazón se me acelera.

—Tengo la certeza de que, si tú quieres, puedes ayudarme con Henry. —Mira mis ojos con una intensidad que me estremece—. Ya me demostraste que eres perfecta en eso. Sabes cómo hacerlo feliz.

—Paolo, yo... —empiezo a hablar, pero él me interrumpe.

—¿Crees que es fácil para mí estar aquí diciéndote esto?

—Entonces, ¿quieres mi ayuda para que él se acerque más a ti?

—Sí. Haré lo que quieras a cambio.

Él ni siquiera termina de hablar y yo lo empujo a la piscina.

—¡Amália! —grita mientras cae al agua, salpicándome.

—Es por tu propio bien, Paolo. —Me río de su cara de sorpresa y salto también al agua.

En cuanto salgo a la superficie, me encuentro con el rostro de Paolo muy cerca del mío. Su cabello negro, ahora mojado, y su mirada azul me congelan por dentro. ¿Cómo es posible que sea aún más atractivo? Mis ojos descienden a su pecho y constato que la camisa social blanca, bajo el saco del traje, se le pega a la piel. Abro los labios, suspirando con un deseo que desconocía.

—¿Te volviste loca? —Él se pasa la mano por el rostro, haciéndome volver a la realidad.

—Quítate esa ropa. Así estarás más cómodo —propongo inocentemente, pero al terminar de hablar, siento que las mejillas me arden y aparto la mirada.

Sin embargo, para mi desgracia, Paolo hace lo que dije. Poco a poco, desvío la mirada hacia él, que parece estar luchando por quitarse la ropa pegada a la piel. Lo hace despacio, revelando un físico digno de una estatua griega.

—¿Así es mejor? —Entrecierra los ojos, consciente de mi turbación.

—Respóndelo tú —balbuceo, intentando mantener la compostura. Miro en todas direcciones, menos al pecho musculoso y velludo de él.

¡Por Dios! Tenía que fijarme en que tiene vello corporal. Yo me lo imaginaba con el cuerpo completamente lampiño.

¿Pero en qué estoy pensando?

—Discúlpame por no quitarme también los pantalones —rezonga y lo miro indignada—. Creo que sería traumatizante. —Se pasa las manos por el cabello, salpicando agua.

—¿Escuchas eso? —Pongo la mano cerca del oído con ironía—. Me parece que es Henry riéndose.

Él gira el rostro hacia Edy y Henry. Ambos se están riendo, mirándonos.

—Se está riendo de mí. —Paolo curva los labios en una sonrisa a medias, incrédulo.

—No, Paolo, se ríe porque vio a su padre divirtiéndose. Es algo bueno.

Él permanece en silencio un momento, mirando a Henry, que nada hasta nosotros y nos abraza con una sonrisa traviesa.

—¡Qué guay, papá! —exclama Henry, con sus ojos radiantes.

—¿Verdad que sí? Creo que tu madre tiene una habilidad especial para empujar a la gente al agua. —Paolo revuelve el cabello mojado de su hijo.

Tal vez —sólo tal vez— este impulso haya abierto una puerta para algo nuevo en Paolo.

—Paolo, ¿no tenías nada importante en los bolsillos, verdad? —pregunto con cautela, temiendo la respuesta.

—Estás loca, pero tuviste suerte —responde y vuelve a prestarle atención a su hijo.

Veo a Edy saliendo de la piscina. Tal vez haya notado que es un buen momento para dejar al padre y al hijo solos.

—Ahora vuelvo —digo, y también salgo, pero ni Paolo ni Henry parecen haberme escuchado.

PAOLO CACCINI

Ese cuerpo mojado, esa sonrisa de ángel infernal... ¡Maldita mujer! Me miraba como si nunca hubiera visto a un hombre desnudo antes.

Observo a través de la ventana del despacho, con la cortina corrida a un lado. Me siento como si estuviera espiando a Amália, y eso me enfurece conmigo mismo. Ella está allí afuera, conversando con Edy mientras recorren el jardín bajo la suave luz de los pequeños faroles. No puedo oír lo que dicen, pero están sonriendo. Edy parece más cómodo con ella que conmigo. Todos parecen más cómodos sin mí.

¡Qué mierda! ¿En qué carajo estoy pensando? Estar en esta isla me está volviendo loco. Debería sentirme satisfecho y realizado sólo con mi vida bajo control, pero quiero más; quiero algo que ni siquiera yo sé lo que es.

Salgo de la oficina y cierro la puerta con fuerza. Henry está durmiendo con el señor Davis, al igual que todos los empleados. Es tarde en la noche. Necesito ir a dormir y dejar de ser patético.

AMÁLIA DAVIS

—Sí, mañana volveré a Milán con el avión que traerá los encargos del señor Paolo.

—Es una pena, Edy. Tu presencia aquí hace todo más agradable.

—Acabo de hablar con la cuidadora de mi abuelo. Él no está bien. Ni siquiera se lo he comunicado al señor Paolo. Pobrecito. No sé si podrá arreglárselas sin mí, pero mi partida es necesaria.

—Verdad. Pareces su niñera. —Suelto una carcajada. El sonido de mi risa resuena en el silencio de la noche—. Oh... Discúlpame, Edy. Deseo que tu abuelo mejore. —Me callo, sintiéndome mal por haber sido tan insensible.

—Cuida bien de mi jefe, por favor —me instruye de manera dramática y siento que mis mejillas se enrojecen.

—Ya tengo a mi hijo de quien ocuparme. —Alzo la barbilla.

Él sonríe, negando con la cabeza.

—Buenas noches, Amália. ¿Estás segura de que seguirás por aquí? —pregunta tras haber caminado largos minutos.

—Buenas noches. Sí, me quedaré. Pero no te preocupes, pronto también iré a dormir.

Me despido de él y, mientras se aleja hacia un lado, yo voy hacia el otro, casi dando saltitos de tranquilidad rumbo a la playa. Respiro sin el peso que he cargado sobre mis hombros en los últimos meses. Mi hijo tuvo un día feliz y está durmiendo, con buena salud, al lado de mi padre. Paolo no es tan detestable como llegué a pensar, y esta isla realmente parece segura. Claro que no quiero quedarme aquí para siempre, pero si fuera necesario, sería feliz para siempre en este lugar, con mi hijo contento al lado de quien le importa. No necesitaría nada más.

Escucho el sonido de un animal justo cuando una ola me asusta, y decido que ha llegado el momento de volver. ¿A quién estoy tratando de engañar? Es obvio que estoy aquí esperando encontrarme con Paolo en la quietud de la noche para discutir con él. Hacer cualquier cosa con él. Estoy perdidamente obsesionada con él. Estoy jodida.

—¿Qué haces aquí afuera a esta hora de la noche?

Doy un salto hacia atrás al oír la voz de Paolo delante de mí. Sale por el portón hacia el que me dirigía.

Él me observa, inmóvil frente a mí, con los ojos brillando a la luz de la luna, esperando mi respuesta. Trago saliva y corrijo la postura.

—Vine a dar un paseo nocturno para refrescar mis pensamientos. ¿Y tú? Veo que tuviste la misma idea. —Lo analizo de pies a cabeza con una mirada de juicio minuciosamente planeada.

Sin embargo, recuerdos embarazosos del episodio de la piscina invaden mi cabeza. Tengo que sacudirla para apartarlos.

—Solo vine a revisar el perímetro. —Pasa a mi lado con paso tan serio, como si fuera un soldado marchando, y lo sigo con la mirada. Luego se vuelve y se detiene, mirándome—. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿A revisar el perímetro? —Me apoyo en la reja del portón.

—Sí. —Mete las manos en los bolsillos y aparta la vista de mí, como si mirarme tanto rato le resultara indiferente.

Me encojo de hombros y, para sentirme vencedora y demostrarme a mí misma que no me venzo con facilidad, decido aceptar.

No tengo idea de por qué pienso en ello. Doy un paso hacia él y asiento.

—Sí, acepto caminar por la playa contigo para disfrutar de este frío agradable que hace en las noches. —Sonrío con ironía.

Sé que no va a revisar ningún perímetro. Es demasiado orgulloso para admitir que solo desea pasear sin rumbo en la noche. Hace un gesto con la cabeza para que lo siga, y camino a su lado. Me siento extraña y me muerdo los labios, dudando si realmente debería estar aquí.

Pero lo principal es que ya no siento miedo. Y la luz de la luna parece más brillante y acogedora ahora que no estoy sola.

Caminamos en silencio hasta la playa y pasamos entre las rocas. Evito mirarlo en todo el trayecto, concentrándome únicamente en mis propios pasos. Me siento como una subordinada siguiendo a su señor, y eso me irrita y me enfada. Pero al verlo contemplar con intensidad el mar oscuro, experimento un sentimiento de protección, como si él fuera apenas un niño que aprende sobre la vida.

Trago saliva.

—Te está yendo bien con Henry —rompo el silencio.

Paolo curva los labios en un gesto de media sonrisa, sin apartar la mirada de las olas, que ahora están más calmadas.

—Me convertiré en el mejor padre. No te arrepentirás de haberme permitido ser el padre de tu hijo. —Su rostro vuelve a ponerse serio y siento un pinchazo de orgullo y un calor agradable en mi pecho.

Le dije, en su apartamento, que no acepté dinero por gestar a su hijo, sino para permitirle ser el padre de mi hijo. Él lo recuerda y lo entiende.

Estoy orgullosa de mí misma por haber confiado siempre en Paolo. Incluso cuando fue horrible conmigo, en el fondo, yo lo cuestionaba y no le veía sentido. Ay, no sé. Me ablando cuando se trata de él. En el fondo, aún lo veo como un hombre que necesita mucha ayuda.

Estoy loca. La que necesita ayuda soy yo, porque a pesar de este momento de vulnerabilidad, está claro que él sigue siendo el mismo arrogante de siempre.

***

—¿Henry sigue durmiendo? —me pregunta Paolo al encontrarme en el pasillo por la mañana.

Todavía no nos hemos reunido para el desayuno. Se ve diferente, pero como normalmente es inexpresivo, no puedo identificar si se trata de algo bueno o malo. Creo que puede ser algo bueno, después de todo, ayer se divirtió muchísimo con Henry y además aceptó dar un paseo nocturno por la playa. Ni parecía él.

—Sí. Ayer fue un día agotador para él. —Lo recorro con la mirada, admirando su traje rojo oscuro—. ¿Por qué siempre vistes de forma tan formal? —Frunzo un poco el ceño.

No es que no le quede bien, solo me parece cansado estar siempre tan impecable.

—Necesito hablar contigo. Sígueme a la oficina. —Ignoró mi pregunta.

Me muerdo los labios, maldiciéndome mentalmente por ser tan ingenua. Pensé que ya nos habíamos vuelto amigos.

—¿Pasó algo, Paolo? —le pregunto mientras avanzamos, mirando su ancha espalda.

Él abre la puerta de la oficina y espera a que yo entre.

—Amália, hoy me notificaron que el caso será cerrado. Estamos a salvo. El culpable ya está siendo trasladado a la prisión y esperará un juicio del que no saldrá impune.

—Entonces, ¿ya consiguieron las pruebas contra tu padre? —indago con cautela.

—Yo no soy el culpable, Amália. —Mi sangre se hiela al oír la voz de nadie menos que Ricardo Caccini.

Mis ojos tardan menos de un segundo en notarlo al fondo de la oficina, cerca de la ventana. Retrocedo unos pasos, sintiéndome acorralada.

—Qué… Paolo… me traicionaste —mi voz sale débil y siento que mis sentidos me abandonan, pero me sostengo de la pared. No puedo rendirme, debo enfrentarlo—. ¡No vas a tocar a mi hijo! —exclamo con toda la firmeza que logro reunir, pero el susto es tan grande que mi voz suena débil.

—Amália, cálmate. —Paolo se acerca y sujeta mis dos hombros, obligándome a mirarlo—. Alessandro lo confesó todo. La policía lo rastreó y no tuvo forma de negarlo.

—¿Alessandro? ¿Qué Alessandro? —Desvío la mirada hacia Ricardo, que permanece distante, observándome con frialdad—. No lo creo. ¡Es cosa tuya! ¡Tú lo tramaste!

—Por favor, sal de aquí —dice Paolo a su padre, quien se muestra sorprendido por tal pedido, pero no discute y sale de la oficina.

—Mi hijo… —murmuro con un aire afligido y con la respiración entrecortada—. Henry.

—Tranquilízate, Amália. —Sigue sujetándome de los hombros, pero no quiero mirarlo—. Mírame, Amália.

—No quiero ver el rostro de otro traidor Caccini, falso, canalla, mentiroso…

—No lo traje, apareció de la nada. —Alzo los ojos para encararlo—. No dudes de mi palabra, porque es la verdad. —Entorna los ojos.

Muero por creerle.

—Dijiste que aquí era seguro. Déjame ir con mi hijo. Debo protegerlo.

—Alessandro incendió tu casa y colocó una bomba en mi coche. También provocó el accidente que me dejó en coma durante cinco años. Todo por ambición, para que Bianchi pudiera hacerse con el control de Caccini Global. Así buscaba que su hermana obtuviera un matrimonio ventajoso con el nieto de Bianchi.

—No. Eso no tiene sentido. —Cierro los ojos y sacudo la cabeza negativamente—. Ni conozco a ese tal Alessandro ni a su hermana. ¿Por qué querría matar a mi hijo quemándolo? —Siento de nuevo el horror que esa palabra me produce.

—Lo importante es que no fue mi padre. Yo sabía que no había sido él. Si mi padre es culpable de algo, es de todo menos de haber incendiado tu casa. Aun así, no quiero que se acerque a Henry. A él no le gusta Henry. Pero lo correcto es lo correcto.

—Está bien. Estoy dispuesta a aceptar que él no trató de dañar a mi hijo y que no fue quien destruyó nuestra casa, pero dime algo, Paolo: ¿esto será siempre así? Ese tal Alessandro hizo todo esto por ambición. Tú siempre tendrás dinero y Henry siempre será tu hijo. —Empiezo a

llorar al darme cuenta de que esto nunca terminará.

Paolo se aparta de mí. Su rostro enrojecido muestra que mis palabras lo han afectado.

—Esa culpa no la cargo yo, Amália. Fuiste tú quien decidió traerlo al mundo —gruñe, pasándose las manos por la cara.

—¡Dios mío! —Salgo corriendo de la oficina para ir al cuarto de Henry, pero en el pasillo me sorprende el señor Ricardo, de pie, sosteniendo a mi hijo en brazos—. ¡SUÉLTALO, MONSTRUO! —grito, apoyándome en la pared, temblorosa y con la cabeza a punto de estallar.

Lo último que veo antes de desvanecerme son los ojitos asustados de Henry mirándome.

PAOLO CACCINI

—Vete de aquí. No eres bienvenido —digo con Amália en mis brazos—. Mira lo que has provocado en menos de una hora de estadía. Estás perjudicando a la madre de mi hijo.

Henry llora, asustado, en brazos de Norman, que se aleja con él. Por suerte, uno de los guardias de seguridad también es médico. Me aseguré de ello. Amália necesita atención.

—Me iré de aquí porque veo que estás loco, Paolo. Solo puedes estarlo para tratar así a tu padre por culpa de una mujerzuela sin categoría. En ese caso, soy yo quien no quiere ser tu padre. Eres una deshonra para mí. Haré lo que me sugeriste: nombraré a Lorenzo como mi heredero. Será triste y vergonzoso, pero lamentablemente es la única opción que me queda —dice mi padre, con los ojos húmedos. Nunca lo había visto así.

¿Está triste de verdad? Si es así, me sorprende que la única razón por la que llore delante de mí sea esta.

—Haz lo que quieras. Creo que Lorenzo ha sido más tu hijo que yo desde hace mucho. Yo solo era tu soldado. —Me aparto de él, con Amália en mis brazos, yendo hacia el médico que se acerca a nosotros.

La acomodo en el sofá de la sala y veo a mi padre salir de la casa, imponente y decidido, sin mirar atrás. Trago saliva y regreso mi atención a Amália, quien de verdad merece mi preocupación en este momento.

29
Solo un poco más

AMÁLIA DAVIS

—¿Fue solo una pesadilla? —me siento en el sofá después de abrir los ojos tras un mal sueño.

—Señorita Amália, ¿se siente bien?

Miro hacia un lado, hacia el guardia de seguridad que me lo preguntó.

—Se ha ido. Trate de no perder la conciencia de esa forma. Asusta a mi hijo.

Miro hacia el otro lado y veo a Paolo acercándose a mí.

—¿Quién se fue? ¿Su padre?

—Sí.

Me quedo callada, perdida en pensamientos confusos. Me siento mareada. Lo único que pasa por mi cabeza es que Ricardo Caccini es un hombre enfermo. Tenía a Henry en sus brazos maléficos.

—Ahora ya podemos volver a Milán, ¿no? Caso cerrado. Su padre no quiere matar a mi hijo, solo es un loco de verdad. Ya podemos volver a nuestras vidas. —Retiro las piernas del sofá y me pongo de pie, pero Paolo me impide avanzar sujetándome de la muñeca.

—Solo un poco más —su voz suena como una orden, pero sus ojos expresan un ruego importante.

—¿Un poco más de qué? —pregunto con calma.

Él tiene algo que me hace querer escucharlo.

—Vamos a quedarnos. Quiero que celebremos el cumpleaños de Henry aquí, en esta isla.

Abro la boca, pero no surge nada en mis pensamientos para responderle. Justo ayer estaba considerando quedarme aquí para siempre. Por eso me alegra que él también se haya encariñado con este lugar, de cierta manera, por Henry.

—Me sentía segura aquí, Paolo, pero la presencia de tu padre lo echó todo a perder y...

—Se fue. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo? Eres terca. Necesitas confiar en mí y en lo que creo que es bueno.

—Y tú necesitas aprender a escuchar a la gente, especialmente a mí, que soy la madre de tu hijo —refunfuño, soltando mi mano y alejándome de él, rogando en mis pensamientos que no me siga—. ¿Dónde está mi padre, Lucinda? —pregunto al encontrarla en el pasillo.

—Creo que está en la playa con su hijo, para tranquilizar al niño —explica ella con empatía en su tono de voz.

—Gracias.

***

PAOLO CACCINI

Sé que no fue nada grave, pero fue horrible verla inconsciente. ¿Qué le diría al niño? En mi cabeza hay muchos pensamientos; entre ellos, la decepción hacia mi padre y Alessandro aún reina. Sin embargo, he estado luchando profundamente contra mí mismo para no ceder a los pequeños deseos de saber más sobre Amália. La inteligencia, la fuerza y la dignidad de ella no son lo que más me asusta, sino la dulzura con la que, sin darse cuenta, consigue mantener mi atención.

Qué mierda. En pleno caos, puedo pensar en eso. Estoy acostumbrado a mujeres sensuales, bien vestidas, con los labios rojos, sonriéndome y exudando sexo. Sin embargo, Amália, con un simple vestido sin gracia, logra hacerme pasar horas y horas tratando de imaginar qué hay ahí debajo de esa tela.

Corrijo mi postura y respiro con fuerza, obligándome a cambiar de pensamiento. Llevo mi mente al problema actual.

—No tiene sentido... Alessandro —gruño en voz baja, sentado en el sillón de la oficina, apretando el bolígrafo entre los dedos.

Aprieto los ojos, tenso con los pensamientos que luchan en mi cabeza. Por un lado, me siento aliviado por tener una respuesta y poder seguir adelante. Por otro lado, no puedo creer que Alessandro haya hecho tales cosas. Pero no puedo negar que ya no confiaba en él. Ni en nadie.

Mi celular suena sobre la mesa y el nombre de Edy brilla en la pantalla.

—Estás de vacaciones y, probablemente, sigues viajando. ¿Qué necesitas? —pregunto al atenderlo.

—De hecho, todavía estoy en vuelo, señor. Solo quiero saber cómo van las cosas por ahí. Supe, por uno de mis asistentes, que el caso se cerró y que su amigo íntimo, Alessandro, lo confesó todo.

—Si sigues mostrando interés, me arrepentiré de haberte dado vacaciones. Edy, sabes que si tengo un asistente, es porque necesito un asistente, así que te sugiero que aproveches tu tiempo de vacaciones y...

—Usted me dijo que es mi amigo. Esta llamada es personal, no estoy llamando como su asistente.

Se produce un silencio tras sus palabras. No sé qué responder, pero algo dentro de mí se conmueve con lo que dice.

—En ese caso, todo bien. Le deseo mejoría a su abuelo. —Cuelgo antes de que pueda responder.

Lanzo el celular lejos y golpea la pared cercana a la ventana. No sé si puedo darme el lujo de tener un amigo. O me traicionan o salen lastimados. Edy podría haber estado en el coche conmigo cuando explotó la bomba. Mi hijo podría ser cenizas en este momento. Amália, el señor Davis y sus familiares podrían haber estado inclinados, llorando sobre el pequeño ataúd de Henry.

Estoy maldito, y no sé si puedo culpar a mi padre por ello. Creo que heredé esa maldición familiar, y él es solo otra víctima de la misma.

Camino hacia una botella de whisky en la repisa y la sostengo en mi mano. Me quedo mirándola por largos segundos, pero pronto las palabras que Amália me dijo en el avión resuenan en mi mente. No, no quiero que mi hijo perciba olor a alcohol en mí. Si fuera solo una dosis inocente, sería aceptable, pero me niego a beber por mis demonios. No seré tan débil.

***

AMÁLIA DAVIS

—Paolo sufrió un atentado hace años, Amália. Ese hombre que quería herirlo intentó lastimar a Henry. Eso es, tiene más sentido. Ricardo puede realmente ser inocente —argumenta mi padre sin apartar los ojos de su nieto, que corre, entusiasmado, por la arena.

En cuanto mi hijo me vio corriendo hacia él, su rostro se iluminó con una sonrisa feliz y me sentí fatal por haberlo dejado preocupado. Qué bueno que ya está jugando como si nada hubiera pasado.

—Papá, de cualquier forma, Ricardo Caccini es un monstruo y no lo quiero cerca de mi hijo.

Él suspira y asiente.

—Me iré mañana. Recibí una llamada de doña Lúcia. Dijo que Enzo consiguió una entrevista de trabajo para mí.

—¡Papá! —protesto, pero él levanta la mano, impidiéndome continuar.

—Amália, Paolo me transmite una buena energía. Tenías razón al querer luchar por él, por el padre de Henry. Creo que mi presencia aquí dificulta la interacción entre padre e hijo. Sabes que Henry es mi nietecito y me conoce desde que nació. Paolo no puede competir conmigo —dice mi papá con orgullo.

—Usted siempre ha sido maravilloso con mi hijo, señor Norman. Como abuelo y como padre.

—Celebren su cumpleaños de 3 años aquí, solo ustedes, lejos de todos los problemas.

—Eso sería extraño. Por favor, no hagas eso. No te vayas. No me dejes sola con Paolo. Por favor, papá —le sujeto la mano, suplicante, eufórica.

—¿No puedes entenderme, Amália?

—Nos quedaremos y celebraremos el cumpleaños de Henry aquí, lejos de todos los problemas, pero si usted se va, me niego a quedarme. —Cruzo los brazos y dirijo la mirada al mar,

intentando no mostrar lo desesperada que estoy con la idea de quedarme sola con Paolo en esta isla.

Sería demasiada locura. Pobre de mí. Si un simple paseo nocturno me hizo verlo como un amigo, imagina cómo sería estar a solas con él todo el tiempo.

Mi padre tuerce los labios y niega con la cabeza. Conociéndolo, sé que gané esta discusión. No se irá.

***

Jamás imaginé que pasaría por un gran susto al despertar ayer, sin embargo, con el transcurso del día todo fue calmándose. Hoy ya me siento más tranquila y puedo ver la diferencia entre el señor Ricardo Caccini que creía que era y el señor Ricardo Caccini que realmente es. Ninguno de los dos es un hombre bueno, pero, para mi alivio, no fue tan monstruoso como para prender fuego a la casa de su nieto. Esto disminuye un poco mi dolor con respecto a la decepción que él y su esposa representan para Henry. Sin embargo, no me culpo por haberlo acusado. Si pensé eso de él, es porque me dio motivos.

Mi hijo está durmiendo y mi padre está ayudando a uno de los empleados con la tarea de recolectar frutas por los territorios de la isla. Paolo, probablemente, está en una de las mesas del jardín, con su computadora portátil. Con el calor que hace, dudo que esté en la oficina. Y es hacia el jardín que me dirijo ahora, decidida a actuar como una mujer madura y normal, porque eso es lo que soy.

—Paolo, necesito hablar contigo —anuncio al llegar a su lado.

Él realmente está donde pensé que estaría, pero, al contrario de lo que supuse, no tiene una computadora en las manos, sino un vaso de agua, disfrutando de la sombra que proyecta la sombrilla de piedra, con sus gafas oscuras cubriéndole los ojos.

Se gira hacia mí, todavía sentado.

—¿Qué pasa? ¿Le ocurrió algo a Henry?

—¿Cuáles son tus planes para su cumpleaños? Si todavía estamos aquí, es porque tú insististe. Quiero enterarme de tus planes.

—Siéntate conmigo, Amália. Si te quedas hablando de pie a mi lado, parecerá que me estás regañando.

Pongo los ojos en blanco y me siento en la silla a su lado, ignorándolo.

—¿Y bien? Tu última experiencia sorprendiéndolo no fue de las mejores, por eso creo que yo debería...

—¿Qué regalo crees que le gustaría recibir? —me interrumpe.

—Lo que no es es un cuatriciclo —bromeo.

Paolo se quita las gafas oscuras y las deja sobre la mesa.

—¿Qué ropa es esa que estás usando? —mira de reojo mi vestido con expresión seria.

—¿Algo malo? —mi voz sale temblorosa.

—No vuelvas a ponerte ese vestido. —Toma el vaso de agua y se lo lleva a la boca.

—Uso el vestido que quiera. —Miro al horizonte, indignada. Luego vuelvo a mirarlo—. Llegué a creer que podrías ser un hombre decente, con nuestro paseo de amiguitos junto al mar.

—Le regalaré un perro. —Se pone de pie, ignorando lo que acabo de decir.

—¿Solo eso? —me levanto también y lo sigo, pues se está alejando.

—Empiezo a entender cómo funcionan las cosas, Amália. Creo que un perro será un regalo que lo hará más feliz.

Se detiene bruscamente y se vuelve, haciéndome tropezar y apoyarme en su pecho. Es firme y cálido. Siento sus ojos clavados en mí y me enfado conmigo misma por someterme a esto.

—Cuidado, idiota —digo, a la defensiva, y me aparto hacia atrás.

No obstante, Paolo me sujeta del brazo y me jala de nuevo contra su pecho, en un movimiento brusco.

—¿Me crees un idiota? —sus ojos furiosos se oscurecen mientras me observan.

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame! —respiro con fuerza, pero no hago ningún movimiento para intentar soltarme.

—¡Retira lo que dijiste! —ordena, acercando su rostro al mío.

Siento una oleada de calor que me recorre todo el cuerpo al ver sus ojos azules mirándome. Me odio por ello.

—Si quieres que continuemos con nuestra tregua, suéltame —trato de sonar firme.

—¿De qué tregua hablas? —frunce el ceño, intrigado—. No estamos en tregua.

—¿Crees que estoy siendo buena porque soy idiota? Me estoy esforzando para que vivamos civilizadamente. —Esbozo una sonrisa irónica.

—No sabía que ese era el caso —permanece impasible.

—¿Esperas que me muera de amor por ti después de la forma en que me trataste en tu apartamento?

—¿Amores? —finalmente, él me suelta, como si esa palabra lo hubiera quemado—. ¿Quién está hablando de amor?

—Me llamaste perra y trataste de comprar a mi hijo, como si no significara nada para mí. Me ofendiste de la peor forma posible —lo acuso.

—Tú tampoco fuiste la mejor, si quieres saberlo.

—¿Ah, no lo fui?

—Me llamaste imbécil infernal y me arrojaste champán. Algo que nadie había hecho antes.

—Pobrecito de Paolo. ¿Sufriste todo eso de manera injusta?

—Todos siempre querían algo. Para mí, tú eras solo una oportunista más, Amália. Nunca habría imaginado que no querías todo lo que mi dinero podía ofrecerte.

—Si estás tratando de disculparte, tendrás que esforzarte más.

Paolo alza las cejas con un gesto desafiante, y sus ojos, que antes estaban fríos y calculadores, ahora se muestran irritados por mis palabras. No pienso ponérselo fácil.

—No estoy tratando de disculparme, solo expongo los hechos —replica, recuperando su aire de indiferencia.

—¿Los hechos? —suelto una risa irónica—. Entonces, para ti, ¿llamar a alguien perra e intentar comprar el amor de un hijo no son actitudes condenables?

Él suspira como si hablara de algo que no desea mencionar.

—La vida me enseñó a no confiar en las intenciones de la gente. Creía que todos iban tras mi dinero, incluida tú. Ya te expliqué lo que pasó.

—Tu dinero no me interesa, Paolo. Quiero lo mejor para mi hijo, pero no a cualquier precio. Y definitivamente no a costa de mi dignidad. Tienes que ayudarme con eso. No juzgues mi ropa. Sé que es barata, pero no me quedan muchas. Todas se quemaron. Y la mayoría de las que tengo ahora las conseguí gracias a doña Lúcia. Pero no me molesta. Lo que me molesta es tu aire de superioridad, que te incomodes con mi ropa.

Paolo me mira como si estuviera diciéndome las cosas de manera telepática.

—Bien... Entonces, tenemos un punto muerto, ¿no es así? —concluye, apartando la mirada de mí por un instante.

—Si somos dos niños, sí —estoy dispuesta a seguir discutiendo.

—Olvidemos esto por el momento. Sigamos con nuestra tregua —propone de manera formal, colocando los brazos detrás de la espalda.

—¿Ahora reconoces que estamos en tregua?

Él inclina la cabeza como si estuviera considerando la sugerencia.

—No veo sentido en prolongar esto más de lo necesario. Tenemos asuntos más importantes que atender, como el cumpleaños de Henry.

Acepto su respuesta con un movimiento de cabeza. Sé que podría haber evitado esta acalorada conversación llena de hostilidad, pero la necesitaba para recordarme nuestras diferencias y dejar de ver flores donde solo hay espinas.

—Sobre el cumpleaños... —empiezo, pero él me interrumpe con un gesto de la mano.

—Ya dije que estoy pensando en regalarle un perro. Solo necesito hacer una llamada para confirmar la próxima entrega —afirma como si fuera una norma—. ¿Tienes alguna sugerencia mejor? —pregunta con más serenidad, mirando hacia el horizonte. Creo que recordó nuestra tregua.

¿Y sobre que él quiera darle un perro a Henry? ¿Será esto un resquicio de la memoria de lo que le dije cuando estaba en coma?

—No, un perrito es perfecto —sonrío para mí, imaginando la cara de Henry al recibirlo—. Paolo, ¿estás seguro de que tu padre no volverá aquí?

Paolo gira el rostro hacia mí, con una mirada distinta. Puede que sea cosa mía, pero noto que trata de consolarme.

—Sí. Tiene su orgullo, no regresará. —Baja la mirada ligeramente hacia mi vestido y carraspea. Luego desvía la atención de nuevo hacia el horizonte—. Si era solo eso, me marcho.

Se aleja y yo me doy la vuelta para no quedarme mirándolo. Trato de cubrir mi vestido con las manos, avergonzada. ¿Por qué me hace sentir así? ¿Por qué me ofendí con algo tan insignificante?

***

—¿Estás segura? Esta es una de tus exigencias y no me gusta romper acuerdos —rezonga Paolo, con Henry en su regazo.

Mi corazón se desborda de calidez y felicidad al ver a mi hijo aferrado a su padre, quien intenta complacerlo con sinceridad.

Son aproximadamente las cuatro de la tarde y el sol brilla con suavidad, en una tarde agradable.

—Sí, Paolo, renuncio a esa exigencia. Puedes salir solo con él. Solo ten cuidado. Recuerda que es pequeño y no puede hacer nada por su cuenta. Aunque, pensándolo bien, creo que es mejor que yo también vaya.

—Si tu preocupación es esa, me estás ofendiendo. Sé que me equivoqué al darle un cuatriciclo, pero no dejé que el niño lo condujera solo. No estoy loco. —Cierra el semblante, visiblemente ofendido por mi pregunta.

—Pueden ir ustedes dos. —Trago en seco, nerviosa con mi decisión, pero convencida de que es lo correcto.

Paolo se da la vuelta y se aleja con Henry en brazos, rumbo al buggy que utiliza para transportarse en la isla. Tan alto, con su espalda ancha, llevando al pequeño e ingresando en el buggy, es una imagen que combina ternura y fuerza. Los observo alejándose, con el corazón todavía encogido por la ansiedad.

Planeo explorar mejor la casa para distraerme de los nervios que me produce saber que estoy confiando en Paolo. Ya he conocido bastante los alrededores, como el jardín y la playa, pero la casa es tan grande que aún queda mucho por explorar.

***

—Papá, ya son casi las siete de la noche. ¿Por qué tardan tanto? Mira, se acerca una tormenta. —Tengo el corazón acelerado, mirando el cielo oscurecerse por la ventana—. No debí dejarlos solos —me lamento por tercera vez.

—No están tardando, y el tiempo empezó a ponerse feo recién. Paolo debe de estar regresando. Tranquila. —Papá me ofrece una copa con frutas y me siento con él en el sofá.

—¿Será que estoy nerviosa en vano?

—Claro que sí. Tienes que ver este lugar: es mágico y no hay ningún peligro. No para un hombre hecho y derecho como Paolo. Y aún falta para que llueva.

—Claro que me preocupa mi hijo, no Paolo. —Pongo los ojos en blanco.

—¡Cavaio! —Henry aparece en la sala y grita, feliz, corriendo alrededor del sofá.

Alzo la mirada, en señal de pregunta, hacia Paolo, que está entrando en la sala, pero enseguida suspiro, aliviada, porque por fin han llegado.

—Lo llevé a ver los caballos que están en la parte norte de la isla. Le encantaron —explica Paolo como si me estuviera presentando un informe—. Solo regresamos porque vi que el tiempo se estaba cerrando.

—¿Te gustaron los caballos? —pregunto en cuanto Henry se aferra a mis piernas.

—¡Di papita pa ellos! —cuenta, entusiasmado.

Veo a mi padre en silencio, observando la escena con una sonrisa en el rostro. Sé que tendría un montón de preguntas interesantes para hacerle a su nieto sobre los caballos, pero no quiere quitarle a Paolo el papel de protagonista. Me parece tierno.

Desvío la mirada hacia donde está Paolo, solo que él ya no se encuentra en la sala. Me siento un poco decepcionada de que se haya ido sin decir nada.

¿A quién intento engañar? No me soporta, detesta mi forma de vestir... Solo me tolera porque soy la madre de Henry. Me parece injusto. Yo me sentía tan conectada a él antes. Sentía que formaba parte de su familia. En ese caso, él, yo y Henry.

Suerte que no puede leer mis pensamientos, o se reiría de mí por ser tan tonta.

PAOLO CACCINI

—Concuerdo contigo: soy un buen padre. Tenías que ver su sonrisa —le confieso por teléfono, esbozando una media sonrisa mientras miro el suelo oscuro de la oficina, iluminada únicamente por la luz de los relámpagos que se filtran a través de la cortina.

—Estoy orgulloso de usted —responde Edy al otro lado de la línea.

—Edy, dices muchas tonterías. —Pongo los ojos en blanco, pero en el fondo sus palabras me hacen bien.

—Usted merece ser feliz. Merece al niño Henry, merece a Amália, al señor Davis... Usted...

—¿Recibiste la transferencia que te hice? —cambio de tema.

—Sí. No entendí. ¿Fue un adelanto o me subió el salario otra vez?

—Es un bono para que disfrutes mejor de tus vacaciones.

—Usted está haciendo eso de nuevo, ¿verdad? —Respiro hondo, frunzo el ceño y guardo silencio ante esa pregunta—. Señor, no tiene por qué pagarme por la atención que le doy. Ya le dije muchas veces que eso es ofensivo.

—Guárdalo para emergencias, podría pasar algo. Necesito colgar —digo con prisa y corto la llamada.

Sostengo el teléfono en mis manos y casi lo lanzo al piso otra vez, pero esta vez lo aferro con fuerza y lo dejo sobre la mesa. Quiero merecer ser feliz de verdad. Quiero merecer todo lo que estoy redescubriendo, esas cosas que había olvidado que existían; cosas que ni siquiera recuerdo haber sabido que existían.

30
Partes de mí que perdí

AMÁLIA DAVIS

Levanto la sábana para cubrir mi cabeza y me encojo, aferrada a mis rodillas. Es tarde en la noche y no puedo contar con mi hijo para abrazarlo durante mi insomnio, pues hoy quiso dormir con su abuelo. Los sonidos estruendosos que producen los truenos parecen mucho más fuertes aquí en la isla, y la luz de los relámpagos que iluminan la ventana parece aún más intensa.

Al comienzo de la noche, ya noté que no tendría un sueño tranquilo. Tal vez sea por la conversación que tuve con Paolo hoy más temprano. En ese momento, no le di mucha importancia, porque estaba más preocupada en no quedar por debajo que en escucharlo, pero ahora, pensando en lo que dijo, puedo entenderlo.

—Todos siempre querían algo de mí. Para mí, tú eras solo otra oportunista, Amália. Nunca hubiera imaginado que no quisieras todo lo que mi dinero podía proporcionarte.

Eso no lo libra de sus errores; sin embargo, me motiva a tenerle lástima y comprenderlo. Mil maneras en que pudo haber sido decepcionado pasan por mi cabeza. Para que Paolo piense así, quizás no haya nadie que realmente se interese por él por lo que es. O él mismo cree eso.

¿Por qué me importa tanto?

Seguramente, haberlo conocido en su momento más frágil, en aquella cama, sembró algo en mí que fue creciendo en silencio. No sé qué es, pero espero que pase. No quiero preocuparme por él. Puede que sea egoísta, pero no quiero.

Decidida a no ser víctima de miedos y pensamientos innecesarios, me levanto con la intención de distraerme con algún libro de la biblioteca. Hace mucho tiempo que no sostengo un buen libro entre mis manos, pero más vale tarde que nunca. Más temprano di una vuelta por la biblioteca, solo que no era el momento adecuado para leer.

La casa está silenciosa. El único sonido que se oye es el de la tormenta. Las luces apagadas delatan que todos duermen plácidamente, incluido Henry. Si él estuviera despierto, sin duda todos lo sabríamos.

Camino sigilosamente por el solitario pasillo de la casa, en dirección a mi destino. Al llegar a la puerta de la biblioteca, vacilo un momento antes de girar el picaporte, pero lo hago. Al entrar en la estancia y encender la luz, siento que estoy en otro lugar. La tormenta sigue dando su espectáculo detrás de las ventanas, pero aquí no me siento sola, rodeada de tantos personajes en los estantes.

Con una sonrisa en el rostro, camino bailando hasta el final del primer pasillo, que es donde sé

que están las novelas románticas. Más temprano, mientras exploraba la casa, conocí muy bien la biblioteca. A pesar de ser madre, tener 23 años y no haber tenido nunca un novio, sueño con vivir un amor verdadero como los de las historias románticas, como el que tuvieron mis padres y que tan raramente se ve hoy en día.

Paso los dedos por los títulos, decidida a escoger uno sin mirar la portada. Opto por una novela de época. Me encantan.

—¿"Un amor para Lady Antonella"? —pregunto en voz alta—. ¿O, tal vez, "Cómo conquistar a un duque"?

Se oye un trueno fuerte que me hace sobresaltarme. Al mismo tiempo, se apaga la luz. Hoy definitivamente no es mi noche de suerte. Tan rápido como me giro hacia la claridad de la ventana, me asusto con la sombra de alguien de pie frente al cristal empapado.

—¿Quién está ahí? —mi voz sale entrecortada.

—¿Así es como aprendes a ser seductora?

Mi corazón late aún más deprisa cuando reconozco la voz de Paolo.

—¿Paolo? ¿Qué demonios haces aquí? —avanzo hacia él, intentando sonar más valiente de lo que en realidad me siento.

Los relámpagos lejanos iluminan brevemente su rostro, pero basta para ver que está ceñudo, como siempre.

—¿Te asusta la tormenta? —Sigue parado frente a la ventana, mirando la tempestad afuera.

—Paolo, ¿por qué estás aquí? —pregunto de nuevo, aunque sé que tiene derecho a estar aquí tanto como yo. O incluso más, ya que todo es suyo.

Él se aparta de la ventana y, mientras yo no me atrevo a moverme, se acerca hasta pararse a pocos pasos de mí.

Levanto el rostro para intentar verlo. Está oscuro, pero sé que está ahí e imagino sus ojos azules clavados en mí.

—Vine porque no podía dejar de pensar en ti —dice, con las manos en los bolsillos. Está tan cerca que puedo oír el sonido de su respiración.

—¿Pensar en mí? ¿Te irrito tanto?

Mi corazón se desboca y mis piernas flaquean. No entiendo qué me está pasando.

—He estado intentando no pensar, intentando reprimir las dudas. Creo que ya te has dado cuenta de que soy un hombre completamente jodido. Es algo que no puedo ocultar.

—Tú... No entiendo. Yo...

Soy interrumpida por unas manos que sujetan mi rostro. Un calor repentino recorre mi cuerpo y un escalofrío agradable me atraviesa la columna. No me da tiempo de reaccionar. Siento sus labios besándome con urgencia, arrancándome un gemido ahogado y haciéndome dar un paso

atrás, con él pegado a mí.

—No sé por qué hice eso. —Me suelta. Estoy apoyada contra la estantería—. En realidad, sí lo sé. —Vuelve a agarrarme, esta vez besándome el cuello de manera desesperada.

—¿Te gusto? —Estoy atrapada por las sensaciones desconocidas que Paolo ha desatado en mí.

—Me desequilibro cuando estoy cerca de ti, como si estuviera intentando encontrar partes de mí que perdí. —Huele mi cabello.

No sé si esto está sucediendo de verdad o si forma parte de la pesadilla o del sueño que estoy viviendo desde que comenzó mi insomnio esta noche. Sin pensarlo demasiado y actuando por impulso, muevo las manos para abrazarle la espalda, uniendo nuestros cuerpos. Puedo sentir tanto la fuerza como la fragilidad de Paolo, mientras nuestros labios buscan, desesperados, la cercanía del otro.

Pero, para mi decepción, Paolo se aparta y se da la vuelta.

—Esto es una mala idea, Amália. No debí hacerlo.

—¿Qué está pasando? Sabes que no soy una prostituta, ¿verdad? No puedes agarrarme cuando te apetece. ¿Qué quieres de mí? ¡No soy un chiste!

—Soy un hombre marcado por el pasado. Tengo cicatrices que no sanan y no quiero arrastrarte a ello. Sé que probablemente no entiendes nada. Me tomé un trago y estoy perturbado.

No percibo olor a alcohol en su aliento cálido y refrescante.

—Borrémoslo de la historia. Este beso nunca sucedió. —Me recompongo, avanzo hacia él y busco sus manos—. ¿Qué te pasa? ¿Es por tu padre? ¿Estás decepcionado por lo que le hizo a Henry?

Paolo retira la mano que yo sujetaba.

—Que se joda mi padre. No permitiré que siga...

—¡Basta de fingir ser fuerte! ¡Basta de hacerte el tipo duro! —Coloco las manos sobre su rostro, aunque eso me exija un esfuerzo—. Si perdiste alguna parte de ti, necesitas encontrarla.

—No me quejé de tu vestido porque fuera sencillo, sino porque me excitó. Me atraes desde el primer momento en que te vi entrar en mi oficina. Actué como un tonto juzgándote como una prostituta. Es porque eso es lo que soy: un tonto. Un títere de mi padre, del dinero y del poder. En estos últimos días, aquí con ustedes, aprendí cosas que me han hecho replantearme todo lo que he vivido.

La luz se enciende y nuestras miradas se encuentran durante unos segundos. Veo a Paolo retroceder, como si ahora se sintiera expuesto.

La palabra “expuesto” me recuerda que yo también estoy expuesta con este vestido diminuto que solo me puse para dormir. Estoy loca.

—Si te atraigo, no fue eso lo que demostraste hasta antes de esta noche. —Me abrazo a mí

misma, en el intento fallido de ocultarme.

—No te molestes en sentir vergüenza por tu prenda. En cuanto entraste y encendiste la luz, comencé a examinarte minuciosamente —dice con voz ronca, mirándome de arriba abajo.

—¿Qué hacías aquí a oscuras? —cambio de tema sin pretenderlo. Es solo todo el nerviosismo que me provoca este momento.

—Eres perfecta, Amália. —Coloca una de sus manos sobre mi rostro y lo acaricia.

Me contengo para no cerrar los ojos y disfrutar del calor que emana de su piel. Me mantengo firme, sin perder el control de mí misma.

—Y yo no te merezco —concluye.

Ver a Paolo Caccini, que siempre se mostró tan implacable e indiferente conmigo, bajando la guardia, es aterrador. Si antes ya sentía ciertas cosas por él, ahora, después de esto, yo...

—Está lloviendo mucho. Los dos estamos con insomnio. Deberíamos estar durmiendo, sobre todo tú, que trabajas tanto —empiezo a parlotear—. Estás estresado, y Edy no está aquí para ayudarte. Es normal que estés un poco confundido y...

—Estoy muy lúcido de todo lo que digo.

—Tal vez tú lo estés, pero yo no sé si lo estoy, así que me daré la vuelta y me iré a mi cuarto.

—En realidad, hay algo más que...

—Mañana, Paolo, iré a tu despacho y hablaremos de esto. No sé, no tengo idea de lo que sea esto, pero mañana hablaremos de lo que sea. —Hago un ademán con la mano y empiezo a retroceder, alejándome de él lentamente, bajo su mirada seria sobre mí.

Luego me giro y camino con pasos apresurados. Aunque mi cuerpo y mi corazón me imploran que regrese y lo abrace, continúo avanzando, siguiendo las recomendaciones de mi mente.

***

Abro los ojos al sentir que tiran de mi cabello.

—¡Mamá! ¡Acuida! —dice Henry, encima de mi espalda.

Ya estoy acostumbrada a que sus piernecitas me den un masaje matutino.

En la ventana, el sol brilla con fuerza, pero seguramente entre las flores hay huellas de la fuerte tormenta de anoche.

—Ah... Veo que alguien se ha despertado antes que los pajaritos —murmuro con voz ronca.

No me tomó mucho recordar lo que pasó anoche y pego un salto en la cama, casi tirando a Henry.

—¡Ay, mamá! —se queja, pero empieza a reír, creyendo que estoy jugando.

Corro hacia él y lo abrazo, haciéndole cosquillas. Él ríe lleno de energía y lo aprieto con

entusiasmo, intentando olvidar lo que sucedió ayer.

—¡Me has despertado, pillín! —Siento que el estómago me da un vuelco.

—Tomá café con papá.

Lo suelto, me pongo de pie y me miro en el espejo.

—Ok. Yo no hice nada malo, el que lo hizo fue él. Él es quien me debe explicaciones, y se las exigiré —me digo a mí misma frente al espejo, decidida.

Veo por el reflejo a mi hijo mirándome como si estuviera loca. Corrijo la postura y finjo demencia. Todo es culpa de Paolo.

Dormí como un ángel cuando volví a mi cuarto con pasos tambaleantes, tocándome los labios con la punta de los dedos. Creí estar en un sueño, porque, en mi sano juicio, nunca imaginé a Paolo Caccini besándome. De acuerdo, sí que lo imaginé. Que Dios me perdone, pero imaginé cosas peores.

***

—¡Papá! —Henry suelta mi mano y corre hacia los brazos de Paolo, quien está de pie cerca de la mesa, posiblemente esperándonos.

Sonriendo, me siento en la misma silla de siempre, echando de menos a mi padre.

—Buenos días —digo sin mirar a Paolo, que ya está sentado al lado de Henry.

Ellos están cada día más unidos.

—Buenos días. El señor Davis se adelantó. Parece entusiasmado con los quehaceres de la isla —explica Paolo, como si hubiera leído mi mente.

—Al señor Davis le encanta la naturaleza —respondo, sonriendo, refiriéndome a mi padre como “señor Davis” intencionalmente.

—¡Yo quiero al abuelo! —gimotea Henry al notar la ausencia de su abuelo.

—Luego iremos a verlo trabajar, amiguito —propone Paolo, llevándose un trozo de manzana a la boca de Henry.

Me concentro en el pedazo de queso que puse en mi plato, pero con el hormigueo que siento en el estómago, debido a la presencia de Paolo, no sé si podré comer algo. ¿Será que este idiota sabe el efecto que tiene sobre mí?

—¿Llevamos a Henry a jugar al jardín? —sugiere Paolo con seriedad, de pie a mi lado y con nuestro hijo en brazos, al final del desayuno—. Ya que no tienes hambre —completa, mirando mi plato intacto.

Me quedo en silencio, sin saber cómo actuar. Recuerdo muy bien que ayer le dije que hoy hablaríamos. Tengo miedo de lo que vaya a decirme.

—Sí, claro. Necesita gastar energía. —Sonrío, mirando al niño travieso, que parece percibir la

tensión y divertirse con ello.

***

Estoy al lado de Paolo, mientras Henry sujeta una vara de pescar entre los arbustos. No sé de dónde la sacó. Lo observamos bajo un silencio incómodo. Al menos para mí. Sin embargo, decidida a mostrar firmeza y no dejar que el miedo y la inseguridad me dominen, decido que es hora de tocar el tema.

—No estoy acostumbrada a que me... —Muerdo mis labios, buscando las palabras, y Paolo se gira hacia mí—. A que me besen, Paolo.

—Llevo cinco años sin una mujer. Confundí las cosas. —Aparta la mirada de mí por un instante. Después, vuelve a mirarme—. A menos que quieras continuar donde lo dejamos. —Sonríe de lado, mirando mi boca.

—Robaste mi primer beso. No voy a perdonarte por eso —digo entre dientes, ofendida por la respuesta que me dio. ¿Qué esperaba?

—Entonces, es un ítem más añadido a la lista.

—¿Qué lista? —Alzo una ceja.

Nos interrumpe el llanto de Henry, que está tirado en el suelo. Más rápido que yo, Paolo corre, preocupado, hacia nuestro hijo. Se arrodilla frente a él para socorrerlo.

—¡Ay! ¡Me duele la piernita! —Henry llora.

Me acerco con el corazón en la boca.

—¿Qué pasó, hijo?

—Tranquila. Cálmate, Amália —pide Paolo, pero parece mucho más angustiado que yo—. Henry, papá te va a alzar en brazos. ¿Entendido?

—Me duele, papá. —Llora aún más.

Desvío el rostro, angustiada. No soporto verlo sufrir.

—¿Crees que se haya roto algo? —pregunto, levantándome junto con Paolo.

—Lo llevaremos a la ciudad más cercana.

—¿Cómo? El avión solo vendrá mañana. ¿Qué hacemos en esta isla desierta? ¡Estás loco, Paolo! ¡Aquí no hay hospital, no hay nada! —protesto, siguiéndolos en dirección a la casa, casi corriendo.

—Hay un helicóptero para emergencias.

Algunos empleados, al ver el alboroto, se acercan a nosotros. Mientras tanto, Henry no para de llorar. Solo falta que de verdad se haya roto la pierna y ni siquiera vi cómo se lastimó, porque estaba más interesada en discutir un beso idiota con Paolo que en mi hijito. Soy horrible. Soy una pésima madre.

—Mira este chocolate tan delicioso. —Lucinda aparece con una barra de chocolate que ella misma preparó, llamando la atención de Henry, quien se acomoda en los brazos y deja de llorar para mirarla.

—¿Quieres chocolate, hijo? —pregunto, sintiendo un poco de alivio en mi corazón al verlo más calmado.

Henry da un salto desde los brazos de Paolo y corre hacia Lucinda como si nosotros fuéramos un chiste para él. Nuestro hijo, obviamente, no está herido; solo estaba haciendo un berrinche. Paolo y yo nos miramos y, después de unos segundos, empiezo a reír. Al poco tiempo, él me acompaña.

—Este niño... Me asustó —dice Paolo, tras respirar hondo y pasarse la mano por el cabello.

—Los sustos son frecuentes cuando se tiene un hijo. —Miro a Henry, que se está embadurnando de chocolate—. Oye, no comas demasiado de eso —le advierto.

—Ya me estoy dando cuenta. —Paolo sonríe con nerviosismo—. Amália, sígueme a la oficina. —Se pone de pie.

Su expresión está seria, como siempre. Cambia de humor muy rápido.

Lanzo una mirada a Henry, ocupado con Lucinda y el chocolate.

***

—Nos iremos mañana —anuncia Paolo, sentado en su sillón tras el escritorio, como si estuviésemos en una reunión importante.

—¿Irnos? ¿Y el cumpleaños de Henry?

—Tienes razón: este no es lugar para un niño. Podría haberse lastimado de verdad. Tenemos primeros auxilios, pero puede que no sea suficiente. No sé qué habría pasado si de verdad se hubiera roto la pierna. —Juega con su bolígrafo, golpeándolo contra la mesa.

—Yo estaba preocupada y hablé de más. Aquí es tranquilo. Y los niños se lastiman.

—Nos vamos, Amália —responde con seriedad, levantando la mirada hacia mí.

—Está bien. —Asiento varias veces—. Por mí, nos habríamos ido hace días. —Me encojo de hombros.

—Perfecto. —Firma un papel.

—¿Qué mierda es esta que estás firmando? —pregunto, perpleja—. ¿Tiene algo que ver con nuestra conversación? ¿Es algún tipo de contrato?

—No, es solo un documento que voy a escanear y enviar a Seattle.

—¿Seattle? —Arrugo la nariz—. ¿Qué tienes en Seattle?

Paolo me mira unos segundos, pensativo, decidiendo si contarme o no.

—Estoy abriendo una empresa allí.

—¿Y tenía que ser en Seattle? —Estoy abusando de su buena voluntad al preguntarle sobre sus negocios.
El hecho de que me haya dado un beso y yo ya me considere su socia… ¿Será eso?

—Cualquier otra ciudad tendría difícil acceso para un CEO. —Empieza a revisar el documento, como si nuestra conversación no fuera muy interesante.

—Voy a dejarte trabajar —digo con ironía y camino, con pasos firmes, hacia la salida.

Este hombre me saca de quicio.

—Espera —pide cuando estoy a punto de abrir la puerta, y mi corazón se acelera de forma violenta.

Soy tan ingenua. Dios.

—¿Algo más? —Me giro y me encuentro con su cuerpo acercándose a mí con rapidez.

—¿Qué tiene que hacer un hombre para tenerte? —Me aprisiona contra la puerta—. Quiero saber qué hay debajo de esa ropa modesta que usas. —Baja el rostro y respira sobre mi cabello—. Ya me has enseñado muchas cosas, Amália, pero hay algo que aún intento aprender.

—¿A-aprender? —murmuro, sintiendo el calor de su piel quemarme deliciosamente y provocando una ola que recorre todo mi cuerpo.

Pasa los dedos por mis hombros, los desliza hasta mis manos y las sujeta para colocarlas sobre su pecho.

—Soy un hombre. Sé que tú también te mueres por mí. Carajo, es difícil aguantar esto.

—Paolo, estás loco. —Intento apartarlo, pero mis manos, en lugar de empujarlo, se aferran a su camisa para acercarlo aún más. Ahora sí que perdí la cabeza—. Esto complicaría todavía más nuestra situación. —Meto la cabeza en su cuello, que huele tan bien—. Henry merece que nos esforcemos por hacer lo mejor para él.

Paolo aspira junto a mi oído, apretando mi cintura con sus dedos y causándome una vibración que hace que mis labios se entreabran.

—Tú siempre me estás enseñando algo, incluso en momentos como este. —Se aleja de mí con la mirada oscurecida, como si fuera un depredador. Su respiración acelerada me deja ansiosa por tenerlo besándome y tocándome con todas sus ganas—. Sal, por favor. —Se da la vuelta, pero no antes de que yo baje la mirada al bulto en sus pantalones.

Salgo corriendo, sin tener idea de lo que acaba de suceder. Son surrealistas las cosas que pasan entre Paolo y yo. Al principio, parecía desinteresado en mí, pero luego actúa como si yo fuera especial, diferente. Me deja confundida. Me siento una presa fácil, alguien que se deja llevar muy fácilmente. No puedo rendirme así. Me avergüenza mi actitud.

Espero que Paolo recupere la compostura y busque a otra mujer para acostarse, ya que lleva cinco años sin relacionarse con nadie. Necesito que deje de confundirme. Ha dejado claro que

solo tiene un interés sexual en mí, mientras que yo pienso en disparates.

Lo cual me lleva a preguntarme: ¿por qué no se acostó con ninguna mujer después de que despertó y se recuperó? Edy, en nuestras interminables tardes juntos, me contó que Paolo era muy activo en sus diversiones de una forma no muy saludable.

Mis labios, que aún sufren por la ausencia de un beso suyo, tiemblan de rabia al imaginarlo besando a otra.

Solo quisiera saber algo: ¿cuándo y cómo empecé a sentirme tan absurdamente atraída por el padre de mi hijo?

Me parece increíblemente guapo desde el primer momento. Pero esto es distinto. Cuando me mira con esa expresión obstinada y arrogante, despierta en mí el deseo de verlo sonreír y darme un beso cariñoso en la frente. Además, claro, de querer que también me…

¡Argh, Amália! Más vale que me detenga aquí.

—Henry, ¿te comiste todo el chocolate? —pregunto al volver a la sala, fingiendo que nada extraño sucedió.

—Amália, déjalo. Al menos su pierna ya sanó —bromea Lucinda, y suelto una carcajada, aunque por dentro todavía me inundan las sensaciones que Paolo me provoca.

Ese infeliz.

31
Lo quiero todo

PAOLO CACCINI

Me froto el rostro cuando Amália sale del despacho y me quedo inmóvil, mirando la puerta. Recuerdo el primer momento en que la vi. La confundí con una jodida prostituta solo porque ella quería hablar conmigo con tantas ganas. ¿Por qué otra razón iba a querer una mujer hablar conmigo? Siempre me sentí tan vacío y nunca tenía nada que ofrecer aparte de dinero. Por eso nunca acepté nada gratis, porque creía que era por pura lástima.

Pero en lo que respecta a Amália, no puedo ni pensar en darle un solo billete de euro sin sentir vergüenza. Ella me llenó con algo que quiero aún más.

Mantuve cualquier rastro de atracción que sentía por ella enterrado en algún lugar de mí todo el tiempo, porque no quería admitir que estaba interesado en una mujer que me irritaba con su inteligencia y superioridad. Sí, la considero superior a mí en muchas cosas, y eso me decepcionaba de mí mismo.

Pero ayer, en la quietud de la noche, al verla tan espontánea, caminando con paso ligero por la biblioteca, con sus piernas expuestas y seductoras, perdí el control. Amália es la primera mujer que realmente conozco. Es la primera mujer con la que he tenido una conversación honesta que no remite al sexo. Por eso me irrita. Me irrita porque me muestra, cada día, que he estado equivocado toda mi vida. Me irrita con su dulzura y con su perfume barato. Me irrita porque no quiere nada de mí a cambio de entregarse. Y de eso siempre huía.

Confiar... Dejé de creer en la confianza. Creía que la confianza se compraba, y eso me hacía sentir seguro, ya que el dinero nunca fue un problema para mí.

Respiro hondo y cojo el celular, dispuesto a pedir ayuda.

—¿Señor Paolo, todo bien? —indaga mi fiel asistente al otro lado de la línea.

—Lo quiero todo, Edy —digo con firmeza, mirando el mar a través de la ventana abierta.

—¿Todo qué, señor?

—Quiero todo lo bueno que hay para vivir: una familia. ¿Crees que es demasiado tarde para mí? —Tengo los ojos cerrados y llenos de amargura.

—Usted se merece toda la felicidad del mundo. ¿Tiene que ver con Amália?

—¿Cómo lo sabes?

—Me doy cuenta de las cosas. Hum… Pero va a ser difícil —resopla Edy, haciéndome fruncir el

ceño.

—¿Cómo que va a ser difícil? Soy consciente de mis atributos. ¿No soy atractivo?

—Pero siempre ha sido muy grosero con Amália.

—¿Grosero?

—Llévela a dar un paseo junto al mar, de noche, y déjela ver su fragilidad, su alma.

Recuerdo que ya hice eso, aunque sin querer.

—¿Qué más? Edy, ¿crees que esto es una locura? ¿Debería desistir de esta decisión insensata? Podría arruinarla y…

—¿Arruinarla? Amália y Henry le están haciendo bien. Usted no los arruinaría, sino que ellos lo arreglarían a usted.

—Creo que debería tener una noche caliente con otra. Desde que desperté, no he estado con ninguna mujer y… —Me interrumpo al darme cuenta de que ninguna otra me interesa ni me interesó desde que desperté, porque, aunque fuera inconscientemente, ya estaba hechizado por Amália, quien me estaba conduciendo hacia ella en esos años en los que me hablaba mientras yo dormía—. Olvídalo. Estoy siendo un tonto. Ya decidí y sé lo que quiero: los quiero a todos. Quiero a Henry, quiero a Amália, al señor Davis, a los tíos… Joder, Edy. Hasta quiero a esa vecina.

—¡Vaya! Eso es…

—Vida, vivir, sentir —respondo con la voz entrecortada—. Voy a seducirla, Edy. Voy a demostrarme a mí mismo que puedo, que todavía estoy vivo.

—¿Seducir? ¿A Amália?

—Sí. Voy a seducir su corazón.

—Eso fue profundo. Qué lindo.

—¿Estoy siendo tonto?

—Por hacer esa pregunta, sí. Tonto lo ha sido toda la vida, si me permite decirlo.

—Edy, creo que te estoy dando demasiada libertad. ¿Qué tal si vuelves a adularme? —Le dedico una sonrisa burlona.

—Estoy de vacaciones —responde riendo.

Asiento con la cabeza, aunque él no pueda verme. Me siento diferente y aprecio mi relación más amistosa con él. Al parecer, él es mi único amigo, de verdad.

Eso me recuerda que, en el fondo, no estoy aquí solo para acercarme a mi hijo, sino también para huir de lo que me espera en Milán y de todo lo que estar allá representa. Mientras aquí tengo experiencias sencillas, que provocan un vendaval agradable en mi corazón, en Milán tendré que lidiar con la traición de amigos y familia. Fue complicado hasta que decidí dejar de ser orgulloso

y ceder ante los acontecimientos, solo que, poco a poco, aunque de manera violenta, Henry y su madre me han hecho trizas por completo.

Al probar los labios dulces de Amália anoche, me sentí indigno, pero que se joda. Nunca sentí nada parecido antes, ni siquiera con Vick, de quien creí estar enamorado años atrás. Soy adicto a adquirir riqueza y poder, pero esta sensación y todo lo que ellos parecen tener es, sin lugar a dudas, lo más valioso y poderoso que he visto.

Sí, lo quiero todo.

AMÁLIA DAVIS

—Señor, podría disimular un poco que quiere dejarnos solos la mayor parte del tiempo —me quejo mientras camino hacia el comedor, por el pasillo, al lado de mi padre.

Henry está con Paolo, probablemente también de camino al comedor.

—Al principio sí, de hecho, se suponía que debía darles un espacio, pero, Amália, este lugar es increíble —dice él, sonriente como un niño.

—Usted es sospechoso de hablar cuando se trata de naturaleza —relajo la expresión.

—Hay unas magnolias preciosas al norte de la isla. Mañana quiero que las veas por ti misma —me abraza, colocando un brazo sobre mis hombros.

—Si no estuviera tan lejos de Milán, usted podría quedarse por aquí. Me encanta verlo tan animado.

—No, Amália. Mi lugar está cerca de ti y de Henry. Ni estoy tan viejo y ya quieres deshacerte de mí.

—Pero es usted el que nos está dando “espacio”. —Hago comillas con los dedos.

—No mientas diciendo que no te gusta. —Sonríe con su insinuación.

No puedo responderle, porque llegamos al comedor, donde Paolo y Henry ya nos esperan. Carraspeo y me siento en mi sitio de siempre. Mi padre hace lo mismo. Yo, siendo la valiente que soy, le sonrío a Paolo antes de empezar a servirme.

Mañana nos iremos, volveremos a Milán, pero no es el hecho de no saber adónde voy lo que me asusta, sino saber que ya no tendré más excusas para estar tan cerca de él. Sí, no tengo casa, ni trabajo, ni nada, pero lo que me inquieta es saber que no estaré en la misma casa que Paolo, porque, por más que él lo propusiera, yo no lo aceptaría ni en mil años.

Suspiro al cortar la carne. A veces tengo preocupaciones tontas, pero está bien, sé que todo saldrá bien.

***

Mantengo la mirada fija en la silueta que se aproxima a lo lejos. No haría falta que estuviera claro para saber que es Paolo quien viene. La noche está despejada, el mar está tranquilo y las

luces esparcidas a lo largo del territorio no son suficientes para eliminar la sensación de aventura que implica estar aquí.

Paolo está a pocos pasos de mí, aumentando la rigidez de mi cuerpo. Es increíble cómo no abandona sus trajes.

—¿Puedo acompañarte en tu paseo nocturno por la orilla del mar? —pregunta, sin rodeos, al acercarse finalmente a mí.

—¿En serio?

—Mañana nos iremos. Es nuestra última oportunidad.

Cuando pronunció la palabra “nuestra”, se refería a mí y a él, ya que somos los únicos aquí. Eso me pone nerviosa.

—¿No deberías estar durmiendo con Henry? —Estoy un poco preocupada, a pesar de que confío en él y sé que mi hijo está seguro.

—Hay una cámara en la habitación. Lo estamos vigilando en todo momento. Y si él se despierta, tu padre ya sabe que iré...

—Paolo, lo entiendo —lo interrumpo, esbozando una sonrisa nerviosa—. En ese caso, puedes acompañarme. Me alegra saber que solo quieres caminar y sentir la naturaleza en lugar de comprobar el perímetro. —Suelto una carcajada, recordando la excusa que usó la otra vez.

—Tu sonrisa es hermosa. Me alegra que te sientas a gusto para sonreír cerca de mí.

La sonrisa se desvanece de mis labios ante su comentario. Paolo se agacha y recoge una concha del suelo.

—No voy a acostarme contigo —digo sin pensar, temiendo que se acerque a mí.

—Ni siquiera estaba pensando en eso. —Se pone de pie y alza la ceja—. ¿Tú sí lo estabas?

—No. Lo siento. —Sonrío, incómoda. Ahora sería un buen momento para que la tierra se abriera y me tragara.

—Es culpa mía. Fui grosero contigo la mayor parte del tiempo. Sé que insistí para que me dijeras algo que quisieras de mí, Amália, pero resulta que hay algo que yo quiero de ti.

—¿Y qué sería?

—Que me des una oportunidad como ser humano. Cuando nos conocimos, te ofendí y...

—No te preocupes por eso. No te guardo rencor —lo interrumpo, un poco desconfiada con este tema.

—Nunca me disculpé por nada de aquello. Quiero que me perdones. —Me tiende la mano, ofreciéndome la concha.

—¿Qué es esto? —Tomo la concha.

—Es mi petición de disculpas. —Mete la mano en el bolsillo y patea el aire, con torpeza—. Normalmente, te daría un cheque, pero sé que eso no tendría ningún significado para ti. Esta concha te recordará por el resto de tu vida que aquí y ahora, hoy, supiste que lo siento por la forma en que te traté, que no soy de esa manera y que, en el fondo, todavía hay algo bueno en mí que quiero que conozcas.

—¿Y se supone que guarde esto para toda la vida? —Sonrío por la forma tan torpe en la que dijo algo tan profundo. Y también para disimular que su discurso improvisado me conmovió.

—Puedes tirarla, si quieres, pero...

—Siempre creí en ti, Paolo. Tenías todas las cartas en tu contra, pero yo sentía que tú... —Me callo, mirándolo. Está prestando atención a cada palabra que digo—. Podrías ser diferente. Y veo que tenía razón. —Sonrío y miro la concha—. Con seguridad conservaré este recuerdo de la certeza que tengo para siempre.

—¿Eso significa que pensarás en mí para siempre?

—Significa que somos amigos. —Suelto una carcajada y acelero el paso para alejarme de él.

Paolo tarda unos segundos parado y siento su mirada quemándome la espalda. Luego corre para alcanzarme.

PAOLO CACCINI

Miro la extensión de la pista de despegue y suspiro. Es extraño sentir un miedo que no esté relacionado con los precios de las acciones o la desaprobación de mi padre. Cuando desperté del coma y me vi casi inválido, experimenté una pequeña fracción de ese sentimiento, pero confiaba en mí mismo y estaba seguro de que revertiría esa situación. Sin embargo, volver a Milán y saber que las cosas pueden cambiar, saber que todo lo que haré no me garantiza certeza alguna, me causa un miedo angustiante que me hace aferrarme a la esperanza.

—Señor Caccini, deseo que tengan un buen viaje. Esperamos que vuelvan pronto. —El administrador de la isla hace una reverencia.

—Volveremos. Continúen con el excelente trabajo. —Le dedico una sonrisa.

Todos ya están en el avión, solo falto yo.

Respiro hondo y miro hacia atrás, hacia el lugar donde acepté la transformación que ser padre del hijo de Amália me ofreció; donde dejé atrás los conflictos que me atormentaban y me convertían en un imbécil. Luego, subo al avión.

***

—Muéstrame esos videos otra vez, por favor, Amália —pido, acariciando el cabello de Henry, que duerme a mi lado.

El señor Davis está con el asiento reclinado y también duerme plácidamente.

—¿Otra vez? —Amália sonríe, manipulando el celular.

Asiento con la cabeza y, segundos después, ella me entrega el aparato abierto en una carpeta con varios videos de Henry desde su nacimiento. Mis ojos se humedecen al verlo recién nacido, tan pequeño y solo, sin mí para protegerlo, a merced de los egos de mi padre. Veo videos de sus primeros pasos, del señor Davis jugando a la pilla-pilla con él y de la señora Lúcia cargándolo. Hay tantas cosas.

—Gracias por cuidarlo tan bien, Amália. Eres una madre increíble. Él, sin duda, está muy orgulloso de ti —digo al ver un video en el que ella parece cansada mientras lo amamanta.

Henry tenía varias niñeras. Obviamente, eso fue exigido por mi padre, igual que sucedía conmigo cuando era niño. No recuerdo haber estado en los brazos de mi madre. Pero Amália, con tres niñeras, se empeñaba en hacer siempre algo por su hijo. Imagino que, de no ser por la intromisión de mi padre, ella lo habría hecho todo sola. Y eso es algo que valoro.

—No te cansas de ver estos videos, ¿verdad? —ella sonríe con ternura ante mi comentario.

—Al verlos, siento que estoy absorbiendo un poco de lo que me perdí —confieso y trago saliva.

—No te has perdido nada, Paolo. —Amália cierra la boca. Es como si tuviera más que decir, pero no estuviera segura de hacerlo—. Hay una carpeta que...

—¿Sí?

Me extiende la mano, mordiéndose los labios, esperando que le entregue el celular. Se lo doy, sin comprender.

—Hay una carpeta... en la que solo hay videos contigo —concluye y me devuelve el aparato, inquieta—. No sabía si te enfadarías por haber sido grabado, pero lo hice por Henry. Yo...

—Gracias, Amália —la interrumpo al posar mis ojos en un video donde Henry me está peinando el cabello y me mira, feliz, como si realmente estuviera haciéndome algo—. Joder... —Contengo las lágrimas de emoción.

Todavía no me había visto en esa situación: pálido, pareciendo un muerto y postrado en la cama del hospital. Quizás antes no estaba preparado para ver esa escena, pero ahora no me siento injusticiado por haber estado allí.

—¿Entiendes lo importante que es esto? —ella pregunta.

—Si no hubiera sufrido aquel accidente, no tendría a Henry. —Respiro con fuerza y le devuelvo el celular.

Ya es hora de que recupere la compostura, al fin y al cabo, quiero seducir a Amália. Y si me comporto como un llorón, no llegaré ni cerca de conseguirlo.

—No lo tendrías. Así que, Paolo, no te sientas menos padre solo porque no lo recuerdas. Estuviste con él, y él lo recuerda —dice ella, comprensiva.

—En realidad, recuerdo algunas cosas. Tú también estabas allí.

Esbozo una sonrisa ladeada al recordar los sueños con su perfume y su voz. Mi cuerpo responde con un deseo que solo crece cada vez que la miro.

Amália desvía la mirada de mí y sonríe, incómoda. Sin duda, ha percibido mi juego de palabras. Tiene una forma de ser única.

Por primera vez en mi vida, estoy teniendo la experiencia de luchar por una mujer. Todas las mujeres que pasaron por mi vida ya tenían la idea de estar en la cama conmigo y fueron fáciles; en cambio, Amália me hace pensármelo dos veces antes de actuar, porque sé que puede volver a odiarme al primer desliz.

32
Sorpresa

AMÁLIA DAVIS

Fueron casi 30 días fuera. 30 días que pasaron volando. Parece que estuviéramos en otra realidad de espacio-tiempo. Ahora, bajando del avión en el aeropuerto de Milán, me siento inquieta. Tal vez sea el miedo de que esto aún no haya terminado. Tal vez sea por la nube oscura que cayó sobre Paolo en el momento en que Milán se pudo ver por la ventanilla. No tiene a Henry en su regazo y su mirada parece sombría. O, tal vez, sea la preocupación por el futuro. Antes estaba más pendiente de la protección de mi hijo y no me importaba no tener un techo sobre mi cabeza, pero ahora… me veo sin rumbo.

Estamos caminando hacia el coche, pero ¿qué dirección daré? No quiero que seamos una carga para los vecinos. No quiero aceptar la ayuda de Paolo. Necesito pensar...

—¿Amália?

Alzo la cabeza y veo a Paolo sosteniendo la puerta del coche para mí. Ni siquiera me había dado cuenta de que ya estábamos aquí.

—Gracias —le agradezco su gentileza, le sonrío y entro.

Es verdad que Paolo se ha mostrado amable últimamente. A pesar de su coraza de frialdad, sé que siente. Siempre lo supe.

Miro hacia afuera del coche, donde se ve su cuerpo, pero, en pocos segundos, él se agacha y se sienta a mi lado. Me siento como si me hubieran sorprendido in fraganti y mis mejillas se calientan.

Paolo está muy cerca, tanto que su perfume invade mi espacio íntimo y penetra en mi cuerpo. Él insinúa que va a voltear hacia mí y mi corazón se sube a la garganta. ¿Piensa besarme aquí, delante de todos?

—¿Todo bien ahí atrás, campeón? —pregunta prácticamente encima de mí, para poder ver a Henry y a mi padre en el asiento trasero.

El frío en mi estómago es cortante y no puedo perder esta oportunidad única de satisfacer mis manos. Sí, tengo mil preocupaciones en la cabeza, pero mi cuerpo virgen anhela a Paolo.

—¡Tudu bem, papá! —exclama Henry.

—Enseguida llegaremos a casa —responde Paolo, y es en ese momento cuando mis manos, sin inhibición, tocan su abdomen. Incluso alcanzo a sentir sus músculos, haciéndolo retroceder a su lugar.

—Paolo, estás encima de mi cabello —murmuro para disimular mi atrevimiento.

Siento sus ojos sobre mí, pero mantengo la mirada al frente. El chofer ya ha comenzado a conducir.

—Perdón —dice en mi oído, y me contengo para no cerrar los ojos, disfrutando esa sensación deliciosa que me provoca el timbre de su voz.

—Está bien. —Lo miro, con una sonrisa amable, sintiendo la peor de las vergüenzas arder en mi rostro.

—¡Qué chelu de pum! —dice Henry en voz alta, en el asiento trasero.

—Yo no fui —responde mi padre.

—No huelo nada —digo y miro a Paolo, que parece incómodo con el tema, pero sonríe, avergonzado.

—Alguien en este coche necesita ir al baño —murmura, volviendo el rostro atrás—. Es uno de los señores.

Henry suelta una carcajada. Ellos ya son cercanos el uno con el otro. Ocurrió más rápido de lo que imaginé.

Me muerdo los labios. Mi corazón blando se alimenta de cualquier rastro de cariño.

***

Cuando veo que seguimos el camino hacia mi casa, me siento aliviada porque Paolo no planea llevarnos según sus propias decisiones. Sí, tengo problemas, no lo voy a negar, pero pretendo afrontarlos de frente y no dejar que los resuelvan todos por mí, como la otra vez. Estoy huyendo de eso.

Apoyo la cabeza en la ventanilla del coche, mirando el paisaje familiar que pasa frente a la ventana, y de alguna manera me siento reconfortada.

Cuando el vehículo se detiene frente a mi casa, casi no puedo creerlo. Me incorporo, colocando las manos en el cristal para ver mejor.

—¿Qué está pasando? —Salgo del coche, con las piernas temblorosas—. No entiendo nada.

—¿Qué esperabas encontrar? —Paolo se une a mí.

Me apoyo en el coche para no caer. Es nuestra casa allí, en pie, casi tal como era. Solo que está mucho mejor, esa es la diferencia. El árbol de mi padre, aunque aún herido, parece estar recuperándose. Sus hojas están volviendo a nacer.

—Paolo, estoy sin palabras —balbuceo, sintiendo que las ganas de llorar me aprietan la garganta —. Esta es nuestra casa. ¿Estoy soñando o es real?

—Quería darte una sorpresa —dice serio. Parece arrepentido de algo.

—¿Qué nos va a costar esto? —Trago las lágrimas.

Qué golpe bajo. Es nuestra amada casa. Por más que sea otra en su lugar, aún se parece a la original y tiene el mismo significado.

—¿Cómo que qué va a costar? Lo hice por mi hijo. —Paolo mete las manos en los bolsillos, aparentemente nervioso—. Sé que no quieres nada de mi dinero, pero es como si estuviera pagando una deuda, al fin y al cabo, Alessandro la quemó por mi culpa.

—Él tiene razón, Amália: fue culpa suya. —Mi padre pasa junto a nosotros, con Henry en brazos, y entra por la verja. Ambos llevan una sonrisa de felicidad.

Vuelvo el rostro hacia Paolo lentamente, conmovida por su delicadeza al preocuparse de que la casa quedara muy parecida a la original.

—Sí. Viéndolo desde ese punto de vista, solo estás pagando una deuda. —Le sonrío, tratando de no temblar y buscando un motivo para limitarme a agradecerle por devolvernos nuestra casa, sin encontrar obstáculos—. Gracias, Paolo.

—No hice más que dar la orden. Quien estuvo a cargo de instruir al centenar de hombres que formaron parte del equipo fue doña Lúcia. Sé que esto no sustituye a la original, pero... solo quería no quedarme en deuda con ustedes.

—No nos debes nada. —Lo miro, sin saber cómo reaccionar—. Ya no, después de esto.

—Debo mucho. Lástima que no me permitas la libertad de pagar como quisiera.

Quisiera preguntarle de qué manera cree que debería pagar lo que considera que nos debe, pero, lamentablemente, ya sé que sería con regalos carísimos. Como si algo que hice de corazón se pudiera pagar con dinero.

—Espero que encuentres todas las piezas que perdiste, Paolo —murmuro bajo su atenta mirada.

Sin una respuesta de su parte, empiezo a dar pasos inseguros hacia la casa. Una fuerza sobrenatural intenta retenerme a su lado, sin embargo, el sentido común me dice que debo seguir. Y así lo hago, venciendo mi deseo y sin mirar atrás.

***

PAOLO CACCINI

La veo entrar en la casa, un poco contenida, pero mucho más feliz de lo que imaginaba. Tomé la decisión de reconstruir la casa en el momento exacto en que me enteré del incendio. Por el simple hecho de que pertenece a mi hijo, no podía seguir destruida. En un principio, no fue por gratitud ni por ningún otro motivo más digno que el orgullo; por eso temí que Amália sospechara y rechazara la sorpresa con dureza, como hizo con mis ofertas de negocios en mi apartamento. Está claro que esta vez es diferente, y me siento aliviado porque, sea cual sea la razón, la han aceptado.

Casi un centenar de hombres formó el equipo que trabajó arduamente, día y noche, para reconstruir la casa lo más rápido posible. Debo felicitar personalmente al arquitecto encargado por su excelente trabajo.

—Lleva las maletas —le indico al chofer.

A mí mismo me habría gustado llevar sus maletas, ver sus reacciones al contemplar los detalles de la casa y estar seguro de que se sentirían protegidos, pero este jodido miedo mío no me lo permite.

***

Ahora estoy en mi apartamento, tumbado en el sofá de la sala, con un vaso de whisky en la mano. Mi teléfono no deja de sonar. Son personas de la empresa, de la prensa y el comisario. Sin embargo, no estoy preparado para atender a nadie. Todavía estoy viviendo la experiencia única de formar parte de una familia. Me siento un hombre nuevo, y no sé si quiero volver a hacer las cosas que mi antiguo yo hacía.

El sonido del celular vuelve a resonar. Dejo el vaso sobre la mesa de centro y sostengo el aparato, mirando la pantalla encendida. Mi corazón se acelera al ver que ahora es mi madre. Claro que alguno de sus espías le avisó que ya estoy de nuevo en la ciudad.

Presiono el botón, ignoro la llamada, y deslizo los dedos para entrar en la galería de fotos, para ver la sonrisa preciosa de Henry. Mis labios se ensanchan en cuanto contemplo a mi hijo todo sucio de heno, jugando con los caballos. Ya extraño estar con él. Con ellos. Cada risa, cada momento e incluso las travesuras de Henry se convirtieron en las experiencias más significativas de mi vida. Y por más que a veces me fastidie admitirlo, también la extraño a ella. Eso porque hace menos de dos horas que los dejé en su casa. Odio admitirlo, porque, a pesar de saber que descubrí cosas nuevas y que me gustan, los viejos hábitos son difíciles de eliminar.

¿Cómo la conquistaré sin colmarla de regalos? ¿Cómo me sentiré a la altura si no puedo darle algo a cambio?

Me levanto y camino hasta la ventana. Observo la ciudad iluminada por un sol intenso y suspiro. He vivido tantas cosas en los últimos meses, desde que desperté de un sueño profundo. Ni siquiera me reconozco como era hace cinco años. Tal vez por eso esté inseguro con respecto a la seguridad de mi hijo.

***

Tras un baño largo y relajante, con tantas cosas pendientes por resolver, decido encender la televisión y voy pasando los canales, sin ganas de ver nada y sin prestarle atención al resto del mundo. No obstante, un reportaje llama mi atención, porque, por más que diga lo contrario, no consigo sostener durante mucho tiempo que no me importa.

—El señor Ricardo Caccini reveló que se hace necesaria una reforma en la dirección de Caccini Global, pues su hijo, el heredero Caccini, todavía no se ha recuperado por completo del coma en el que estuvo durante cinco años. Ricardo Caccini mostró su apoyo a Lorenzo Ricci, el abogado con formación en administración y economía que trabaja para Caccini Global desde hace más de una década. Le deseamos una pronta mejoría al señor Paolo y que...

Apago la televisión y arrojo el control a un rincón del sofá, reprimiendo las ganas de lanzarlo contra la pared. Tomo el teléfono y llamo a Edy.

—¿Señor Paolo?

—Se acabaron las vacaciones. ¿Tu abuelo mejoró? —Cierro los ojos, indeciso sobre lo que hacer.

—Sí. ¿Me necesita?

—Claro. Tenemos trabajo que hacer. Programa una visita a Alessandro. Quiero verlo, mirarlo a los ojos. También consigue una rueda de prensa. Tengo muchas cosas que aclararle al mundo. Y también necesito...

—¿Está irritado por el reportaje sobre su padre? —me interrumpe, haciéndome torcer los labios.

—¿Por qué me habría de afectar eso? Solo quiero mantener al mundo informado de cómo son realmente los hechos. No estoy enfermo, ¡joder! Estoy bien. Mi nueva empresa entrará en vigor en unas semanas, no necesito a Caccini Global.

—De acuerdo, señor. Empezaré de inmediato a cumplir sus órdenes.

—Gracias.

—¿Cómo están todos? La casa de Amália quedó genial, ¿no? Estuve en la residencia ayer para firmar la aprobación.

—Lo sé. Deben de estar bien. ¿Debería poner seguridad para vigilarlos? A pesar de que Alessandro confesó lo que hizo y está preso, mi intuición comenzó a dudar desde que volvimos.

—Yo también lo pienso. Debería tranquilizarlo, señor, pero quizá su padre...

—No estoy hablando de mi padre. Digo que Alessandro pudo haber contratado hombres y...

El timbre suena, llamando mi atención.

—¿Señor?

—Haz lo que te pedí. Tengo que colgar.

Cuelgo la llamada y me levanto para abrir la puerta.

—¿Ava? —pregunto al abrir—. ¿Qué haces aquí? —Aprieto los dientes—. ¿Viniste a hacer el trabajo sucio de Alessandro?

Ava Passos, la esposa de Alessandro. Han pasado cinco años desde la última vez que la vi. Y a diferencia de la mayoría, parece haberse detenido en el tiempo. Piel morena, pelo rizado, ojos verdes y alta. Es una mujer hermosa.

—Paolo. —Entra apresurada en mi apartamento—. No sé qué le pasó a Alessandro, pero tienes que creerme —empieza a llorar mientras habla—. Él no hizo nada de eso. Se volvió loco.

—Él confesó haber provocado el accidente que casi me mató hace cinco años. Recuerdo haber sido atropellado por un coche que estaba detenido y, de repente, vino hacia mí. No fue un accidente común. Y si él dijo que fue su culpa, yo lo creo. También confesó haber incendiado aquella casa con mi hijo dentro.

—Está loco, Paolo. Eso no puede ser verdad. Él te adoraba. Simplemente no te visitaba con frecuencia cuando estabas en coma, porque no quería verte en ese estado. Pero siempre hablaba de ti con devoción. ¿Por qué no me crees? —Se seca los ojos.

—Tengo muchas cosas que resolver, Ava. Si solo viniste a eso...

—Estoy decepcionada de ti. Pensé que eras amigo de Alessandro, pero, por lo visto, el único amigo era él. —Me mira con acusación.

Ante mi silencio, camina con pasos rápidos hacia la salida del apartamento.

Suspiro y voy hacia el celular que suena. Lorenzo Russo. ¿Qué quiere este tipo conmigo?

—¿Sí? —contesto en voz baja, cansado.

—Paolo, ¿podemos hablar?

—¿Quieres consejos sobre cómo no llevar la empresa a la quiebra?

—Sin ironías, Paolo. Hablo en serio, joder.

—¿De qué se trata?

—Es importante. No puede decirse por teléfono.

—Te veo mañana por la mañana en tu oficina. Sin sorpresas. No quiero ver a mi padre. Ni hace falta decir que iré vigilado por mis guardias, ¿verdad?

—¿No puede ser hoy? Es importante.

—He llegado hace pocas horas de un viaje largo. Mañana nos vemos.

—Como quieras. Te estaré esperando.

No sé qué me lleva a querer encontrarme con él. Puede que sea la rivalidad que siempre hemos tenido. Ahora es el momento de enfrentarnos y resolverlo. Sin embargo, algo me dice que solo quiere hablar de mi padre, hablar por él. Y eso me pone ansioso. ¿Quién se cree para venir a hablarme bien de mi padre?

33
Él me quiere

AMÁLIA DAVIS

—Mira esto, Amália. ¡La ventana está funcionando perfectamente! —Mi padre abre y cierra la ventana de su cuarto, maravillado, como si fuera un niño con un juguete nuevo.

—Claro que sí, papá. No es tu ventana vieja, es otra, aunque parezca la misma —sonrío, diciendo lo obvio.

—Paolo Caccini es un buen hombre. —Él sonríe y alza al nieto en brazos, ya que Henry estaba colgándose de sus piernas.

Observo a mi alrededor, miro los muebles, la decoración y los utensilios. La casa está completa. Incluso hay ropa en mi diminuto armario adaptado, tanto para Henry como para mi padre. Esto es mucho más de lo que se quemó. Paolo no ha escatimado ni una moneda, y eso me pone aprensiva. Justo yo, que no quería su dinero, lo acepté demasiado rápido. No me sentiría así si no fuera por mis sentimientos confusos hacia él. Tal vez lo habría aceptado sin problemas si él fuera solo el padre de mi hijo y estuviera haciendo esto por él.

Doña Lúcia y mi padre ya forman parte del club de admiradores de Paolo y lo ven como a un hombre santo. Increíble.

—Creo que podemos retomar desde donde lo dejamos, Amália. No todo está perdido. ¡Nada está perdido!

—Sí. Es una nueva etapa. —Suspiro, con las manos en la cintura.

Suena el timbre de la casa y veo el semblante de mi padre ensombrecerse cuando mira por la ventana.

—Papá, ¿qué pasa? —Siento miedo de mover las piernas para ver quién es.

—Ricardo Caccini está aquí.

Todo mi cuerpo se congela y Henry sonríe en los brazos de mi padre tras escuchar el nombre de su abuelo paterno. Trago saliva. Él es solo un niño, el único inocente que realmente sufre con todo esto. No tiene la culpa de la madre tonta que tiene, que aceptó ser parte de todo esto.

—Iré yo, papá. Lo enfrentaré. No hará nada, ¿verdad? —pregunto, con la mano en el corazón.

—Sostenlo tú. Deja que vaya yo esta vez. Ese hombre no le hará nada a mi hija ni a mi nieto. —Me entrega a Henry con determinación y empieza a alejarse antes de que pueda reaccionar.

—Vovô Ricaido. —Henry se remueve en mis brazos.

—Después, hijo. Después. —Lo abrazo.

Cojo mi celular y escribo un mensaje para Paolo, desesperada. Ricardo Caccini es el lobo feroz que me acecha en mis peores pesadillas.

“Paolo, tu padre está aquí en casa. ¿Qué quiere? Yo no lo quiero aquí”. —Envío el mensaje, con los dedos temblando.

Pasan algunos minutos y miro por la ventana. Al poco rato, el auto de lujo se marcha.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? Quédate aquí en la cama de vovô —le instruyo a Henry, que asiente, un poco asustado por mi estado de ánimo.

Corro fuera de la habitación y bajo las escaleras, apoyándome en la pared. Me topo con mi padre que viene hacia mí, sosteniendo un oso en las manos.

—Amália...

—¿Qué es eso? Tíralo —digo, alterada.

—Es un regalo para Henry.

—Podría haber una bomba ahí. Tíralo. —Le quito el enorme oso de la mano, corro fuera de la casa y lo dejo en la puerta—. Puede explotar, papá —murmuro casi llorando al volver adentro.

—Amália, estás exagerando. El criminal no es el señor Ricardo. Solo está tratando de enmendar el error que cometió. Nada más.

—No lo entiendo a usted. ¿Se ha olvidado de todo lo que él me hizo a mí y a su nieto?

—No me he olvidado, y él tampoco. Por eso está tratando de arreglar las cosas.

—No tiene arreglo, y no creo que sea eso.

Subo a la habitación de mi padre para buscar a Henry y lo encuentro llorando.

—¡Vovô! —musita él.

Dios mío. ¿Será que todo va a empezar de nuevo?

Abrazo a mi hijo y lo mezo en mi regazo. Ya tiene casi 3 años y es largo. Será alto como su padre. Ya no cabe bien en mis brazos, pero sigue siendo tan frágil. Y siento que, sin importar la edad o el tamaño que tenga, siempre será mi bebé y necesitará de mis cuidados.

***

PAOLO CACCINI

¡Mierda! Debería haber puesto hombres para garantizar la seguridad de mi hijo. Eso habría tranquilizado a Amália. Conduzco a toda prisa hacia el pueblo de ella. En cuanto leí su mensaje, detuve todo lo que estaba haciendo por esto. Ella no respondió mi mensaje ni atendió mis llamadas. Sé que mi padre no hizo nada, pero la última vez que nos visitó en la isla, Amália llegó a perder el sentido de tanto miedo. Y quiero protegerla de eso.

Veo un auto frente a su casa, pero no es ni de lejos el de mi padre. Él no tendría un auto tan barato. Es el tal Enzo. Aprieto la mandíbula y mi corazón se acelera, en una mezcla de preocupación, rabia y alivio. Al menos ella no está sola.

Estaciono detrás de su vehículo y salgo dando un portazo. Veo un gran oso frente a la entrada y me parece extraño. Olvido los buenos modales y entro en la casa sin anunciarme.

***

AMÁLIA DAVIS

—¡Esto es maravilloso, Enzo! No sé cómo agradecerte. —Lo abrazo, feliz con la noticia de que tengo empleo.

—Yo también te estaré eternamente agradecido —comenta mi padre, emocionado.

Enzo consiguió un trabajo para mí y para mi padre en una cafetería de renombre, donde nos pagarán bien. El dueño es amigo de su padre y le explicó nuestra situación. Me siento feliz de estar rodeada de personas sensibles que se preocupan por mí sin esperar nada a cambio.

La puerta se abre cuando me aparto de Enzo. Todos miramos para ver quién entra.

—¡Papá! —Henry corre hacia Paolo, quien parece sorprendido, mirándonos con una expresión dura que se relaja en cuanto sostiene a su hijo.

—Era solo eso. Nos hablamos pronto. —Enzo sonríe y besa mi mejilla. Por algún motivo, eso me incomoda.

No, lo sé. No quiero que Paolo piense que tengo algo con Enzo.

—Gracias. Eres un gran amigo. —Le sonrío, incómoda, y él asiente.

—Vamos. Te acompaño. —Mi padre le toca la espalda y salen juntos.

Paolo me está mirando con seriedad.

—Siéntate —le sugiero con una sonrisa.

—¿Qué hacía ese hombre aquí? Apenas llegaron y ya estaba cerca.

—¿Enzo? Trajo buenas noticias —cuento, entusiasmada—. Mi padre y yo seremos contratados por un amigo de su familia.

—Ah... —cierra la boca antes de terminar la frase—. Qué bien —concluye, apartando la mirada de mí.

—Tu padre vino aquí. Me asusté —murmuro, lamiéndome los labios. Estoy nerviosa y no sé por qué.

—¿Qué dijo?

—Solo quería disculparse y dejarle un oso a Henry.

—¿Ese que está afuera?

—Sí. Rechacé el regalo —respondo con cautela. Ricardo es su padre, así que no quiero herirlo.

—No digo que no tengas razón. Hablaré con él. Mi padre parece desorientado con esas actitudes impensadas. Yo estuve en coma, pero es su cabeza la que está frágil. —Paolo besa la mejilla de Henry, quien ríe sin entender nuestro tema.

—Gracias por venir. Y, por favor, haz algo con ese oso. Ya sabes, podría tener algo dentro.

—¿Algo?

—Una bomba —contesto, sintiéndome tonta.

¿Por qué decirle eso a Paolo suena tan absurdo?

—Siéntate aquí un poquito, hijo. —Él acomoda a Henry en el sofá.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto, extrañada por su actitud seria y decidida.

—Espera aquí, o morirás conmigo —me dice con ironía y se encamina hacia la salida.

Sigo sus movimientos. Toma el oso y lo examina, apretándolo y abrazándolo con fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —Me acerco a él con las manos en la cintura.

Mi padre todavía conversa con Enzo. Ambos siguen nuestros movimientos con la mirada.

—No hay ninguna bomba aquí. —Paolo me entrega el oso.

—No puedes culparme por haber pensado eso. —Tomo el objeto gigante entre mis manos—. Creo que todavía estoy muy asustada con todo lo que pasó —digo en voz baja, con la tristeza ahogándome en la garganta.

Paolo me levanta el mentón con la punta de los dedos y me obliga a mirarlo.

—Está bien. Solo te pido que confíes en mí. ¿Puedes hacerlo? —Sus ojos azules me dicen mucho más que sus labios.

Asiento con la cabeza, desconcertada por este contacto íntimo.

—Más o menos, ¿no? Vayamos con calma. —Retrocedo un paso bajo su mirada penetrante.

—Dámelo —se refiere al oso—. Ya que rechazaste el regalo, lo devolveré a su dueño.

—Hazme ese favor. —Le dedico una sonrisa amable.

Paolo sujeta el oso y comienza a marcharse, pero entonces, de manera abrupta, lo lanza lejos. Me asustó con ese acto inesperado.

—No me gustó encontrar a ese hombre aquí, cerca de mi hijo. —Se pasa las manos por el cabello, furioso.

Me acerco a él apresurada y me sujeto de su brazo para poder hablarle al oído.

—Él todavía está ahí. Por favor, compórtate —murmuro casi en un susurro, temiendo que Enzo oiga a Paolo siendo grosero. No lo merece.

Paolo olfatea mi cuello mientras le hablo al oído. Mi cuerpo se afloja con ese aroma masculino que ya me es familiar.

¡Mierda! No sabía que ser mujer también fuera tan difícil. Siempre fui una chica virgen tranquila, sin deseos ni voluntades, pero este hombre despierta algo en mí que me asusta.

—¿Nos vamos a casa, Paolo? —pregunta mi padre al pasar junto a nosotros, mirándonos con una media sonrisa y divirtiéndose a nuestra costa.

Sin embargo, el señor Norman no se detuvo a escuchar la respuesta de Paolo. Me pareció descortés.

—Ah. Finalmente, se fue. —Paolo mira el auto de Enzo alejándose.

—No te entiendo. ¿Cuál es tu problema?

—Ese tipo es mi problema. Sé que, posiblemente, te consiguió un empleo. Pero yo también puedo hacerlo.

—¿Estás celoso de mí? —Me muerdo el labio. Yo y mi bocota.

—¿Celos? YO nunca siento celos de nadie.

—Entonces, ¿qué es? Estás loco. Sabes que no tengo paciencia, Paolo.

—El que no la tiene soy YO —dice, echando chispas, y camina hacia el oso—. Dile a mi hijo que mañana vendré a buscarlo para que conozca mi casa. Claro, tú podrás ir también, si aún no confías en mí. —Toma el oso y comienza a alejarse hacia su auto.

Mi cuerpo entero se estremece con la idea de ir a algún lugar con él.

¡Estúpido!

Ah, es tan perfecto.

Ya fue, perdí completamente el juicio.

—Pues claro que iré —murmuro en voz alta para que él me oiga.

Él abre la puerta del automóvil y, antes de entrar con el oso, me lanza una sonrisa que congela todo mi interior y calienta mis mejillas.

Es oficial: Paolo está coqueteando conmigo. No me besó en la isla porque estaba excitado de forma mecánica. Ahora está en Milán y podría tener a la mujer que quisiera, pero sigue provocándome. Sé que me desea. Soy virgen, pero no soy tonta.

No soy tonta, solo que estoy actuando como si lo fuera. Claro que estoy muy dispuesta para él, y eso me enoja conmigo misma. Necesito parar, respirar y analizar mis sentimientos; ver si concuerdan con la razón.

***

PAOLO CACCINI

Me dije a mí mismo que nunca volvería a poner un pie aquí, pero la situación demanda que lo haga.

—Señor Paolo —dice Margareth, eufórica, apretando el plumero entre las manos.

Creo que todavía no se acostumbra a verme despierto, ya que pasé poco tiempo en la mansión Caccini.

—¿Dónde está mi padre? —Me ajusto el saco después de arrojar el oso en el sofá.

—Iré a llamarlo. Por favor, aguarde un minuto, señor Paolo. —Ella sonríe, nerviosa, y corre hacia el pasillo.

—¡Hijo mío! —la voz aguda de mi madre resuena en la sala de estar, llamando mi atención.

Siento un amargo sabor de tristeza oprimiéndome el pecho. Estoy de espaldas a ella. No pensé que la vería cuando decidí venir a enfrentar a mi padre.

—Mamá. —Me giro hacia ella, pero no tengo tiempo de hacer nada, porque me abraza como si yo fuera una almohada.

—Te eché tanto de menos. De verdad, muchísimo —gimotea, temblorosa.

Inmóvil, me quedo sin reaccionar.

—Me gustaría creerlo —respondo, recordando que cuando le pregunté, ella me dijo que Amália era la nueva empleada de la casa. Mintió sin el menor pudor.

—Perdóname por haber mentido, hijo. Solo seguí las órdenes de tu padre —se lamenta, todavía abrazándome—. No me hagas estar lejos de ti. Ahora tú eres padre y entiendes lo que un hijo significa para nosotros.

—Paolo —dice mi padre, llamando nuestra atención.

—¿Qué desea usted con mi hijo? ¿Por qué le llevó ese oso?

—¿Amália no aceptó mi regalo? —pregunta de manera formal.

—Usted escogió bien a la madre de su nieto. Claro que no lo aceptaría.

—Paolo, solo trato de hacer lo correcto. Me equivoqué mucho contigo, con Henry, con Amália... Tu ausencia me hizo reflexionar y...

—Por favor, señor, guarde su inspiración para el discurso de investidura de Lorenzo. Solo estoy aquí para pedirle que, por favor, deje a Amália y a Henry en paz.

—Mira cómo está, Ricardo. Nuestro hijo ya no nos quiere. —Mi madre corre a los brazos de mi padre, que la abraza con ojos tristes.

Honestamente, esta escena me resulta extraña. No me cuadra. Pueden estar siendo sinceros, pero...

—Es demasiado tarde para todo esto. —Suspiro y camino hacia la salida, dejando a mi madre llorando.

Es difícil para mí. Ahora que comprendo mejor el concepto de familia, lo es aún más. Pero no puedo aceptar todo lo que hicieron con Amália y con mi hijo. Ellos rechazaron una parte de mí y mi padre lo llamó error. Un plan B. Soy incapaz de perdonar eso. Habría seguido siendo su títere toda la vida si él hubiera tratado a mi hijo con el debido respeto y afecto. Lo mismo aplica para mi madre.

Camino hacia el auto bajo las miradas de los guardias de seguridad que rodean la propiedad, entro en él con prisa y me siento en el asiento trasero.

—A mi casa —le ordeno al chofer y echo la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza.

No sé qué hacer en esta ciudad que, de un momento a otro, se ha vuelto tediosa para mí. Antes, me hubiera ido al club a socializar o a encontrarme con alguna prostituta, pero desde que volví del coma, nada de eso tiene sentido para mí y ahora, después de Henry y Amália, mucho menos.

Amália. Solo con pensar en ella, mi polla reacciona y sufre dentro del pantalón. Llega a doler. Ese cuerpo enmarcado por ropa sencilla debe de ser perfecto. Ese trasero redondo y delicado, sin duda, llenaría mis manos al apretarlo. Pero necesito ir con cuidado con ella. No soy un completo idiota. Ya sé que, en su caso, debo actuar con cautela. No quiero correr el riesgo de hacerla huir.

34
Plan

AMÁLIA DAVIS

Abrazo a Henry, agradeciendo a Dios que todo esté bien. Que continúe así. Creo que ya sufrí por las próximas tres vidas. Nadie merece pasar por las situaciones que pasé.

Es bueno estar de vuelta. Todavía no me acostumbro a la idea de que tengamos nuestra casa, y menos aún a que la hayamos recuperado sin ningún esfuerzo. Pero sí es un buen sentimiento... Es bueno estar de vuelta.

Es de madrugada. La noche está tranquila y todos duermen. Henry duerme a mi lado. Su respiración suave es un consuelo, una música para mis oídos.

Durante la cena, doña Lúcia nos acompañó y nos contó detalles de cómo sucedió todo en la reconstrucción de la casa. Fue un tumulto, todo muy rápido, y ella se sintió como una maestra de obras, siempre orientando dónde iría cada cosa. Claro. Además de nosotros, nadie conocía la casa mejor que ella. Me habló sobre las decenas de llamadas de Paolo para saber si todo iba según lo planeado.

Me remuevo en la cama al recordarlo y esbozo una sonrisa en la oscuridad de la habitación, imaginando ese par de ojos intensos mirándome ahora. Ya pensaba mucho en él cuando solo era un cuerpo dormido, pero despierto es un huracán que desata emociones intensas en mí.

Hay hombres vigilando nuestra casa al acecho. Hablé con Paolo al respecto y, sí, es por orden suya. Es algo que me incomoda, sin embargo, no puedo cambiar el hecho de que Henry posee un apellido importante. Tal como era antes de que Paolo despertara, ahora también hay hombres rondando para vigilar a nuestro hijo. Ahora parece más aterrador, pero el recuerdo de Paolo pidiéndome que confiara en él me hace cerrar los ojos y quedarme dormida tranquilamente.

***

PAOLO CACCINI

Dejo que el agua corra por mi rostro y la disfruto con los ojos cerrados. Son las 6 de la mañana y acabo de regresar de correr. Estaba sudado y con ganas de correr más, pero era hora de parar. Noté a algunos reporteros fotografiándome. Hasta me imagino la noticia que saldrá en los periódicos: “El heredero Caccini sale a caminar por la mañana para intentar controlar su mente” o “El heredero Caccini corre por la mañana, desorientado por haber sido sustituido en Caccini Global”. Solo son mis aliados cuando les conviene. Al diablo. Por lo menos, si no soy el centro de atención, me dejarán en paz.

Al salir de la ducha, entro en mi vestidor y elijo el traje para el día. Edy llegará en unos minutos y me acompañará hasta la oficina de Lorenzo. Estoy cansado solo de saber que nos reuniremos. Es lo mismo de siempre.

***

—¿Qué opina? —le pregunto a Edy, quien observa detenidamente la habitación decorada de Henry, que fue adaptada hace unos días, cuando todavía estábamos de viaje.

Muebles minuciosamente diseñados, de madera maciza, con detalles en blanco, amarillo y azul claro. Una sensación de dulzura y diversión, tal como es Henry.

—Fui yo quien le sugirió este modelo, señor. Sin duda me gusta. —Edy hace un gesto de “bien”.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que estamos perdiendo el tiempo aquí mirando la habitación de mi hijo?

—No, señor Paolo. ¿De dónde sacó eso?

—Está bien. Vámonos entonces. —Me encojo de hombros y camino hacia la puerta de salida. Edy me sigue.

***

—Con permiso. Vine a hablar con Lorenzo —le aviso a la secretaria, que me mira sorprendida. Quizá se asombre de que esta vez estoy siendo más amable—. Él me está esperando.

—De acuerdo. Estoy al tanto, señor Caccini. Por favor, pasen —se refiere a mí y a Edy, que está detrás de mí.

Nos dirigimos hacia la puerta de Lorenzo y mi cuerpo ya reacciona a la tensión que implica estar aquí.

—Buenos días —lo saludo. Él abrió la puerta de la oficina antes de que pudiera tocar.

—Buenos días. Pónganse cómodos. —Cierra la puerta.

Edy continúa de pie a mi lado, mientras yo me siento en el sillón, en un rincón de la oficina.

—¿Qué era tan importante que quería hablar conmigo? —voy directo al asunto.

—Paolo, es un tema delicado.

—Déjame adivinar: ¿se trata de mi padre? —Pongo los ojos en blanco, girando el rostro para la vista del cuadro que tiene colgado.

—Escúchame, presta atención. No seas difícil, como siempre has sido. Solo esta vez, escúchame.

—Estoy aquí para oírte. Continúa, por favor. —Suelto el aire con fuerza.

—Necesitas actuar como si estuvieras decepcionado con todo lo que está sucediendo.

—¿Todo qué? Estoy decepcionado. ¿Acaso no notas en mis ojos que soy el hombre más decepcionado del mundo?

—No lo noto, la verdad. Antes del accidente, parecías mucho más decepcionado que ahora. En este preciso momento, veo a un hombre libre. Con miedo, pero libre.

—¿Por qué debería parecer decepcionado?

—Forma parte de un plan. El señor Caccini cree que Alessandro no está solo en esto y me nombró como su sucesor para desviar la atención de los criminales de ti.

—¿Me estás diciendo que te estás sacrificando por mí? —Entorno una sonrisa ladeada, encontrando cierta gracia en lo que acabo de decir.

Edy mantiene una expresión seria, a mi lado, observando atentamente la conversación.

—Paolo, es una estrategia. Tu padre cree que, si te ven como un hombre decepcionado, distraerá cualquier sospecha de que todo es falso. Debes actuar como si te alejaras de los negocios. Al menos temporalmente.

—¿Y por qué demonios haría eso justo ahora? Si esa es realmente la intención, no huiré. Si los criminales están sueltos, queriendo perjudicarme por ser el heredero Caccini, ¿por qué debería apartarme? Hoy iré a ver a Alessandro. Veré si descubro algo.

—Porque esa es la única manera de atrapar a quien está detrás de todo esto. Si sigues en el centro de los negocios, serás un blanco constante. El señor Caccini no quiere que tú y Henry estén en peligro.

—¿Por qué no me lo creo?

—El señor Caccini lleva años siendo amenazado, Paolo, y todo involucra a la empresa. Los detectives privados dan vueltas y vueltas. Lo que indica que no son confiables. Por eso decidió actuar en secreto, solo nosotros.

Me reclino en el sillón, pensativo, sin creer esta historia. Seguro que es un plan, sí, pero para que mi padre me manipule, no para protegerme.

—¿Y qué ganas tú con esto, Lorenzo? ¿Por qué aceptarías esta carga sobre ti? Sabes que al convertirte en el sucesor, te convertirás en el blanco. ¿Verdad? Si el peligro es real, ¿de verdad estás dispuesto a morir por mí?

Él suelta un suspiro pesado.

—El señor Caccini es como un padre para mí, Paolo. Lo que te convierte a ti en mi hermano. Y quiero proteger a esta familia porque, por más siniestra que sea, es la única que tengo. Acepta esta propuesta. Confía en mí, y juntos podremos superar esto.

Se me llenan los ojos de lágrimas ante lo que acaba de decir y giro el rostro para respirar mejor y no dejar que se dé cuenta de cuánto me ha desarmado. Sí, tenía razón todo el tiempo: mi padre ve en Lorenzo al hijo que nunca vio en mí. ¿Qué carajo soy yo en todo esto?

Lorenzo permanece en silencio, esperando mi respuesta. Edy, cerca de mí, se mantiene impasible, como el buen asistente que es, prestando atención a todo. Pero su presencia aquí es un apoyo mucho mayor de lo que él imagina.

Respiro hondo, tratando de controlar las emociones que surgen dentro de mí. ¿Qué se me viene a la cabeza ante todo esto? Henry y Amália. Si yo estoy en peligro, Henry está en peligro. Amália está en peligro.

—Si ese es el plan de mi padre, actuaré como si estuviera triste por tener que apartarme. Lo haré por Henry. Y en cuanto a ti, estoy seguro de que los millones de euros que caerán en tu cuenta serán un consuelo por cualquier tormento que tengas que pasar. Solo no digas que es porque somos hermanos. Sabes que estamos muy lejos de eso. —Lo miro fijamente y él me devuelve una mirada significativa, como si lo hubiera herido.

Locos. Todos están locos últimamente y quieren llevarme a la locura también.

—Paolo, de todos modos, estás tomando la decisión correcta. —Suspira.

—Quiero todos los detalles del plan.

—Puedo decírtelos ahora. Vamos a trabajar en conjunto con la mafia italiana. Luca Amaro colocará a sus hombres a mi alrededor. De hecho, ya están. Nada me sucederá sin que ellos lo sepan.

—¿La mafia? —Estoy incrédulo—. Menos mal que me estoy apartando de esto. Pero, si te asustas, recuerda que tienes a Leandro. Él y Vick, sin duda, morirían felices por los millones de euros que están en juego. —Me levanto y salgo de la oficina con Edy. Esta reunión no fue nada de lo que esperaba—. ¿Qué opina de todo esto? —le pregunto a él camino al coche.

—Me parece extraño. No sé qué pensar. —Abre la puerta para mí.

—Mi padre está lleno de artimañas. No voy a preocuparme por ello. Que él se las arregle con los problemas de su empresa.

—¿Y la visita a Alessandro? ¿De verdad la hará? Está programada para hoy a las 14 horas.

—Sí. Seguiremos con el plan. Pero antes de seguir pensando en esos problemas, vamos a almorzar. Debe de tener hambre.

De camino al restaurante, mientras observo el paisaje, me acuerdo de las comidas en la isla. Siempre eran animadas y especiales. Ahora es difícil sentir hambre, estando solo, sin mi hijo.

***

AMÁLIA DAVIS

—¡Papá! ¡Papá! —Mi bebé corre hacia Paolo, que acaba de pasar por la puerta.

—¿Qué tal, amico? ¿Me extrañaste? —Levanta al hijo en brazos.

Me acerco a los dos, llevando la bolsa de Henry. Siento un poco de vergüenza, pero no lo suficiente como para quedarme callada.

—Te ha estado esperando desde temprano —le cuento al llegar frente a él.

Paolo aparta la mirada de Henry para fijarla en mí, como si me prestara toda su atención.

—Tuve un día muy ocupado, pero ahora soy todo de ustedes. —Sonríe y yo no logro sostenerle la mirada—. Vamos.

Lo sigo hasta el coche, sintiéndome una intrusa por acompañar a Henry. Pero me preocupa y quiero estar cerca. Puede que sea exagerada, pero, de todos modos, me alegra que Paolo lo respete. Peor sería si estuviera usando esto como excusa para ir a su casa. Sería peor. Pero no es el caso, aunque, sin duda, me encanta la idea.

Soy una persona horrible.

***

Es imposible no recordar la primera vez que estuve aquí. Prácticamente fui llevada a la fuerza por dos matones pagados por Paolo y estaba asustada, temiendo lo que pudieran hacerme.

—¿Te sientes bien? —Él me mira por el espejo del ascensor, con el rostro pegado al de Henry.

El niño se olvidó de mí en cuanto vio a su padre.

—Todo bien. —Asiento con la cabeza, suspirando.

En cuanto se abre el ascensor, nos dirigimos a la puerta de la cobertura y Paolo la abre, todavía con su hijo en brazos.

Sacudo la cabeza para ahuyentar los recuerdos tormentosos de nuestra pelea en este lugar y respiro hondo. Ya lo perdoné. Él estaba perdido. Ya no es así. Solo fue una discusión de dos personas perturbadas y asustadas, un malentendido.

—Síganme. Quiero mostrarles algo que no puede esperar. —Parece entusiasmado.

Los sigo por el pasillo de la cobertura y él nos conduce hasta un cuarto. Es la habitación de Henry. Al entrar, me encuentro con una visión sorprendente. La habitación es un paraíso para cualquier niño: colores suaves, juguetes organizados, una estantería llena de libros infantiles e incluso una pequeña mesa para dibujos y tareas escolares.

—¡Papá, mira! —Henry salta emocionado de los brazos de Paolo y señala un robot de juguete.

Paolo sonríe, visiblemente satisfecho con la reacción de él.

—¿No es genial, hijo? —Se agacha a la altura de su hijo.

Mientras tanto, en mi mente solo ronda una pregunta...

—Este cuarto es hermoso, pero... ¿Henry dormirá aquí? ¿Solo?

—Amália, eso será con el tiempo —responde sin volverse hacia mí.

Asiento con la cabeza. De repente, al ver a los dos juntos, felices, a Henry feliz, me doy cuenta de que ya no soy la única que lo ama más que a nada. Me doy cuenta de que no soy la única con el derecho de amarlo por encima de todo. Una pequeña punzada se clava en mi corazón y sonrío, dejando escapar una lágrima solitaria. Estoy feliz por Henry, pero no dejo de sentir un leve y extraño celo.

Después de bastante desorden, nos acomodamos en la cama de Henry para ver una película infantil. Paolo hizo palomitas. Fueron de microondas, pero sirven igual. Henry está encantado con la sesión de cine con sus padres a su lado.

Tras varios minutos de juegos en la habitación, Henry, por fin, se cansa. Recorre la cama para acostarse.

—Quelo doimir en mi camita. —Se sube a ella.

—Henry, quítate el calzado —voy hacia él para quitarle los tenis.

Paolo me observa, apoyado en el mueble, con los brazos cruzados.

***

—¿Qué quieres hacer, Amália? —pregunta Paolo tras largos minutos mirándome sin decir nada.

Estamos sentados frente a frente en el sofá de la sala, en el mismo donde discutimos antes.

—Estoy bien. —Paso la mano por mi cabello.

—No sé tú, pero no tengo buenos recuerdos que involucren a mí, a ti y a esta casa.

—No te preocupes por eso.

—Qué bueno que estemos creando nuevos recuerdos. —Él se pone de pie, se acerca a mí, se detiene frente a mí y me tiende la mano.

—¿Qué?

—Hagamos algo. ¿O ya quieres irte a la cama?

—¿Ir a la cama? Pero, ¿cómo así? No vine preparada para pasar la noche.

Él sujeta la mano que le ofrezco, casi involuntariamente, y me jala para ponerme de pie.

—¿Bailamos? —Paolo une nuestros cuerpos y, en el mismo instante, mis nervios se agitan, despertando el deseo cálido que nuestro contacto me provoca.

—No estoy oyendo música. —Entrelazo nuestras manos.

—¿No la oyes? —murmura cerca de mi oído, erizándome la piel por completo.

—En realidad, creo que ahora sí la oigo —mascullo, casi en un gemido, rozando nuestras mejillas.

—Tó cun jambre.

Me sobresalto cuando Henry aparece en la sala, mirándonos con curiosidad.

—Paolo, ¿qué hay para comer aquí? —Me aparto de él.

—Tú eliges, Amália. —Él suspira, mirándome con una sonrisa suave, lo que solo empeora mi estado de nerviosismo.

—Me pondré cómoda. —Camino hacia la cocina y Henry me sigue.

Busco los ingredientes para un sándwich de jamón y lo preparo, todavía temblorosa. Es increíble cómo Paolo tiene de todo aquí.

—¡Ricoso! —exclama Henry cuando le entrego el sándwich.

Todo sucedió tan rápido que sigo un poco aturdida. No puedo dejar de pensar que estuve a punto de besarlo de nuevo. Lo deseo tanto. Me había olvidado de mí misma para cuidar de mi padre y luego porque me convertí en madre, pero ahora mi cuerpo clama por un contacto íntimo, clama por Paolo.

—¿Todo bien por aquí? —Aparece en la cocina, sosteniendo una toalla.

—Sí. Él está comiendo. —Sonrío, intentando no imaginar que piensa ducharse ahora.

—Sigue sintiéndote como en casa. Necesito darme un baño ya, pero enseguida vuelvo con ustedes.

Miro a Henry, que se ha quedado dormido sentado.

—¡Henry! —Corro hacia él y lo tomo en brazos. A veces hace esto.

—¿Está bien? —Paolo se acerca, preocupado.

—Solo está cansado. Lo llevaré a la cama —respondo, un poco torpe.

PAOLO CACCINI

Ella es virgen, es evidente; me acusó de haberle robado el primer beso en la isla. A pesar de que ese detalle me satisface, no dejo de sentirme culpable. No puedo asustarla, pero cada segundo a su lado es una tentación mayor, y para mí, un hombre con experiencia, resulta difícil no tomar la iniciativa. Por eso, durante la ducha, llevo mi mano a mi polla varias veces, tentado a aliviar un poco el deseo que siento por ella. Sin embargo, detengo los movimientos al saber que con ella será mucho más placentero. Al mismo tiempo, la culpa me invade. Ella está aquí por Henry, y Henry está aquí por mí. Debería sentirme contento y satisfecho solo con eso.

Necesito pensar en asuntos más serios e importantes. Tengo tantos problemas. Estoy decepcionado porque Alessandro rechazó mi visita. Con seguridad sintió vergüenza de enfrentarme, sabiendo que no caí en la triste historia de su esposa. Pero debería ser un hombre y mirarme a los ojos.

Apago la ducha y enrollo la toalla en mi cintura. Paso la mano por mi cabello, salpicando agua. Al salir del baño, de lejos, percibo que Amália me mira a través de la puerta entreabierta, parada, con los ojos muy abiertos a la tenue luz de la lámpara.

—Perdóname. Yo estaba pasando y…

—Entra —le pido, con la respiración acelerada por la sorpresa de verla mirándome.

Parece pensarlo unos breves segundos, pero luego, bajo mi mirada cargada de deseo, avanza,

cruza la puerta. Su rostro sonrojado y sus ojos clavados en mí me animan a acercarme más.

—Y-yo…

—¿Deseas ayudarme en algo? ¿Quieres hacer algo por mí? —Me aproximo de ella y coloco un mechón de su cabello tras su oreja.

—¿Necesitas que haga algo por ti? —Hay un pequeño atisbo de picardía en sus ojos.

—En realidad… —Rodeo su cuerpo con la mirada, analizando su espalda. Mis ojos descienden lentamente y me acerco a su nuca—. Necesito saber qué hay debajo de ese vestido —susurro en su oído.

—No sé si te va a gustar… —Ella envuelve su propio cuerpo con los brazos, como si se protegiera.

Me coloco frente a ella.

—No quiero presionarte, Amália. Si no te sientes cómoda, podemos parar aquí —intento ser respetuoso, pero lo cierto es que no sé serlo. Nunca lo necesité—. Aunque te deseo demasiado.

Ella muerde suavemente su labio inferior y se aparta un poco, sin perder el contacto visual. Siento mi corazón acelerarse mientras empieza a desabotonarse el vestido con lentitud. Cada movimiento es como una caricia en mi cuerpo. No puedo creer que esto esté sucediendo. Me siento como si caminara hacia el paraíso, drogado con mil sustancias alucinógenas.

Cuando Amália se quita el vestido por completo, reprimo un gemido al ver su lencería, que expone sus senos generosos como si hubieran sido hechos especialmente para mí, como un premio. Sin saber si retroceder para admirar mejor ese par de muslos o acercarme para tocar su piel tentadora, me quedo inmóvil, torturado por lo que mis ojos contemplan.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta ella con algo de inseguridad, devolviéndome a la realidad.

—¿Que si me gusta? —Me acerco con una sonrisa—. Eres hermosa en exceso, Amália. —Sujeto su mentón con la punta de mis dedos—. Antes pude haber actuado por impulso, pero ahora quiero que sea consciente y consentido. ¿Me permites tocar tu cuerpo? —No desvío mis ojos de los suyos.

—Sí —susurra con cautela.

Esa autorización era todo lo que necesitaba para liberar a la fiera hambrienta que llevo dentro.

—Te haré mía por completo, Amália. —Deslizo mis manos suavemente por sus hombros, sintiendo la calidez de su piel bajo mis dedos—. Te he deseado desde la primera vez que te vi, solo que aún no estaba preparado para ti.

Llevo mis manos lentamente hasta los tirantes de su sujetador, y, bajo su mirada cargada de deseo, los bajo.

—Quiero verlo todo, Amália. —Beso con delicadeza uno de sus senos, todavía cubierto, luego el otro—. Lo quiero todo para mí. —La rodeo con mis brazos, uniendo nuestros labios.

Mi mano viaja por su sedoso cabello y me embriago con el dulce aroma de su perfume. Mi respiración desbocada me avisa que quiero más, que necesito más. Por eso mis dedos resbalan hasta el broche del sujetador y lo desabrochan con facilidad.

—Tócalos —pide ella tímidamente al ver que contemplo el par de pechos más apetecibles que he visto en mi vida.

—Haré todo lo que quieras. Tu deseo es una orden. —Le dedico una sonrisa pícara.

Mis manos exploran los contornos suaves de sus senos. Su piel caliente bajo mis dedos. Siento que Amália suspira mientras sus pezones se endurecen bajo mi toque ávido. Vuelvo a besarla al tiempo que una de mis manos sigue acariciando su pecho. La toalla que rodea mi cintura cae, revelando mi desnudez. Giro a Amália de espaldas hacia mí, acerco mi cuerpo con cuidado, pegándome a ella, y mi polla dura roza su trasero. El estremecimiento eléctrico que nos sacude no da tregua.

Con suavidad, la vuelvo a girar para enfrentarla. Mis ojos recorren su cuerpo con atención. Veo, debajo de su vientre perfectamente sexy, la cicatriz de la cesárea y me inclino hasta ella. Paso los dedos por esa marca, la más hermosa que he visto, y dejo un beso sobre ella. Bajo la cabeza y beso su sexo por encima de la braga, provocándole un gemido bajo y ahogado. Después, me incorporo de nuevo.

Con su mano guiada por la mía, Amália coloca los dedos con delicadeza sobre mi polla y recorre cada centímetro con curiosidad y timidez. La sensación es irreal. Una mezcla de placer, deseo y pasión que nunca había experimentado antes de ella. Aumenta el ritmo conforme mis instrucciones silenciosas.

—Deliciosa —murmuro, perdido en el placer—. ¡Carajo, Amália!

Incapaz de esperar más, la alzo en brazos y la llevo a la cama. Con cuidado, la acuesto y me poso sobre ella, empezando a besarla con fervor. Estoy enganchado a sus labios. Mis manos recorren su cuerpo despacio. Siento que es un universo nuevo con infinitas posibilidades de goce. Me siento como un adolescente que acaba de descubrir la utilidad de su polla.

Sin detener el beso, empiezo a acariciar sus muslos, ascendiendo cada vez más hasta llegar justo al lugar que tanto quería tocar. Me aparto para que mis ojos se deleiten con esa visión perfecta. Mis dedos rozan su sexo, suave y húmedo, listo para mí. Amália gime en mi boca como respuesta.

—Todo para mí —ronroneo, arrebatado de excitación—. Quiero que este momento dure para siempre.

Desciendo mi boca hasta sus senos y los chupo, lamiendo y mordisqueando con suavidad, alternando entre uno y otro. Al mismo tiempo, incremento el ritmo de mis dedos en su sexo, estimulándola a cada segundo y deleitándome con el placer que se refleja en cada uno de sus movimientos. Amália jadea y siento su humedad deslizándose entre mis dedos, haciendo que mi polla enloquezca de deseo, ansiosa por penetrarla.

Con ella aún en éxtasis, me coloco en posición, sujeto mi miembro duro y lo deslizo suavemente

entre sus labios, provocándola un instante antes de penetrarla por fin. Lo hago despacio, como nunca antes, conteniéndome al máximo para no embestir de una sola vez. Ella deja escapar un gemido quejumbroso, cargado de placer. Yo, por mi parte, no puedo reprimir un gruñido al sentir su interior cálido y estrecho envolviéndome por completo.

Empiezo a moverme despacio, adelante y atrás, disfrutando cada detalle de ella y cada reacción que muestra en su rostro, contorsionado por el placer. Todo mi cuerpo está concentrado en dar y recibir placer, pero siento que estoy a punto de explotar. He perdido el control de todo. Voy a correrme así, encima de ella, sin aprovechar todo lo que me gustaría. Soy hombre, y noto que he sido lo bastante resistente.

—¡Carajo! ¡Qué rica! —exclamo, hundiendo la cabeza en su cuello y dejando que mi cuerpo descanse sobre el suyo unos segundos.

Luego me dejo caer a un lado, pues soy consciente de que ella es menuda y yo soy pesado.

35
Noticia

AMÁLIA DAVIS

Mi respiración se calma y mis piernas lloran, extrañando el calor de Paolo entre ellas. Una pequeña sensación de ardor se hace presente en mi intimidad, recordándome la locura que acabo de cometer.

—Gracias. Eso fue increíble. —Subo la sábana hasta mis senos, vencida por la vergüenza que, de la nada, decidió apoderarse de mí.

—Ahora se me ocurrió... ¿Te lastimé? —Paolo gira el cuerpo hacia mí. Su rostro denota una preocupación repentina.

¿Quiere matarme de tanta ternura?

—No. Claro que no. —Sonrío, sintiéndome diferente. Ahora me siento realmente mujer.

Él suspira, aliviado, y una sonrisa se dibuja en sus labios. Sus ojos azules brillan más de lo normal.

—Solo quería asegurarme de que estés bien. No quiero que te arrepientas. —Toma mi mano y la besa.

Mis ojos descienden por su pecho desnudo y un frío en mi vientre me invade. Deseo con fervor volver en el tiempo para disfrutar mejor lo que hicimos.

—Fue mejor de lo que imaginé —confieso.

—¿Entonces, has estado imaginando estar en una cama conmigo?

—Claro. Tú me besas y… ¿pretendes que lo olvide? —Me volteo y apoyo el rostro en mi mano, con el codo sobre la cama.

—Eres un ángel, ¿lo sabías?

—¿Yo? ¿Ángel?

—Mi ángel travieso de cabellos rubios, al que le encanta que toque sus senos. —Se inclina y besa mis labios, pasando la mano por mi cabello.

—No sabía que creías en ángeles. —Sonrío.

—Después de conocerte, empecé a creer. —Vuelve a besarme.

Movida por sus palabras, avanzo mi cuerpo sobre el de él, haciéndolo quedar debajo de mí, y

correspondo el beso con toda la pasión que desean mis células.

—Dime más, Paolo —murmuro en sus labios, frotando mi cuerpo sobre el suyo y vibrando por más.

—Mi ángel travieso —afirma, deslizando la mano hacia mi trasero y apretándolo.

Me incorporo y lo miro, mordiéndome los labios.

—¿Hasta cuándo pensarás así? —Siento su miembro rozando mis piernas.

—Temo que por el resto de mi vida. Nunca me cansaré. —Lleva la mano a su polla y la ubica en mi entrada—. Más aún si te sientas así sobre mí.

El calor que provoca la punta de su pene erecto en mi apertura es una sensación alucinante que me estremece y me obliga a soltar un gemido mientras me deslizo sobre él. Más gemidos se escapan a medida que repito los movimientos. Mi deseo es gritar su nombre y menearme como si no hubiera un mañana, pero me limito a besar su mentón masculino y cuadrado, con su barba incipiente arañando deliciosamente mi rostro.

—¡Deliciosa! —exclama, y me suelta una nalgada. Presiona mi muslo justo después.

***

Abro los ojos al oír la voz de Henry llamándome, asustado.

—Él se despertó. —Paolo se pone de pie, con prisa.

—Vístete —le pido, recordándole que está sin ropa, mientras yo misma camino hacia mi vestido.

Está a punto de amanecer. Perdimos la noción del tiempo. También, era de esperarse... Quedamos extremadamente cansados después de lo que hicimos incontables veces.

—¿Cómo logras ser tan rápida? —pregunta, aún de pie en el mismo lugar, mientras yo ya estoy vestida.

—Soy madre. Las madres siempre tenemos que ser rápidas. —Corro hacia la puerta.

Es obvio que Henry está asustado. Rara vez duerme solo y, estando en una casa que todavía le resulta extraña, no es de extrañar su reacción.

—¡Mamá! —Llora, quejumbroso, acostado en la cama y retorciéndose.

—¿Qué pasa? Mamá está aquí. —Lo tomo en mis brazos—. ¿No te gustó dormir en tu camita nueva?

—Tengo jambre. —Vuelve a llorar, pero es evidente que se quedará dormido otra vez.

Lo mezo con cariño, con paciencia. No pasa mucho tiempo hasta que Paolo aparece en la puerta, llevando un pantalón de chándal, sin camisa y descalzo, con el cabello despeinado. Es la primera vez que lo veo con ropa tan informal, y la visión es muy placentera.

¿Qué me pasa?

—¿Tuvo una pesadilla?

—Solo está extrañando dormir aquí. Pronto se acostumbrará. —Sonrío.

Paolo se acerca y se sienta a mi lado, en la cama de Henry.

—La vida es diferente cuando uno se convierte en padre. A veces me siento tonto por preocuparme por cosas pequeñas. Otras veces, me siento inútil, cobarde, por estar de acuerdo en esconderme tras el abogado. Pero todo es para proteger a mi pequeño hijo.

—¿De qué hablas?

—Lo que importa es que él está bien. Me estoy ocupando de eso. —Asiento con la cabeza y suelto un suspiro—. Se durmió de nuevo. —Acaricia el cabello de nuestro hijo.

—Él es fácil de tratar. Diferente del padre, que se escabulle de las conversaciones. —Lo miro de reojo, dejando a Henry de nuevo en su cama.

Paolo y yo caminamos juntos hacia la puerta de la habitación.

—¿Dejamos la luz encendida? —pregunta.

—A él le gusta que esté apagada. Quizá eso lo ayudó a despertarse. —Apago la luz.

Sigo a Paolo por el pasillo de la cobertura, acariciando su ancha espalda desnuda y el camino hasta su cintura.

Todavía no creo que estemos así.

—¿Tienes hambre? —Se detiene en la entrada de la cocina.

—¿Me prepararás algo para comer? —Sonrío, arqueando la ceja.

—Ahora vendrás a menudo aquí. Será mejor que te acostumbres a mis dotes culinarios. —Hace una sonrisa sexy que me hace suspirar.

Me siento en la pequeña mesa y lo observo dedicarse a prepararme algo.

—¿Vendré a menudo? ¿Crees que tendré tiempo? —bromeo.

Mi intención es seguir con el tema para saber qué será de nosotros. ¿Qué hicimos? ¿Estamos saliendo? Por mí, sí. Qué vergüenza siento de mí misma. Pero bueno. Yo lo merezco, Henry lo merece, Paolo lo merece. Solo quiero que seamos felices juntos.

—Harás el tiempo para mí. No puedes darme el tarro de miel y luego quitármelo y salir corriendo con él. —Me mira con sus ojos azules y siento mi rostro calentarse ante ese comentario.

—Está bien. Haré lo posible para que no me eches de menos. —Suelto una carcajada.

Él sigue mirándome, solo que ahora con más intensidad, como si estuviera pensando en mil cosas.

Dos meses después

—Paolo, despierta. —Toco su hombro suavemente para no asustarlo. Últimamente, él se sobresalta con cualquier movimiento que hago al despertarlo.

Sí, llevamos dos meses juntos. Los mejores dos meses de mi vida. De nuestra vida. De la vida de Henry. No siempre todo son rosas, sobre todo porque los guardias de seguridad que nos vigilan parecen haberse multiplicado, pero Paolo no prescinde de ninguno, alegando que todos son necesarios para nuestra seguridad, principalmente la de Henry. Aun así, estamos bien. Todos, incluso mis tíos en Seattle.

Mi tío Hary es el CEO de la agencia inmobiliaria que Paolo abrió. Paolo me confesó que unió lo útil a lo agradable, ya que mi tío es, sin duda, el mejor negociador, mientras él tiene mucho dinero que necesita ser invertido.

Yo estoy trabajando en la cafetería, en el trabajo que Enzo consiguió para mí, la misma donde trabaja mi padre. Emma, la antigua niñera de Henry, fue readmitida para cuidarlo cuando no estamos en casa. Me parte el corazón, pero, lamentablemente, así es la vida. No puedo ablandarme y simplemente aceptar que Paolo me dé dinero.

Pero, en general, todo ha sido increíble, como nunca imaginé, sobre todo las salidas con Henry al parque, al centro comercial y al cine, aunque siempre estemos vigilados. Son tantos momentos maravillosos que ya somos una familia feliz. Claro que, en secreto, espero la propuesta de matrimonio.

En el fondo, tengo miedo de que todo esto sea solo un momento para Paolo; que simplemente esté matando la curiosidad de cómo es tener una familia con mamá, papá e hijo.

—¿Qué...? —Se sienta de golpe en la cama, mirándome con atención.

—Tu celular está sonando. —Se lo indico y se lo entrego.

—Gracias, mi linda. —Me da un beso en los labios antes de contestar la llamada.

Sus ojos claros, aún somnolientos, me miran un instante. Luego se levanta y se aleja para hablar, mirando el teléfono con seriedad. Lo cual no es novedad, porque siempre que habla por teléfono, se pone serio.

Aprovecho para observar mi habitación que, poco a poco, adquiere detalles distintos por la presencia de Paolo aquí: algunos cuadros sobre la cómoda con fotos del cumpleaños de Henry de 3 años. Fue una fiestecita sencilla e improvisada solo para nosotros en casa, como Paolo, doña Lúcia y Edy. Fue un momento especial y Henry se divirtió mucho.

Tal vez no tenga razones para sentirme insegura. Debería simplemente vivir la felicidad y creer en ella, aunque, sí, seamos de mundos muy diferentes. Paolo aún debe ir a Caccini Global para finalizar los proyectos que requieren su atención, pero yo, francamente, no veo la hora de que salga de ahí y se dedique únicamente a su empresa. Me siento egoísta, aunque no es por mí, sino por él mismo y por Henry. Ricardo Caccini me hizo tanto daño y le hizo tanto daño a mi hijo, que no sé si algún día lo superaré.

—¿No vas a contestar? —pregunto al ver que sigue mirando el teléfono.

—Es mi padre... —Me mira, indeciso—. Nunca me ha llamado tan temprano. ¿Qué hora es? ¿Las cinco de la mañana?

No habla con Ricardo Caccini desde hace dos meses. No pregunto mucho porque no estoy lista para hacerlo, pero me preocupa Paolo y sé que, a pesar de que sonríe la mayor parte del tiempo conmigo y con el niño, debe sentir tristeza en relación con su padre y su madre. Según las noticias, Lorenzo Russo se está preparando para asumir la empresa. Eso generó muchas especulaciones sobre Paolo. Hace unos 50 días dio una rueda de prensa, pero no dijo nada relevante ni siquiera reveló lo de Henry. Percibo que está ansioso. Es obvio que siente que aún corre peligro. Cualquiera que vea la cantidad de guardias afuera se daría cuenta de ello.

—¿Y qué esperas? Contesta. —Hago gestos con las manos para que atienda—. Podría haberle pasado algo a él o a doña Rose. —Empiezo a preocuparme.

Sería más normal que fuera uno de los hombres de Paolo, ya que ellos pueden llamar a cualquier hora, lo hacen sin miramientos. Pero el señor Caccini... Nunca había pasado algo así.

A pesar de todas nuestras diferencias, me preocupa. De una forma oscura y macabra, ellos aman a Paolo y son sus padres. Son retorcidos y narcisistas, pero son sus padres. Y me compadezco. No deseo el mal a nadie, a pesar de todo.

PAOLO CACCINI

—¿Papá? —atiendo después de aclararme la garganta, preparándome para oír su voz tras tanto distanciamiento.

En secreto, deseo que esta llamada sea para pedirme perdón, porque sufre de insomnio y me necesita.

—Paolo, soy yo.

—¿Mamá? ¿Pasó algo?

—Es tu padre. Lo trajeron al hospital. Sufrió un ataque cardíaco. Lorenzo está muerto, y a tu padre lo tienen aquí en el hospital. Van a matarte a ti también. —Se enredó en las palabras, pero dijo lo suficiente para que lo entendiera.

Una descarga aterradora recorre mi cuerpo.

—¿A qué hospital lo llevaron? Iré para allá ahora mismo. Tranquilízate. —Cierro los ojos para mantenerme enfocado en resolver el problema y no en lamentarme por él.

—Vinimos al hospital más cercano. —Empieza a llorar y escucho voces acercándose a ella. Probablemente enfermeras tratando de calmarla.

Cuelgo la llamada.

—Paolo, ¿qué pasó? —Amalia me mira con los ojos llenos de preocupación.

—Mi padre tuvo un ataque cardíaco. Necesito ir al hospital. Lorenzo está muerto —digo con la voz ronca, intentando comprender la noticia.

Es extraño saber que el abogado con quien rivalizaba está muerto. Un sabor amargo se apodera de mi garganta mientras camino hacia mi ropa, apresurado.

—¡Dios mío! Lorenzo... —gimotea Amalia, sentándose en la cama—. El señor Ricardo era muy cercano a él, ¿verdad? —Se acerca—. Lo siento mucho, Paolo. Tranquilo, todo saldrá bien —dice con ternura, intentando consolarme con un abrazo.

—Estoy bien. —Detengo mis movimientos y correspondo el abrazo solo para no ser descortés, pero me sorprende el consuelo que siento en sus brazos.

Mi mente está hecha un torbellino, tratando de procesar la noticia, y mi corazón se oprime por la pérdida repentina de Lorenzo. Me siento culpable y horrorizado por la frialdad con la que lo traté la última vez que nos vimos.

Me visto rápido y, como es costumbre, miro a Amalia, que ahora está sentada al filo de la cama, observándome con compasión en la mirada.

—Pobre Lorenzo. Era tan amable. —Parece consternada. No sabía que se conocían.

—Si necesitas algo, llámame. —Le doy un beso en la mejilla.

Tras su triste sonrisa, salgo. Pero antes de ir al hospital, instruyo a mis guardias para que vigilen la puerta de la casa con mucha más dedicación y contraten un ejército, si hace falta.

Cada calle parece más larga que nunca durante el trayecto, y el ruido del motor se mezcla con los latidos de mi corazón, que no sabe si sentir aprensión por mi padre o culpa por Lorenzo.

Al llegar al hospital, me guían hasta la sala de espera, donde veo a mi madre sentada, angustiada. Al verme, corre hacia mí.

El ambiente hospitalario es gélido. Combina con mis emociones en este momento.

—Mamá, ¿alguna noticia de mi padre? —pregunto mientras ella me abraza.

Se aparta para mirarme. Sus ojos están rojos.

—Creo que murió. Nadie me dice nada, solo me mandan esperar —se lamenta—. Paolo, creo que Lorenzo era su hijo. —Se aleja para sentarse de nuevo.

Es evidente lo afectada que está.

—¿Cómo es eso? —Siento el corazón acelerarse—. ¿Por qué lo crees?

En cualquier momento, seré yo quien tenga un ataque cardíaco por tantas emociones fuertes.

—Recibió una llamada que nos despertó a ambos, y al oír lo que la persona dijo al otro lado, habló: “No. Lorenzo, hijo mío, perdóname”. Entonces dejó caer el celular al suelo, me miró con desesperación llevándose las manos al corazón y dijo: “Lorenzo está muerto. Es mi culpa. Perdí a mis dos hijos. Van a matar también a Paolo”. —Mi madre suspira, llorosa—. No sabía qué hacer. Llamé a los guardias y ellos nos trajeron aquí. Ahora nadie me dice nada.

La abrazo, con los ojos cerrados, y me siento a su lado, olvidando cualquier rencor que pudiera tener.

Finalmente, se acerca un médico con semblante serio y ojos cansados. Nos mira directamente a mi madre y a mí, como si buscara las palabras precisas.

—Señor Caccini. Señora Caccini… —vacila antes de continuar—. El señor Ricardo sufrió un grave ataque cardíaco. Hicimos todo lo posible, pero… —Se detiene, traga saliva—. Lamentablemente, no lo superó.

El impacto me paraliza y me golpea con fuerza. Mi mente repasa los últimos acontecimientos en cuestión de segundos, las palabras que no se dijeron y las decisiones que, ahora, parecen tener consecuencias irreparables. Siento una oleada de tristeza. Esta pérdida, sorprendentemente, duele, y me quedo sin fuerzas para pronunciar palabra alguna. Mi madre suelta un sollozo y la abrazo con fuerza, sin poder creer la maldita situación que acaba de suceder.

36
Descubrimientos dolorosos

PAOLO CACCINI

Qué desesperante. Además de dos muertes, un descubrimiento. Me siento frustrado. Debería haberme esforzado más para que pudiéramos convertirnos en una familia normal.

El médico sigue hablando, pero sus palabras se convierten en un zumbido lejano mientras intento procesar la avalancha de emociones. El peso de la culpa, de la pérdida y de la revelación se mezclan y me llevan al borde de la desesperación. Mi padre, quien siempre fue una figura fuerte en mi vida, para bien o para mal, ahora se ha ido, y ya no hay vuelta atrás. Nunca más podré mirarlo a los ojos y exigirle una explicación. Nunca más podré pedirle que me muestre afecto o que ame a mi hijo.

—Señor Caccini, necesitamos discutir los siguientes procedimientos —dice el médico, tratando de traerme de vuelta a la realidad.

Asiento con la cabeza, tratando de centrar mi atención en él, pero todo a mi alrededor parece borroso. Mi madre, a mi lado, está tan aturdida como yo.

—¿Dónde está Lorenzo Russo? Quiero ver el cuerpo. —Respiro con fuerza—. ¿Está en la morgue de este hospital?

—Voy a verificarlo para usted. Solo un instante. —Hace un gesto con la cabeza y se aleja.

Mi madre está sentada en la silla, con las manos en el pecho.

—¿Desea que una enfermera le administre un calmante? —pregunto al ver su estado.

—No. Quiero sentir cada partícula de este sufrimiento, ya que es lo único físico que me queda de Ricardo —se lamenta y vuelve a llorar.

Me quedo de pie, desesperado, sin saber cómo ayudarla.

¡Mierda! ¡Qué mierda! —pienso, llevándome las manos a la cabeza.

***

No hubo remedio, una enfermera le dio un sedante a mi madre, que se alteró aún más al saber que el cuerpo de su esposo ya estaba siendo preparado. Estoy afuera del hospital, con el celular en la oreja, hablando con el comisario.

—Sí. No sé en quién confiar. —Miro al suelo—. ¿Alessandro ha recibido alguna visita recientemente?

—Muchas. Alessandro era muy sociable —responde con voz somnolienta.

—Necesito hablar con Luca Amaro. Él debe tener información. Sus hombres vigilaban a Lorenzo Russo. —Siento un nudo en la garganta.

—Puedo ponerlo en contacto con la mafia. Encontraré la manera.

—De acuerdo.

—Empezaré a trabajar en eso ahora mismo. Después le devolveré la llamada con más información. Y, ah, señor Caccini, mis más sinceras condolencias —dice con voz apagada.

—De acuerdo. —Cuelgo sin saber qué contestar ante su última frase.

Rechazo una llamada de Amália y le envío un mensaje diciéndole que la llamaré en breve. No quiero preocuparla con esto. Ella no tiene por qué sentirse mal por mí.

No sé qué resolver primero. Estoy perdido.

—Señor. —Oigo la voz de Edy y me giro para recibirlo. —Señor, lamento mucho su pérdida —habla con tristeza y toca mi hombro con compasión.

—¿Conseguiste lo que te pedí?

—Pasé frente a la casa de Lorenzo. Está todo acordonado, se convirtió en escena del crimen.

—¡Mierda! Entonces es verdad. ¿Alguna novedad al respecto?

—No logré saber nada sobre Lorenzo, pero, señor, desafortunadamente, tengo una noticia que podría cambiarlo todo.

—¿Ahora qué pasó? —Me pongo en alerta.

—Uno de nuestros hombres informó que Alessandro sufrió un intento de asesinato hoy, a las dos de la madrugada. Pero lo están guardando en secreto; quieren encubrirlo. Le cortaron la garganta y ahora está luchando por sobrevivir.

—¡Qué mierda, Edy! ¡Qué mierda! —exclamo, arrojando el celular al suelo—. Dime, ¿qué hago?

—Paolo Caccini —una voz desconocida llama nuestra atención.

Es un hombre tatuado, con varios anillos en la mano. Su semblante rudo y con cicatrices me da una pista del tipo de persona que es.

—¿Sí? —pregunto, todavía en estado de alerta.

Puede ser alguien que venga a matarme. En este momento, toda mi vida pasa por mi cabeza en un abrir y cerrar de ojos y siento que entendí cómo funciona todo, cómo debo actuar, cómo debí haberlo hecho. Lástima que es tarde.

—Sígame. Luca desea hablar con usted.

Miro a Edy, quien me devuelve una mirada de inseguridad. Sin embargo, sé que si este hombre

quiere matarme, lo hará de cualquier forma. Y como necesito hablar con Luca Amaro, no me queda más que seguirlo.

—Vayamos con él, Edy.

El desconocido asiente.

Veo los primeros rayos de sol del día mientras sigo al hombre tatuado entre los autos del estacionamiento del hospital. Finalmente, llegamos frente a un coche negro con vidrios oscuros. El tatuado abre la puerta para mí y miro a Edy antes de entrar.

—Paolo Caccini, mis condolencias por la pérdida de su padre —dice otro hombre con expresión seria cuando me siento en el asiento del copiloto, a su lado.

—¿Qué está pasando? ¿Eres Luca? —pregunto directamente, sin rodeos, analizando lo que puedo ver desde mi ángulo—. ¿Qué sabes de toda esta mierda?

Es un hombre delgado, de cabello negro bien cortado y peinado. Su estilo lujoso no difiere mucho del mío, excepto por las joyas que lleva en el cuello y en las manos. Debe tener, aproximadamente, unos 30 años. Puede que esté frente a uno de los hombres más temidos del inframundo criminal, pero en este momento, nada me conmueve más que lo desconocido. Necesito saberlo todo.

—En la cajuela de mi coche está tu traidor —dice, mascando un chicle—. Necesito saber si vas a cumplir la palabra de tu padre. —Gira el rostro hacia mí con una mirada amenazadora.

—¿Tienes un traidor en tu cajuela? —pregunto con cautela—. ¿Quién está en tu cajuela?

—Eres un hombre de negocios, señor Paolo. Sabes que para recibir, hay que pagar. —Juega con su navaja, que sacó del bolsillo.

—¿Qué te prometió mi padre? —Suelto un suspiro.

—Que el heredero Caccini se casaría con una hija de la mafia para que así ingresemos a los negocios de su familia. Caccini Global es una de las corporaciones más grandes del mundo, y tu padre prometió una alianza estratégica que beneficiaría a ambas partes.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al oír las palabras de Luca. Aunque siempre fui consciente de que tarde o temprano mi padre me arreglaría un matrimonio, saber que fue con la mafia me sorprende aún más.

—¿Y quién está en la cajuela? —insisto, intentando centrarme en los detalles más importantes, no en un malentendido.

Luca sonríe de lado, como si se divirtiera con mi ingenuidad.

—Ve tú mismo y míralo, señor Paolo. La verdad está a tu alcance. —Suelta una carcajada mientras sigue mascando su chicle.

Respiro hondo. A esta altura, ya no sé ni lo que siento. Salgo del coche y me dirijo a la cajuela, bajo la mirada de Edy y del hombre que nos trajo hasta aquí. Al abrirla, me encuentro con una escena que me deja sin habla.

El maldito de Leandro, mi primo, está atado y amordazado. Sus ojos se encuentran con los míos, revelando una mezcla de desesperación y rabia. Está intentando liberarse.

—¡Qué mierda! ¿Cómo no sospeché de ti? —Suelto una carcajada amarga—. ¿No te bastó con querer a mi novia? ¿Necesitabas todo lo que era mío? ¿Era eso? —pregunto, respirando con dificultad—. ¡PODRÍAS HABÉRMELO PEDIDO, MIERDA! —grito exaltado, llevando los dedos a los bordes de mis ojos para intentar calmarme—. Con solo pedírmelo te lo habría dado todo, Leandro. —No consigo contener más el dolor que llevo dentro.

Luca se acerca a nosotros con prisa, acariciando su arma con silenciador.

—Leandro Marino, estás acusado de haber conspirado y actuado en contra de tu propia familia. Provocaste el accidente de tu primo, intentando asesinarlo hace cinco años. Prendiste fuego a la casa del hijo de tu primo, intentando matar a un niño inocente y a toda su familia. Intentaste asesinar al medio hermano de tu primo. Obligaste, mediante chantajes y amenazas, a Alessandro Passos a cargar con la culpa de tus crímenes. Intentaste asesinar a Alessandro Passos en la prisión. Por ello, tu sentencia será un disparo en medio del ojo. Solo porque hoy estoy cansado. —Luca apunta el arma a la cabeza de Leandro y está a punto de disparar.

—¡NO! —grito, intentando detenerlo.

Desafortunadamente, ya es demasiado tarde. Leandro no es más que un cadáver arrojado en la cajuela de un coche.

Luca y su hombre empiezan a reír, mirando el cuerpo muerto y desfigurado de Leandro, con sangre por todas partes.

—Ese hijo de puta necesitaba pagar en vida. Tenía preguntas. Quería golpearlo —murmuro, cerrando los ojos, agotado. Extremadamente agotado. Tan agotado que me dejo caer de rodillas frente a la cajuela, con las manos temblorosas.

—Trabajo concluido. Ahora será mejor que cumplas tu parte. —El mafioso vuelve a guardar el arma en su cintura.

Lo miro, poniéndome de pie.

—¿Qué quieres de mí? —Hago una mueca.

Él se acerca, fijando en mí una mirada desafiante.

—El matrimonio. La alianza entre nuestras familias. Es hora de sellar ese acuerdo. Tú serás el enlace que unirá a Caccini Global con nuestra organización. El heredero Caccini debe casarse con una hija de la mafia.

—Necesito tiempo. Acabo de perder a mi padre, descubrí que tenía un medio hermano que está muerto, Alessandro casi muere por mi culpa y mi primo era un traidor —me desahogo, sintiendo el peso de la situación. Me siento débil y con el mundo en mi contra.

Luca suspira y se acerca a mi hombro.

—Eres más fuerte de lo que crees. No tenemos tiempo que perder. El mundo de la mafia no

espera a nadie —dice a mi oído.

Mientras intento asimilar lo que acaba de suceder, suena mi teléfono. Es el comisario. Atiendo, mirando a Luca.

—Señor Caccini, tenemos novedades. Parece que Alessandro sufrió un intento de asesinato. Están tratando de encubrir la verdad —explica el comisario.

—Demasiado tarde. Ya lo descubrí todo.

—¿Todo?

Al oír la conversación, Luca pone cara de burla.

—Sí. Al final, tu trabajo no sirvió de nada —le suelto y cuelgo sin esperar respuesta.

—Ese desgraciado es el siguiente en mi lista —dice Luca con desprecio—. Leandro no actuó solo, contó con el apoyo del comisario. No olvides leer las noticias de mañana, te van a alegrar. —Hace una señal a su hombre para que suba al coche y él hace lo mismo—. Parece que las cosas se complican aún más, Paolo. Todos a tu alrededor son falsos. Pero recuerda: ahora estamos juntos en esto. Cumple con tu parte del acuerdo y te aseguraré protección siempre.

Trago saliva. Por primera vez, estoy realmente asustado con mi realidad.

—Me encargaré de todo —murmuro, casi sin emoción.

—Ah... y tu hermano está vivo. —Entra al coche.

—¿Lorenzo está vivo? —Camino hasta la puerta del auto para oírlo mejor.

—Sí. Recibió un disparo en el pecho y, cuando estaba a punto de morir, llamó a tu padre. Lorenzo le explicó que le habían disparado y que creía que iba a morir, y tu padre pensó que en verdad moriría. En fin... está siendo atendido por uno de mis médicos. Me encargaré de esa cuestión con la policía.

—¿Lo estás cuidando?

—Sí, al fin y al cabo, ahora somos familia. —Me guiña un ojo y su chófer arranca el coche.

Me quedo mirando el vehículo alejarse, con los hombros caídos.

—Señor, ¿y ahora? —Edy se acerca a mí, recordándome su presencia.

—No lo sé, Edy. No tengo idea.

***

AMÁLIA DAVIS

Un mes después

Llego a casa cansada, tras un largo día de trabajo. Los lunes parece que duran 48 horas. Encuentro a Henry jugando con su avioncito, junto al sofá de la sala, y esbozo una sonrisa al

verlo entretenido.

—Amália, ¿dónde está el señor Davis? —pregunta Emma, su niñera, al verme entrar a la sala.

—Ese va a hacer horas extras. Ya sabes cómo es, ¿no? Está enamorado de la gerente y se queda trabajando más de la cuenta. —Pongo los ojos en blanco.

Es un poco triste verlo rehacer su vida después de tantos años de viudez. Es triste no solo porque sea él, sino porque esa es la más pura realidad de la vida. La vida sigue y los amores se acaban, por más fuertes que hayan sido... Igual que el amor que pensé que Paolo sentía por mí.

Está tan distante últimamente. Después de la muerte de su padre, nunca más durmió en mi casa ni me invitó a dormir en la suya. Y apenas me mira, alegando que está ocupado y resolviendo problemas. Ni siquiera le presta la debida atención a Henry. Intento acercarme a él en las escasas ocasiones en que lo veo. Él sonríe —una sonrisa vaga— y se aparta.

Estoy cansada de esto. Necesito un punto final. Lo extraño tanto. Henry lo extraña tanto. Ya es hora de que él tome una decisión. Sé que perdió a su padre recientemente, pero por eso mismo debería estar cerca de su hijo, para apoyarse mutuamente. No creo que Paolo actúe así por crueldad; debe haber algún motivo, algún miedo. Después de todo, los guardias de seguridad aún rondan nuestra casa, aunque hayan disminuido bastante.

—¡Mamá! —Henry salta a mis brazos, dándome consuelo y recordándome que la vida es mucho más que pensar y lamentarme por Paolo Caccini y sus problemas.

—Qué bien. Me alegro por el señor Davis. —Emma sonríe mientras recoge los juguetes.

—Ya puedes marcharte, Emma. Mañana te daré un bono, pues cobro hoy. —Sonrío, guiñándole un ojo.

—De acuerdo, Amália. Eres genial, la mejor patrona de todas. —Se ríe y le da un beso en la mejilla a Henry antes de irse.

Respiro hondo y sonrío a mi hijo, que cada día se parece más a su padre. Camino hacia la cocina, sujetando su mano, para prepararle la merienda. Trabajo en una cafetería, pero no puedo comer allí. En el trayecto, veo un cuadrito colgado en la pared: yo, Henry, papá y Paolo en la isla.

Suspiro. Es triste cómo cambian las cosas con el tiempo.

—¡Hmm! ¡Qué rico! —exclama Henry al verme sacar el jamón de la nevera, devolviéndome a la realidad.

De repente, decido que no puedo seguir así. Necesito un punto final. Necesito hablar con Paolo. Después de todo, nunca me he callado ante una situación injusta, y todo esto es injusto. No voy a suplicar nada ni a exigir nada, solo quiero dejar las cosas claras, preguntarle si necesita ayuda, apoyo o si teme reconocer que nuestro involucramiento fue un error. Está bien. No hace falta que lo oculte. No tiene que sentir lástima de mí. Solo no quiero que él y Henry se alejen por mi culpa.

37
Sal de ese pozo

PAOLO CACCINI

Giro la botella de whisky tragándola sin control y bebo desmedidamente. Amália se decepcionaría si supiera esto. Pero no importa, ella no lo sabrá, y con seguridad ya está decepcionada. Lo veo en sus ojos.

Hoy le di el día libre a Edy. No quiero saber nada. Ni de Caccini Global ni de la inmobiliaria en Seattle. Hoy quiero hundirme en mi soledad y sentir todo lo malo que hay en mí.
Rechacé una invitación de Alessandro para ir al club a jugar póquer con los demás, como en los viejos tiempos. No, mierda. No quiero estar en la vida de nadie. Soy desgracia allá por donde paso. No sé cómo Alessandro todavía me quiere como amigo, después de que dudé cruelmente de su lealtad.

Lorenzo estuvo en la UCI casi 15 días, recuperándose de la herida en el pecho. Lo visité con frecuencia, aliviado de no tener que cargar con la culpa de no haber sabido de él antes. Es mi hermano menor, y siento que es mi responsabilidad, pese a que ya es un hombre hecho. Lorenzo me contó que solo descubrió que era hijo de Ricardo Caccini cuando yo sufrí el accidente. Nuestro padre se desesperó y se lo confesó, sintiéndose culpable. Cuidaba de Lorenzo a distancia y, según mi comprensión, pretendía hacer lo mismo con Henry. A veces uso esto para no sentir tanta rabia contra él.

Tocan el timbre. Frunzo el ceño y dejo la botella en la mesa de centro. Estoy sin camisa y usando el mismo pantalón de vestir de ayer. Al diablo. Hoy estoy de descanso y borracho. Al diablo el mundo. Camino hacia la puerta y la abro de golpe. La cordura se apodera de mí en el instante en que la veo. Ni estando loco me olvidaría de todo lo que ella significa para mí.

—¿Qué mierda haces en mi casa, maldita? ¡Tú eres la culpable de todo! —La señalo con el dedo mientras ella sonríe y entra sin ser invitada.

—Paolo, querido, ¿no lo ves? ¡Por fin podemos estar juntos! Esperé los 30 días para respetar el luto públicamente, pero lloré todas las noches desde que terminamos. No pude olvidarte ni un segundo en todos estos años —gimotea Vick, intentando abrazarme.

Mantengo la puerta abierta, en silencio, intentando controlar la respiración.

—Si sigues aquí, voy a golpearte. Y no quiero rebajarme a tu nivel.

—Leandro era un psicópata que me usaba para hacerte daño. ¿No lo entiendes? —Llora, aferrada a mi brazo.

—Me dejaste porque él era el CEO de la empresa en aquel entonces. Lo confirmaste mirándome

a los ojos, que solo estabas conmigo por dinero y estatus. Alegaste que Leandro te estaba pagando más para tenerte. ¿Tienes idea de lo que eso me hizo?

—Lo sé, mi amor. Por eso estoy aquí, para arreglarlo todo.

—Dejé de creer en lo poco que creía y que podía hacerme feliz. Pasé a no aceptar nada de nadie, a menos que lo pagara. Tú, Vick, eres una maldita que, sin duda, corrompiste la cabeza de Leandro para volverlo tan ambicioso como tú.

—¿Incluso después de muerto él seguirá estorbando nuestro amor? ¿Eso es? Ese maldito... —Llora, arruinando su maquillaje.

—¿Nuestro amor? Eres menos que una mosca para mí. La única mujer que amé y que aún amo es la madre de mi hijo. Lo que creía sentir por ti no se acerca ni de lejos a lo que siento por ella —digo entre dientes. Agarro su brazo y la echo afuera.

Entonces, mis ojos vislumbran una figura que hace que mi cuerpo se estremezca y casi se rinda al efecto del alcohol que corre por mis venas, mientras Vick llora de forma compulsiva, como la actriz que es.

—Paolo —dice Amália, con los ojos inundados de lágrimas.

Ella, la madre de mi hijo, mi salvadora, la única persona en el mundo a la que no quería lastimar.

—Amália, esta mujer no es lo que estás pensando. —Empujo a Vick, que se sujeta de la pared mirándome con indignación.

—Lo he oído todo, Paolo. —Amália sonríe, desarmándome por completo.

—Amália, ¿qué haces aquí? —Miro hacia los lados.

—Esa mujer debió morir quemada junto con ese mocoso y ese viejo —suelta Vick, con una mirada llena de odio.

Amália se gira hacia ella, con el rostro rojo, y se abalanza sobre su cuerpo con la mano levantada. Luego empieza a golpearle la cara.

—¡MALDITA! —grita Amália como un huracán, aferrada a su pelo y golpeando su cabeza contra la pared, mientras Vick chilla, intentando apartar las manos de Amália.
—¡VOY A MATARTE, ZORRA DEL INFIERNO! —Está llorando, fuera de sí.

Nunca la había visto así. Me gustaría dejarla seguir golpeando a Vick. Sería bueno si la matara. Pero, por el bien de Amália, corro hacia ella y la sujeto, apartando sus manos.

—Amália, cálmate. —La abrazo y ella todavía forcejea conmigo.

Vick me lanza una mirada asustada y sale corriendo hacia el ascensor.

—¡Maldita! —dice Amália, hecha un mar de lágrimas, en mi abrazo.

Me siento impotente al verla así.

—Lo sé. Me encargaré de meterla a la cárcel. —La aprieto, olvidando, por este momento, que

alguien puede vernos.

—Ven. Entra. —La arrastro de la mano hacia el interior.

—¿Cómo pudo desear que mi hijo y mi padre murieran quemados mientras dormían? ¿Por qué no me dejaste matarla, Paolo? —Se aparta para mirarme, con los ojos rojos de tanto llorar.

—Pagará por sus crímenes. Tranquilízate. Está sola y no tiene nada. Ya lo comprobé. No tiene ni un centavo. Y Henry está rodeado de guardaespaldas. De todos modos, me encargaré de acabar con ella —digo, intentando calmarla, pero por dentro también estoy furioso y angustiado.

Amália asiente y esboza una sonrisa débil, secándose las lágrimas.

—Ven conmigo. Si de verdad me amas, si soy la única mujer que has amado, sal de esta situación, de este pozo en el que te estás hundiendo, y ven conmigo. —Pasa la mano por mi rostro y cierro los ojos para sentir mejor su caricia—. Mírate. Todo arrugado y oliendo a alcohol. Tu casa es un desastre. Es evidente que estás perdido. Ven conmigo, sigue adelante e intenta reconciliarte con tu madre. Seguramente ella también está sufriendo. Tu padre se fue, pero aún la tienes a ella. Haz las paces. Y Henry te echa de menos. Tienes que salir de esto, Paolo —habla, sujetando mi cara entre sus manos con ternura.

—Siempre me has visto detrás de toda la tormenta que me rodea. Siempre me has visto —sonrío con amargura, desviando la mirada de ella.

—Porque sé que estás ahí. Te siento —dice con firmeza.

—Tenía razón cuando dije que eras mi ángel. —Admiro su belleza y su bondad.

—Hablo en serio, Paolo. —Ella sonríe, pero sus ojos siguen expresando seriedad.

—Amália, me alejé para protegerte. No puedo estar contigo. Soy un maldito que nunca consigue su felicidad completa —digo, sintiendo un dolor en el pecho.

—¿Qué? ¿Por qué? —Está confundida y asustada.

—Antes de morir, mi padre me dejó una última decepción —cuento con la voz quebrada—. Debo casarme con una chica de la mafia. Ni siquiera la he visto, y por lo que sé, no tendrá más de 17 años. Lo estoy aplazando todo lo que puedo, pero, Amália, si la mafia se entera de que te tengo a ti, de que podrías estorbar sus planes… —explico, sintiéndome aún más preocupado mientras pronuncio mis propias palabras—. Te harían daño o, peor aún…

—Cásate con ella —Amália se aparta de mí, llorando, llevándose la mano a la boca—. No voy a volver a buscarte. No te preocupes por mí —dice entre sollozos.

—Amália, no quiero. Te quiero a ti. Necesito pensar en una forma de solucionar esto. —Voy hacia ella y la sujeto por los brazos—. No me veo con otra mujer que no seas tú. Sería la peor de las torturas —afirmo mirándola a los ojos y conteniendo las lágrimas que amenazan con salir.

—Tenemos que pensar en Henry, Paolo —dice ella con los ojos cerrados—. Todo en lo que debemos pensar es en él. Solo él importa. —Vuelve a abrir los ojos.

Junto nuestras frentes, dejando que, por fin, las lágrimas caigan.

—Tienes razón, mi amor. —Beso sus labios con ternura, dolor y pasión, sintiendo el sabor salado de nuestras lágrimas—. Reza por mí, Amália. Voy a necesitar mucho de tu fe y de tu amor. Lejos de ti soy un hombre vacío e infeliz. Lejos de ustedes, no soy nada.

—No saldrás de mis pensamientos ni de mis sueños —sonríe entre lágrimas.

Aparto su cabello detrás de la oreja.

—Quisiera amarte por última vez, pero eso lo haría todo más doloroso. —Beso su mano—. Vete, Amália. Vete y cuida de nuestro hijo. No dejaré que le falte nada. Por favor. Es la forma más segura en la que podré estar presente en su vida.

38
Un Caccini

PAOLO CACCINI

Sentado en mi oficina de la Caccini Global, donde aún tengo asuntos pendientes, observo a un visitante indeseado, que no parece dispuesto a negociar. Con todo lo que escucho, Amália y Henry aparecen en mi mente. No importa el tema.

Nuestra última conversación de la semana pasada, cuando ella fue a mi casa y oyó mi discusión con Vick, dejó en mí emociones que no se han calmado todavía. Al menos la perra de Vick fue arrestada, con la ayuda de Lorenzo, que es muy bueno consiguiendo pruebas.

—No podemos esperar más. El Don ya está pensando en dar una muestra de lo que sucede cuando se incumple un acuerdo —me advierte Luca, girando su arma sobre mi escritorio.

¿De verdad tiene que estar exhibiéndola?

—La chica solo tiene 17 años. ¡No me casaré con una cría! —exclamo, sintiéndome más seguro a pesar de la amenaza que se refleja en su mirada y en sus manos.

—Isabella no es ninguna cría, te lo aseguro —Luca suelta una carcajada, pero enseguida se pone serio—. ¿Estás seguro de que seguirás inventando excusas? Primero fueron los 30 días de luto por tu padre. ¿Ahora será la edad de la novia?

Me remuevo en la silla, bajo la mirada intensa de Luca Amaro. Él es la mano derecha del Don, y sé que no puedo subestimarlo. Caccini Global es un imperio construido sobre lealtades y acuerdos que no se pueden romper.

Estoy a punto de responder cuando Lorenzo Russo, mi medio hermano, entra en mi oficina y nos interrumpe a propósito. Evidentemente, tiene algo que anunciar.

—Señores —dice, trayendo algunos papeles en la mano.

—Pareces recuperado. —El mafioso une las manos, observándolo con atención.

—Sí. Gracias.

—¿Qué deseas, Lorenzo? —Quiero agilizar el asunto. Últimamente estoy irritado.

—Vengo a reclamar lo que me corresponde por derecho. —Sus ojos me transmiten complicidad.

—¿Cómo? —pregunto, mientras veo que Luca también presta más atención.

—Sin rodeos, Paolo. Soy un Caccini legítimo ahora. Eso es lo que dicen estos papeles. Y aunque no se haya formalizado legalmente, nuestro padre decidió que yo sería su sucesor.

—¿Están de broma conmigo? ¿Me están haciendo un espectáculo privado? ¿Es eso? —Luca se pone de pie, molesto.

—Lorenzo, ya hablaremos de esto luego. —Suspiro, indicándole que se vaya.

—Ahora soy un Caccini. Como el buen abogado que soy, resolví este asunto. —Sonríe como si hubiera ganado una competencia—. Reuní pruebas de la voluntad de nuestro padre.

—Me alegro por ti, de verdad, pero no es un buen momento —insisto, temiendo que el mafioso crea que lo estamos mareando con esta escena.

—Pareces más inteligente que tu hermano —dice Luca, llevándose la mano al mentón y observando a Lorenzo de pies a cabeza.

—No podía quedarse con todas las cosas buenas. —Se ríe con orgullo.

Resoplo y dejo que las cosas fluyan. Al parecer, el mafioso se interesa por mi hermano.

—Está decidido, Lorenzo: tú te casarás con Isabella —anuncia Luca y da un golpe en mi mesa.

—Eso es ridículo —respondo de inmediato—. Lorenzo, no tienes que hacer eso. —Lo miro a los ojos—. Este problema es mío.

—No es negociable, señor Paolo. El acuerdo está hecho y ahora usted y su hermano tienen responsabilidades que cumplir. Isabella se casará con un Caccini para sellar nuestra alianza y, por lo visto, el Caccini más indicado es él, ya que es el sucesor. Si a usted le parece que hay tanto problema en cumplir el acuerdo, que sea el bastardo. No nos importa. Después de todo, Lorenzo tiene esos documentos y ahora es un Caccini, igual que usted. —Luca relaja sus facciones, aliviado.

Dirijo mi atención a Lorenzo.

—Yo era un bastardo, Paolo. Sé que tú también sufriste con las actitudes de nuestro padre, pero ya me cansé de limosnas. Si soy un Caccini, puedo hacerlo. Cásate con Amália, que es la madre de tu hijo, y no dejes que Henry sea un bastardo como yo. No dejes que tenga hermanos legítimos de otro matrimonio con los que deba disputarte la atención —dice con amargura y la mirada fría.

—Ya me harté de este teatro. Está decidido. La mafia ya esperó demasiado. —Luca se encamina a la salida—. Me pondré en contacto para hablar de los detalles del compromiso —le dice a Lorenzo, luego abre la puerta y se va.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo? —Rodeo la mesa para acercarme a Lorenzo—. Todo esto, ¿es para quedarte con la empresa? Ya te dije que es tuya.

—Vete al carajo, ¡Paolo! —espeta—. Lo hago por mí, sí, pero también lo hago por ti. Por Henry. Lo hago por todos. Pero sí, especialmente por mí. Por la empresa. Aunque, claro, si tú quieres hacerlo, me retiro. —Levanta las manos—. Te dejo ese honor.

—¡No quiero hacerlo! —afirmo casi gritando.

—¡Lo sé que no quieres! He visto cómo te consumes intentando encontrar la manera de librarte

de esto. Pero no hay otra, Paolo. ¡Es la maldita mafia! Ni la policía puede deshacerse de ellos. Son una organización enorme. Sé de lo que hablo.

—Lorenzo, te vas a casar con una chica de 17 años a la que ni conoces. Necesitas enamorarte de alguien y casarte porque la amas, no porque sea una tarea, un deber, parte de un plan, un acuerdo. ¡Qué mierda, Lorenzo!

—Tranquilízate, hermanito. —Pone una mano en mi hombro y sonríe—. Cásate con tu chica, vive tu amor y deja que la oveja negra de la familia haga el trabajo sucio. —Sonríe, dándome unas palmaditas en el hombro.

—¿Oveja negra? ¿De dónde sacas eso? Tú eras el consentido de nuestro padre. Tú eras...

—Un error de él. Alguien a quien intentaba compensar con ayuda, consejos y oportunidades, pero no reconocía. Yo era un error. ¿Lo entiendes? Igual que él pensaba de Henry: un error. Pero tú eras el perfecto, el heredero, lo que siempre quiso. Solo me anunció como sucesor para desviar la atención de ti. Y su plan funcionó: casi muero.

Las palabras de Lorenzo me hieren profundamente, revelando que siente tanto resentimiento como yo, aunque estuviera más cerca de nuestro padre.

—Lorenzo, no quiero que hagas esto por obligación. No quiero que sacrifiques tu vida otra vez por un acuerdo de negocios —intento mantener la calma.

—No lo entiendes. Ya me acostumbré a ser el segundo, el olvidado. Ahora tengo la oportunidad de ser más que eso. —Suspira.

—¿Y qué pasa con Isabella? Esa chica merece a alguien que la ame de verdad. Alguien que no solo cumpla un acuerdo como lo estás haciendo tú, claramente.

Lorenzo mira al suelo un momento, como si luchara consigo mismo.

—Haré lo posible por ser un buen marido para ella. Tal vez incluso llegue a amarla con el tiempo. Es mejor que la vida que tendría si no aceptara. Créeme. En la mafia hay destinos peores para las mujeres que casarse con un bastardo inteligente y guapo como yo. —Él sonríe, cínico, pero sus ojos no me ocultan la tristeza que ahora sé que habita en su interior.

***

—¿Trajiste los anillos de compromiso más hermosos y caros del tamaño que te pedí? —le pregunto al vendedor de la joyería, quien acompañó a Edy hasta mi nueva oficina en un edificio moderno y sofisticado, para la inmobiliaria que también expandiré hasta Milán.

—Sí, señor. Para otras opciones más lujosas que estas sería necesario encargarlas con antelación.

—No, las quiero para hoy mismo. —Empiezo a analizar los anillos. Uno es más brillante y deslumbrante que el otro.

—Perfecto, señor Caccini. —El vendedor sonríe, entusiasmado por la comisión que ganará con cualquiera de estas joyas de alto valor.

Edy me mira con desaprobación. Lo sé, a Amália no le gusta que despilfarre mi dinero con ella,

pero esta vez tendrá que hacer un esfuerzo y aceptar mi regalo.

—Esta. Quiero esta. —Señalo la más brillante, pero que al mismo tiempo es delicada y dulce, tal como Amália.

Tiene dos diamantes que parecen un pequeño par de alas, reflejando la luz del sol que entra por la ventana. Combina perfectamente con mi amada, que es un ángel en mi vida.

El vendedor sonríe, intentando contener la emoción, mientras Edy y yo nos miramos a los ojos. Mantengo una postura decidida y alegre; renovado. Hoy es un buen día para mí.

***

AMÁLIA DAVIS

—Que pase buena noche, señora Márcia. —Le hago un gesto con la mano a la gerente de la cafetería, que me lo devuelve con simpatía y amabilidad.

Le dedico una mirada significativa a mi padre, que va a hacer horas extras otra vez, y me dirijo a la salida, cargando mi bolso, ansiosa por llegar a casa junto a mi pequeñito y abrazarlo con fuerza. He depositado en Henry toda mi razón de felicidad y esperanza. Sé que es mucha responsabilidad para él, pero, ¿qué alternativa tengo? Si no me centro en él, lloraría todos los días pensando que Paolo debe de estar ahora de luna de miel con su esposa.

Salgo de la cafetería y, a lo lejos, veo a Enzo esperándome, recostado en su coche, como siempre, pues le pago para que me lleve de vuelta. Sonrío y hago un gesto con la mano, dirigiéndome hacia él. Es una tarde agradable, con la brisa acariciando y calmando mi espíritu.

—Buenas tardes —lo saludo, mostrando una sonrisa cansada después de un largo día de trabajo.

—Hoy no podré llevarte —me avisa y se sube a su coche, sin dar más explicaciones.

—¿Cómo que no? Soy una clienta habitual. No puedes cancelar un compromiso —protesto, indignada, sin paciencia para bromas. Necesito llegar pronto a casa para ver a mi hijo.

—Porque hoy te vas conmigo, Amália. —Lo escucho a mi espalda y me giro de inmediato, asustada por su aparición repentina.

—Paolo, ¿q-qué haces aquí? ¿Por qué no estás de luna de miel? —casi me tropiezo con mis palabras—. ¿Pasó algo? ¿Estás bien?

Su rostro parece apacible, divertido y más libre. ¿Estoy alucinando o vi mal? No debería estar aquí, tendría que estar lejos de mí, casado con otra mujer.

—¿Luna de miel? —Frunce el ceño y saca algo de su bolsillo. De él extrae un pequeño estuche rojo.

Mis ojos, incrédulos y sorprendidos, no se apartan de él mientras se arrodilla ante mí, como un verdadero príncipe, haciendo que mi corazón se acelere. Abre el estuche y me muestra un anillo precioso.

—Solo iré de luna de miel si tú eres mi acompañante. Amália Davis, ¿aceptas casarte conmigo? —Hace una media sonrisa y sus ojos, llenos de brillo, me miran con expectación.

Sin entender nada más que el hecho de que está sonriendo frente a mí y pidiéndome en matrimonio, haciéndome la mujer más feliz del mundo, me arrodillo frente a él, dejando caer mi bolso en el proceso, y lo abrazo con fuerza, sintiendo las lágrimas de felicidad rodar por mi rostro.

—Sí, acepto. —Siento el calor de sus brazos alrededor de mí.

No sé qué pasó ni cómo cambiaron los planes, pero confío en él. Sé que, si está aquí, es porque Henry está a salvo, porque él me ama y porque podemos ser felices juntos.

Paolo se pone de pie y toma mi mano para que yo también me levante. Algunas personas, incluido Enzo, mi padre y los empleados y clientes de la cafetería, nos miran con curiosidad y admiración.

—Perdóname por esta proposición tan repentina y simple. Es que no quería estar ni un segundo más lejos de ti y de nuestro hijo. No tenemos tiempo que perder. —Me pone el anillo en el dedo y besa mi mano delicadamente.

Sonriendo como una tonta enamorada, observo mi mano. Es un anillo extravagante y, sin duda, carísimo, pero si acepté ser la esposa de Paolo Caccini, tendré que aprender a lidiar con estas “incomodidades”. Él es un hombre rico y poderoso, que puede y querrá darme de todo, aunque yo solo desee su amor.

—¡Es hermoso! —exclamo, conmovida—. ¿De verdad? ¿Nos vamos a casar de verdad?

—Seremos nosotros a partir de ahora y para siempre. —Me besa, sujetándome la cintura con firmeza.

Todos a nuestro alrededor aplauden, celebrando nuestra felicidad, mientras nuestros labios siguen unidos, a veces besando y otras sonriendo. Yo solo puedo pensar en lo sorprendente y maravillosa que puede ser la vida, a pesar de las adversidades.

Epílogo
Nuestro “felices para siempre”

AMÁLIA DAVIS

Dos años después

Vivimos en un condominio alejado de la ciudad, con mucha área verde. Nuestra casa es casi tan grande como la mansión de los Caccini. Abro las cortinas para que la claridad entre mejor en el ambiente a través de la inmensa ventana de nuestra sala de estar. Así, podré ver mejor el álbum de fotos de nuestra boda.

Corro, animada, hacia el espacioso sofá y me siento en él de un salto, mordiéndome los labios. Es nuestro aniversario de matrimonio. Es un buen momento para recordar aquel momento increíble que tuvimos en la isla, junto a nuestros familiares y amigos. No podría haber ocurrido en otro lugar. Esos días allí para la celebración de nuestra boda fueron mágicos. Paolo quería contratar a un enorme equipo para organizar las cosas, pero mi padre insistió en administrar todo junto con la señora Lúcia y los empleados de la isla, a quienes él, por casualidad, conoce muy bien.

El resultado no podría haber sido mejor. Me alegré de conocer a los amigos de Paolo; entre ellos, Alessandro y su esposa, Ava, una mujer adorable que se convirtió en una amiga especial. La señora Rose también estuvo allí. En aquel entonces, ella y Paolo aún estaban comenzando a reconectarse, pero ahora conviven mejor, y yo también resolví perdonarla. Lorenzo y su esposa también estaban en nuestra boda. Isabella estaba tan triste. Pobrecita. Pero, desafortunadamente, todos tenemos una historia por la que necesitamos pasar; igual que me pasó a mí y a Paolo.

—Ah, Henry, eras tan pequeñito —sonrío, distraída, sola en la sala, mirando la foto de Henry con apenas 3 años, usando un traje igual al de Paolo.

Solo al pensar en él, ya escucho su risa, acompañada de ladridos. Lo que indica que está entrando con Rocco, su perro de gran tamaño, que ganó en la semana de nuestra boda. El pobre del perro estuvo en la isla durante meses, esperando a su dueño, Henry. Rocco fue el regalo que Paolo dijo que daría al hijo.

—¿No están sucios de lodo, verdad? —indago justo cuando Henry señala la puerta.

Él se detiene abruptamente al oírme.

—¡Qué susto, mamá! —se queja, exaltado. —No estamos sucios, no.

Sonrío y corro hacia él.

—¿Me dejas ver las fotos con usted, mamá?

—Claro, mi amor.

Él se acomoda a mi lado y Rocco se sienta frente a nosotros, con la lengua afuera y la cola meneando. Está animado.

—¡Mira! ¡Yo, Rocco y el abuelo Norman! —exclama Henry, alegre, señalando la imagen, y el perro ladra, entendiendo su nombre.

—¿Me ayudas a elegir una foto bonita para decorar la mesa hoy? Quiero hacer una cena romántica para tu padre, y algunas fotos harían la mesa más bonita.

—Claro que te ayudo, pero no quiero estar aquí. ¿Qué tal si voy a la casa del abuelo?

—Estuviste allí ayer mismo —reclamo, sonriendo.

Él aprovecha cualquier excusa para visitar al abuelo materno. Mi padre se casó con Márcia, quien continúa trabajando en la hamburguesería como gerente. Él ya aceptó ser mi socio en la empresa que Paolo financió para mí. Administramos una empresa de confección, donde decenas de mujeres están empleadas; entre ellas, la querida Lúcia.

—Pero no me canso de ir a la casa del abuelo —replica.

—Hoy no, Henry. Por favor. Ahora ayúdame a elegir las fotos.

—Está bien, mamá —se da por vencido.

Henry y yo pasamos unos minutos más mirando los recuerdos y elegimos las imágenes más bonitas y significativas para decorar la mesa. Elegimos una de nuestro beso en el altar, una de nuestro baile en la fiesta y una en la que Paolo está cargando a Henry y nosotros dos estamos besando la mejilla del pequeño.

—Estas están bonitas, mamá —dice mi hijo, satisfecho.

—Sí, lo están. Las pondré en unos marcos y decoraré la mesa con ellas. Estoy segura de que a tu padre le encantarán —digo, tomando las fotos y levantándome del sofá.

—¿Y qué más vas a hacer para la cena romántica? —pregunta, curioso.

—Bueno... La mesa quedará linda. Qué bueno que él está de viaje hoy y llegará un poco tarde desde Seattle. Haré el plato favorito de tu padre, que es lasaña de pollo con salsa blanca. De postre, haré un pastel de chocolate con fresas. Y también voy a tomar un vino de su bodega para brindar —digo, animada.

—Hum... Qué delicia —lama los labios. —Menos la parte del vino. Es que aún soy niño.

Carcajadas. Cualquier cosa que él haga o diga, me parece muy tierna. El niño de piel clara, ojos azules y cabello negro se hace cada día más hermoso por dentro y por fuera, al igual que su padre.

—También podrás comer un poquito.

—Claro, soy tu hijo —sonrío, con expectativa.

—Hermoso.

Él me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Feliz aniversario de matrimonio, mamá. Eres la mejor madre del mundo. Qué bueno que tú y mi padre sean felices —dice, haciendo que derrame una lágrima de emoción.

***

—¿Dónde está Henry? —Paolo mira a los lados.

—Está durmiendo. Solo lo verás mañana.

—¿Me demoré mucho? —Él me abraza, apretando mi cintura.

Inspiro su perfume, del cual ya tenía nostalgia.

—Llegaste temprano —bromeo.

—Instruí al piloto para que volara lo más rápido posible. Necesitaba entregarte esto. —Él me revela un paquete rojo que no había notado que estaba en su mano. —Feliz aniversario de bodas, mi ángel.

Sonrío en respuesta, feliz con su acto cariñoso.

—¿Es un collar? —Abro el paquete y me doy cuenta de que sí, es un collar.

Sin embargo...

—Es para que sepas que he estado todo el tiempo pensando en ti. Por eso adapté esta pequeña concha en este collar de diamantes.

—Estabas en Seattle por trabajo, ¿pero tuviste tiempo para ir al mar? —arqueo la ceja, fingiendo estar celosa.

—En mi defensa, fue idea de Edy. —Levanta las manos.

—¿Qué? ¿Edy eligió mi regalo?

—No, él quería ir un poco a la playa. Pero relájate, mi amor. Por eso traje esta concha: para recordarte todo el tiempo que, en cualquier lugar que esté, siempre estás conmigo, al igual que el sonido del mar está en esta concha.

—Qué lindo eres. Ahora tengo dos conchas. —Ríe.

—¿Y para mí? ¿Qué me vas a regalar?

—Espera. —Lo agarro de la mano hacia la cocina.

Henry ya ha cenado y está durmiendo. La casa está silenciosa y acogedora, preparada para aplaudir nuestro amor fortaleciéndose en este momento tan especial. Paolo me mira y sonríe al notar la mesa lindamente decorada con las fotos elegidas por Henry y yo. Las velas las iluminan suavemente, creando un ambiente romántico.

—¿Hiciste todo esto para nosotros? Está increíble, mi amor. —Admira la mesa, con las manos atrás.

—Aún no has visto lo mejor. —Señalo las ollas.

Al entrar, Paolo nota una mesa auxiliar con una botella de vino especial, dos copas y un plato cubierto. Retiro la tapa, revelándole su plato favorito.

—Tengo hambre, mi amor. —Sonrío. —Pero antes, quiero saciar otro tipo de hambre.

Paolo me mira con malicia y se acerca a mí con segundas intenciones. Qué bueno que estoy preparada, usando una lencería elegida a dedo para este momento. Él me agarra en su regazo, besando mi cuello, y yo entrelazo mis piernas en su cintura. Así, me lleva al cuarto, donde la cama está aún más decorada, con pétalos de rosas esparcidos por todo el colchón. Yo la dejé preparada.

El amor que nos envuelve es palpable, respirable. Una conexión única.

Después de momentos de placer y sentimientos profundos, nos acostamos abrazados, recuperando el aliento y aprovechando la sensación de felicidad que nos envuelve. Paolo acaricia suavemente mis cabellos, mientras mi corazón se llena de gratitud por tenerlo a mi lado.

—Te amo, Paolo. Más de lo que las palabras pueden expresar —susurro, mirando sus ojos brillantes.

—¿Te hago feliz? —él pregunta con su voz ronca cargada de emoción.

—Es imposible que exista alguien más feliz que yo en este universo. —Apoyo la cabeza en su pecho.

—Yo comparto lo mismo, mi ángel. ¿Qué te parece si aumentamos aún más esta felicidad? —Él mira hacia mi barriga y yo arqueo la ceja.

—¿Estás hablando de tener otro hijo? —Me siento en la cama, emocionada con el asunto.

—Solo lamento que tenga que ser por inseminación. Me encantaría tener una excusa más para saborear tu cuerpo. —Sonrío, sentándose a mi lado. —¿Qué te parece? ¿Vamos a promover a Henry a hermano mayor?

—Sí. Eso será maravilloso, Paolo —digo, con las manos en la boca, recibiendo un abrazo y un beso tierno en la frente.

—Vamos. Ahora tengo hambre de lasaña. —Se levanta.

PAOLO CACCINI

Dos años después

No tengo más dolor, ningún demonio. Soy completamente feliz. A veces extraño a mi padre, pero acepto cómo sucedió todo. Mi madre volvió a casarse con uno de los socios de Caccini Global y también es feliz. Mi hermano Lorenzo tiene una vida más agitada; de vez en cuando se

ve envuelto en los asuntos de la mafia. Pero ya ha aprendido el truco, ya que se casó con Isabella hace aproximadamente cuatro años y ha tenido dos hijos en este corto período. Siempre nos reunimos para cenas y momentos de ocio con nuestras familias: yo, Lorenzo, Alessandro y los demás.

Mi vida dio un giro de 360 grados el último año, y para mejor. Soy el hombre más afortunado del mundo.

—¡No! ¡Stella! —Henry corre detrás de la hermana para salvarla de una caída.

Sus pequeños pies tropiezan con los juguetes esparcidos por el suelo de mi oficina, y en un movimiento rápido, Henry logra llegar a tiempo para sostenerla. Ella se ríe mientras sostiene en los brazos de su hermano mayor.

Amália y yo observamos la escena. Mi corazón está lleno de gratitud por la unión entre nuestros hijos.

—Papá, ¿viste eso? —pregunta Henry, sosteniendo la manita de Stella, asustado.

Él adora la oportunidad de ser el protector de la hermana menor. Son innumerables las veces que ya la ha salvado. Como si Amália y yo fuéramos descuidados.

—Sí, Henry. ¡Eres un héroe! —exclamo.

Me acerco a los dos y deposito un beso en la frente de mi hijo mayor. Stella se siente envidiada y agarra mis piernas.

—Papá, ilmão —ella se queja.

—Soy de los dos —le digo, tomándola en mi regazo.

Mi pequeña niña de cabello claro, como el de su madre, me mira con sus ojos azules curiosos y sonríe. Ella es un ingrediente más en nuestra felicidad.

Mi oficina, que antes era un ambiente serio, ahora, la mayoría de las veces, es un escenario de juegos e historias contadas por Henry, las cuales Stella escucha con atención. Ambos me rodean siempre que tienen la oportunidad. Ellos y Amália. Ella también adora estar cerca. Me siento importante frente a esta hermosa familia de la cual tengo la suerte de ser parte.

—Ilmão, ¿qué quieres con mi cachorrinho? —Stella baja de mi regazo y toma la mano del hermano, con ojos tiernos, como si estuviera pidiendo un dulce.

—¿Tu perrito? —Henry resmunga, indignado. —Rocco es mi perro, Stella.

Ellos salen de mi oficina tomados de la mano, dejándome con una sonrisa tonta en los labios.

—Esos niños... —Niego con la cabeza negativamente, volviendo a mi silla.

—¿Cómo van los planes? —pregunta Amália, acercándose a mí.

Cuanto más pasan los días, más linda e inteligente se vuelve. Mi esposa, mi orgullo.

—Los planes van bien, amor. Todo casi listo. —Sonrío al verla sentarse en el borde de mi mesa.

Amália pasa los dedos suavemente por los papeles en la mesa, mientras nuestros miradas se encuentran. El brillo en sus ojos es algo que me encanta cada día.

—¿Y sobre los planes para las vacaciones? —Ella revela una sonrisa traviesa.

Arqueo la ceja, sonriendo de manera traviesa también.

—Pensé que era sobre este plan del que estabas preguntando.

Ella da un salto, rodea la mesa y viene a pararse en mi regazo.

—¿Cuándo? —pregunta.

—La próxima semana. —Estoy orgulloso de estar anunciando algo tan importante para ella, que comienza a aplaudir, emocionada.

Camino hasta mi estantería y tomo dos copas de vino. Las dejo guardadas para posibles celebraciones, como ahora, por ejemplo.

Siempre viajamos con los niños, y a veces solo nosotros dos. Siempre es único y maravilloso. Pero los momentos más especiales los pasamos cuando vamos a nuestra isla particular, donde nuestro amor floreció, se consolidó y continúa creciendo hermosamente. No me lamento ni un segundo por todo lo que viví antes de Amália, pues estoy seguro de que si hubiera sido diferente, no estaría aquí con ella viviendo esto. Me estremezco solo de pensar en estar en otro lugar y con otra persona.

—Hagamos un brindis —propongo, entregándole una copa.

Sirvo nuestras copas bajo su mirada radiante.

—¿Y brindaremos por qué? —ella pregunta, divertida, levantando la copa delicadamente.

—Brindaremos por ti, mi amor, por tu fuerza, por tu amor y por cómo has sido y eres cada día: un ángel en mi vida.

Ella sonríe y brindamos, con una mirada en los ojos del otro.

—Yo brindo por ti y por lo dulce y amable que eres con los tuyos. Me diste grandes sustos antes de nuestro “felices para siempre”, pero haces que todo valga la pena cada día. —Ella me besa, alucinando con su ternura.

—Por nosotros, entonces.

—Por nosotros. —Sonrío.

El brindar de nuestras copas resuena en la oficina, revelando la promesa de más momentos felices que vendrán. No le temo a nada si estoy con ella. Si estamos juntos, sé que podremos superar cualquier cosa. Me siento el hombre más fuerte del mundo a su lado.

Fin.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco primero a Dios. Siempre a Él, por permitirme estar aquí escribiendo y a ti ahí leyendo, para compartir la alegría que el mundo literario nos proporciona.
Espero que hayas apreciado la historia de Amália y Paolo; que hayas sentido rabia, lástima, amor; y que te hayas reído a carcajadas. Espero que, de alguna manera, esta historia te haya tocado.

Besos, y por favor, si puedes dejar la valoración con 5 estrellas, estaré muy feliz.

S. D. Marinho